ZÉLIA GATTAI

ANARQUISTAS, GRACIAS A DIOS

ZÉLIA GATTAI

ANARQUISTAS, GRACIAS A DIOS

Zélia Gattai

ANARQUISTAS, GRACIAS A DIOS

Yo nací así

Yo crecí así

Yo soy así

Voy a ser siempre así. .

DORIVAL CAYMMI, Modinha de Gabriela

Para Jorge , mis memorias de infancia, con amor.

Para doña Anilina y don Ernesto, mis padres,

toda la nostalgia contenida en estos recuerdos.

Para mis hermanos, Remo, Wanda, Vera y Tito,

que ahí están y no me dejan mentir.

Para mis hijos, Luiz Carlos, Joao Jorge y Paloma,

algunas historias del tiempo pasado.

Para Misette Nadreau, Janaína

y Luiz Carlos Batista de Figueiredo

y Antonio Celestino,

que me impulsaron a escribir estas páginas.

ALAMEDA SANTOS NÚMERO 8

En un antiguo caserón, situado en la Alameda Santos número 8, crecí y pasé parte de mi adolescencia.

Ernesto Gattai, mi padre, había alquilado la casa hacia 1910, casa espaciosa aunque desprovista de comodidades. Tuvo mucha suerte al encontrarla, era exactamente lo que estaba buscando: un edificio amplio para la familia en crecimiento y, lo más importante, lo fundamental, lo que sobre todo le convenía, con un enorme cobertizo a un lado, una vieja cochera unida a la casa y entrada por dos calles: la Alameda Santos y la Rúa da Consolação. Allí instalaría su primer taller mecánico. ¡Mejor situación imposible!

Para quien viene del centro de la ciudad, la Alameda Santos es la primera cal e paralela a la Avenida Paulista, donde vivían en ese tiempo los ricos, los importantes, en su mayoría nuevos ricos.

¡Desde la Plaza Olavo Bilac el Largo do Paraíso, era todo un derroche de ostentación! Palacetes rodeados de parques y jardines, en general construidos de acuerdo con la nacionalidad del propietario; ¡los de estilo morisco en su mayoría pertenecían a árabes, claro! Los de galerías de altas columnas que imitaban los *palazzi* romanos antiguos, lógicamente, denunciaban habitantes italianos. No era entonces difícil identificar la nacionalidad del dueño por la fachada de la casa.

El propietario de la que mi padre alquiló era un viejo italiano del sur de Italia, Rocco Andretta, conocido por don Roque y aun, para los más íntimos, por *Tzi Ró* (tío Roque). Dueño de una flotil a de carros y burros para transportes en general, había sido intimado por la Prefectura a retirar sus animales de ahí: el barrio se había vuelto elegante y ya no soportaba cocheras ni moscas. El viejo Roque había puesto condiciones a su candidato: reforma y limpieza del cobertizo, pintura y arreglos de la casa por cuenta del inquilino.

Doña Angelina, mi madre, se asustó: ¡gastarían mucho dinero, un verdadero absurdo! ¿Dónde se había visto una cosa así? ¡Viejo explotador! ¿Por qué su marido no compraba un terreno en lugar de gastar los escasos ahorros en reformar una casa ajena? ¿Y el alquiler? ¿Cómo tanto dinero todos los meses?

¿Dónde? ¿Cómo? Pero sabía que no ganaba nada discutiendo con su marido.

Lo consideraba temerario y atrevido.

El vocabulario de doña Angelina era reducido —tanto en portugués como en italiano, su lengua natal—, no sabía expresarse correctamente; por eso no empleaba muchas veces la palabra justa, la adecuada para cada ocasión.

Usaba el término «atrevimiento» para todo: coraje, audacia, heroísmo, temeridad, obstinación, irresponsabilidad e, incluso, atrevimiento. Sólo conociéndola bien se podía interpretar su pensamiento, saber su intención, si elogiaba o criticaba. En el caso de hacer reformas en casa ajena, no cabía la menor duda, lo que quería era desahogarse, tratar al marido de irresponsable:

«¡...un atrevido, eso es!» Lo dijo y lo repitió.

EL ATREVIDO COMPRA UN AUTO «MOTOBLOC»

Hacía poco, cuando la compra del «Motobloc», ¿acaso no había protestado también? Obstinada, discutía. ¿Ganó algo? Había tres hijos que alimentar,

¿cómo comprar un coche estropeado? Papá no se arredró ante los argumentos de su mujer, no prestó atención a su enojo, no era tan loco como para perderse esa oportunidad única.

El propietario del «Motobloc» en cuestión estaba descorazonado, andaba a golpes con las complicaciones del automóvil —comprado en un instante de entusiasmo e insensatez— y no lograba manejarlo. No conseguía hacer girar la manivela y ya había recibido un golpe que casi le fractura el brazo. En una ocasión se había quedado varado, en plena noche, con la mujer y los hijos temblando de miedo y de frío en ese auto abierto, las luces apagadas por falta de carburo, sin saber qué rumbo tomar, qué hacer, analfabeto en el asunto. Su disgusto había culminado al chocar contra un árbol. Se había ofuscado con la

dirección, no había logrado dominar ninguno de los dos frenos, duros y emperrados; el choque fue inevitable. ¿Cuánto le costaría ese desastre? Se sintió aliviado cuando el mecánico le propuso comprarle el auto estropeado.

Ni pensó en discutir el precio, sólo quería librarse de esa pesadil a. Lo vendió por unas monedas y se sintió feliz. Pero más feliz quedó al

habilidoso comprador que en un abrir y cerrar de ojos arregló el auto, lo dejó como nuevo, con frenos debidamente ajustados, aptos para parar la máquina en cualquier emergencia, la cinta de transmisión de las ruedas traseras deslizándose que daba gusto.

La pasión de don Ernesto por los automóviles había comenzado cuando su padre, en sociedad con algunos amigos, había importado desde Francia un

«Dedion Boutton», el primer auto de esa marca que rodó por las cal es de São Paulo. Automóvil de tres ruedas, el motor debajo del asiento. La máquina se regulaba por los laterales; si subían tres personas estaba todo en orden.

Fueron apareciendo otros automóviles y papá siempre estaba al tanto de las nuevas marcas y de los nuevos modelos, tratando de entenderlos y disecar los extraños motores de explosión, penetrando en sus misterios.

EL ORIGEN DE LOS TEMORES DE DOÑA ANGELINA

Los temores de doña Angelina tenían una explicación: siempre había tenido una vida llena de dificultades; se había casado muy joven, casi una niña, apenas cumplidos los quince años y el novio dieciocho. El sueldo del inexperto marido, empleado en el tal er de su padre, en la Rúa Barao de Itapetininga (tal er de arreglos de bicicletas, armas de fuego, máquinas de coser, etc.), no era suficiente para sostener el hogar. Aunque contra su voluntad, tuvo que permitirle a la mujer que después del casamiento continuase en la fábrica de tejidos, en el Brás, donde trabajaba desde los nueve años, ayudando al sostén del hogar paterno. Pero incluso así, con los dos escasos salarios, llevaban una vida sacrificada.

Esos dos pobres sueldos debían alcanzar para sostener a tres personas, pues la tía Dina, hermana menor de papá, pasó a vivir con los recién casados.

Huérfana de madre desde pequeña, Dina había aprendido a asumir responsabilidades, experta como el a sola, cocinando y cuidando de la casa.

Mamá no podría haber deseado nada mejor, pues de acomodar la casa no entendía nada y mucho menos de cocinar.

Niña de doce años, la tía Dina era tan menuda que, para alcanzar los hornillos de la cocina, debía subirse a un cajón. A cambio le exigía a la cuñada que le contase cuentos: «O me cuentas un cuento o no cocino. .» Mamá se sometía con enorme placer al chantaje de la cuñadita. Era mil veces mejor contar e inventar cuentos que agotarse en la cocina o en el pesado trajín de la casa.

Dos años después nació Remo, el primer hijo. Tuvo que abandonar la fábrica.

Los ingresos disminuyeron, los gastos aumentaron y las restricciones todavía más.

CHOFER DIPLOMADO

Por esa época papá ya andaba metido con los automóviles, tratando de cambiar de vida.

Dirigió una petición al Dr. Rudge Ramos, Prefecto del Municipio de Sao Paulo, solicitándole un examen para obtener su licencia de conductor.

Su carné de conductor de automóviles le fue entregado por la Inspección de Transportes Municipal, el 4 de abril de 1907. Carné registrado en la página número 8 del libro número 1, de São Paulo.

Los diarios anunciaban la llegada de un lujoso automóvil importado por la familia Prado. Necesitaban un chófer competente.

Con su carné en la mano, el joven candidato al cargo se dirigió al elegante barrio de Higienópolis, ése sí un barrio de ricos auténticos, con tradición e hidalguía. Golpeó a la puerta de la mansión de los Martinho Prado.

Pasó el examen: debidamente capacitado, buena presencia, educación.

Uniformado de blanco, botas negras relucientes de betún y cepil o, guantes blancos y gorra, trabajó don Ernesto durante años para la familia Prado.

Ocupaba con su mujer y el hijo un departamento sobre el garaje, en el jardín del palacete.

Todas las mañanas, bien temprano, su primera tarea era lavar el espectacular automóvil negro y pintar de blanco las fajas de las ruedas.

Remo era un año menor que Caíto (Caio Prado Júnior, bisnieto de doña Veridiana da Silva Prado, la patrona). Caíto, niño desenvuelto y fuerte, crecía rápidamente, dejando también con rapidez sus finas ropitas, muchas veces heredadas por el hijo del chófer.

Durante los años que vivieron en Higienópolis consiguieron ahorrar algún dinero. Los gastos eran pocos y el sueldo bueno.

Pero don Ernesto no había nacido para servir a patrones. No era hombre para andar con guantes, ponerse firme al abrir la puerta de los autos, permanecer inmóvil como una estatua cuando los patrones subían o bajaban del coche, recibir órdenes. Positivamente no había nacido para eso, ya había aguantado demasiado. Un día dijo basta y dejó el empleo.

Anduvo varios años arreglándoselas con los automóviles, atendiendo l amadas, arreglando aquí, rompiéndose la cabeza allá, a veces ganando mucho y otras veces nada, sin lugar fijo.

Tres hijos le habían nacido, otros más vendrían. Era preciso estabilizarse en la vida, buscaría una casa con cobertizo, pondría un tal er mecánico.

LOS MURALES DE DON ROQUE

Firmó el contrato con Rocco Andretta, afrontó todos los compromisos. Tenía suficiente para comenzar una nueva vida. Ahora era cuestión de poner manos a la obra, de que el barco zarpara sin temor.

Aún había dos exigencias más del propietario del inmueble: además de la reforma del cobertizo y de la pintura de la casa, el inquilino debía conservar en el tejado del cobertizo el cabal o construido sobre un pedestal, escultura de cerca de un metro de altura, pieza que el viejo estimaba, su orgullo, símbolo de la cochera desde sus orígenes.

—¿Y si yo lo sustituyo por un automóvil? —bromeó papá.

Rocco Andretta no se divirtió con la broma, que no le tocasen su cabal o, cosa sagrada para él.

Segunda exigencia: mantener los murales pintados en la parte lateral de la casa, paisajes pintados hacía mucho tiempo por el maestro Joaquim (Jaquina, en el hablar embrol ado de don Roque), mulato *caboclo* (1) de mediana edad, un gigante, bueno para los pinceles y las pinturas, dueño de una infinita paciencia.

En esa galería había dos puertas y dos ventanas y entre cada una un paisaje diferente.

Quien lo vio lo contó: Rocco, provisto de varias postales había compuesto el paisaje dirigiendo al artista en su homenaje a la tierra distante, ¿cuántos años hacía que había salido de Nápoles? Ya había perdido la cuenta. Eligió la parte más amplia de pared, la que mejor se veía desde la calle, para situar allí el Vesubio, humo y llamas salían del cráter, un cielo azul, grandes pájaros —que en la interpretación nacionalista de Joaquim se convirtieron en coloridos papagayos, ararás y tucanes—. Cuando el tal er se mudó a los alrededores, don Roque, padre de una numerosa familia, pasó la responsabilidad de la empresa a los hijos mayores, se jubiló. Como vivía en la calle, su preocupación única desde entonces fue la de vigilar nuestra casa, o mejor dicho, la pintura de los murales, la niña de sus ojos. ¿Se estaban descascaril ando? ¡Manos a la obra! Allá venía el fiel vigilante del «capolavoro» arrastrando al cansado Joaquim que mal podía cargar la pesada escalera de madera y las latas de pintura.

Encaramado en lo alto, tambaleándose, Joaquim aguardaba las órdenes del maestro:

—¡Carga ese humo en el Vesubio, Jaquina! Pon más bermel ón en la boca del cráter. ¡Esmérate! ¡Este es el volcán más grande y más hermoso del mundo! —

reía orgul oso.

El pintor también sonreía. Conocía demasiado al viejo, ¡hacía tantos años que lo complacía sin esperar grandes recompensas!

—¡Jaquina es un artista! —elogiaba el astuto Tzi Ró.

Yo adoraba asistir a los trabajos de restauración de la obra de arte. Pasaba horas, divirtiéndome.

MAMÁ VENCE EN LA BATALLA

Cierta mañana, portón adentro, apareció Rocco Andretta armado de un enorme serrucho.

—¿Qué novedades hay, Tzi Ró —preguntó mamá con gentileza.

—¿Novedades? La novedad es que este árbol va a salir de aquí.

Se quitó la chaqueta, se arremangó las mangas de la camisa, el viejo se mostraba dispuesto a comenzar su trabajo.

Mamá se alarmó:

—¿Qué dice, don Roque? No le entiendo. ¿Usted dice que va a serruchar nuestro árbol? ¿Cómo?

El árbol en cuestión era un guayabo plantado por mamá al lado de la galería, que crecía rápidamente, pronto a dar sus primeros frutos.

—Sí. Eso es. Este árbol va a salir de aquí —repitió insolente.

Levantó el serrucho que había dejado en el piso, dispuesto a no dar mayores satisfacciones.

—Discúlpeme, don Roque —gritó mamá con toda su energía—, usted no va a serruchar mi guayabo de ninguna manera. ¿Qué mal le hizo esta planta? ¿Qué mal le hace a su casa? ¡Respóndame, por favor!

—¿Cómo qué mal? —contestó Rocco bufando—. ¿Y el paisaje? Este árbol esconde mi volcán.. , dentro de poco no se va a ver nada desde la cal e. ¡Ahora mismo arranco esa porquería! —Estaba apoplético delante del obstáculo, de la afrenta que la inquilina pretendía hacerle; la lengua cada vez más embrol ada, mezclando el napolitano con el portugués.

La discusión se fue calentando: que corta, que no corta. . llegó papá al tal er, atraído por la pelea, limpiándose las manos sucias de grasa en un pedazo de estopa; ¿qué gritería era ésa? De un lado Rocco con el serrucho en alto, del otro mamá, apoyada en el tronco del guayabo en actitud heroica de defensa de la víctima. Al enterarse del asunto, con voz serena y firme, cara de pocos amigos, en breves palabras, don

Ernesto liquidó la cuestión:

—Rocco Andretta —comenzó, duro—, mientras yo pague el alquiler de esta casa, hago en el a lo que me dicte mi buen entender. Aquí quien manda soy yo, no me venga con prepotencias, porque usted aquí no corta ningún árbol.

¡Aquí, no! —Se dio vuelta de espaldas y reanudó su trabajo.

En una tentativa de deshacer el desagradable clima, mamá aún quiso argumentar y delicadamente dijo:

—Si usted ama sus pinturas, Tzi Ró yo amo estas plantas, ¿me comprende?

Tzi Ró no comprendía nada. No quiso oír lo que el a le decía.

Furioso con la derrota, volvió a ponerse su chaqueta, tomó el serrucho y salió rezongando frases que nadie entendió. Desde entonces se desinteresó de los murales. Poco a poco fueron desapareciendo, nunca más vimos a Jaquina y un buen día papá mandó pintar las paredes de amaril o.

Pero el cabal o permaneció en su pedestal hasta el fin. Ese cabal o fue el orgullo de mi infancia. Yo era la única niña de esa calle que vivía en una casa con un cabal o en lo alto del techo. Mi esperanza era montarlo un día, como hacía mi hermano Tito y sus compañeros que, burlando la vigilancia de los

mayores, escalaban al altísimo tejado, partiendo las tejas y arriesgando sus vidas.

SÃO PAULO-SANTOS, IDA Y VUELTA

El taller de papá iba cada vez mejor. La clientela crecía, el nombre y la reputación del competente especialista en motores automovilísticos se expandían.

Fue todavía más conocido cuando, en 1910, pilotando su «Motobloc», realizó un raid sensacional, la ida y vuelta a Santos.

No le fue difícil conseguir acompañantes para el viaje. Con él fueron Amadeu Strambi, Miguel Losito y Antonio dos Santos.

Papá tuvo que solicitar en la policía una autorización para la proyectada aventura. Al firmar, asumió la responsabilidad por todo lo que pudiese ocurrir en el viaje y se enteró de que no sería el primero en realizar semejante proeza.

Sorprendido y decepcionado, trató de conocer los detal es del hecho anterior.

Una información precisa le restituyó el entusiasmo: el otro sólo había realizado el viaje de ida a Santos, no se había animado a subir la sierra de vuelta que es lo más difícil. Pues bien: él y sus amigos harían el raid completo, São Paulo-Santos ida y vuelta. Serían los primeros en hacerlo.

Partieron de casa al amanecer por la Estrada do Vergueiro. Hasta el Alto da Serra no tuvieron dificultades, el piloto conocía bien el camino, lo había hecho en picnics. Desde el Alto da Serra en adelante comenzaba la gran incógnita, lo desconocido. Por el camino abierto en el siglo pasado transitaban burros de carga y pequeños vehículos de tracción animal, no existían condiciones para el paso de automóviles.

Con el instrumental que llevaba, facones, hachas, palas y piquetas, abrieron camino cortando árboles, removiendo piedras, arrancando raíces y más de una vez tuvieron que levantar el auto y cargarlo para sortear obstáculos: piedras

muy grandes, gruesos troncos caídos, barro formado por los arroyos crecidos y una infinidad de otros inconvenientes.

Se enfrentaron a animales, fueron picados por mosquitos venenosos.

Metiéndose en la noche, siguieron adelante, por la negrura del matorral denso, apenas iluminados por la precaria luz de sus faros de carburo.

Alcanzaron su meta a la noche siguiente, exhaustos, arañados, sucios, hinchados por las picaduras de los insectos, pero felices.

La bajada había sido tan penosa que uno de los acompañantes llegó a sugerir la interrupción del plan. Ya habían hecho mucho, volverían los cuatro en tren y embarcarían el coche en el furgón de la Sao Paulo Railway. Pero el jefe de la expedición era obstinado (atrevido, diría mamá); si habían bajado podrían subir. Pioneros, serían los primeros que realizarían esa hazaña. Quien quisiera desistir que desistiese, pero él, Ernesto Gattai, volvería manejando su auto, máquina valiente, capaz de escalar cualquier sierra y de soportar cualquier impedimento.

Los intrépidos acompañantes se animaron nuevamente, cumplieron la parte más difícil de la empresa: la subida de la Serra de Santos, que les exigió el mayor de los esfuerzos y más tiempo.

Finalmente llegaron de vuelta al punto de partida, sanos y salvos, el auto adornado con ramas de árboles, únicos lauros que recibieron. Algunos diarios se ocuparon del hecho, el retrato de los «intrépidos» salió al lado de la noticia del raid. Por primera vez el nombre y el retrato del automovilista Ernesto Gattai aparecieron en la prensa.

PAPÁ INSCRIBE A SUS HIJOS

En la casa de la Alameda Santos número 8, mamá aún tuvo un par de hijos.

Tito y yo. Poca gente sabe, aún hoy, que el nombre de Tito es Mario.

Papá salió de casa para ir a inscribir al hijo. Desde la cama, en los cuidados de postparto, mamá lo l amó:

—No te olvides de pasar por la casa de doña Josefina. Don Amadeu te está esperando.

—Suerte que me lo recuerdas, estaba distraído, era capaz de olvidarme.

—Espero que por lo menos no te olvides del nombre del niño —se rió mamá.

Había tenido muchas preocupaciones para elegir, entre docenas de nombres, uno que le pareciese bueno para su hijo. Al fin había optado por el más lindo de todos: Elson.

La familia Strambi era íntima de la casa. Viejos amigos, vecinos desde hacía años.

Cuando se conocieron, los Strambi ya tenían tres hijos, y el nacimiento de los que fueron apareciendo de ahí en adelante, coincidió siempre con los de casa:

«Hasta se combinan para tener hijos al mismo tiempo. .», comentaban las comadres. Amadeu Strambi había sido uno de los acompañantes de papá en su reciente aventura: São Paulo-Santos-São Paulo.

—Elson —dijo papá, sin demostrar ningún entusiasmo por el nombre —, fue el que Angelina eligió.

—¿Eso es nombre para un hombre? —bromeó Amadeu—. Yo al mío le pongo un nombre de «maschio», un nombre fuerte: Mario.

El argumento y el énfasis del amigo al pronunciar la palabra «maschio»

impresionaron a mi padre. ¿No tendría razón Amadeu? Que Angelina lo disculpase, esta vez él le pondría nombre a su hijo. Tenía derecho por lo menos una vez, ¿no es cierto?

—¿Derecho? Falta de consideración, eso es. ¡Cambiarle el nombre a mi hijo sin consultarme! —Esa fue la respuesta de doña Angelina, más que enojada, sorprendida ante la explicación que le había dado el marido al entregarle el certificado de nacimiento registrado con un nombre de «maschio».

Esa vez mamá había conseguido, excepcionalmente, emplear el término exacto para traducir su pensamiento: falta de consideración.

No la confortaron ni lograron atenuar su enojo las palabras, ni los consejos, ni los ejemplos dados por doña Josefina, tratando de consolarla después de lo ocurrido:

—Discúlpeme que le diga, doña Angelina, usted es italiana (doña Josefina era portuguesa) y los maridos italianos son así. Sólo hacen lo que quieren, no les interesa saber qué piensan o desean las mujeres. Mi Erna, por ejemplo, ¿no sabía? Se iba a l amar Guiomar, pues ése fue el nombre que yo elegí. Cuando Amadeu volvió con el certificado, casi me muero del disgusto. ¿Cómo le pasó por la cabeza ponerle un nombre de ave (2) a mi hija? La cosa es, doña Angelina, que una tiene que conformarse, no hay que enojarse tanto.

¿Conformarse? no era ésta la costumbre de doña Angelina. El niño no sería nunca llamado Mario. Ella le puso el sobrenombre de Tito y Tito quedó para siempre.

Tito fue el segundo varón de la pareja; yo la tercera mujer y última de cinco hijos. La menor, fui la primera y única de los hijos de mis padres que tuvo niñera.

MARIA NEGRA

Maria Negra llegó a nuestra casa un mes antes de mi nacimiento para ser niñera. Vino recomendada por Susana, antigua criada de la casa de doña Emilia Bulcão, partera muy bien conceptuada en el barrio.

¿Por qué Maria Negra y no Maria da Conceiçáo si su nombre era ése? No fue ciertamente por racismo por lo que le pusieron ese sobrenombre, no. Esa era una casa de «librepensadores», de anarquistas. Completamente absurda semejante hipótesis, ni siquiera en broma.

Maria Negra rápidamente dominó a todos con su simpatía y eficiencia.

Jovencita, casi niña, en seguida tomó las riendas de la casa. Era la primera en sentarse a la mesa con la familia —papá no admitía que alguien comiese en la cocina, fuese quien fuese—, servía a los niños descubriendo pronto el gusto de cada uno, era dueña de una gran personalidad. Tanto que fue el a quien decidió cuál sería mi nombre. En presencia de la criada, marido y mujer discutían cómo l amarían a la criatura por nacer; doña Angelina tenía sus saberes, adivinaba siempre el sexo del hijo que cargaba en el vientre; por eso sólo buscaba nombre de niña; don Ernesto quería que fuese Pia (heroína de una novela que acababa de leer, Pia dei Tolomei), doña Angelina proponía Dora, ironizando con la propuesta del marido:

—¿Por qué Pia? ¿No sería más interesante Bacía o Balde? (3)

Maria Negra, que seguía atentamente la discusión, se metió en la disputa:

—Por mí le pondría Zélia. Es el nombre más lindo que conozco. La niña que yo cuidaba se llamaba Zélia.

Habló la niña con tanta ternura.. Elogió tanto sus encantos que terminó impresionando a su patrona, pasando también el a a encontrar que Zélia era el nombre más bel o del mundo. Yo hasta hoy cargo con él.

El primer mimo que me dirigieron al nacer fue de Maria Negra. En esa noche fría, mientras aguardaban mi llegada, Maria Negra no pegó un ojo. Andaba de un lado a otro, tomando disposiciones, haciendo café,

hirviendo agua, desinfectando recipientes. Mientras tanto, al á dentro, doña Emilia Bulcão se esmeraba por traer al mundo, sin causar muchos daños a la parturienta, a la ya denominada Zélia, niña grande y gorda. Era el mes de julio, de un invierno riguroso. Maria Negra, sin fijarse en el frío ni en el sueño, veía clarear el día esperando ansiosa a su nueva patroncita; ésta l egaría —tenía fe en Dios—

antes que la niña de su vecina, otra vez a la par de su patrona. Hasta había apostado con doña Luiza, hermana de doña Josefina, que la «nuestra» llegaría antes.

Al presentar la niña ante Maria Negra ésta no pudo contenerse: «¡Cristo!

¡Parece un pastel salido del horno!» exclamó, riendo feliz, y tomándome cuidadosamente entre sus brazos.

LOS COMPADRES VUELVEN AL REGISTRO

Una vez más fueron los dos compadres, don Amadeu y don Ernesto al Registro.

Las hijas habían nacido con un día de diferencia. Maria Negra había ganado la apuesta.

Hasta hoy desconozco los motivos, apenas sé que sólo un mes después del nacimiento de las niñas se dispusieron los padres a hacer la inscripción. Sólo entonces se enteraron de que por semejante atraso debían pagar una sustanciosa multa. El plazo que mandaba la ley para las inscripciones de los nacimientos había vencido hacía mucho tiempo.

Qué decisión tomó Amadeu Strambi nunca supe. Ernesto Gattai simplemente no pagó la multa. Problema de fácil solución. ¿Cuál es la mujer que no desea ser más joven? Ese fue su razonamiento.

Por mi certificado de nacimiento he nacido el 4 de agosto. Además del mes y dos días ganados, pasé también a ser dueña de dos signos del zodíaco: oficialmente, soy de Leo, en realidad soy de Cáncer. Adopté los dos.

Y una vez más doña Josefina fue frustrada. Al llegar al Registro ese día, antes de tomar conocimiento de la multa, don Amadeo se trabucó; había olvidado el nombre recomendado por su mujer y sobre todo por las dos hijas mayores.

Buscó en sus bolsil os, nada. No encontraba el papelito. Recordaba que le habían entregado un pedacito de papel con el nombre de la niña escrito para que no errasen la ortografía. Por fin, cuando empezaba a ponerse nervioso, encontró el papelito en medio de otros. Lo leyó, lo releyó; allí estaba el nombre escrito en letras bien claras, pero. . se lo mostró al amigo. Ninguno sabía pronunciarlo. Fue necesaria la intervención de un tercero: Haydée era el nombre. Papá tomó su revancha:

—¿Cómo es que vas a ponerle a tu hija un nombre que no puedes pronunciar?

iQué cosa más rara! Parecen letras sueltas: a-i-d. .

Don Amadeu se sintió tocado. Sacó los cigarrillos, necesitaba reflexionar.

Fumaba los cigarrillos Olga. En el paquete, el nombre de la marca lucía en grandes letras. No lo pensó dos veces:

—Póngale Olga —ordenó al empleado.

Don Amadeu tuvo que volver una vez más al Registro. Esa vez, solo, para inscribir a Silvio. Mamá había terminado su misión, con mi nacimiento, en el año 1916.

LOS AUTOMÓVILES INVADEN LA CIUDAD

En aquel os tiempos la vida en São Paulo era tranquila. Podría haberlo sido aún más si no hubiese ocurrido la invasión cada vez mayor de automóviles importados, circulando por las cal es de la ciudad; gruesos tubos, situados en los lados externos de los autos, desprendían, en violentas explosiones, gases y una oscura humareda. Estridentes bocinas que asustaban a los distraídos y abrían el paso de los deslumbrados automovilistas que en sus desbocadas carreras infringían las leyes del tráfico, muchas veces llegando al abuso de superar los veinte kilómetros por hora, velocidad permitida en las cal es. Fuera de ese detal e, el del tráfico, la ciudad crecía mansamente. No había surgido todavía la fiebre de los edificios altos, ni siquiera el «Prédio Martinelli», rascacielos pionero de São Paulo y si no me equivoco del mismo Brasil, había sido construido. No existía la radio ni la televisión, ni siquiera en sueños. No se conocían los aparatos de alta fidelidad. Se oía música en gramófonos de corneta y manivela. Había tiempo para todo, nadie se afanaba, nadie se daba prisa. No se abreviaban con siglas los nombres completos de la gente y de las cosas en general. ¿Para qué? ¿Para qué usar siglas? Podía decirse y leerse tranquilamente todo por largo que fuese el nombre, en toda su extensión, sin crear equívocos, y aún sobraba tiempo para poner énfasis si fuese necesario.

Las diversiones que entonces eran accesibles para una familia de pocos recursos como la nuestra eran pocas. Los valores de aquel os tiempos comparados con los de hoy eran otros; las mínimas cosas, los menores acontecimientos tomaban cuerpo, adquirían enormes proporciones. Nuestra vida sencilla era rica, alegre y sana. La imaginación volaba suelta, transformando todo en fiesta, ninguna barrera impedía mis sueños, la risa abierta y franca. Las diversiones, como ya dije, eran pocas, pero suficientes para llenar nuestro mundo.

CINE MUDO

El cine representaba el punto más alto de nuestra programación semanal.

Próximo a nuestra casa, único en el barrio, el «Cine América» ofrecía a las señoras y señoritas apenas por media entrada, una soirée de damas todos los jueves. Mamá iba siempre esas noches llevando consigo a las tres hijas, Wanda, Vera y yo, y también a María Negra, que en realidad era la que más iba, pues adoraba las películas y los artistas, y no se perdía el cine por nada del mundo. Muchas veces, en noches de lluvia, cuando la patrona desistía de salir con las niñas, se iba sola. Los niños, por su parte, no se perdían las matinés de los domingos. A papá no le interesaba el cine, prefería el teatro, las óperas y operetas.

El conjunto musical que acompañaba la exhibición de los filmes se componía de tres instrumentos: piano, violín y flauta. Pasaba un año, entraba otro, y el repertorio de los músicos no variaba. Los primeros acordes del piano, del violín y de la flauta anunciaban al público el género de la cinta que iba a comenzar.

Nadie se equivocaba. Las secciones se iniciaban con un documental, o

«natural», como lo llamaban todos, que mostraba los sucesos relevantes de la semana. Nosotros, los niños, detestábamos ese «natural» y cuando terminaba gritábamos a coro a una sola voz, con un inmenso suspiro de alivio: «¡Gracias a Dios!» En general, luego venía la película cómica. Nos moríamos de risa con los pasteles volando en busca de un blanco, acertando siempre en la cara del desprevenido. Las películas de Charlot nos fascinaban; lo alentábamos cuando,

dueño de artimañas increíbles, derrotaba al rival, el gran vil ano. El frágil hombrecito de sombrero hongo y bastón terminaba siempre por recibir lo mejor, conquistando las gracias de su bella y la admiración de la platea.

Aplaudíamos sus victorias con palmas ensordecedoras y gritando a pleno pulmón: «¡Charlot!», suspirando de pena al ver escrita la palabra «Fin» (la primera palabra que aprendí a leer).

Chico Buey, con toda su gordura hacía travesuras que eran una gloria.

Harry Langdon, el cómico suave, conseguía arrancar carcajadas de la platea y transportarme con sus alas de ternura.

Carmela Cica, la violinista del conjunto, era nuestra vecina, vivía en la esquina de la Consolação con la Alameda Santos. Éramos no sólo vecinos, sino muy amigos de la familia. Carmela sabía tocar los primeros acordes para el comienzo de las series. Su violín gemía el vals «La muchacha del Brás». Vals melancólico, triste, sentimental. En seguida aparecía en la pantalla el título de la película. ¿A cuántas series asistí? No lo sé, perdí la cuenta. Me acuerdo de varias, interpretadas por Elmo Lincoln, Maciste, Eddie Polo y otros igualmente famosos. Recuerdo la serie Pearl sienta plaza con la maravillosa Pearl White (la preferida de mamá). Por fin, El broza amarillo, historia de Julio Baín y del detective Vu-Fang, interpretado, si no me equivoco, por Sessue Hayakawa.

Cuando aparecía el rostro asiático del detective en la pantalla, con los ojos casi cerrados, el cine se venía abajo: gritos histéricos y pataleos ahogaban el sonido del vals.

Entusiasmada por el personaje oriental, Wanda llegó a bautizar a mi muñequita de porcelana japonesa con el nombre de Júlia-Fang. ¿Nombre del padre? ¡Claro, Vu-Fang! ¿No tenían los dos los ojos rasgados? ¡Entonces!

Seguíamos las series durante meses, un poquito por semana, detenido siempre en el momento de mayor emoción, claro. Las luces se encendían, los comentarios en el descanso, mientras todo el mundo se rehacía de la emoción sufrida, eran siempre los mismos: «Vamos a ver cómo se va a salvar de ésta.. »

Yo me levantaba para una rápida y dinámica escapada: el grifo del lavabo, casi siempre medio atascado, del maloliente baño era en ese momento disputadísimo por los niños sedientos. Yo me metía entre todos y aunque no

saciaba mi inventada sed por lo menos me mojaba el vestido. Daba puntapiés y empujones a las puertas de los servicios, siempre ocupados, aunque no tuviese necesidad de entrar. Todo era una diversión. Corría adelante, al lado de los músicos, y conversaba un poquito con Carmela Cica antes de regresar a mi sitio. Puro exhibicionismo. Quería que todos supiesen mi amistad con la violinista.

Rehechos de las emociones de la serie, partíamos raudos a las «cintas

de chicos». Tom Mix, el hermoso, valiente como él sólo, enfrentado a centenares de indios, recuperando tesoros robados de las diligencias, con su revólver mágico tirando sin parar hasta la completa extinción de los enemigos. Siempre terminaba recibiendo el dulce besito de su novia, que lo esperaba montada a la amazona en un hermoso cabal o o sentada ante la portil a del rancho. El cine, repleto de niños pequeños, temblaba durante todo el tiempo que los tiros resonaban en la sala.

Yo no era de las aficionadas a las películas de tiros. Me guiaba mucho por la opinión de mis hermanas, poco entusiastas de Tom Mix. El as preferían a Wil iam S. Hart, el cowboy de ojos azules, héroe de los westerns, cuya especialidad era enfrentarse, en una partida de cartas, con el adversario. El revólver siempre a mano, el dedo en el gatil o, no erraba el blanco, tenía buena puntería. Admiraba a Maciste, casi le temía (Maciste, el Poderoso), el hombre más fuerte del mundo.

Hasta de noche, cuando la cantidad de chicos era menor en el cine, al proyectar los westerns el ruido se volvía ensordecedor. Nadie oía nada más: ni el violín, ni el piano, ni la flauta. Sólo se oían los silbidos y los gritos. Yo llegué a aconsejarle a Carmela que no tocase durante las películas cómicas y las otras que eran las preferidas de los niños, las de tiros y las series, pues nadie oía la música. Hasta mamá, que acostumbraba leer los letreros en voz alta para una pequeña audiencia que la rodeaba, hacía una pausa, ahorraba saliva. Era imposible en esos momentos entender lo que decían. Esperaba el intervalo para explicar las situaciones del enredo a las interesadas: doña Ursuriéla y sus dos hijas, Ripalda y Joana (que jamás habían ido a la escuela) y a otras en las mismas condiciones que las «Ursuriélas», como las llamábamos a escondidas, por broma de Wanda. Sólo así el as podían enterarse de lo que ocurría, gracias

a la solicitud de doña Angelina. En verdad, para mamá el hecho de leer en voz alta en el cine no representaba ningún esfuerzo, ningún acto de bondad, le complacía hacerlo. Acostumbrada desde entonces a hacerlo, muchos años más tarde, en medio de plateas más letradas, había que darle codazos para que no molestase a los vecinos de butaca con su lectura en voz alta.

El ruido disminuía sensiblemente llegando casi al silencio durante el desarrollo de las películas románticas, de los dramas de amor, última sección del programa, cuando, exhaustos, los niños se adormecían. Las mujeres se acomodaban en las duras e incómodas sil as de madera: por fin había llegado la hora de los llantos.

Con la sala de proyección aún iluminada, yo era trasladada hasta los

brazos de Maña Negra, sentada algunas filas adelante, junto a Wanda, que le leía los letreros. Todos los esfuerzos hechos para enseñarle a Maña Negra a leer habían sido inútiles. Su orgullo era superior a todo. ¿Y si no llegaba a aprender? No quería sentar fama de burra, demostrar algún signo de inferioridad.

Apenas se iniciaba la película dramática mis ojos se cerraban, pesados. No me perdía mucho, pues en casa escuchaba a mamá repetir la película, escena por escena, a las personas que no habían podido ir al cine y que la buscaban después. Eso sucedía siempre.

Muchos dramas de amor hicieron llorar a doña Angelina: *Honrarás a tu madre*

«arrancaba lágrimas hasta a las piedras», decía. *El precio del silencio*, con Lon Chaney y Dorothy Philips; *Altares del deseo* con Mae Murray; *La pequeña Anule Roonej*, con Mary Pickford; *Casi un romance*, con June Caprice; *Labios de carmín*, con Viola Dana; *La mujer disputada*, con Norma Talmadge y Gilbert Roland; *Cleopatra*, con Theda Bara; *La letra escarlata*, con Lilian Gish. Todas esas películas sacudían la sensibilidad de doña Angelina, principalmente la última, donde Lilian Gish abriendo la blusa mostraba en su pecho, marcada con sangre, una inmensa A. «¿Puede haber algo más conmovedor?»

DOÑA ANGELINA ES DERROTADA

Las películas italianas tenían éxito. Francesca Bertini atraía multitudes de compatriotas y nativos a los cines.

Un jueves mamá estaba excepcionalmente animada. Esa noche tendría oportunidad de ver al gran actor Ettore Petrolini en la comentada película *El hombre que vendió su sombra al diablo*. Mamá sabía todo sobre esa película, estrenada en los grandes cines hacía mucho tiempo. El «América» sólo exhibía películas viejas, reposiciones. Era necesario tener paciencia y esperar.

La novedad había sido traída por Vera. Llegó rápidamente de la cal e, ansiosa por dar la noticia. Al cruzar el ancho portón de entrada se lanzó corriendo para dentro, gritando, ahogada:

—¡Mamá! ¡Mamáaa! ¡Mamáaa!

Entre una pila de sábanas blancas ya planchadas y una cesta desbordada de ropa lavada, ahí estaba mamá en su tarea pasando la plancha.

—¿Qué pasa, hija? ¿Qué gritería es ésa?

Yendo a la habitación de donde venía la respuesta a sus gritos, Vera se presentó ante mamá, con la excitación en el rostro:

—¡Mamá, la última! ¿Sabe? ¡Hoy no hay soirée de damas!

—¿Cómo que no hay? ¿Qué invento es ése?

—Ningún invento, mamá. Pusieron un aviso en la entrada del cine.

—¿Un aviso?

—Sí. Un aviso escrito en letras negras y rojas. Dice así: «Hoy no hay soirée de damas. Están suspendidas las entradas de favor. La gerencia.»

Mamá interrumpió su trabajo, apoyó la pesada plancha. No creía lo que estaba oyendo.

—¿Leíste bien?

—Claro que leí bien.

—¡Eso no es posible! ¡Justo hoy que invité a Regina para que viniera con nosotras!. .

Vera le encontró gracia a la reacción de la madre, lejos de la que esperaba. Le echó más leña al fuego.

—Terêncio estaba allí. Estaba barriendo y lavando el cine. Le pregunté si los niños también pagaban la entrada completa. Y empezó a reírse de mí: «El cine hoy es para la gente que puede. El que no tenga que se vaya a otra parte. ¿Y

quieres saber otra cosa? Los niños hoy van a la cama bien temprano. Son órdenes del jefe. No entra nadie gratis. Entrada entera para todo el mundo, hasta para los niños de pecho.»

Ante el último detalle del relato mamá se enojó más. Se puso a gesticular.

Pero Vera aún no había terminado, quería completar su relato para ayudar a su madre a explotar de rabia:

—Terêncio dice que el patrón se va a l enar de plata. Que hace muy bien en cobrar la entrada entera porque todo el mundo anda loco por ver esa película.

— *Vigliacchi, maledetti!* —estal aba la cólera de doña Angelina.

—¿Bel acos y malditos, mamá? —interrumpió Wanda, siempre dispuesta a corregirla—. ¿El dueño del cine no es uno solo?

— *Farabutti, tutti quanti!* —reforzó mamá—. Todos esos capitalistas, explotadores de los pobres, sanguijuelas del pueblo. Nadie reclama, nadie protesta, y el os hacen lo que quieren. Aumentan el precio cuando quieren sin el menor respeto, sin la mínima consideración. Unos atrevidos sueltos con sus ganancias. ¡Unos atrevidos, son!

El recado estaba dado, el efecto conseguido, todo en orden. Vera se retiró.

Necesitaba informar, con urgencia, a otros desinformados.

María Negra, que asistía al espectáculo, tuvo ganas de dar su opinión. Doña Angelina no iba a volverse más pobre por una bobada así. Pero prefirió callarse. No dejaría de ir al cine esa noche, de ninguna

manera. Su «Linha», el empleadito de la farmacia de la esquina, al á estaría. Trató de apaciguar antes

de que ocurriese un desastre que malograse sus planes. Esa lengua desatada de doña Angelina podía recapacitar. No era la primera vez que asistía a una explosión de cólera semejante, no sería tampoco la última. Cada loco con su manía. Esa, la de su patrona, era una manía tonta: quería arreglar al mundo.

¡Dios la libre! Interrumpió a la oradora en lo mejor de su discurso:

—Bueno, yo me voy —rió, irónica—, la conversación está buena, pero no rinde nada y yo no tengo tiempo para perder, el trabajo me está esperando. Voy a hacer mis obligaciones. —Lo dijo y ya salía, conteniendo la risa.

¿Cómo podría soportarse semejante mala educación? Mamá hasta temblaba:

—¡Mocosa más atrevida! Ignorante. Por eso el mundo va como va. Ese pobre diablo de Terêncio se pone del lado del patrón, afrenta a una misma clase.

Infeliz, explotado; por la mañana limpia el cine, por la tarde distribuye el programa casa por casa, por la noche es acomodador. Y tiene un sueldo de hambre. Y se pone del lado del patrón —repetía—. ¿Vale la pena luchar por gente así?

Mamá no se entregaba fácilmente.

—Por mí hoy no hay cine. Hasta podría ir a la casa de doña Ursuriéla, de doña Antonieta y de toda la gente que va los jueves. Podría hacer un buen movimiento. Quiero verle la cara a ese ladrón, con su hermoso cine vacío. Eso es lo que se merece.

Temblando de ver a la «revolucionaria» poner en práctica sus teorías, con mucha diplomacia, Wanda arriesgó un consejo:

—¿Cómo mamá? ¿Usted cree que esas analfabetas, esas ignorantes, van a entender un problema así? ¡Ni lo piense! Lo que van a decir es que usted no anda bien de dinero. Nadie la va a escuchar. Todo el mundo está loco por ver la película. Usted misma, ¿no quería verla? Yo —sonrió la diabla— juro que voy.

La intervención de la hija echó agua fría en el hervor, la desanimó. Desistió de

«hacer un movimiento»; mamá ya sólo se lamentaba suspirando:

—Si encuentro resistencia hasta dentro de mi casa. . Sin apoyo y sin unión,

¿cómo luchar?

Derrotada, continuó su trabajo, con la cara seria.

HILDA

Acabábamos de comer cuando apareció Hilda, la mayor de las hijas de doña Regina. Traía un recado escrito para mamá. Doña Regina quería saber si también podía l evar a Hilda al cine, pues la niñera había l orado toda la mañana pidiendo que la llevara. .

Doña Regina había sido criada por la abuela Josefina desde la muerte de su madre, al llegar de Italia; eran de la misma región véneta y compañeras de viaje en la dura travesía. Ahora, la pobre trabajaba para criar a seis hijos, el marido estaba internado en un manicomio. Buena costurera, cosía para casas ricas. Sostenía el hogar a duras penas. Mamá era su puerto de arrimo.

Apenas algunos meses mayor que Vera, Hilda había asumido —¿y qué otra cosa podía hacer?— el mando de la casa. La madre salía temprano para el trabajo y volvía de noche, después de la cena; comía en la casa del cliente, una boca menos en su propia casa.

La infancia de Hilda no era alegre y su adolescencia no lo sería más. Cocinaba para sus hermanos, cuidaba a los menores. Cumplía con la ley de los pobres.

¿No era acaso la mayor?

El plato de Hilda no variaba: sopa de judías con macarrones hecha por la mañana, recalentada por la noche, desde el lunes hasta el sábado. El domingo cocinaba la madre. Compraba un pedazo de carne de segunda para acompañar los macarrones. Un banquete. Le tomé tanto asco a la pastosa sopa de Hilda —

jamás la había probado, sólo de verla me daban arcadas— que durante años no pude comer la sopa de judías.

Mamá leía la notita. Hilda, con los ojos hinchados fijos en su rostro, trataba de descubrir sus reacciones. Siguió la cuenta discreta y sutil de sus dedos. Se había parado en el sexto dedo. Comenzaron los cálculos mentales, mamá con un ojo semicerrado, perdido el otro en el espacio, controlando la operación de aritmética que hacía. Los labios en movimiento, silenciosos. Por fin, el resultado:

—¡Nueve! ¡Ahí está! —suspiró mamá—. Nueve mil reis es lo que me

va a costar.

La niña seguía allí plantada, afligida, a la espera de la demorada respuesta.

—¿Ya comiste, Hilda?

—No, doña Angelina. Como cuando vuelvo. No tengo hambre. .

—¿Y dejaste la ol a al fuego, muchacha? —se preocupó mamá.

—No, doña Angelina, dejé la comida lista, fuera del fuego. Ena y Yole ya comieron. Mi mamá está en casa, hoy volvió temprano. Doña Almerinda Chaves (esposa del político Elói Chaves) viajó a la estancia y se olvidó de dejarle la costura. Mamá se encontró con la puerta cerrada. Ahora está aprovechando para acabar unas costuras ahí en casa.

Por fin, doña Angelina resolvió terminar con la agonía de la muchachita, entró en el tema tan aguardado. Parecía contenta de su buena acción cuando decía:

—Mira, Hilda, dile a Regina que pase por acá antes de las siete contigo.

Tenemos que llegar temprano. El «América» va a estar repleto hoy.

Loca de alegría, Hilda ni se acordó de dar las gracias ni de decir hasta luego.

Corrió como loca.

CONFLICTO DE SENTIMIENTOS

Yo también había seguido atentamente todos los cálculos de mamá. Hice las cuentas: mamá, María Negra, Wanda, Vera, doña Regina, Hilda: seis.

—¿Y yo? —pregunté sorprendida.

—Vas a la matiné del domingo —dijo mamá cerrando el asunto—. La película de hoy es terrible, no es para niñas de tu edad.

Lastimada, ofendida, herida en lo más hondo de mis celos, salí corriendo, no quería que nadie me viese llorar. Me refugié detrás de la puerta de un cubículo oscuro que servía de bodega, donde apenas cabía un barril de vino italiano acostado sobre dos caballetes. Me sentía la más infeliz de las criaturas. Mamá había tenido lástima de la hija de los otros y no de su propia hija. Ese pensamiento me provocó torrentes de lágrimas. Lloraba bajito, con enorme sentimiento. Ideas de venganza me asaltaban: «Ojalá que Hilda se sentase al lado de mamá, recostase la cabeza en su hombro y le pasase piojos. Muchos piojos. De esos que Hilda y sus hermanos tienen, a mil ones, enormes, negros.» Ese recuerdo me hizo sonreír. Después pensé: «¡Qué bueno si yo fuese hija de mi tía Margarida! Dos hermanas y tan diferentes. Tía Margarida era buena. Nunca le haría una cosa así a una hija suya. El a me quería mucho.

Pero si la tía Margarida fuese mi madre, papá no sería mi padre.» Ese descubrimiento me enfrió. El tío Gino era bueno pero muy nervioso, yo no lo quería como padre. Tuve otra idea. La tía Dina también podría ser mi madre y sería óptimo. Entonces papá en lugar de ser mi papá sería mi tío. La tía Dina era tan amable, era la única persona que me había hecho un regalo de cumpleaños (en casa nunca se celebraba el cumpleaños de ninguno de nosotros, mamá decía «¡Qué idiotez celebrar los cumpleaños. .!» Y la tía Dina me trajo un regalo porque le conté (a escondidas de mamá) que cumplía años al día siguiente. Me trajo chocolates en forma de animalitos y de cigarrillos; de mamá conseguí una cara terrible:

—¡Qué chica más atrevida! ¡No tenía que hablar de su cumpleaños con nadie!

¿Qué va a pensar la tía? ¿Que está pidiéndole un regalo? ¡Qué cosa

más fea!

¡Hace avergonzar una cosa así!

La tía Dina no podía ser mi madre, pobrecita. Tenía los ovarios secos. Nunca tuvo hijos. Supe eso por una conversación entre mamá y tía Margarida. Mamá decía que tenía que ser los ovarios secos porque la tía Dina estaba con su

segundo marido. . ¡y nada! La tía Margarida decía que también podía ser la matriz dada vuelta.

Conseguí un buen pel izco de mamá cuando le pregunté qué era eso dé los ovarios secos. Se escandalizó. Niña peligrosa, siempre con el oído puesto en las conversaciones de los mayores; si llegase a repetir eso en presencia de la tía Dina o de cualquier otra persona me daría una paliza. Acabó el reto con un proverbio que le gustaba repetir:

— *Ragazzi e pol i smerdano la casa.*

Después de mucho llanto, de sufrimiento, de ideas de venganza y sobre todo, de aspirar el fuerte olor del vino, me quedé dormida.

Tito me despertó al descubrirme por azar, en el momento en que abría la canilla de madera del barril para llenar la jarra para la comida.

PAPÁ, EL GIGANTE

El grupo salió de casa como estaba previsto mucho antes de la hora acostumbrada y yo quedé al cuidado del abuelo Eugenio, padre de mamá, que había venido a vivir con nosotros después de la muerte de la abuela Josefina.

Lloré bajito, desconsolada, al ver la caravana que partía. No me consoló la mirada de pena de María Negra —la única que se preocupó de mí—, por el contrario, me hizo todavía más infeliz.

Papá había salido por la tarde, no había vuelto para la cena.

Mi esperanza era que él llegase pronto, quería desahogar mi tristeza. Sabiendo que encontraría en él un pecho abierto, resolví esperarlo ante el portón de cal e. Al í me planté, recostada en las barandas de hierro y después de una larga espera, cansada, resolví sentarme al borde de la ventanita de afuera, a la sombra de un enorme árbol de la

cal e. De pronto se detuvo un auto y papá salió afuera. No tardé un minuto, rompí en un llanto convulsivo. Papá se me acercó: ¿quién lloraba así?

—¿Eres tú, hijita? —me preguntó alarmado—. ¿Por qué estás llorando aquí en la calle?

Los sol ozos casi me impedían hablar.

—Se fueron todas al cine y me dejaron sola en la casa. . —largué.

—¿Y el abuelo no está?

—Está durmiendo.

—Vamos al á adentro, entonces me contarás todo lo que te hicieron.

Enterado de lo sucedido, me enjugó con un pañuelo las lágrimas y me habló:

—Anda rápido a arreglarte, a pasarte agua por la cara, y le daremos una lección a esas mujeres malvadas.

No esperé que repitiese la orden, entré en mi cuarto ligera, tomé un gorro de lana tejido al crochet, verde y con rayas rojas, me lo coloqué en la cabeza, casi enterrado hasta los ojos, me envolví el cuel o con una bufanda negra y verde que era de papá y me presenté:

—í Ya está!

Salimos de la mano, papá, ese gigante y yo, al á abajo. ¡Qué bien tener un padre así!

—Ahora nos vamos a comprar un palco. Quiero ver la cara que ponen cuando nos descubran entre la gente. . —papá se iba riendo de su plan, contento de sentir mi emoción, la de poder vengarme y sobre todo, de haber conseguido secar mis lágrimas y restituirme la risa.

El programa había empezado hacía mucho tiempo. El «natural» ya había terminado —¡Gracias a Dios!— y la cinta cómica llegaba a su fin. ¡Qué cosa más extraña! No había el ruido acostumbrado, sólo algunas carcajadas. La

«maxixe» que acompañaba la película se oía perfectamente, el violín de Carmela sonaba lastimoso. El cine estaba repleto, sobraban sólo algunos palcos vacíos. Buena razón había tenido Terêncio al anunciarle a Vera que esa

noche los niños se irían temprano a la cama. Según las teorías de mamá,

«víctimas de las sanguijuelas del pueblo».

¡Qué delicia estar en ese palco por arriba de la platea y al lado de mi padre!

¡Yo nunca había soñado algo así! Mi interés por la comedia en ese momento había dejado de existir. Todo lo que yo quería era que se encendiesen las luces.

Finalmente la sala se iluminó. La primera en descubrirnos —no podía ser otra— fue Vera. ¡Soltó un grito!

—Mirad a papá con Zélia en un palco.

Gritó y vino corriendo.

—Aquí nadie se sienta —anunció papá, categórico—. Este palco es de nosotros dos. Puedes irte con tu madre y las otras. Aquí no entra nadie más.

Mi corazón estal aba de alegría. Lástima que no estuviesen presentes los chicos, con los que me peleaba siempre. Se morirían de envidia.

La orden de papá dejó a mamá muy contrariada. «¡Un hombre sin juicio, eso es!» Cumpliendo sus caprichos de esa manera terminaría estropeando a la chica. Por lo demás ya estaba muy estropeada. Si Ernesto estaba pensando que el a deseaba sentarse en el palco estaba rotundamente equivocado. Para el a, Angelina, bastaba una sil a común. La cinta era la misma para los

«burgueses» de los palcos que para los «proletarios» de las sil as.

Esos recados insultantes —y otros más— fueron trasmitidos por Vera, detal e por detal e, en un lleva y trae de no acabar hasta el momento en que se reanudó el programa.

Asistí a todos los lances del diablo y de la sombra hasta el fin. Esa noche no me dormí en el cine, ni más tarde, en la cama. ¡Qué cinta más terrible! Mamá tenía razón. El diablo colocaba un candelabro con las velas encendidas detrás del violinista durante su concierto, en el escenario, para que todos advirtiesen que el músico ya no tenía sombra. Debía ser terrible que una persona no tuviese sombra. Nunca antes había pensado en un problema así.

Y jamás le confesé a nadie, mucho menos a mi madre, el miedo que sentía al ver a Petrolini transformado en diablo.

Volví a casa de la mano de papá. Yo allá abajo, él, un gigante que casi llegaba al cielo, protegiéndome. Siempre me protegería —de eso estaba segura— con su fuerza y su bondad, contra todas las injusticias, contra cualquier diablo que quisiese apoderarse de mi sombra.

EL CIRCO

El circo era el espectáculo que nos llenaba de mayor entusiasmo.

Desdichadamente era poco frecuente. Íbamos sólo a los que levantaban su carpa de tarde en tarde, en un terreno baldío frente al «Cine América». Por ahí pasaron algunos circos famosos. Faltó el «Sarrazani», demasiado grande para las dimensiones del terreno de la Consolação. De él sólo tuve noticias y me quedé con las ganas de verlo. En compensación no falté al circo «Piolim», el de los «Hermanos Queirolo» y a varios otros, todos estupendos.

Ídolo de los niños era el payaso Piolim, artista maravilloso. También Chicharráo, payaso lleno de inventiva, que ocupaba el corazón de todos los chicos.

Me intrigaba el acento español de los animadores de la función. ¿Por qué hablarían así? Nunca lo supe. Apreciaba mucho la rapidez y desenvoltura de los ayudantes, poniendo y sacando pasarelas y alfombras, cubiertas de madera, enormes jaulas pesadas, trapecios y los alambres de acero.

La banda del circo se movía conmigo; sus piezas me daban ganas de salir bailando, de participar en los números del picadero al lado de los artistas.

Íbamos al circo una vez por temporada, pero eso era secundario; mientras la carpa permanecía al í, el barrio se transformaba, tenía vida nueva, hervía de

animación. Lo mejor de todo era la propaganda anunciando los programas del espectáculo.

La hacían con la banda de música, alegre y contagiosa, abriendo alas en festival de colores; el payaso, sobre un burrito todo adornado, sentado al revés, de cara para la cola, los pies casi tocando el suelo; elefantes que llevaban sobre sus lomos cubiertos de mantas bordadas a gentiles trapecistas que distribuían besitos con las puntas de sus finos dedos, perritos amaestrados vestidos de bailarina y hasta jaulas con leones y tigres, colocadas sobre planchas con ruedas, arrastradas por

los empleados del circo: los ayudantes.

Al oír la banda, desde lejos, no había quién me retuviese en casa. Me iba detrás de la multitud, mezclada con los niños de la cal e, haciendo coro con el os, respondiendo a las preguntas del payaso:

¿Hoy hay mermelada?

Hay, sí señor.

¿Hoy hay goiabada? (4)

Hay y si señor.

¿Y el payaso que' es?

Es ladrón de mujer.

A dos pasos de nuestra casa, en una bifurcación que separaba la Consolação de la Rebougas, entre la Avenida Paulista y la Alameda Santos, había un gran bebedero redondo, de hierro trabajado, donde los animales de carga saciaban su sed. A ese bebedero conducía la gente del circo diariamente a los animales de gran tamaño: elefantes, camel os, cebras y cabal os. Yo no me perdía el espectáculo fascinante y gratuito. Adoraba ver a los elefantes llenándose de agua la trompa para arrojarla sobre los chicos.

Muchas veces me buscaron y encontraron lejos de casa, completamente olvidada de todo, feliz detrás de los payasos, sin pensar en la aflicción de mamá al advertir mi ausencia.

PARQUE ANTÁRTICA

Pero el mejor programa, el mayor para mí, era la visita al Parque Antártica, en la Avenida Agua Branca. ¡Ay, qué frío en el estómago al subir a su rueda gigante! iY el carrusel! ¿Era acaso poco emocionante montar esos coloridos caballos de madera? Llegaba a sentir vértigo en ese sube y baja de los cabal os dando vueltas, dando vueltas. . Había un hábito intolerable entre los adultos: se plantaban de pie, cada uno al lado de su niño. Yo detestaba esa protección, prefería andar suelta, galopar en libertad. En el fondo, en el fondo, ¿no sería un pretexto de los conocedores para divertirse a costa de nosotros? ¿Y los trenecitos arrastrados por un burro que circulaban por todo el parque? ¿Y las carrochas llevadas por chivos y carneros? ¿Y los pirulíes de todas las formas y colores? ¿Y los globos sujetos por una cuerda volando al cielo? ¿Y los copos de azúcar? ¿Y las gaseosas y los sándwiches? ¡El Parque Antártica era divino! Una pena que no pudiésemos frecuentarlo siempre. No ganábamos nada pidiendo que nos llevasen, l orando, berreando.

—¿Al Parque Antártica otra vez? Estos niños quieren todo lo que ven. ¡No, yo no soy Matarazzo ni un Crespi! —se disculpaba papá.

Mamá reforzaba la negativa del marido, aprovechaba para enseñarnos un poco de su lengua:

— *Bisogna un sacco di soldi*, una bolsa de dinero, sí señor —traducía.

Por flaco consuelo, nos llevaba al *Jardim da Luz*, menos divertido, pero mucho más económico. Para decir la verdad, poca cosa había que hacer en ese bendito *Jardim da Luz*: correr detrás de los animalitos sueltos por el parque —

¿qué gracia era ésa?—, tomar la merienda traída de casa en una cesta, naranjada o limonada acondicionada en botel as también traídas de casa. Para que nuestros padres tuvieran presente el crecimiento de los hijos de vez en cuando nos sacábamos una fotografía, de pie a la gruta —artificial— en medio del *Jardim.*

La vuelta era penosa. Cansada de tanto correr tenía que venir de pie en el tranvía, para no pagar pasaje. Aunque hubiese sitio en un banco, mamá me

llevaba sentada en su falda o me mantenía de pie, en el caso de que la

falda estuviese ocupada por los paquetes y la cesta, cosa habitual. No quería derrochar dinero. Así, hasta los siete años, nunca sentí el contacto de la madera barnizada de los bancos de los tranvías para no pesar en el presupuesto del transporte.

EL TRANVÍA

Wanda y Vera leían en voz alta los anuncios de medicamentos colocados en el tranvía. Hasta yo que no sabía leer (no leía, pero podía señalar con el dedo sin equivocarme el medicamento anunciado), entraba en la competencia repitiendo rápidamente los textos aprendidos de memoria de tanto oírlos.

Mucha gente se admiraba de ver a una niña tan pequeña leer de esa manera:

«Vea ilustre pasajero *el bello tipo alegre* que tiene a su lado. *Y mientras tanto, créalo,* casi murió de bronquitis, / lo salvó el Rhum Creosotado!»

«Cantando divulgaré por todas partes: ¿Tos? ¡Bromil!»; quien tomaba Bromil era mi primo Bruno que siempre andaba con bronquitis. «Píldoras de vida del Doctor Ross», la medicina de tía Clara, la mujer del tío Remo, que sufría de estreñimiento crónico. «Tónico Iracema, conserva los cabel os negros, naturalmente», ése era el tónico del tío Augusto, marido de tía Dina.

«Fermento Láctico Fontoura, contra acidez y mala digestión», ésa era la medicina de mamá; muchas veces me inventé un dolor de estómago para poder tomar las deliciosas pastillitas. «Abajo drogas malvadas / en el mundo de los jabones *reina deslumbrante sol* apareció el bendito *jabón de eucalipto* llamado Eucalol.» Mamá no lo compraba, prefería uno —no sé de qué marca— perfumado al heliotropo. «Biotónico Fontoura, el más completo fortificante.» Jamás le conté a nadie lo que me sucedía cuando leía el rótulo verde claro de ese conocido medicamento, pues yo guardaba el secreto de la asociación de ideas, insólita si no tuviese una explicación para el a, que me unía a semejante aviso. El frasco del «Biotónico» me recordaba un sombrero de torero, todo bordado con coloridos arabescos.

Tía Eugenia, la mujer de tío Aurelio, hermano de papá, había sido criada desde pequeña por la familia Baruel, propietaria de una acreditada droguería de Sao Paulo, la «Droguería Baruel». Criada en la casa, es decir, durante muchos años sirvienta sin salario.

La tía Eugenia era mulata *acaboclada* (5), muy desenvuelta, de lengua suelta y alegre. Nos contaba, con gran orgullo, historias de la familia que la había criado. La visitaba periódicamente, volviendo siempre de

la visita cargada de paquetes: ropas usadas para el a y los hijos, que eran muchos. De vez en cuando también conseguía frascos de fortificante para los niños.

Al regresar cierta vez de una de sus visitas a la mansión Baruel, la tía Eugenia resolvió darse una vueltecita por casa. Quería exhibir las maravil as que acababa de recibir. De un paquetón colocado sobre la mesa del comedor empezaron a salir vistosos trajes de carnavales pasados.

Entre las arrugadas ropas multicolores, se destacaba, fascinante, un traje de torero completo, con capa y sombrero «¡Jesús!» —exclamé—, «¡qué sombrero más elegante!». De terciopelo negro, todo bordado con lentejuelas.

—¿Los cuernecitos van de lado, tía? —pregunté preparándome a colocarlo sobre mi cabeza.

Un grito agudo de advertencia partido de la tía Eugenia —escandalosa como ella sola— me asustó, me hizo soltar el sombrero con un ademán rápido.

Como en un pase mágico, la dueña de la rara prenda tomó el sombrero y retiró de su interior un frasco del «Biotónico Fontoura».

—¡Salvado por milagro! —rezongó la tía Eugenia, blandiendo el frasco, fusilándome con una mirada de recriminación, mientras los otros frascos fueron apareciendo en medio de los cuel os de pierrots y colombinas.

Llegaba el momento del anuncio prohibido: «La salud de la mujer»: dos figuras de mujer ilustraban la propaganda: la cara triste en una, antes de tomar la medicina; la cara alegre en otra, después. ¿Por qué diablos mamá le prohibía a sus hijas que leyeran ese anunció en voz alta? ¡Cosa más rara! «No queda bien» era su explicación. Y asunto terminado. Yo sorprendí risitas y miradas

maliciosas intercambiadas entre. Wanda y María Negra. No me gustaba quedar fuera, como una idiota; traté de buscarle una explicación a esa censura. La busqué y la encontré: «La salud de la mujer» me hacía recordar a doña Ada, que vivía en la Alameda Santos, aunque la mujer del anuncio era una discreta morena y doña Ada era una rubia exuberante. Doña Ada vivía sola, servida por dos criadas. No visitaba a nadie y ningún vecino la visitaba. A la noche se veía l egar un auto que estacionaba a la sombra de un copudo árbol, en la cal e, cerca de la casa. Un ciudadano bajaba del automóvil y

discretamente se colaba por la puerta apenas entreabierta de la casa de la vistosa señora.

En cierta ocasión escuché a mamá comentar con doña Regina que el

«marchante» de doña Ada debía ser un «pezzo-grosso», pues se escondía, no quería ser reconocido. Yo pensé que mamá se refería a la manera de caminar del hombre y di mi opinión: nunca había visto que el hombre marchara, más bien daba una corrida. . Doña Angelina le encontró mucha gracia a mi ingenuidad: «L'innocenza!» Esa fue una de las gracias de la hija de doña Angelina que pudo ser contada y repetida.

Mamá en cambio no se rió, por el contrario, se enfureció, cuando le conté que doña Ada me había llamado, me había ofrecido *gianduias* y me había preguntado sobre nuestra vida. Entre otras cosas se había mostrado interesada en saber si papá y mamá solían pelear.

Enojada, doña Angelina subió la voz: «¡Qué mujer más atrevida! ¡Bien que doña Eponina me había prevenido —doña Eponina era otra vecina que vivía en la ventana mirando la vida ajena; hablaba dulce y sibilante, iba haciendo comentarios malévolos— que esa sujeta es una buena pieza! Mujer llena de salud —de ahí mi asociación con "La salud de la mujer"—, no trabaja, no hace nada, una vagabunda que vive emperifol ándose y necesita a dos criadas para que la sirvan como a baronesa. Un viejo de noche y jovencitos de día. . ¿No le alcanza? ¿Ahora qué quiere? ¿Para qué tanta pregunta? Y usted —se dirigía a mí— no vaya a hablar más con esa "troia": ¿entendió, *signorina*?»

Me asombré con el enojo de mamá y sobre todo con la frase «. .esa sujeta es una buena pieza». La pieza para mí era cada uno de los cuartos de la casa.

No había duda, mamá prohibía la lectura del anuncio de «la salud de la mujer»

simplemente porque no le gustaba doña Ada. Era eso.

Los anuncios de remedios en los tranvías nos distraían tanto, a mí por lo menos con las asociaciones de ideas, que me hacían olvidar el cansancio de viajar de pie, me acortaban el tiempo del trayecto. Cuando menos lo esperaba ya estábamos llegando.

MI ALAMEDA SANTOS

La Alameda Santos, vecina pobre de la Paulista, heredaba todo lo que pudiese comprometer el confort y el estatus de los habitantes de la otra, de la vecina famosa. Los entierros, salvo raras excepciones, jamás pasaban por la Avenida Paulista. Eran desviados hacia la Alameda Santos, por el a desfilaban los cortejos fúnebres que se dirigían al Cementerio del Aragá, no muy distante de al í. Ruedas de carruajes y patas de cabal os jamás tocaron el bien cuidado pavimento de la Paulista. ¡Todo por la Alameda Santos! Ni los carritos de reparto del pan, ni los burros del reparto de la leche con sus enormes tarros colgados de los palos, uno a cada lado, aunque pasaban a la mañana muy temprano, tenían permiso de transitar por la Paulista.

Nuestra cal e era, pues, una de las de mayor movimiento y la más estruendosa del barrio, con un permanente desfile de animales. Enormes cabal os negros, adornados con penachos también negros —cuanto más rico era el difunto mayor el número de caballos— arrastrando el coche fúnebre, no hacían la menor ceremonia: con su paso lento, levantaban la cola e iban fertilizando abundantemente los paralelepípedos de la cal e.

Cada vecino tenía derecho a las porciones de boñigas depositadas frente a su casa, en mi Alameda Santos. (Cuando digo mi Alameda Santos me refiero al trecho entre la Rúa da Consolação y Bela Cintra, de casas modestas, donde todo el mundo se conocía y se trataba.) Provistos de latas y palas, había siempre chicos dispuestos a hacer el servicio de recoger y entregar el material por unos centavos.

Los días de difuntos poderosos doña Angelina no dormía bien; se quedaba de atalaya a la espera de que pasase el último acompañante del entierro para en seguida disponer la transferencia de las boñigas —rico alimento para sus plantitas— del medio de la cal e para adentro de su puerta. No era un azar que su jardín floreciese, llamando la atención de los que pasaban, que se detenían a admirar las flores tan bel as, espectaculares, orgul o de la delicada jardinera.

DON GATTAI LEE EL DIARIO

Todas las mañanas, después del café, papá leía el O Estado de Sao Paulo, único diario que se compraba en casa. Lo hacía de pie, con el diario abierto sobre la mesa, y las manos sosteniendo el cuerpo, medio inclinado sobre las hojas. Se quedaba largo rato interesado en los artículos políticos, enterándose de los acontecimientos del mundo a través de los telegramas del diario matutino.

Don Ernesto leía correctamente, pero lento, palabra por palabra. Escribía también lentamente, pero su caligrafía era buena, llena de personalidad.

Apenas había tenido unos meses de escuela, los suficientes para aprender el alfabeto y las cuatro reglas. El resto, todo lo que sabía, era resultado de su esfuerzo y su voluntad de aprender. Para hacer cálculos, don Gattai no sufría, era un coloso. Llegaba a cualquier solución sin auxilio de lápiz y papel. Resolvía todo en su cabeza: «No necesito mucha gramática para hacer mis cuentas», afirmó cierta vez, al dar el resultado de un problema considerado muy difícil.

CORTEJOS Y APUESTAS

Mamá y las niñas esperaban pacientemente que el jefe de familia terminase su lectura. Se echaban en seguida sobre el enorme periódico, iban derecho a la columna de necrológicas, nunca deseando hal ar el nombre de un amigo, pero siempre buscando nombres conocidos. Estaban al tanto de los muertos y de los horarios de los entierros. Hacían sus cálculos: a tal hora pasará frente a

nuestra casa. Claro que no todos los entierros despertaban igual interés. Los de muerte violenta, atropel ados, desastres, asesinatos, eran los más apreciados. Las ventanas resultaban estrechas para contener a tantos curiosos.

Los entierros de gente joven, de muchachas especialmente, nos llevaban muchas veces al cementerio, queríamos verles el rostro.

Estábamos siempre al día sobre el movimiento funerario, podíamos proveer información a quien lo solicitase:

—¡Wanda, Vera, doña Angelina! —era Saverio, el hijo menor de don Roque, quien gritaba a la puerta—: Mis hermanas me mandan preguntar si hay algún entierro importante hoy.

Marieta, Tereza y Ripalda Andretta, muchachas bonitas e inteligentes, gozaban como todos los vecinos de la cuadra con el paso de los entierros, era uno de los pocos espectáculos a que tenían derecho. Criadas bajo régimen de casi esclavitud, jamás habían ido a la escuela y no salían de la casa si no las acompañaba la madre.

¡El sitio de la mujer es la casa! ¡Una hija nuestra lo que tiene que aprender es a cuidar al marido y el hogar, eso sí! Nada de escuela. La escuela no sirve para la mujer. ¿Para qué necesita saber leer una mujer? ¿Para mandarle cartitas a sus novios?, preguntaba y afirmaba doña Antonieta, la madre de familia, el a también esclava.

La teoría de conservar a las hijas en el analfabetismo para evitar la correspondencia con los novios no era exclusividad de los Andretta. Muchos otros vecinos del barrio, principalmente las familias del sur de Italia —los meridionales, como los llamaban los del norte— también la utilizaban para justificar la ausencia de las hijas en la escuela.

Cuando había algún buen entierro, al decir de Saverio, la animación crecía, los vecinos apostaban: ¿cuántos cabal os conducirán el coche fúnebre?, ¿cuántos automóviles lo acompañarán?, ¿cuántos carruajes con coronas habrá?, ¿más hombres o más mujeres en el cortejo?

Sobre el anochecer, terminado el movimiento, el vencedor de la apuesta ganaba como recompensa sólo la excitación del juego y la alegría de la victoria.

Nada más. Al desaparecer en la esquina, rumbo al cementerio, el último entierro del día se llevaba consigo toda la animación de la calle.

LAS TRES TURCAS

Si nosotros éramos buenos en las apuestas, las tres turcas de enfrente, vecinas más o menos recientes, no se quedaban atrás, eran buenas para los presagios Huérfanas de padre pobre, habían llegado al Brasil hacía poco más de dos años, gracias a un tío rico que había mandado a buscarlas a Siria (¿o al Líbano?) directamente para la Alameda Santos. Se expresaban mal en portugués, pero eso no impedía que nos entendiéramos. No fue difícil descubrir que ellas también se distraían con los entierros. El sistema de vida de las turcas era bastante parecido al de las napolitanas. La única ventaja de las vecinas de enfrente sobre las de al lado era cultural: sabían leer y ¡oh, lalá!

hablaban francés. El tío las guardaba bajo siete llaves con el apoyo de la cuñada, madre de las jóvenes. Estaban esperando un casamiento, rico o por lo menos apropiado. Que estuviesen el as de acuerdo o no en aceptar el marido adecuado no tenía importancia. La determinación de tutor debería ser aceptada sin objeciones. Muy rico, el tío vivía en un palacete propio, de estilo morisco, en la Avenida Paulista, y su palabra era ley.

Reclinadas sobre las ventanas de la modesta casa en que vivían, las muchachas se distraían observando todo lo que pasaba por la cal e y la vecindad.

Adoraban espiar de noche, por detrás de las cortinas tejidas de las ventanas, a las parejas de enamorados por las cal es, escondidas en las puertas y en los rincones oscuros. Unos viejos gemelos les facilitaban la tarea y el placer. Fui yo quien descubrió la experiencia de esas diablas —los gemelos colgados del marco de la ventana— una vez que me llamaron para tomar la deliciosa

«limonada de naranja» preparada a la manera árabe y empacharme con pastelitos y dulces. A cambio de las golosinas que me ofrecían yo las entretenía cantando, improvisando danzas y tarareando.

Creo que contribuí un poco con mis inocentes shows, a atenuar la impaciencia de la espera en que se consumían las bel as y fogosas turcas.

ENTIERROS DE PRIMERA CLASE

Siempre que había entierro de un árabe importante mamá le mandaba en seguida un aviso a las compatriotas del fal ecido. A lo mejor eran conocidos. El recado iba y mamá, en la puerta, quedaba esperando el resultado. No tardaba en abrirse la ventana de enfrente y una de las tres muchachas aparecía; a veces dos, y no era raro que aparecieran las tres. Marie, Salma y Leone. Hacían una indicación de cabeza y una sonrisa de agradecimiento por la información.

Bien educadas las tres turcas. En realidad, como ya lo mencioné, no eran turcas —y tampoco les gustaba que así las llamasen—, sino sirias o libanesas.

Pero existía la costumbre de llamar turca a cualquier persona de lengua árabe, así como rusos a todos los judíos.

Los funerales árabes impresionaban por su pompa. En él participaban los padres maronitas, figuras imponentes.

Completamente vestidos de negro, con barbas cerradas y largos y vistosos medal ones de pedrerías colgando sobre sus vientres, amplios paños volanderos partían de sus altísimas mitras. Esas mitras hacían que me parecieran hombres inmensos, terribles, y que en más de una ocasión perturbaran mi sueño.

Algunos entierros de figuras de gran rango social o económico rompían el tabú y desfilaban por la Avenida Paulista, camino del cementerio de los ricos, el cementerio da Consolação.

ENTIERROS DE ANGELITOS

Vera tenía un buen olfato y cada cierto tiempo descubría un entierro de angelito para acompañarlo. El a y sus amigas eran expertas en cargar pequeños ataúdes, siempre provistas de un pañuelo que les protegía las manos del metal delgado de las abrazaderas. Las largas y fatigosas caminatas hasta el cementerio eran recompensadas con puñados de confites y deliciosos caramelos, distribuidos a la vuelta del entierro por los familiares del niño muerto. Curioso hábito de la época, que garantizaba un numeroso acompañamiento al funeral, l oviese o hiciese sol.

El primer entierro que me permitieron acompañar fue el de una criatura hija de doña Deolinda y de don Antonio, dueños de una verdulería y frutería en la Consolação, de la cual éramos clientes.

Fue en 1922, cuando la llegada de Gago Coutinho y Sacadura Cabral en su espectacular raid aéreo: Portugal-Brasil.

São Paulo estallaba en fiestas: se celebraba el Centenario de la Independencia del Brasil y la llegada de los intrépidos lusitanos.

El gran desfile conmemorativo fue realizado en la Avenida Paulista. La preparación de la espectacular parada comenzó días antes. Papá colaboró a la fiesta cediendo su garaje para convertirlo durante varios días en depósito de materiales. Y hasta se montaron, en enormes marcos ovalados, los retratos de los héroes de la independencia: Don Pedro I, José Bonifacio de Andrada e Silva, canónigo Januário da Cunha Barbosa, José Clemente Pereira, Joaquim Gonçalves Ledo y otros. Me impresionaban aquel as grandiosas figuras coloridas de hombres austeros con barbas o patil as, pero lo que realmente me encantó fueron las pequeñas copitas de grueso vidrio de colores, que circundando los marcos de los retratos, tenían en su interior velas que serían prendidas en el momento del desfile. Nuestra casa estaba repleta de parientes y amigos que vinieron de lejos para presenciar los festejos. Un movimiento más intenso que el del carnaval y de los días de finados. Preparamos *canjica*

(6) y arroz con leche, mamá no quería dejar a nadie sin su ración.

Doña Deolinda y don Antonio, buenos patriotas portugueses, no querían perder la oportunidad de rendir homenaje a sus compatriotas, a los héroes del aire, que tanto les envanecían, emparentando la gran

manifestación organizada por el pueblo con los hermanos portugueses. Tenían dos hijos. El mayor, Xisto, había nacido deficiente, con una enorme cabeza, casi más grande que su débil cuerpo. Se pasaba el día entero, con aire idiotizado, en la puerta de la tienda, sentadito en un cajón. La nena había nacido normal, fuerte y muy despierta para sus seis meses y compensaba a los pobres padres del disgusto del primogénito.

Esa noche se había presentado el problema (la nena siempre tan sana se había puesto enferma justo cuando llegaron los aviadores) de con quién dejar a la criatura. Tenía fiebre y las noches estaban frías. Al fin, por falta de quien la cuidase, resolvieron llevarla envuelta en una manta; la nena también homenajearía a los compatriotas, tendría algo que contar cuando fuese grande.

Con el mayor no había problema, dormía la noche entera. . Días más tarde nos vinieron a avisar, por la mañana, de que la nena de los comerciantes había muerto.

Las puertas de la tienda semicerradas; al á adentro, en el fondo de la casa, l antos y lamentos. Mamá también lloró al ver la desesperación de la pobre mujer que se culpaba de la muerte de la hija. Además, era lo que se comentaba ese día, lo que corría de boca en boca, en voz baja. Mamá fue a comprar flores para el angelito. Le dio a Wanda un ramo de *angélicas* (7)

recomendándole que las desparramara sobre el cuerpecito de la finadita. Nos mandó acompañar el entierro a todos. El a no volvería al á, se había quedado muy impresionada, no aguantaba tanta tristeza.

El cajoncito ya estaba repleto de flores cuando llegamos con las nuestras.

Quedé orgullosa de la tarea que Wanda me confió: yo cargaría con las flores en el acompañamiento. Me agarré a las flores, las apreté contra mi pecho.

La tapa fue cerrada, doña Deolinda se arrancaba los pelos, gemía de desesperación, don Antonio movilizaba un incontrolable moco que no le salía de la nariz, para abajo y para arriba. Wanda y Vera tomaron la delantera del

cortejo llevando las abrazaderas delanteras, conduciendo el cajoncito blanco hacia fuera, pasando apretadamente entre naranjas y mandarinas apiladas que amenazaban caerse, montañas de piñas y trozos de plátanos, cajones de calabacines y de tomates.

No volví a la verdulería después del entierro para recibir mi parte de

«Rebuçados de Lisboa» (8). El perfume activo de las flores que había llevado, pegadas a la nariz, la larga caminata bajo el sol o, quién sabe, la impresión de ver a la niña que yo conocía desaparecer debajo de la tierra, me descompusieron el estómago; fui llevada aprisa para casa, vomitando sin parar.

DOCTORA EN PLANTAS

Todas las mañanas, después del café, mamá daba una vuelta por sus jardineras de flores. Maestra en jardinería, conocía el temperamento y las preferencias de las plantas. Conversaba con el as, cortando un tal ito caído aquí, levantando un gajo curvado al á, «¿quién te dobló, eh?», llevaba un poco de tierra a las que la necesitaban, ataba el pesado tal o florido a una estaca que antes había clavado en la tierra, le daba a sus amigas toda la asistencia que le reclamaban.

Las flores de doña Angelina eran muy apreciadas, la gente se detenía ante el portón para contemplarlas.

Cierta mañana, viendo a mamá de rodil as, conversando sola, me acerqué.

Estaba desolada:

—¡Mira, mira! De ayer a hoy esta planta de amarilis entristeció, se va a morir.

Yo no me engaño. Fue la peste del gusano que avanzó por el bulbo. Vas a ver.

Con sus dos manos, sin el auxilio de ningún instrumento, fue cavando cuidadosamente» la tierra alrededor de la planta hasta llegar a la raíz.

—Ve a traerme un cuchil o de al á dentro —me ordenó.

No tardé. El cuchillo en la mano, ansiosa por asistir a la operación gusano. Con especial maestría «para no maltratar demasiado a la pobrecita planta» la doctora fue derecha al intruso. Ahí estaba el bicho, gordo, blanco, bien nutrido. Después de retirado el bicho, pasó un poco de carbón sobre la llaga abierta en el bulbo. La jardinera comenzaba a plantarlo de nuevo, cuando desde el portón, una voz aguda y dulce al mismo tiempo, voz inconfundible, con acento napolitano, llamó:

—¡Doña Angiolina!

—¡Ay, Dios mío del cielo! No aguanto a esa vieja -rezongué.

DOÑA VICENZA

Mamá se dio vuelta, ahí estaba doña Vicenza con su rodete apretado en lo alto de la cabeza, y la barriga empinada cubierta por el descolorido delantal negro, una verruga en la nariz y ojos chiquitos y expertos. Mamá me tomó del brazo, me advirtió en voz baja al mismo tiempo dura y cautelosa:

—Zélia, por favor, no seas maleducada con doña Vicenza.

El a sabía muy bien que la vieja no me gustaba y que sería capaz de salir disparada sin ni siquiera saludarla. Siempre que era posible fingía no verla.

Podía llamarme cuanto quisiese y yo me hacía la sorda. Papá tampoco toleraba las conversaciones de mamá con la «comadre» a la puerta. Doña Vicenza lo sabía y cuando divisaba por las inmediaciones a papá pasaba de largo, no se atrevía a golpear.

Esa mañana del gusano me había pescado al lado de mamá, y como no estaba dispuesta a l evarme unos coscorrones más tarde si me negaba a saludar y responder a las eternas preguntas de doña Vicenza, le di los buenos días y salí rápidamente.

Doña Vicenza era curandera, curaba el mal de ojo o «maroquios» en su habla y en general mataba las lombrices. Famosa por la eficiencia en este trabajo, su

método era infalible: después de rezar al paciente después de tres o cuatro días, le daba un buen vermífugo —comprado a escondidas en la farmacia y sin su etiqueta— y el resultado era donde pone el ojo pone la bala, no fal aba nunca. Su fuerte, sin embargo, estaba en la interpretación de sueños, era especialista en el juego del bicho (9). Vivía en la Rúa Haddock Lobo, al á abajo, cerca de la Várzea, en pleno barrial. Se ganaba diariamente su calderilla recorriendo el barrio, casa por casa, en busca de un cliente para una eventual curación o una buena apuesta. El a inducía a jugar a las mujeres. Yo la detestaba por eso; la responsabilizaba por entusiasmar a mamá para que hiciese su apuesta. El a misma se encargaba de todo. Tomaba el dinero de la dienta y se dirigía al quiosco de don Dantes (por qué lo llamaban Dantes no lo sé, su nombre no era plural, era Dante), donde se hacían las apuestas. El quiosco de don Dantes era una pequeña salita al

frente, con puerta y ventana; desde un viejo escritorio el hombre manejaba varios lápices afiladísimos para señalar las jugadas. Doña Vicenza no jugaba su dinero, nunca arriesgaba dinero personal. Pero si alguna de sus dientas acertaba una decena o una centena —

el millar era muy difícil— el a ganaba su comisión.

Mamá había caído en la tontería de contarle algo que había pasado conmigo a los tres años; alguien me había dado un *tostón* (10), salí fuera, doblé la esquina de la Consolação, salté con esfuerzo el alto escalón del quiosco de don Dantes y, con la mano extendida mostrando el níquel, dije:

—Quiero un tostón al oso.

Don Dantes le encontró gracia, da niña habría ido sólita? Miró para ver si había alguien detrás, constató que la pequeña dienta estaba sola. Riendo, dibujó en el talón los números del oso, tomó el tostón y le entregó el comprobante.

Cuando llegué a casa mamá se quedó asombrada al recibir el talón que yo le ofrecía.

—¿Quién te dio eso?

Más asombrada quedó cuando a la tarde se enteró de que el resultado del sorteo premiaba al oso. La historia corrió de boca en boca, fue motivo de admiración y de risa.

Doña Vicenza hizo su diagnóstico, en rezos con los ojos cerrados y después abiertos, dando vueltas todo el tiempo, delante de un plato hondo l eno de agua, con gotas de aceite flotando sobre el a.

¡Madonna! —exclamó de repente, los ojos fijos en la plato—. ¡Las gotas de aceite se están alargando! ¡Estoy temblando!

Entre una exclamación y otra, un eructo. Pidió concentración para que el agua y el aceite se mezclasen. Yo no me concentré —ni siquiera sabía qué era concentrarse—, miré la cara de mamá, ¿qué estaría pensando de todo eso, mamá que no creía en milagros ni en brujerías? Pensaba, seguro, que toda esa escena era ridícula y cómica. Contuvo la risa al escuchar que doña Vicenza declaraba que «la figliola de doña Angiolina era vidente nata». Pero se contuvo firme, no iba a despreciar a la pobre vieja «tan llena de buena voluntad y creencias. .».

Desde ese día doña Vicenza se tomó algún interés por mí, pasó a mirarme como una prometedora fuente de rentas. Vivía espiándome:

—¡Hijita! —decía con un tono meloso—. ¿Qué soñaste hoy? ¿Cuéntale a tu tiíta, eh? Niña tan linda y tan inteligente.

Siempre que me era posible hacerlo me escapaba, pero cuando me tomaba de sorpresa le decía que había soñado con un difunto.

—Soñar con muertos da elefante, eso todo el mundo lo sabe. . Pero. . no puede salir elefante todos los días. . —conjeturaba la vieja—. ¡Cuéntale a tu tiíta! ¿No soñaste otra cosa también? ¿Nada más? Trata de recordar —y me miraba fijamente en los ojos como queriendo adivinar mis pensamientos.

Felizmente no los adivinaba.

Yo, firme, nunca me acordaba de nada más. Era difunto y punto. Que se fastidiase y se diera por contenta con lo mucho que ya le había dicho.

No mentía ni exageraba mientras tanto al decirle a doña Angelina que soñaba frecuentemente con entierros. No sólo lo soñaba, en la mayoría de esos sueños yo me encontraba resucitando al difunto, o mejor, descubriendo que el difunto estaba vivo e impedía que lo enterrasen.

En cierto sueño el cajón cayó del coche fúnebre frente a nuestra casa; corrí para ver su contenido y al acercarme me encontré con el cadáver expuesto, el ataúd abierto, el muerto empezaba a moverse y en seguida se levantaba. En otra ocasión yo iba al cementerio y notaba que el cajón —ya en la capilla, sobre la mesa y a la espera de ser llevado a la tumba— se movía. Llamaba la atención de los demás sobre el hecho: levantaba la tapa y el difunto, vivito, saltaba afuera. Cierta vez soñé que besaba a una joven muerta y sentía el calor en su rostro.

¿Por qué tantos sueños con entierros y resurrecciones? ¿Qué explicación tendrían? Sólo le encontré explicación muchos años después.

ZINA

Recordando cosas olvidadas desenterré del pasado una figura y un hecho únicos, capaces de explicar el misterio de las frecuentes resurrecciones de mis sueños. La figura de Zina, muchacha de mi edad, también hija de italianos, los Bertini. Jugábamos juntas desde pequeñitas, éramos íntimas. Según la opinión general, nos parecíamos mucho. Ambas rubias de ojos oscuros. La única diferencia eran sus cabel os rizados y los míos, lisos y como de seda. Vivíamos en el mismo barrio, pero debido a la distancia entre nuestras casas y nuestra poca edad, sólo podíamos jugar a las visitas cuando yo era l evada por mis hermanas a su casa o cuando las hermanas de el a la traían a la mía.

En casa de los Bertini siempre había muchos chicos; los juegos eran tantos que el día terminaba rápidamente. Cantábamos canciones de ronda: «Ronda, catonga. .» «En el verde laurel. .» «Señora Santa Ana. .» «Margarita está en la rueca. .» y cantidad de otras rondas. Como de costumbre, había entre los chicos rivalidades y parcialidades, peleábamos mucho, pero Zina y yo siempre estábamos unidas contra los demás.

Antes de contar el suceso debo hablar de algunos temas y de algunas figuras.

TREN DE SEGUNDA CLASE

Bien organizado, el carné social de mamá estaba repleto de compromisos.

Impecable, estaba siempre al día con sus visitas: las que hacía y las que le retribuían. Una vez por semana visitaba a su hermana Margarida, en el Brás, y una vez por mes iba a São Caetano, donde vivían, en huertas vecinas, sus hermanos Angelim y Gigio.

Viaje lleno de peripecias, complicado. Tomaba dos tranvías para ir hasta la Estagáo da Luz. En la Estaçao da Luz tomaba el tren que paraba en todas las estaciones: Brás, Mooca, Ipiranga, Vila Prudente y otras, antes de alcanzar nuestro destino: São Caetano.

Mamá sólo viajaba en segunda clase. En este caso, no por economía, sino porque era «mucho más divertido. .». En los vagones de segunda clase estaba permitido el transporte de grandes paquetes y de animales. Era un montón de gente, mercaderías y bichos. Todo el mundo se atropel aba para subir al tren en el ansia de conseguir asiento —existía la costumbre de reservar el lugar por la ventanil a antes de subir al vagón—, tropezando con los cajones de frutas y verduras, con los paquetes de ropa, con los recipientes de leche, con las cestas de huevos y con la misma gente.

En cierta ocasión, no consiguiendo equilibrarse en un movimiento brusco del tren, el abuelo Eugenio, que iba a visitar a sus hijos a Sao Caetano, pisó a un sujeto de pocas pulgas. No ganó nada disculpándose, se vio obligado a desembarcar en la primera estación y desistió del viaje para evitar al enfurecido cabal ero que quería poner en obra su amenaza de pincharle los ojos con la punta de su paraguas.

En menos de una hora de viaje llegábamos a São Caetano, sucios de hol ín, l enos de novedades y bromas para contar de vuelta, a los que no habían ido, todas las peripecias.

Todavía debíamos andar unos dos kilómetros antes de llegar a la huerta del tío Angelim.

LOS DOS TÍOS MATERNOS

Tío Angelim y tío Gigio eran lo opuesto uno del otro, personalidades completamente diferentes. Nosotros, los chicos, los llamábamos a escondidas Mutt y Jeff, el alto y el bajo, héroes de los dibujos animados del cine.

Tío Angelim era bajo, vivaracho e inteligente, pero sobre todo ingenioso. Por lo menos todos lo encontraban así. Tía Margarida y mamá reían a más no poder con sus charlas y sus chascarril os y los repetían siempre causando hilaridad.

Yo, francamente, no encontraba mucha gracia a las bromas de tío Angelim.

Reía para acompañar a los otros y porque lo quería. Tía Joana, su mujer, era asimismo de Cadore, en los Alpes Vénetos, como la familia del marido. Era una tía a la que también quería, siempre amable. Tenían seis hijos. Familia unida y feliz.

Un gigante era el tío Gigio, hasta podía ser guapo —tenía el pelo negro y rizado y los ojos azules—, pero iba muy desarreglado. Sus negros rizos no conocían el peine, siempre estaba desgreñado. Después de un casamiento que había durado poco, se había juntado varias veces. Nunca tuvo hijos. Vivía siempre solo, buscando una nueva compañera con la que mezclar sus pocos trapos. No era amigo del trabajo, prefería leer poesías. Muchas veces, en medio de nuestra dura caminata en dirección a la huerta, lo encontrábamos, al azar, echado bajo la sombra de un árbol, leyendo poemas de amor. Mamá no se conformaba: «¿Cómo puede un hombre tan romántico enamorarse de mujeres tan horrorosas y tan ignorantes?» Una de el as, Ña Catarina, cabocla de pelo en las ventanas de la nariz, más vieja que él, una bruja fea, viuda, había traído a la casa una hija boba. Después estuvo Ña Belarmina, después Ña Ana y muchas otras ñas. Todas con ese ña antes del nombre indicando su condición de *matutas* (11). Ninguno de sus incomprensibles casamientos tuvo éxito.

Un hermoso día, no teniendo un libro de poesías para leer, Gigio echó mano a un manual de espiritismo que le cayó ante los ojos. Se interesó por el asunto, se volvió espiritista, recibía «pases» y veía almas fantasmales. Al mediodía

detenía cualquier actividad, se concentraba y se dedicaba a recibir las

almas que pasaban por su cuerpo.

—¿Todas las almas del mundo, tío? —le pregunté en una ocasión, admirada.

—Todas. Basta cerrar los ojos, concentrarse, quedarse inmóvil. Prueba cualquier mediodía —me respondió el tío Gigio, entusiasmado con la ilusión de conquistar una nueva adepta para su doctrina.

Fue lamentable. Papá, que pasaba cerca y oyó lo que me decía, se enfureció:

—¡Basta de decirles boberías a los chicos, Gigio! Si llegas a meter esas stupidaggini en la cabeza de los chicos no aparezcas más por aquí. ¡Basta! —

repitió.

Gigio se ofendió, no almorzó en casa ese día y desapareció de nuestra vista por largo tiempo. Mamá se moría de pena por el hermano: «Es tan bueno, pero tiene el seso flojo, no hay remedio, no.»

LA EXPLICACION DE MIS SUEÑOS MACABROS

Cada vez que recalaba en São Caetano le excitación comenzaba desde la víspera. Esa noche no dormía bien, me despabilaba a cada rato con miedo a no despertarme a tiempo y perder el tren. Casi siempre en el momento de .salir de casa me acometía una incontenible molestia intestinal.

Cierta mañana, preparadas para el viaje a São Caetano, tomábamos café, mamá, Vera, yo y otra viajera acompañante. La cesta de mimbre que l evábamos siempre en nuestras visitas ya estaba lista y superl ena: con dos litros de vino, chorizos calabreses, salami y quesos «para ayudar con la comida a la tía Joana», decía mamá.

Como siempre, al advertir el movimiento característico de la partida, sentí necesidad urgente de ir al baño. Me retrasé un poco y al volver me encontré a todo el mundo cambiado, el ambiente pesado.

En mi ausencia, Remo había llegado de la calle con una triste noticia.

Drámatica, mamá exclamaba casi llorando:

¡Dio mió! ¡Qué cosa más horrible! ¿Cómo pueden pasar esas cosas, Madonna Santa? ¡Pobre doña Renata! ¡Poverina!

Estal é en l anto cuando me enteré de lo sucedido: Zina había muerto. Había tenido un ataque, había caído muerta. Pedí que me llevasen a su casa. Mamá considero que no debía, que me impresionaría demasiado. Lo mejor era partir cuanto antes para São Caetano, yo me distraería con el paseo, no insistiría a ir al velorio de la criatura.

Reaccioné, traté de desobedecer, no hubo nada que hacer; por primera vez no aprecié el viaje. No le encontré gracia ni siquiera a la situación cómica de la vendedora de gal inas recorriendo el vagón, desesperada, detrás de sus aves que se habían escapado de los cajones; ni el grito del ciudadano que se levantó señalando con el dedo algo en su ropa, enojado, reclamando: «Ay, doña, su gal ina me cagó. .», ni en las despavoridas aves, en vuelo rasante sobre las cabezas de los no menos despavoridos pasajeros, tratando de salir por las ventanillas del tren en movimiento. Nada de eso me divirtió. Ese día no quise jugar con mis primas Alfea y Alma, a quienes tanto quería; no bajé hasta el límite de la huerta para pescar pececitos en el estrecho arroyo que por al í pasaba, l evando a escondidas, con la complicidad de las primas, el colador de fideos de la tía Joana que nos servía de red; no busqué nidos de pajaritos en los árboles, no fui al corral a ver a las vacas. Me arrinconé entre las faldas de mamá, escuchándola contar y repetir la tragedia de la familia Bertini a la tía Joana. Hablaban en véneto pensando que yo no entendía nada y yo que entendía todo me martirizaba. La tía Joana lanzaba exclamaciones verdaderamente cómicas —siempre era exagerada, pero en esa ocasión se superó— que en otras circunstancias me habrían hecho reventar de risa. En ese momento sólo aumentaban mi angustia.

Sentí en el aire que se tramaba algo contra mí. No veía la hora de volver a casa. El entierro sería al día siguiente por la mañana. Nadie me impediría acompañarlo. Aunque tuviera que escaparme de casa e ir sola. Yo acertaría con el camino.

Casi sobre la hora de partir, mamá confirmó mi sospecha, me anunció que yo me quedaría en São Caetano. Ella iría al entierro con papá y mis hermanas mayores, a la mañana siguiente. Rebelada, protesté:

—¡No me quedo, no me quedo!

Mamá trataba de convencerme:

—Te vas a divertir aquí con tus primitas, no seas boba. Mañana

temprano vas a ver cómo tía Joana ordeña las vacas.

Al advertir la decisión de mamá me sentí perdida, abría la boca con berridos escandalosos, perdí todo mi recato, ¡que me viesen llorar, no me importaba!

«¡No me quedo, no me quedo!» Me aferré a esa afirmación de desobediencia, rehusando todas las ofertas, todas las tentaciones con que mamá quería seducirme:

—Hoy, cuando el tío Angelim l egue, te va a contar un montón de cuentos. .

Tocaba mi punto ñaco, sabía que yo adoraba los cuentos del tío Angelim. Pero ni esa perspectiva me doblegó, por el contrario, las promesas hacían aumentar mi rebeldía.

—No quiero pasar la noche aquí, en esta oscuridad, no quiero. No quiero dormir en esa cama llena de piojos. . No quiero oír ninguna historia. Quiero volver a mi casa..

Después de ese torrente de negaciones me enfrenté con mamá. Estaba lívida.

Esperé la paliza merecida. Nunca la había desafiado de semejante modo, con tal osadía, haciéndole pasar semejante vergüenza ante su familia. Esperé, pero los bofetones y coscorrones no llegaron. Cal ada, impotente, mirándome seria, mamá se sintió derrotada; desvió la mirada hacia la tía Joana como para pedirle disculpas. Sentí que me había comprendido, sabía que yo estaba sufriendo y el a se moría de pena por su hijita. Pero no se volvió atrás. Me quedé en São Caetano. Tía Joana tampoco se ofendió. Esa noche preparó mi plato preferido para que me sintiera a gusto: arroz cocido en vino y con mucho queso parmesano ral ado, a la moda Cadore, y también frió tajadas de polenta para comer con el café.

Tiempo después, un año quizá, fal ció uno de los Bertini, tío de Zina. Entonces la familia compró una bóveda a perpetuidad. En la exhumación de los restos mortales de la niña para llevarlos a la nueva sepultura, se verificó que los huesos de sus rodil as estaban vueltos para arriba tocando la tapa del cajón y los pies apoyados en las tablas, abajo. Las dos manitas abiertas hacia arriba en actitud de forzar la tapa para abrirla.

Todo eso lo oí de conversaciones a media voz de la gente grande.

Probablemente comentaban que la niña había sido enterrada viva. Que debía haber tenido un ataque de catalepsia.

Esa revelación me atormentó. Quise saber detal es, pero nadie sabía más que lo oído de otros. Era un tema sigiloso, la madre de Zina podía enterarse de la tragedia.

Si yo hubiese ido al velatorio podría haber descubierto todo. Habría mirado tanto el semblante de Zina, habría tomado sus manos, habría besado su cara.

Todas esas desesperadas reflexiones quedaron guardadas en mi corazón trasvasándose seguramente a mis sueños.

SUEÑOS E INTERPRETACIONES

Para compensar mis pesadillas yo tenía el privilegio de soñar colores. Esos sueños coloridos no eran frecuentes, pero eran muy lindos. Transcurrían siempre en bosques y prados, en castil os con torres y candelabros, con felpudas alfombras azules en los salones, mis pies se hundían en el as y sentían su suavidad de seda. Jamás encontré en la vida real un azul como el de mis sueños.

Hasta mamá fue atacada por esa manía de los sueños durante largo tiempo. Al despertarnos por la mañana, ahí estaba de plantón preguntándonos:

—¿Qué soñasteis? ¿Algo bueno? ¿Cómo fue?

Nosotros traducíamos «algo bueno» por una buena corazonada. Cada una contaba su sueño y mamá lo interpretaba. Había desistido de consultar a doña Vicenza, había llegado a la conclusión de que la vieja sabía muy poco. ¡Se equivocaba siempre!

Un día le conté a mamá —con la promesa de que no se lo diría a la bruja— mi sueño en colores de esa noche. Al principio no creyó en lo que le decía.

¿Que soñaste en colores? ¿Qué invento es ése?

Después de escuchar los detal es del sueño llegó a la conclusión de que yo no tenía capacidad para inventar tanto. No perdió tiempo con la interpretación:

«¿Todo en colores? Tiene que ser mariposa.» Jugó y perdió. Salió pavo real.

De los hijos de doña Angelina, Vera era la menos dotada para las lenguas. En casa nuestros padres hablaban en italiano; nosotros entendíamos, pero siempre respondíamos en portugués. A veces, por broma, los imitábamos en italiano. Vera era incapaz de hacerlo, se embrol aba, no decía nada con sentido. Sólo hacía reír a todo el mundo con sus frustradas tentativas.

Cierta mañana, Vera despertó entusiasmada. Antes de que mamá nos preguntase por los sueños, el a se adelantó:

—Mamá, esta noche soñé en italiano.

—¿En italiano? —se sorprendió mamá.

Vera estaba ansiosa por relatar su sueño.

—Soñé que don Gragnol i —un vecino nuestro— llegaba a casa con una noticia. Traía un telegrama en la mano. Preguntaba: *Dov'é il signor Gattafí?*

—¿Con toda esa ceremonia? —quiso saber doña Angelina sorprendida.

—Fue así como dijo —respondió Vera—. Y papá llegó y don Gragnol i le dio el telegrama.

—¿Un telegrama, eh? —Mamá no cabía en sí de curiosidad.

—Un telegrama con el nombre de papá y dirección de don Gragnol i.

—¿Y de quién era el telegrama? ¿Por qué tenía la dirección de don Gragnol i?

—Papá no leyó el telegrama. No sabía leer las letras del telegrama.

—¿Cómo no sabía? ¿No son iguales todas las letras? —protestó doña Angelina.

—Pues no sabía, tanto que le pidió a don Gragnol i que se lo leyese y él se lo leyó.

—¿Pero de quién era? ¡Desembucha de una vez!

—¡Adivina, mamá!

—Bueno, si era en italiano sólo podía venir de Italia.

—No venía de Italia. —Vera castigaba a mamá.

—Si no venía de Italia, ¿de dónde venía?

—Venía del Hospital de Juqueri, del hospicio.

—¿Del Juqueri? Entonces debía ser de don Urbano, el marido de Regina. Es la única persona que yo conozco que está internada al á.

—Acertó. Era don Urbano. Un telegrama muy raro que decía así —Vera hizo una pausa—, ¿cómo era? A ver, déjeme que me acuerde.

¡Ah, sí!, decía: Peste voleste, peste avreste, anarchico traditore.

—¡Madre mía del cielo! Don Urbano debe de estar cada vez peor para tratar a tu padre de esa manera. ¡Pobrecito! ¡decirle traidor anarquista!

—Pero el sueño todavía no terminó, mamá —agregó Vera—. Ahí papá se puso furioso, y se volvió contra don Gragnol i, como si él hubiese mandado el telegrama, le dijo: *Ma cosa mi dici, Raimondó?*

—¿Raimondo? —se asombró mamá—. ¡Tu padre debía de estar loco también!

Cambiarle el nombre a don Gragnolli. El sabe muy bien que se llama Hugo. .

Wanda intervino riéndose a carcajadas:

—¿Qué pasa, mamá? ¿Se olvida acaso de que es un sueño?

Pasado el primer momento de impacto, mamá casi perdió el aliento riéndose.

Esa Vera era cómica, ¿cómo había logrado hablar italiano? ¡Quién lo diría!

El sueño de Vera fue tan importante que mamá no quiso conocer otros. Se pasó la mañana concentrada, sacando conclusiones, queriendo llegar a la médula del asunto. La experiencia le había enseñado que lo obvio no servía para adivinaciones. Sólo los sueños bien descifrados daban buen resultado.

Mamá se torturaba por haberse dejado l evar por la prisa, por la pereza al reflexionar cuando un sueño de Wanda y otro de Vera y haber perdido así unas buenas sumas.

Después que Wanda empezara a salir con aquel muchachito de la kermese del Calvario, soñaba siempre cosas extrañas. Por ejemplo, había soñado que se paseaba con su novio por el Parque Paulista. De pronto, entre las flores del jardín saltó una enorme serpiente. El novio se evaporó y ella quedó sola, agarró al bicho por la garganta, bien cerca de la cabeza.

—Tenía que ver, mamá, la bocaza que abría queriendo morderme. Largaba veneno en mi mano. Entonces tiré a la cobra lejos y mientras el a se rehacía del golpe, atontada, yo salí disparando y ahí me

desperté.

Mamá no tuvo dudas, le jugó cinco mil reis (12) a la cobra. Ese sueño era demasiado claro para no acertar. A la tarde, con el resultado llegó la decepción. El primer premio había sido yacaré.

—Precipitación mía, única y exclusivamente —se lamentó—. No quise reflexionar. ¿Wanda no me dijo que la serpiente tenía una bocaza enorme? ¿Y

dientes enormes? ¡Más claro imposible! Y acaré puro.

Otra vez fue con un sueño de Vera.

—Un águila estaba volando por arriba de los canteros de nuestro jardín.

Entonces llegó Remo con un plumero, el grande, de limpiar el techo, y luchó con el águila dándole plumerazos. Le dio tantos plumerazos, pero tantos, que el águila desapareció.

Bien, sueño más evidente no podía haber. Le jugó al águila y salió el gallo.

—¿Cómo el gallo? —preguntaba la pobre de doña Angelina, disgustada.

Entonces Maria Negra le dio la clave de la adivinación:

—Piense bien, doña Angelina, usted nunca ve a su hijo en casa una noche,

¿por qué?, ¿por dónde anda él todas las noches? ¿Eh, dígame?

—Ah, seguramente anda enamorado. Remo tiene muchas novias.

—¿Y el que tiene muchas novias cómo se llama? ¿No lo llaman gal o?

La patrona quedó admirada de la sabiduría de la muchacha, pero no se dio por vencida.

—Pero, Maria, el águila era el personaje central del sueño.

—En ese sueño, doña Angelina, el águila podía ser hasta alguna enamorada a quien Remo quisiese abandonar. . ¿recuerda lo que usted dijo cuando aquel a chica le mandó de regalo un pijama azul celeste?

Claro que lo recordaba. Había sucedido hacía muy poco tiempo. . Y el a había dicho que esa muchacha era un águila, que hacía regalos para ver si conseguía el interés del joven. Maria Negra tenía razón. Con un poco más de paciencia, habría acertado en el gallo.

Esta vez no se dormiría. Durante toda la mañana se quedó concentrada, cada poco se reía sola, recordando la frase de su hija: *Ma cosa mi dici, Raimondó?*

en cuanto a la frase insultante del telegrama había pasado a segundo plano.

Mamá recordaba que se trataba de la frase pronunciada en un drama anarquista en cuya representación el a misma había participado cuando era niña. Sin duda, Vera la había escuchado declamar —cosa que hacía frecuentemente cuando planchaba— y la había guardado en el subconsciente.

Pero ese sueño la intrigaba. ¿Dónde estaría el agente principal? ¿Don Urbano?

Pobre, loco. Sólo podía ser perro si fuese él el centro del sueño. Perro loco.

Apartó rápidamente la idea. Dios nos libre y guarde de que Regina supiese tal pensamiento. ¿Y don Gragnol i? No era de ninguna manera el personaje principal, apenas un correo.

Hacia el mediodía, mamá se acercó a Vera y le preguntó a quemarropa:

—Dime una cosa, hija, ¿tu padre estaba muy enojado?

—¿Enojado? —se asustó la niña—. ¡Ave María! ¿Enojado por qué? Yo no hice nada.

—¡Pero no es contigo, boba! Si estaba furioso con don Gragnol i.

—¡Ah! —suspiró Vera tomando aliento—. ¡Estaba muy furioso! ¡Loco, hecho una verdadera fiera!

—¿Una verdadera fiera? —se alarmó mamá—. Pero esta mañana no me lo dijiste así, no me hablaste de fiera en ningún momento. . ¡Ahora me vienes con esa! No estaba en mis cálculos. Me perturbas el «tirocinio». .

Wanda entró en acción interrumpiendo la conversación:

—¿«Tirocinio» o raciocinio, mamá?

—¡Vamos, déjate de fastidiar!, ¿eh? Mi cabeza no está para fijarme en las palabras ésas, está a punto de reventar —le gritó doña Angelina, irritada.

Advirtiendo que había arruinado, sin querer, las «matemáticas» de la madre, Vera no perdió tiempo, trató de apartar rápidamente a la «fiera» del camino:

—Mamá, él no estaba hecho una fiera. Estaba furioso, pero furioso de verdad.

Mamá reanudó el interrogatorio, llegaba al final de su pesquisa:

—Dime una cosa, ¿sus ojos estaban enrojecidos?

—¡Ah! En eso no me fijé. Y no podía verlo, además, ¿acaso el sueño no es en blanco y negro?

A esta altura de la situación ya poseía material suficiente para hacer su juego.

Esta vez sus cálculos eran precisos. No fallaría. Llamó al empleadito del taller:

—Anda hasta el quiosco de don Dantes y juégale diez mil reis al toro.

Entregó el dinero al chico antes de arrepentirse de arriesgar una suma tan grande. Si Ernesto sospechase que el a andaba jugando al bicho. . y sobre todo, tirando el dinero de los ahorros.

El muchachito ya iba lejos con el dinero en la mano. Mamá lo llamó:

—¡Piccolo, vuelve acá! Vamos a hacer un pequeño cambio en el juego: pondremos ocho mil reis al toro y dos mil al león. Camina rápido antes de que cierren. Ya es casi la hora.

¡Puf! ÍQué alivio! Ahora respiraba, completamente despreocupada. Acababa de sacarse a la fiera de su cabeza, había abierto la puerta de la jaula y la había arrojado fuera.

No eran todavía las cuatro —sólo a las cuatro llegaba don Dantes a su quiosco con las hojas del extracto— cuando entró Tito, el sorprendente Tito, siempre lejos de nuestra vista, pero siempre al

tanto de todo, mostrando el papelito del bicho, entre las puntas de los dedos. Había tomado la iniciativa. Sin decirle nada a nadie, al sentir la aflicción de mamá e interesado también en el asunto, había ido al quiosco de lotería cerca del cine, donde los resultados llegaban más temprano.

Fuera de sus hábitos, entró gritando:

—¡Toro, mamá! ¡Salió toro! Toro en el primero y león en el segundo...

Mamá había jugado sólo al primer premio. Otra falla que debía corregir. Las próximas veces sabría cómo hacer las cosas.

Aunque perdidos los dos mil reis, desviados a último momento, la ganancia había sido grande. Suficiente para reponer el dinero sacado en su debido sitio, sobrando aún para algunos compromisos y para futuras corazonadas.

Feliz con su victoria, mamá se volvió hacia sus hijos:

—¿Y ahora? ¡Quiero que me digan si Vera es o no es un coloso!

Durante toda la vida la admiración de mamá por Vera no hizo sino aumentar.

No encontraba otra expresión capaz de definirla: «¡Vera es un coloso!»

SIN CERRADURAS NI TRANCAS

En la casa de la Alameda Santos número 8 no había una sola llave. Los agujeros de las viejas y oxidadas cerraduras estaban taponados con papel amasado, para tapar ante cualquier ojo curioso la posibilidad de espiar el interior de los dormitorios. Las puertas de entrada se cerraban con frágiles cerrojos internos, pero en la cocina no había ni siquiera eso y durante la noche se ponía una sil a para mantenerla cerrada. Las dos puertas de la galería lateral que separaban los paisajes de *Tzi Ró* podían fácilmente echarse abajo. Había un punto exacto donde se colocaba el hombro, se hacía un poco de fuerza y la puerta se abría sin hacer ningún ruido. Toda la gente de la casa usaba ese método, práctico y simple. El pesado portón de hierro trabajado —único adorno de la fachada—

estaba el día entero abierto y de noche apenas entornado. Por él se entraba para ir a la casa o al tal er. El portón del fondo, de madera, que daba hacia la Consolação, sólo pertenecía al garaje.

Nunca tuvimos miedo, ni siquiera pensábamos que un ladrón pudiese entrar en nuestra casa durante la noche. No poseíamos nada de valor y los rateros sabían escoger bien a sus víctimas. Los ladrones de antes eran inteligentes y de conciencia, dejaban a los pobres en paz. Dormíamos tranquilos.

¿SERÍA MENEGHETTI?

Nuestra casa nunca había sido visitada por los ladrones, pero en compensación penetraban en el a animales de toda especie.

Cierta noche en que yo dormía sola, pues mis hermanas, mis compañeras de habitación, estaban pasando el fin de semana en la casa de la tía Margarida, me desperté a las tantas de la madrugada con un extraño ruido andando por el cuarto. Un sonido rarísimo. Fluctuaba, metálico, parecía el tintinear de un cencerro. El sonido, como dije, andaba por toda la habitación, a veces llegaba cerca de mi cama. Cal ada, el corazón dándome saltos, pensaba: «¿No será

Meneghetti, Dios mío? ¿Por qué usa una campanil a? ¿Para ver si hay alguien en el cuarto?»

Gino Amleto Meneghetti, ladrón temido y audaz, casi legendario, era una especie de héroe popular. Su nombre y sus proezas andaban en todos los diarios y en todas las bocas.

Como un fantasma que aparecía y desaparecía entre los altos muros y escurridizos tejados, desafiaba a la policía que andaba desesperada tras sus huel as. No pasaba una noche sin que asaltase un palacete, hiciese saltar un cofre, maestro como era en su oficio.

Decían que sólo robaba a los ricos, que dejaba a los pobres en paz; contaban que era un buen padre de familia y que sus hijos se llamaban Espartaco y Lenin. Meneghetti declaró en cierta ocasión a un periodista que lo entrevistó:

«El comerciante es un ladrón que tiene paciencia.»

Mamá decía que Meneghetti era un atrevido, más todavía que el famoso Joao do Telhado, asaltante también temible que invadía las casas siempre por los tejados: lo que le había valido el sobrenombre. Se había hecho conocer hacía unos años, pero sus hazañas no podían compararse con las de Meneghetti.

Los pensamientos se sucedían rápidos en mi cabeza mientras el ruidito continuaba por aquí y por al á, circulando de uno a otro extremo del cuarto.

«No, Meneghetti no iba a perder tiempo en nuestra casa. . Tal vez sea otro ladrón. Y si fuese realmente un ladrón yo tendría que gritar. El entonces huiría de miedo.» Al mismo tiempo tenía miedo de que gritando provocase una reacción violenta en el asaltante contra mí y mis padres que dormían en el cuarto de al lado. ¿Qué hacer? En la pared, en el centro de la cabecera de la cama, pendía la perilla de la luz. Resolví sentarme para alcanzarla y prenderla.

El colchón ruidoso, de paja de maíz, exigía mucha cautela. Me deslicé lenta y suavemente, bien despacio. . hasta conseguir sentarme. Tomé la peril a y me preparé a gritar en el mismo instante en que la luz se hiciese. El tintineo continuaba circulando, esperé a que se distanciase, entonces presioné el botón de la peril a. En un rincón del cuarto había un inmenso perro de policía balanceando una gruesa cadena que le colgaba del cuel o, estaba ahí medio

perdido sin saber dónde ir. Debía haberse escapado de su casa y encontrado nuestras puertas abiertas. .

Levanté mi chinela del pie de la cama y se la tiré: «¡Fuera de ahí!» El

perro salió disparado.

FLOX, MI PERRO, MI COMPAÑERO

Por nuestro inmenso portón, abierto de par en par, entraban, buscando refugio, perros abandonados o perseguidos por los muchachos de la cal e.

Apenada, mamá los recogía y trataba de atender a cuantos apareciesen.

El más antiguo de nuestros perros, entre tantos que tuvimos, llegado en cierta circunstancia perseguido, era enorme. Mamá lo bautizó con el nombre de Flox, por ser lanudo y blanco como un copo de algodón. El mal portugués de doña Angelina fue responsable de la transformación de *floco* (13) en flox; al ver al perro bañado y peinado exclamó: «¡Ay qué lindo flox de algodón!» Y se llamó Flox.

Flox apareció un día huyendo de las pedradas de una pandil a de chicos.

Lastimado, sangrante una de las patas traseras, corría con dificultad, sosteniéndose sólo en tres patas. Encontró el providencial portón abierto y entró y se escondió debajo de un automóvil estacionado en el garaje. Muerta de pena como siempre, mamá lo recogió, conquistó la confianza del animal asustado, le ofreció agua fresca, le habló con cariño.

Con voz severa, les dio un sermón a los chicos que, sin tener conciencia de la lección de moral que estaban recibiendo, permanecieron durante largo rato rondando la casa, esperando continuar con el juego.

Tratado con todo cariño, adoptado, Flox se convirtió en mi mejor y más fiel amigo, en nuestra compañía vivió cerca de ocho años, eficiente guardián de los niños, siempre atento para defenderlos cuando fuese preciso. Su único y gran

defecto era que le gustaba la calle. Tenía la manía de acompañarles en los paseos, fuese en auto, en tranvía o a pie. Antes de salir de casa siempre teníamos la precaución de dejarlo atado. Astuto y desconfiado, cuando nos veía con sombrero y bolso, Flox se escondía.

Conocía el hábito de la familia, esa mala costumbre de atarlo siempre que se ausentaba, impidiéndole así acompañarla. Pero incluso tomando ese cuidado, ¿cuántas veces no tuvimos que volver, yendo por la mitad de camino? Cuando menos lo esperábamos, allá aparecía el demonio, con la lengua fuera, cortado el aliento, corriendo detrás del auto o del tranvía.

Un día, en una visita al Jardim da Luz, de pronto lo avistamos corriendo disparado, acompañando al tranvía. Desde el vehículo repleto, mamá, las chicas y Maria Negra le gritaban: «¡Vuelve a casa, Flox, vuelve!» Haciendo oídos sordos, él daba vuelta la cabeza evitando mirarnos. Debía pensar que si no nos veía podía ignorar las imperativas órdenes que le mandaban regresar.

Situación tragicómica: los pasajeros del tranvía riendo a carcajadas de los gritos del coro y de la indiferencia del perro, y mamá, angustiada, temiendo que el animal fuese atropel ado. Y así seguimos nuestro destino: mamá afligida, los pasajeros divertidos, el animal sin aliento, con un palmo de lengua fuera.

Cuando finalmente nos apeamos, Flox se acercó moviendo la cola. En el portón de entrada del Jardim da Luz había un letrero que prohibía le admisión de perros. Mamá buscó al portero, tal vez pudiese hacer una excepción.. el animal nos esperaría atado junto al portón. . era un perro manso, buenísimo. .

el portero podría echarle una miradita cada tanto. . la petición no fue satisfecha. Estábamos, pues, ante un grave dilema, mamá no se disponía a volver a casa y perder el «viaje» por culpa de ese «atrevido». Wanda salvó la situación recordando que doña Altamira, vendedora de ropa de cama y mantelería a crédito, de quien mamá era dienta antigua, vivía en las cercanías del Jardim da Luz. Al á permaneció Flox toda la tarde mientras nosotras paseábamos por el florido y arbolado jardín donde nos sacábamos fotografías y corríamos detrás de los animalitos sueltos.

Volvimos en el tranvía mixto, de segunda clase, más barato, utilizado sobre todo por los obreros, y que transportaba pasajeros y carga, inclusive animales.

Las dos señoritas, Wanda y Vera, heridas en su vanidad, rezongaban sin parar, considerando que era una vergüenza viajar en semejante vehículo.

Por ese vicio de andar siempre por la cal e, Flox cada poco tiempo era

apresado por la perrera de la Prefectura que recogía a los animales abandonados.

Al llegar alguien al portón avisando que el perro había sido apresado nuevamente, la casa se venía abajo. Todos llorábamos pidiendo que lo fueran a buscar, mamá se volvía loca, se atolondraba, impotente, sin encontrar un medio de enseñar a ese «bestia» que no debía salir de la casa o, por lo menos, que debía escapar de los malvados.

Yo detestaba a los «hombres de la perrera» aún más que a doña Vicenza.

Cuando los veía apresando a un perro —dos o tres hombres armados de lazos contra un pobre e indefenso animal— odiaba a esos cobardes. Muchas veces levantaba al perrito sin haberlo visto nunca antes para evitar que lo enlazasen.

Una vez, mientras los enlazadores, ansiosos en el afán de alcanzar a su presa, se habían distanciado del coche repleto de perros, Tito, un amigo y yo, aprovechamos la ocasión y en un abrir y cerrar de ojos, abrimos la puerta del jaulón soltando a los perros que nos acompañaron en desbocada carrera.

Temiendo ser perseguida miré para atrás y divisé a un perrito aturullado, que no sabía qué rumbo tomar, dónde meterse. Volví rápidamente, lo levanté a tiempo de impedir que lo enlazasen de nuevo los hombres encolerizados.

Envalentonados, avanzaban en mi dirección dispuestos a arrebatarme el animalito:

—¡Este perro es mío! —grité llorando y apretando al perro contra mi pecho—.

¡Nadie se lleva mi perrito!

La gente que se había parado para presenciar la disputa tomaba mi defensa, no escondían su animosidad contra los «enemigos» que no tuvieron otra alternativa que desistir. Yo ya era conocida por aventuras pasadas y por eso me detestaban. Si pudiesen, me enlazarían también a mí junto con los perros.

El depósito de animales quedaba en la Ponte Pequeña, en las cercanías del Club de Regatas Tieté, bastante lejos de casa. Los perros apresados en las cal es permanecían a disposición de los interesados durante tres días en enormes jaulas de hierro. Al cuarto día, si nadie los reclamaba,

eran sacrificados en cámaras de gas y convertidos en jabón. Cada día que pasaba, la tasa para retirarlos aumentaba con una multa. Aunque tenía que pagar más, mamá nunca se apresuraba. Creía que así, tardando en aparecer, le daría un susto al animal: «¡Así va a tener vergüenza y aprenderá!»

Pero la táctica de doña Angelina nunca sirvió de nada, no surtía el efecto deseado. Flox era reincidente por su misma naturaleza, era un caso perdido.

Personaje conocido en la perrera de la Ponte Pequeña, mamá era tratada con deferencia; todos la saludaban y hasta le ofrecían un cafecito y gajos de plantas. El a nunca aceptó nada: «No quiero tomar café con policías ni tener en mi jardín plantas de los campos de concentración.»

El viaje de ida para la «operación rescate del perro» era tranquilo; tomaba dos tranvías y todo bien. La vuelta era crucial. Los taxistas no aceptaban animales, mucho menos ese perro lanudo que soltaba pelos por todas partes. En cuanto a tranvías, el problema se repetía: no admitían animales, en esa línea no había coches de segunda llamados «caradura». Mamá podría pedirle al marido que la llevase, él no se negaría con seguridad. Pero ella prefería la agotadora caminata antes que hacerle tal petición. Se imaginaba los sermones y las blasfemias que lanzaría contra ella y contra su perro, mil veces más fatigosas e incómodas que volverse a pie.

Aunque sabía lo penosa que era esa excursión yo siempre me peleaba por ir con mamá. Adoraba a Flox, quería que él me viese apenas l egásemos. Antes de acercarnos a las jaulas él nos presentía; su olfato aguzado funcionaba, empezaba a ladrar. Su ladrido era diferente de todos los otros y yo podía distinguirlo entre mil. Flox daba saltos gigantescos al divisarnos, hasta parecía que se reía con nosotros.

Dejábamos la Ponte Pequeña, caminando lentamente, mamá llevaba al perro con una cuerda atada al col ar, mientras tanto iba haciéndole recriminaciones:

«Perro cal ejero, perro estúpido. . es la última vez que vengo a salvarte, bestia,

burro, idiota. . perro atrevido. . ya vas a ir de nuevo a la cal e, anda de nuevo., bruta bestia. .», y repetía siempre el mismo sermón con pequeñas variaciones; a veces hablaba en italiano, a veces en portugués y a veces en una mezcla rara de las dos lenguas.

Descansábamos aquí y al á, nos deteníamos más largamente en el Gasómetro, decían que el olor del gas que se desprendía hacía bien a los pulmones, que curaba la tos. Al í encontrábamos siempre madres que, creyendo en la leyenda, desde todas partes, llevaban a sus hijos de la mano, diciéndoles que respirasen hondo, en la esperanza de verlos curados de la tos ferina.

Llegábamos a casa exhaustas, mas por sus perros mamá afrontaba todo, modificaba hasta su manera de ser —normalmente cordial y ceremoniosa—, volviéndose dura e intransigente, como en el caso ocurrido con doña Luiza, hermana de doña Josefina.

EL HECHIZO DE DOÑA LUIZA

Cierta mañana, al volver de la carnicería, Maria Negra entró a casa riéndose a carcajadas.

—¡Doña Angelina del cielo! Vaya a esconder sus perros. Doña Luiza, la de doña Josefina, viene ahí con novedades. Tiene tres tajadas de tocino debajo del sobaco. . —hablaba y reía al mismo tiempo.

Mamá no entendía nada de lo que decía la muchacha. ¿Qué significaba esa charla estúpida?

—¿Qué locura es ésa? Desembucha de una vez, Maria. ¿Doña Luiza viene con qué?

No terminó la frase pues por la puerta de la sala entraba la misma, con el brazo izquierdo pegado al cuerpo. Con su cargado acento portugués, doña Luiza fue derecho al asunto:

—Buenos días, doña Angelina. Vine porque necesito su ayuda, estoy haciendo un hechizo portugués, a la manera de mi aldea, para curar a mi sobrino Silvio.

El chico no anda bien, está con mal de ojo y parece que empachado también.

El pobrecito debe de haber tenido ganas de comer algo y no le dieron y eso lo enfermó. Está pálido y sin apetito. Josefina, la pobre, le da fortificantes pero sin resultado. Entonces resolví hacer mi hechizo, sin decir nada, ni a el a ni a Idinha ni a Erna. ¡Dios me libre! Ellas no creen en estas cosas, tratarían de impedirlas. Usted es una persona amiga que va a comprender.

Mamá no quitaba los ojos del brazo de doña Luiza pegado al cuerpo tratando de sostener las tajadas de tocino; una enorme mancha de grasa, bien visible, se extendía por su blusa azul.

Desde la cocina l egaban las carcajadas escandalosas de Maria Negra, entremezcladas con cuchicheos de Wanda. Mamá, avergonzada, sentía temor de que doña Luiza advirtiese que esas dos locas se estaban riendo de el a. ¡Qué falta de respeto!

Pero su curiosidad superaba todo:

—Dígame, por favor, doña Luiza, ¿qué puedo hacer para servirla?

—Pues, mire, doña Angelina, para que mi Silvio se ponga bien tengo que ofrecer a tres perros las tajadas de tocino que traigo aquí, debajo del brazo.

Las compré ahora mismo en la carnicería de don Pepino, el tocino está fresquito. Se lo doy al perro y le digo: «Toma, toma, perro, tú quedarás empachado y mi hijo no.» Cuando el tercer perro termine de comer la última tajada, el chico estará curado. Es un hechizo muy bueno. No fal a nunca. Sí, señor.

En su ingenuidad, mamá no atinaba con el objetivo de doña Luiza, al á plantada, a esa hora de la mañana, dándole explicaciones. No se le ocurría que sus perros hubiesen sido elegidos para comer las tajadas «fresquitas»: Flox y Zero-Um serían los primeros agraciados. Zero-Um, nuevo ahijado de doña Angelina, era un perro cal ejero de pelo liso, blanco, el rabo chiquito y levantado. «El rabo de ese perro parece el número uno», había dicho la inventiva madrina al justificar el nombre con el cual bautizó al perro.

Doña Luiza prefería hacer el trabajo discretamente, apartada de las miradas curiosas de la calle. Los amigos eran para esas ocasiones. Fue preciso que empezase a llamar a los perros por sus nombres y a hacer resonar los dedos para que mamá, de repente, descubriese la intención de la vecina. No pudo contener su sorpresa y su rebelión, dejó de lado la timidez y la ceremonia y estalló:

—Pero, doña Luiza, ¿cómo quiere hacer una cosa de ésas con mis perros?

¿Acaso no sabe que el tocino es un veneno para la salud de los animales? A los míos yo nunca permitiré que les den. Ataca los intestinos, provoca diarreas, hace caer el pelo, da fiebre. No, doña Luiza, no me pida eso, por la santa paciencia, no insista con eso, por favor.

Al sentir la reacción de la vecina, su tono irritado que desconocía, doña Luiza bastante molesta, «metió violín en bolsa» y terminó el asunto. Sólo pidió reserva, que no lo contasen en su casa. Partió en seguida, seguramente para cumplir en otro sitio lo que consideraba un deber de tía preocupada.

BITO

En vísperas de Pascua, papá recibió de regalo un cabrito.

—Después de desayunar vaya a buscar al carnicero para que lo mate. Ponga al cabrito en salsa de ajos para que tome gusto, y vamos a tener un lindo asado, regado con vino, un almuerzo de domingo de Pascua —explicó don Ernesto al entregar el cabrito a María Negra, responsable de la cocina.

Mamá saltó:

—iHay que tener mucho coraje y ningún corazón para matar a un bichito menudo como éste! ¡Miren! No tiene «nada en todo», es sólo piel y hueso. —

«Nada en todo» era una expresión original de mi madre y con el a apartó toda posibilidad de sacrificar al animal.

Distanciándose apenas el a intervenía, papá desistió de comer cabrito asado en la Pascua o en cualquier otra ocasión; no valía la pena discutir con doña Angelina. Conocía de sobra a su mujer.

El cabrito pasó desde entonces a vivir dentro de la casa, tuvo como nombre Bito, creció fuerte e inteligente como él solo.

Todos los días Tito lo llevaba a pastar. En la Avenida Rebougas, sin pavimentar, sólo un barrizal —de avenida sólo tenía el nombre—, sobraban terrenos baldíos con abundante pasto para el apetito de Bito. Tito lo ataba con una cuerdecita en cualquier arbusto, en un campo detrás del Hospital de Isolamento, mientras jugaba al fútbol con los otros niños. El animal se entretenía devorando toda suerte de hierbas.

Un día el abuelo Eugenio le insinuó a mamá que Bito estaba convirtiéndose en chivo, que había llegado la hora de. .

No completó la frase.

—Dios me libre —se rebeló la hija indignada—, sería lo mismo que matar a un hijo mío. Dejen al animalito ahí, no le hace mal a nadie. —Y encarando al padre le preguntó—: ¿Fue Ernesto quien le mandó dar el mensaje?

El abuelo Eugenio la miró enojado. Pobre Ernesto, no le había dicho nada. Ni siquiera sabía tampoco por qué había dado esa opinión. No se metía en la vida de la hija. No se metía en la vida de nadie. Vivía en nuestra casa desde la muerte de su compañera de tantos años. Solo en su vejez, andaba cabizbajo.

La hija había insistido en que fuera a vivir con el a. Adoraba a los nietos y el os también lo querían mucho. Trataba de ayudar al yerno, llevaba la cuenta de los coches que entraban y salían del garaje, recibía recados. No quería ser un peso muerto, trabajó hasta la vejez. Discreto y callado no sabía cómo había arriesgado semejante opinión. Quien más conocía a la hija, su corazón inmenso, su amor por los animales, era él. Por fin respondió a la pregunta:

—No, hija. Ernesto no me dijo nada. Olvídate de lo que dije, no lo hice por molestar.

Y Bito siguió creciendo bajo la tutela de doña Angelina.

Un sábado a la tarde, en medio de un gran temporal que se había iniciado en la víspera, apareció en casa un muchachito empleado de la «Sastrería Adonis».

Traía un paquete grande y blando cuidadosamente depositado sobre sus brazos extendidos. Era un traje a medida que el tío Guerrando, hermano mayor de papá, se había mandado hacer. Tío Guerrando había llegado hacía poco de Botucatu con su familia y se había instalado en la Consolação, al final de la Alameda Itu. El pavimento de la Consolação llegaba sólo hasta la Alameda Jaú. Los días de l uvia, de la Alameda Jaú para abajo, el barro impedía la entrada en los autos y amenazaba a los peatones con caídas espectaculares.

En la imposibilidad de bajar la Rúa da Consola-gao, el muchachito pedía que le guardásemos el traje hasta que la lluvia parara o que se lo entregásemos al tío Guerrando en caso de que apareciese antes. Le recomendó a mamá que le quitase el papel que envolvía las tres piezas, completamente mojado. Mamá lo hizo con sumo cuidado, y colocó el pantalón, el chaleco y la chaqueta en el respaldo de una sil a en el comedor. El tío Guerrando pasaría al día siguiente, como acostumbraba hacer todos los domingos, y recogería su ropa.

BITO MUESTRA LAS UÑAS

La primera en levantarse todas las mañanas era Maria Negra, y mientras todos dormían ella salía en busca del diario, del pan y de la leche.

Esa mañana de domingo, la lluvia continuaba y un frío húmedo invitaba a dormitar un rato más. La muchacha se adormiló de nuevo, y despertó sobresaltada, había perdido la noción de la hora. Por suerte todos dormían aún. Tomó el paraguas del patrón y salió a la carrera a hacer las compras.

Debía pasar por la carnicería de don Pepino Capua; el día anterior le había encargado un buen kilo de carne magra, especial para la salsa de los macarrones domingueros. Volvió a casa corriendo, tiró el diario sobre la mesa del comedor, dejó el paraguas abierto, también en el comedor, para que se secase y fue a tratar de encender el fuego —con el tiempo húmedo costaba

prender el carbón— para preparar el café, hervir la leche y en seguida ponerse a preparar la comida. Para que esa carne quedase bien tierna eran necesarias varias horas de cocción. El almuerzo saldría retrasado ese día.

Preocupada como estaba, Maria Negra no reparó en Bito —desde hacía tiempo tenía prohibida la entrada en la casa, ya no inspiraba confianza— que había entrado al comedor. El día anterior, debido a la lluvia, no había salido a pastar y estaba inquieto.

De repente los ojos de Bito se posaron en el traje del tío Guerrando: «¿qué alimento más extraño será ése, sobre el respaldo de la sil a?», debe de haber pensado, pues en seguida y con rapidez devoró el cuel o de la chaqueta.

Después advirtió el paraguas aún mojado, cosa buena para refrescar un poco la garganta, y se dirigió a él.

Papá apareció en la sala dispuesto a leer el diario. Los domingos solía leerlo calmosamente sentado en el seggiolotie, sil ón hamaca austríaco, heredado de su padre. Buscó el diario.

—¡Está sobre la mesa del comedor, don Ernesto! —gritó Maria Negra desde la cocina.

Estaba en el buche de Bito que todavía se lamía el hocico. Del voluminoso ejemplar del O Estado de Sao Paulo sólo quedaban pedazos por el suelo.

Papá gritó, carajeó, no aguantaba más seguir viviendo entre animales. . Mamá vino corriendo, ¿qué pasaba? Permaneció cal ada, viendo los estragos, oyendo las reclamaciones del marido, sin moral para reaccionar.

Al llegar más tarde el tío Guerrando no escondió su disgusto al ver su ropa nueva inutilizada. Exhibió su cólera sin ceremonia alguna:

—¡En mi casa jamás pasaría una cosa así! ¡En mi casa hay orden! ¡En mi casa no entran animales! —declaró fijando sus ojos en la cuñada, responsable de su odio.

Las relaciones entre los dos no eran de las mejores. Mamá lo acusaba de chismoso y de envenenar al hermano contra el a citando siempre a la esposa como modelo y ejemplo de ama de casa.

Persona tranquila, ordenada, la tía Adele, mujer del tío Guerrando, realmente se hacía cargo de la casa y de la cocina, además de criar a sus ocho hijos sin ayuda de nadie. Esposa cal ada, sumisa, bien diferente de la cuñada. Cada una en su género, ambas excelentes.

Sólo después de la embestida del cuñado, doña Angelina se animó y abrió el pico:

—A quien no le gustan los animales que no los tenga. Vaya. A mí me gustan, no tengo que rendir cuenta de eso a nadie. Cada cual atiende su vida. —Se dirigió al tío Guerrando—: Usted tendrá su chaqueta, no tiene por qué preocuparse.

Se dio la vuelta de espaldas y continuó monologando en voz alta para ser oída por los dos hermanos, aprovechando la ocasión de desahogar broncas pasadas.

¡Esa vez Angelina exageraba! Hacía poco que el marido se había enojado al ver su diario destruido; se había sentido mal pero se mantuvo cal ado para evitar discusiones. Se daba cuenta, reconocía, que Guerrando no perdía oportunidad para «aguijonear» a la cuñada, pero no quería que el a protestase. Debía entender al cuñado, su naturaleza era así. . Ahora, visiblemente molesto y al mismo tiempo

furioso ante el ataque frontal de la mujer contra su hermano mayor, a quien tanto respetaba, papá resolvió terminar con esa cosa desagradable, tan sin razón. Se puso firme:

—Fai la finita! Dio Cañe, non si puo piü vivere in questa casal Yo aquí no mando en nada. . *Porca miseria!* ¡Todo tiene sus límites! Animales por todas partes, adentro y afuera. . todavía voy a encontrar un día bueyes y cerdos durmiendo en mi cama. . y el a se siente una víctima. .

Y dando un portazo salió. El hermano lo acompañó, con un bril o de victoria en la mirada. Papá no apareció para el almuerzo. Sólo volvió, cuando ya todos habíamos acabado de comer, trayendo un nuevo ejemplar del O Estado de Sao Paulo. Se sentó en su seggiolone sin decir palabra a nadie y leyó el diario el resto de la tarde. Comenzaba a oscurecer cuando lo dobló, lo colocó sobre la

silla a su lado. Allí se quedó el diario hasta la noche. Nadie osó tocarlo. Papá continuaba irritado, no valía la pena tocar el diario y arriesgarse a una riña.

Ya entrada la noche cuando todos dormíamos, mamá se levantó de la cama y volvió al comedor. Tomó el diario y lo hojeó buscando algo que mucho le interesaba. Con unas tijeras recortó las noticias sobre Sacco y Vanzetti, el artículo de Pietro Nenni y aun otro, de un periodista, igualmente italiano, Umberto Terracini. También el a batal aba por la revisión del proceso que había condenado a los dos inocentes. Mamá leería todo en un momento de calma, lentamente, reflexionando, como le gustaba hacer. Después los guardaría con otros recortes que había ido juntando, poco a poco, debajo del colchón.

LOS DRAMAS DE AMOR DE BITO

Hacía algún tiempo que Bito venía dando ciertas demostraciones. Un día había intentado —a falta de cabra para saciar sus deseos— aparearse con Flox, pero no tuvo éxito. Se aguantó un carrerón con ladridos y dentel adas. Mamá apareció, presurosa, en defensa de Bito contra ese «¡perro viejo y molesto que podía muy bien jugar un poco con el pobrecito!» No se daba cuenta de la realidad, parecía no ver sus enormes cuernos y la barbita de macho cabrío.

Galán en busca de aventuras, Bito había intentado con todo lo que se le ponía delante: gal inas, gal os, gatos, plantas, zapatos, hasta perseguía a inocentes palomitas. Acabó arrimándose a Rubiconda, una rol iza lechona, regalada para ser asada en Navidad, salvada como era de costumbre por doña Angelina, y pegada ahora a sus faldas, que no se alejaba de sus talones.

Mamá tardó en darse cuenta de que Bito se había vuelto adulto, carente de amor, que había dejado de ser aquel cabrito travieso, ingenuo en sus juegos. .

hasta el día en que embistió con ardor y ganas a las cabras de doña Caropita, en el fondo de nuestra casa.

Esa mañana, doña Caropita —mujer de poca educación y peleadora— tiraba, distraída, de las tetas de sus cabras, con las que se ganaba el pan. De repente, taza y leche volaron lejos.

¡Bito atacaba, macho sediento! Al fin tenía a su disposición no una sino dos hermosas hembras, blanquitas, seductoras. Nadie lo sacaría de al í antes de llevar a cabo su intento. Embestía contra una y contra otra.. Las cabras, asustadas, saltaban haciendo sonar las grandes campanil as de latón colgadas de sus cuel os, aumentando el pandemonio.

Estática, entre la sorpresa y el orgullo, mamá presenciaba la escena sin tomar disposiciones, despertada por los gritos de doña Caropita que, nada divertida con la broma, posesa, ordenaba que le sacasen de ahí a ese chivo puzzolento antes de que terminase secando la leche de sus pobres e indefensas cabras.

Que si la leche de alguna de el as llegaba a secarse, mamá tendría que pagarle el perjuicio y que esto y aquel o. .

Volviendo en sí, doña Angelina ordenó a un empleado del tal er que atase el chivo a un árbol del jardín y se tragó los improperios de la mujer enojada. No valía la pena discutir con gente ignorante, mamá tenía experiencia.

SANTA ACHIROPITA Y DOÑA CAROPITA

Vecina de doña Josefina Strambi, en la Alameda Jad, doña Caropita, mujer de un carrero, andaba por las cal es, desde muy temprano, arrastrando a sus dos cabras con una cuerda, las campanil as tañendo al movimiento de los pasos, anunciando su l egada, para vender leche a los clientes seguros que decían que la leche de la cabra prevenía contra la tuberculosis y que era muy buena para

los niños. «Mejor gastar en leche que en remedios», filosofaba doña Angelina soportando todos los desafueros de esa mujer ignorante, pues no había otra en el barrio que vendiese la milagrosa medicina.

Cierta vez, al ver al hijo de la cabrera, que ayudaba a su madre en la venta de leche, con la cara llena de eczema, doña Angelina se apiadó del pobrecito y conocedora de una buena pomada para esa enfermedad, receta de un famoso dermatólogo alemán, se apresuró a recomendar su preparación al boticario de

«Ao Veado de Ouro», célebre farmacia del centro de la ciudad, merecedora de toda su confianza. Le explicó a doña Caropita que si tuviese un recipiente vacío, economizaría el dinero del pote, le resultaría más barato. Remo, camino de la escuela, llevaría ese mismo día el encargo al boticario. La proveedora de leche mandó un pote enorme, el más grande que encontró, pensando seguramente que se lo llenarían hasta el borde.

Al día siguiente, temprano, apareció el hijo de doña Caropita con el pote en la mano y el siguiente recado de su madre:

—Mamá dice que ya que la señora se quedó con la mitad de la pomada puede quedarse también con el resto. .

Doña Angelina se enojó: «¡Qué mujer más ignorante y más malagradecida!»

Trató de explicarle a la criatura, después a la madre personalmente,

que no pensasen que quería robarles la pomada, que el a tenía la suya, que la medida de la receta era ésa, que las recetas debían respetar religiosamente el peso de los ingredientes. . gastó su latín tontamente. Seguro que no entendieron ni una palabra de lo que decía.

Pero mamá era un caso perdido, no se enmendaba. No escarmentaba con nada. Un tiempo después recibió un recado de doña Josefina: la invitaba para ir juntas, esa tarde, a visitar a doña Caropita, que estaba en cama desde hacía varios días. «¡Por eso no aparece, la pobrecita!» Pronto! La boba de mamá ya estaba apenada de la mujer.

Buenas y atentas vecinas, allá se fueron las dos para visitar a la enferma.

Olguinha y yo íbamos detrás. Nuestras madres llevaban a la enferma una libra de chocolate cada una.

El marido atendió a la puerta y gritó:

—Caro, está ahí dona Giusepina e dona Angiolina.

Una voz seca y apagada de moribunda, venida del lecho, respondió:

—Esto na casa mía..

—Caro. *Te hano portato la chicolata*. . —aclaró el marido entusiasmado, después de observar las manos de las visitas.

La voz de la enferma se hizo oír nuevamente pero ahora límpida y melosa.

—Entrate, entrate, dona Angiolina, entrate, dona Giusepina. . —De ese episodio sólo quedaron risas y comentarios. Doña Caropita era un caso.

Cierto día, sin embargo, una de sus cabras desapareció. Doña Caropita, después de la experiencia de la pomada, no lo pensó dos veces, vino derecho a la casa de doña Angiolina, la «sabida». Seguramente ahí encontraría a la fugitiva (o robada).

Se arrastraba con pasos lentos por la cal e con un lamento doloroso, entrecortado con estridentes gritos, para que todos supiesen su desesperación. La gente que pasaba se detenía, las ventanas se abrían, ¿qué le habría ocurrido a esa mujer?

— *Adgio perso a grapa mia! Adgio perso a grapa mía*! (Perdí mi cabra.)

¡Qué lenguaje más embrol ado! Era necesario mucha práctica para entenderle.

Doña Caropita había olvidado su lengua natal y no había aprendido el portugués.

Se paró ante el portón de nuestra casa llamando a mamá a gritos:

—Dona Angiolina! Dove está mia grapa!

Dejando la pila de lavar la ropa, mamá fue al encuentro de la quejosa, con las manos todavía enjabonadas. No había visto cabra ninguna. Ni sabía que había desaparecido. .

No conforme, o mejor, no creyendo en la información que le daban, la mujer resolvió visitar el garaje por cuenta propia, no escuchando a doña Angiolina que la seguía afligida, repitiéndole que ninguna cabra había entrado en su casa. La cabrera ensordeció por completo, no le prestaba atención a nadie. Se agachaba delante de cada auto, espiando y al mismo tiempo l amando a la fugitiva.

— *Grapa! Grapa mia! Dove estai?*

Del fondo del tal er apareció papá. ¿Qué pasaba? Esa mujer ahí, lamentándose, Angelina gesticulando y hablando, exaltada, los chicos riéndose..

Al ver a papá acercarse pensé que había llegado la hora de la derrota de la obstinada mujer, pues la máscara de lobo malo que usaba papá en esas circunstancias asustaba de verdad. ¡Pero qué! La vieja era dura, resistía todo.

Hizo una rápida pausa y retomó la cantilena, a guisa de explicación para el dueño de casa:

— *Adgio perso a grapa mia! Adgio perso a grapa mia!*

No se arredró tampoco con las protestas de don Ernesto de que estaba perturbando el trabajo de la gente, que nos dejase en paz. . El a seguía con su búsqueda, sin dar confianza a nadie. En el garaje la cabra no estaba, se había convencido. Volvióse hacia mamá:

—Ahora vamo espiá al gallinero.

—Pero, doña Caropita, hágame el favor. El gal inero está cerrado. ¿Usted piensa que alguien encerró a su cabra ahí?

La respuesta fue seca:

—¡Eh! A veces, ¿quién sabe?

Resuelta, se encaminó al gal inero, la procesión detrás: los de la casa, los empleados del tal er que habían abandonado el trabajo para asistir al movimiento, y hasta papá. Antes de alcanzar la puerta del gal inero, en el fondo del tal er, apareció el hijo, el del eczema, avisando que la cabra ya había

aparecido. No hubo disculpas, ni siquiera un hasta luego; doña Caropita dio vuelta la espalda y se fue apresuradamente.

Mamá tuvo un solo desahogo:

—Esa debería vivir en la Rúa Caetano Pinto o en Bexiga.

RUA CAETANO PINTO Y BEXIGA

Hasta doña Angelina, siempre tan liberal, tenía prejuicios contra la Rúa Caetano Pinto y Bexiga.

Debido a sus famosas casas-colmena, la Rúa Caetano Pinto, en el barrio del Brás, apartaba de sus aceras a los vecinos de las otras calles. De mala fama por las peleas y escándalos diarios, se había convertido en tabú; la habitaban sobre todo italianos del sur de Italia, principalmente calabreses, venidos al Brasil en busca de fortuna. Sobre el a se contaban cosas extraordinarias. Tal vez exagerasen, yo no lo sé, pues nunca tuve la fortuna de pisar esas cal es prohibidas. Pasé a admirar a sus vecinos desde que supe que habían destruido un furgón de la perrera haciendo saltar a los laceros por medio de golpes y puntapiés. Nunca más volvieron por al í. La policía tampoco circulaba por la Caetano Pinto, sus habitantes imponían sus propias leyes. No había policía que se atreviese a pasar por al í.

Pobladores extremadamente religiosos, profundamente patriotas de sangre caliente. Hacían barul o por un «quítame allá esas pajas», pero al mismo tiempo eran tiernos y alegres.

Las mujeres tenían fama de valientes, discutían de ventana a ventana, golpeaban a sus hijos a la manera italiana, con soberbios sopapos en la cara.

Había una curiosa competencia entre las vecinas de la Caetano Pinto, ¿quién hacía bril ar más sus ol as? Consumían las manos y las uñas en una poderosa mixtura de ceniza y arena para refregar las piezas, pero se sentían

recompensadas. Alrededor de los marcos de las ventanas permanecían colgadas, en exposición, bril ando, ofuscando la vista de los peatones, sartenes y ollas, calderos y cacerolas, de todos los tamaños y formas, motivo de elogios y gloria para sus propietarias, que se inflaban de orgullo y vanidad.

De los hornil os de carbón colocados en las veredas, de las ol as humeantes salía un aroma a caldos y guisos que entraba por las narices de los viandantes despertándoles el apetito.

Los domingos no había tráfico de coches por la cal e. Los hombres no trabajaban, la mayoría ocupaba las calles para jugar a las bochas. Otros preferían la «morra». La «morra» era un juego que yo conocía de cerca, pues nuestros vecinos calabreses y napolitanos también lo jugaban. Se reunían en el negocio de don Donato en la Consolaçáo, importador de alimentos italianos, que además del local para la diversión, les proveía de un vino calabrés, fuerte de gusto y de color, quesos y chorizos picantes, cebol a cruda y pan casero que los jugadores devoraban mientras mantenían la curiosa disputa. Dos adversarios cada vez apostaban, las manos cerradas se abrían de repente, apuntaban algunos dedos, o ninguno, al mismo tiempo que gritaban el número. El que acertaba el número de dedos estirados era el vencedor: *due!y otto!y cinque!y quattro!* La mayor gracia del juego consistía en el hecho de que los números se gritaban a pleno pulmón y se oían a leguas de distancia.

Devotos de Nuestra Señora de la Achiropita y de Nuestra Señora de la Ripalda, patronas del sur y del norte de Calabria, frecuentaban la iglesia de la Achiropita, que los mismos inmigrantes —los capomastri arquitectos y albañiles improvisados— construyeron en Bexiga, barrio habitado también por italianos del sur.

Bexiga, amplio y populoso, era igualmente pintoresco. Sus habitantes, como los de la Caetano Pinto, conservaban sus costumbres y hacían sus leyes. Los vecinos de otros barrios difícilmente frecuentaban Bexiga, considerado un reducto de gente atrasada, peligrosa, de sangre caliente. Probablemente había cierta exageración en el juicio.

Extremadamente religiosos, respetaban los días de sus santos preferidos, los festejaban con procesiones y cohetes, adornando las cal es con flores y

banderitas de colores de papel de seda. San Jenaro era el santo de mayor devoción de los napolitanos, bastante numerosos en Bexiga. Reverenciaban también la imagen de San Vito Mártir, en la pequeña iglesia de Nuestra Señora de Casaluce —la Madonna Ñera— en el Brás, igualmente construida por los laboriosos artesanos. Napolitanos y calabreses, nuestros vecinos de la Alameda Santos frecuentaban esas iglesias, acompañaban las procesiones que eran el momento culminante en las diversiones de las muchachas que participaban de el as en compañía de sus padres.

En las grandes fiestas, por ejemplo en Navidad o Año Nuevo, o Pascua, y en las fechas cívicas italianas, ellos recurrían a la banda de los bersaglieri compuesta por músicos uniformados, que ostentaban

vistosos sombreros de alas enormes, un penacho verde reluciente de plumas (que parecía una cola de gallo), caía sobre el cuello y el hombro. Esos bersaglieri eran contratados para tocar frente a las casas —casi siempre de italianos del sur— un concierto ejecutado desde la cal e. El repertorio de los aparatosos músicos se componía sobre todo de antiguas marchas militares, pero con la implantación del fascismo se amplió incluyendo himnos modernos y cantos de glorificación al Duce.

En cierta ocasión, un calabrés del barrio fue a consultar a papá, tal vez don Gattai quisiese tener a los bersaglieri tocando frente a su casa en la noche de Año Nuevo. Tres familias de la cal e habían resuelto contratarlos, pero los músicos exigían por lo menos la adhesión de cinco familias, porque de lo contrario no reunían el suficiente beneficio. . No costaría mucho, apenas unos miles de reis, además del vino obligatorio para los músicos.

Mi entusiasmo al pensar que la banda de los bersaglieri, tan ruidosa y l amativa, podría tocar para nuestra familia, no duró mucho, apenas unos instantes; se desmoronó en seguida con la respuesta de papá:

—Discúlpeme, don Carmine, pero frente a mi casa, ni gratis los quiero ver, menos pagando. No estoy dispuesto a patrocinar esos himnos de Mussolini, Giovinezzas y otras inmundicias que me hacen sentir el olor del aceite de ricino. .

¿Qué era eso que decía papá? ¿Qué era eso del aceite de ricino? Papá se inventaba cada cosa..

Don Carmine debía de saber de qué se trataba porque entendió. Molesto, al darse cuenta de que había golpeado en una puerta equivocada, tragó saliva y se fue.

BITO Y EL MISTER

El Míster era un cliente muy distinguido, dueño de un Peugeot. El tal er de papá siempre estaba lleno de clientes importantes, todos lo recomendaban y así la clientela aumentaba en número y calidad.

Recuerdo a algunos. El Dr. Cincinato Richter, un hombre grandote, gentil y sonriente, que a veces traía a su hijito Roberto y a su esposa, una joven bonita y simpática. EL Dr. Luciano Gualberto, otro ilustre cliente, gran cirujano. El Conde Pereira Inácio, mil onario de la Avenida Paulista. Geremia Lunardel i, el

«Rey del café» que, por coincidencia, cierta vez encontró trabajando en el tal er de papá a un compañero de su región, de la provincia de Treviso, en Italia. Habían emigrado en la misma ocasión para el Brasil en busca de fortuna.

Tchó! Geremia, come stercti' saludó en dialecto véneto el empleado de papá, entusiasmado al reencontrar al antiguo compañero pobre ahora mil onario.

Por lo que cuentan, el viejo Geremia no se entusiasmó ni un poquito con el encuentro, permaneció indiferente, reservado, decepcionando a su coterráneo. Recuerdo a Guilherme Giorgi, uno de los primeros clientes del tal er que se hizo amigo de la casa. Muchos otros también pasaron de clientes a amigos: Antonio Ambroggi, Federico Puccinel o, José Pistorezi, Alfredo Albini, entre los nombres que recuerdo. Había clientes de variadas nacionalidades: franceses, ingleses y alemanes, cuyos nombres no recuerdo pero sí conservé las fisonomías y los sobrenombres: el Paleta, alemán de dientes enormes que le sobresalían de la boca; el Bigodinho, de bigotes con las puntas duras de gomina; el Tampinha, muy bajo y gordo; el Camera, un mastodonte inglés, un gigante a quien en cierta ocasión Vera llamó don Carnero.

Edu Chaves, héroe de la aviación, aparecía de vez en cuando por el tal er. La primera vez que vino fue un alboroto; Remo entró en casa todo colorado:

«¿Saben quién está ahí?» Las mujeres dejaron el croché, se precipitaron a la ventana para espiar, yo salí disparada, quería verlo de cerca. Hasta una canción sobre él había aprendido de mis primos, en el Brás.

Edu Chaves hablaba con don Ernesto, los dos de pie en medio del tal er; yo me acerqué, me recosté en papá, ninguno de los dos se dio cuenta de mi presencia, yo estaba loca por que el aviador me mirase, me diese una oportunidad para soltarle la canción en un homenaje. Cuando advertí que se despedía y que no tendría oportunidad, me fui corriendo a la sala y desde al í canté en voz alta, rompiéndome la garganta: *Salve Edu Chaves aviador rival de las águilas / y del cóndor.* . ¿Me habría oído? Seguramente no.

Entre los clientes de papá había uno muy especial, el Míster. Por ser extranjero, fumar en pipa y usar bigotes engominados en las puntas, el señor Muller —tal era su apellido— fue llamado por nosotros, los chicos, Míster. Por la marca de su auto, francesa, quizá le hubiera quedado mejor un Monsieur, pero lo habíamos bautizado Míster y así quedó: don Míster.

Como ya dije, don Míster era la distinción personificada. Yo lo encontraba viejo. Pero los niños siempre piensan que los adultos son viejos. Debía andar por los cuarenta como mucho. Se vestía impecablemente, era un hombre elegante. Su aire solemne y su aspecto respetable no le impedían, siempre que fuese posible, dirigir miraditas a la linda hija mayor del mecánico. ¡Maravil osa!

Wanda le encontraba gracia a las bromas que se hacían sobre el entusiasmo del Míster.

Papá lo consideraba un cliente espléndido, cuidadoso como él solo, no esperaba que el auto le fal ase, le hacía revisiones preventivas.

Pero el tal Míster no era el único que suspiraba por Wanda; había otros, como cierto muchacho que, al verla en la ventana, entró con el pretexto de hacer revisar su automóvil. Dejó el auto en el tal er y, muy tranquilo, se entretuvo paseando por el jardín de doña Angelina, mirando ostensiblemente hacia adentro de la casa en busca de la beldad al í escondida. Hasta don Albini,

solterón, amigo de papá, ensayó miraditas para Wanda, pero ésta no le encontró gracia alguna.

Un día Míster fue a buscar el Peugeot dejado para su revisión. Antes de entrar al tal er se detuvo frente a la ventana desde donde podía observar a Wanda sentada en la sala haciendo croché. Inició la maniobra para encender su pipa.

Lentamente sacó del bolsil o el tabaco y la pipa, acción demorada. Con más lentitud aún empezó a l enarla, con un ojo puesto en la tarea, el

otro en la ventana. Sacó la caja de fósforos y se preparaba a encenderlo cuando, de repente. . Entretenido en la doble operación, no se había dado cuenta, ni él ni Wanda, de que, por atrás, Bito calculaba la distancia preparando una embestida.

Tomado de sorpresa, alcanzado en medio del trasero, al á se fue el elegante cabal ero, bajo la mirada atónita de la hermosa joven, de cara al suelo. Suelo l eno de grasa y aceite de automóvil.

Esa topada maestra, en lugar de laureles y gloria le valió a Bito la condenación.

Había llegado a la edad adulta, chivo hecho y derecho. Esa fue su última hazaña en nuestra casa. Con el a derrotó a doña Angelina, su protectora.

Con el corazón estrujado, días después, mamá entregó su chivo al tío Gigio, que le prometió cuidarlo bien y jamás matarlo.

Al ver al hermano alejarse llevándose al animal con una cuerda, con la voz embargada de emoción, se despidió de Bito:

—¡Anda, bestia!

Y los dos partieron. Irían a pie hasta la Estaçáo da Luz. Allí tío Gigio se instalaría con el chivo a su lado, en un vagón de segunda clase, rumbo a Sao Caetano.

UNA CARTA PARA MARIA NEGRA

Era la hora en que pasaba la perrera. Mamá gritó:

—Zélia, mira afuera, a ver dónde está Flox. La perrera anda rondando.

Obedeciendo las órdenes de mamá, me dirigía al portón, cuando apareció un muchacho sosteniendo en la punta de los dedos un papel doblado.

—¡Eh, chica! A ver si llamas a Maria.

—¿Para qué?

—Tengo que entregarle una carta, pero sólo a el a.

El tono misterioso del muchachito me picó. Entré gritando:

—¡Maria! ¡Maria! ¡Hay una carta para ti!

Maria observó por el ventanal del comedor, soltó la escoba y corrió al portón.

Arrancó el papel de la mano del chico y preguntó lo que ya sabía:

—¿Quién te mandó?

—Luiz, el de la farmacia de don Adamastor.

Maria Negra dirigió su mirada a la farmacia de la esquina, casi frente a nuestra casa. En la puerta, Luiz, un mulatito flaco, sonrió. La chica entró corriendo, rad únte de felicidad. En medio del camino se topó con la patrona.

—¿Qué pasa, Maria? ¿Qué es ese entrar y salir?

—Cosa mía.

—¿Cosa tuya? —gritó la patrona mientras la joven se alejaba.

—¡Sí! —gritó Maria Negra todavía más fuerte para ser bien oída, y agregó—:

¡Particular!

Mamá había jurado que no discutiría más con su criada. Se tragaba todas las provocaciones. Sin Maria Negra el barco no marcharía o marcharía muy mal y ambas tenían conciencia de eso.

Corriendo como una cucaracha tonta, Maria llamaba:

—¡Wanda! ¡Wanda! ¿Dónde estás?

—Aquí estoy, mujer. ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

—Ven aquí, Wanda, ven al gal inero donde nadie nos vea.

En el gal inero, escondido en el fondo del tal er, detrás de la sección de pintura de los autos, Maria Negra se confesó:

—Mira aquí. Una carta de Luiz, el de la farmacia. Léela, por favor, pero no vayas a contarle a nadie lo que dice, ¿eh?

Wanda bromeó:

—Si quieres me puedo tapar los oídos mientras te la leo en voz alta, sin escucharme. .

—¡Vamos, bromas no, por favor! Wanda, léelo no puedo aguantar más.

De los garabatos casi ilegibles, Wanda descifró que el galán deseaba encontrarse a la noche, precisamente a las ocho, en la esquina de Bela Cintra, con la criatura de sus sueños.

—¡Ay, Dios mío! ¡No puedo creerlo! ¡Quiere ser mi novio! —suspiró Maria Negra, románticamente soñadora.

Dobló el papel, lo guardó en su corpiño, junto al corazón, declarando en tono solemne:

—¡Hoy soy la mujer más feliz del mundo, me voy a encontrar con mi amor!

EL ROMANCE DE WANDA

Wanda estaba enamorada. El novio se llamaba José do Rosario Soares, hijo de portugueses. Se habían conocido en una de las fiestas del Divino Espíritu Santo, de la Iglesia del Calvário, en Vil a Cerqueira César, hoy Pinheiros.

El joven rondaba la casa todas las noches, con la esperanza de ver a la hermosa, de darle un adiós desde lejos, o quién sabe, de tener la ventura de unas rápidas palabras.

Don Ernesto no permitía que la hija tuviese novio, no era tiempo aún, demasiado joven. Doña Angelina, más condescendiente, partía del principio de que a la edad de la hija el a ya estaba casada. Consentía el noviazgo a escondidas del marido —«¡Dios nos libre y guarde de que lo descubra!»— con la condición de que jamás saldrían solos. Debían tener siempre un acompañante. ¿Y quién iba a ser ese paje, esa víctima, sino yo? Tito se oponía al noviazgo —una peste—, no podían contar con él. Remo, que ya era un muchacho, no aceptaría ese ridículo papel. Con Vera ni pensar. Antes de que la consultasen, se había adelantado:

—No voy a tenerle la vela a nadie, tengo otras cosas que hacer. .

Wanda consiguió convencerme para que la acompañase, utilizando métodos diversos: cariño, adulación y amenazas. Con la mano extendida, en señal de

«espera y verás», decía todo, pero aún más la frase que acompañaba el ademán: «Espérate, yacaré, la laguna se ha de secar y te veré bailar. .»

Ademán y frase tenían un efecto fulminante sobre mí. Sabía bien lo que sucedería si no cedía: sería privada de las cosas que más me gustaban, como, por ejemplo, de las historias sensacionales que contaba mi hermana. La historia de Naricita Levantada de Monteiro Lobato, me entusiasmaba. Para conquistarme, Wanda hasta l egaba a decirme Naricita, afirmando que mi nariz era igual a la del personaje: «Naricita, mamá te l ama. .» Yo reventaba de alegría.

Detestaba salir de noche, detrás de los novios, por las cal es desiertas y oscuras, apenas alumbradas por los faroles de gas. En las noches frías de pleno invierno, me refugiaba en papá después de cenar, tratando

de impedir la convocatoria. Wanda me rondaba a la espera de un cruce de miradas. Yo desviaba mi vista lo más que podía pero no aguantaba mucho tiempo. De repente. . i listo! La miraba y veía el gesto discreto, a distancia, y allá me iba con ella.

El lugar predilecto de los dos enamorados era la Rúa Haddock Lobo, al final de la Alameda Santos. Se quedaban a la sombra de una *granpaineira* (14) y en la cal e sin pavimento, poco transitada. Yo me distanciaba un poco y me iba debajo del farol a mirar las figuritas del Tico-Tico que Zé Soares me ofrecía una

vez por semana. Muchas veces tenía sueño, me sentaba sobre la gruesa raíz de la *paineira* y me quedaba dormida, con la cabeza metida entre los brazos apoyados en las rodil as. No podía recostarme en el árbol que tiene corteza espinosa. Sólo me despertaba con el pregón de Quatrocentao que vendía *pamonhas, pipocas, paçocas* (15) y maní tostado.

Negro alto y fuerte, boca enorme, labios caídos y dientes bril antes, Quatrocentao pasaba frente a nuestra casa todas las noches exactamente a las nueve. Por orden de mamá, Wanda debía entrar nada más pasar Quatrocentáo.

Tiempo corto para el noviazgo, en lo mejor de la fiesta allá venía el negrote, de voz tronante y bocaza abierta, pregonando las delicias que traía en una cesta cubierta por una blanca servilleta: «A la *pipoca, paçoca, miduis tostá.*.

tostá. . » Sus oes cerradas le servían de pausa. Las prolongaba antes de seguir la trayectoria de la palabra: *Pamooonha de mió veerr.* .

—Vamos, que es la hora.

Además del Tico-Ticoy José me ofrecía caramelos, siempre los mismos deliciosos caramelos color rosa o blanco. Esos caramelos hacían mi felicidad, casi compensaban el sacrificio. El interior blando, por fuera la costra fina y crocante. El muchacho necesitaba conquistar a la niña rebelde, garantizar su preciosa compañía. A veces hasta deslizaba en mi mano alguna monedita en el momento de despedirse.

WANDA APROVECHA LA OCASIÓN PARA ENSEÑA A LEER A MARlA NEGRA Wanda comprendía bien la felicidad de Maria Negra en su debut amoroso.

Dispuesta a propiciar el noviazgo, aprovechó el entusiasmo de la muchacha para convencerla de que debía estudiar, vencer su temor y su rechazo y aprender a leer. Hacía mucho que había emprendido su campaña:

—Mira, Maria, a partir de mañana vamos a empezar con las clases. Y no me vengas con que eres burra, con que no podrás aprender. Eres muy inteligente,

eso se ve. Si hasta entiendes el italiano. ¡Dime que no entiendes lo que dicen los viejos! Si hasta el véneto sabes..

Por primera vez los argumentos de Wanda y la posibilidad de leer futuros mensajes de amor convencieron a la muchacha. Tenía que aprender a leer y escribir sus propias cartas, costase lo que costase. Combinaron que, a partir del día siguiente, Maria da Conceiçao sería alumna de doña Wanda.

El trabajo de la casa ese día rindió mucho. Fue hecho en un clima de euforia, acompañado por canciones de amor.

PREPARATIVOS PARA EL ENCUENTRO

—¿No es hoy cuando viene el viejo? —recordó Maria Negra—. Juro que si hoy aparece y me retrasa todo me las paga™.

Se refería a don Luciano, el hermano mayor del tío Gino, solterón empedernido, viejo amigo de la familia. Don Luciano había organizado su vida de tal manera que cenaba cada noche de la semana en casa de un pariente o amigo. Cada vez que aparecía en casa retrasaba la cena con su charla, obligando a Maria Negra a abandonar más tarde la cocina. El viejo hablaba y hablaba sin parar y era siempre el último en terminar de comer. En su presencia todos nos quedábamos cal ados, don Luciano no le daba oportunidad a nadie.

Bajito, de estatura por debajo de lo normal, aspecto bizarro, cutis blanco, cabel os blancos cortados al rape, grandes ojos azules y saltones, bigotes espesos que le entraban por las ventanas de la nariz y la boca. No hacía ceremonia con sus anfitriones, reprendía a los niños a gritos cuando el os, sin poder contenerse, reían de sus cómicas expresiones, de las cosas divertidas que decía, aunque sólo las decía en italiano o en el dialecto genovés:

— *Ma, porco di un Bacco Barilacio. Questo ragazzo é veramente un imbecil e!*

Un cretino! —embestía casi siempre contra Tito que, sentado frente a él, no

conseguía ocultar la risa, risa ostensible, incontrolable, principalmente cuando lo insultaba. Cuantos más insultos, más carcajadas.

Nunca supimos qué pretendía decir don Luciano con esa frase que repetía: Porco de un Baco Barilacio. Violento desahogo, tenía aire de blasfemia pero seguramente no lo era.

BLASFEMIAS Y PALABROTAS

Blasfemias conocíamos muchas, de todo tipo: estaban las delicadas como *Dio Madonna!, Dio Croce!, Dio Buono!, Dio Cristo!;* otras sin sentido aunque graciosas como: *Dio Campanile!, Dio Romaiolo!, Dio Pomodoro!* ; otras groseras como: *Dio Cane!, Dio Merda!, Dio Boia!, Putana del a Madonna!*

El abuelo Eugenio, viejo católico, no quería ofender a Dios. Usaba blasfemias camufladas: *Sacranon de la medaglia, Orpo de Bio*. Palabras sueltas, aparentemente sin sentido, no pasaba a la última injuria de una corruptela de *Porco di Dio!* O, quién sabe, *Corpo di Dio!* La primera nunca fue descifrada.

Al contrario de los italianos del norte, que blasfemaban respecto de todo y por todo, los del sur no blasfemaban. No ofendían a Dios en caso ninguno. Se desahogaban ofendiendo a la madre de los otros, con la mayor tranquilidad, insultando al prójimo con términos groseros como: *Va fa'n culo!, A fessa' e mammata!, Stronzo!* y muchos otros más.

Nosotros estábamos habituados a las palabrotas, pues los vecinos napolitanos y calabreses no hacían ceremonia y las berreaban a toda hora. Mamá nos prohibía repetirlas. Si las decíamos, una buena bofetada nos hacía tragar la palabrota o la blasfemia.

Ni siquiera la palabra «mierda» se permitía en casa. No pasábamos más al á de

«¡Anda a lamer jabón!»

ORACIÓN A SANTA CLARA

Apenas pasado el almuerzo el sol desapareció y unas nubes oscuras cubrieron el cielo.

—¡Por Nuestra Señora! ¿Es posible que vaya a llover justo hoy? —se desesperaba Maria Negra.

Afligida, resolvió apelar a una oración infalible. Me llamó:

—Zélia, ven acá. Vamos a cantarle a Santa Clara una oración para que no deje que llueva esta noche. Canta conmigo, porque a Santa Clara le gustan los niños. Los niños son ángeles y ella adora a los ángeles. Siempre atiende sus peticiones.

Tomó un jabón usado, lo dividió en dos, me dio una parte:

—Ahora vamos ahí fuera, cantamos y después tiramos el jabón arriba del tejado.

—Pero yo no sé cantarle a Santa Clara, Maria, y tampoco voy a poder tirar el jabón arriba del tejado. Es demasiado alto para mí.

—Yo te enseño la canción en un momento. Y tú tiras el jabón para arriba, no importa que no caiga en el tejado, la santa igual entiende.

No fue difícil aprender la lección, después de un rápido ensayo comenzamos las dos, una al lado de la otra, concentradas: *Santa Clara deja clarear / San José deja venir el sol Para lavar mi sábana Para secar mi sábana.*

Mamá, desde lejos, observaba nuestra locura. Balanceó la cabeza riendo, pero al vernos tirar el pedazo de jabón dejó de encontrarle gracia:

—¿Qué desperdicio es ése? ¡Tiran las cosas como si el jabón se encontrase por las cal es, como si no costase dinero!. .

El cielo se ponía cada vez más oscuro. Hubo que encender las luces antes de hora. Santa Clara parecía no haber escuchado nuestras preces o no quería atender el pedido de la joven enamorada y la niña.

«RESTAURANTE QUAGLIA»

A eso de las cinco apareció Ghilherme Giorgi en busca de Gattai para comer en el «Restaurante Quaglia».

El «Restaurante Quaglia» quedaba en el Alto da Serra de Santos, en una casa grande, con una galería cubierta al frente; del lado de afuera había juegos y hamacas para los niños. Un lugar agradable y buena comida. Los propietarios, una pareja de italianos, cuidaban todo: la mujer dirigía la cocina y el marido servía —lo ayudaba un mozo— y

también hacía los honores de la casa.

Para saborear un delicioso *risotto de funghi secchi con zajferano o de tartuffi* preparado especialmente por la señora Quaglia, los compatriotas adinerados no se incomodaban por tener que andar un pésimo camino de tierra, kilómetros interminables de un camino l eno de baches y el pesado paso obligatorio por Sao Bernardo, l eno de val as y lomos de burro hechos en la cal e principal con la finalidad de evitar excesos de velocidad en el centro urbano. Ni el precio caro ni las dificultades del camino impedían a la clientela frecuentar el restaurante del Alto da Serra. Era un paseo y una aventura.

Apenas l egó don Guilherme Giorgi esa sombría tarde, papá dejó el trabajo antes de la hora y entró a la casa apresurado. Fue derecho a bañarse, tenía que tomar un buen baño para librarse de tanta grasa. Mamá, cal ada, seguía sus movimientos.

—¿Vas a salir con don Giorgi?

—Vamos a comer al Quaglia. Tenemos una reunión muy importante, vamos a discutir un asunto que, si es cierto, será bueno para nosotros.

—¿Y para tratar un asunto es necesario ir hasta el Quaglia, tan lejos y con esta amenaza de tempestad?

El marido se irritó. Sabía adonde quería llegar su mujer. Sabía lo que estaba pensando.

—¡Acaba con eso! Fai la finita!

—Yo sé muy bien lo que son las reuniones. .

—Mira, Angelina, ¿quieres saber una cosa? No estoy dispuesto a discutir.

¡Déjame en paz, por favor!

Continuó su arreglo, se vistió con un traje de casimir que había mandado hacer a medida poco tiempo atrás: «Para acompañar a esa gente tengo que ir bien vestido. No me puedo presentar como un *lazzarone*».

VUESTRA SEÑORÍA

Papá partió con don Giorgi con la cara agriada, triste, mamá siguió con los ojos el automóvil que se lo llevaba. Dejó escapar su pensamiento en un lamento:

—Ahí se van de juerga.

Los relámpagos empezaron a iluminar el cielo, los rayos antecedían a los truenos. En la cocina, Maria Negra tomaba precauciones para impedir que la l uvia cayese. Concentrada en extrañas alquimias, mezclaba hojas y polvos, quemaba todo en las brasas del fogón, levantaba humaredas, expandiendo el olor y el humo por toda la casa.

—Maria —le dije, preocupada—. Le mentiste a Santa Clara y el a va a dejar que llueva. .

Maria Negra se sobresaltó:

—¿Por qué dices eso? ¿Qué estás inventando? ¿Cuándo le mentí yo a Santa Clara? No vengas a decirme esas cosas, por favor. .

—Claro que mentiste. Le dijiste que ibas a lavar tu sábana y no lavaste nada.

¿No tenía razón la niña? Pero la letra de la canción así era y no l evaba intención de mentir ni de engañar. . además, no había sido el a quien la había inventado, era una antigua canción mágica. . No, de ninguna manera dejaría que yo la indispusiera con la santa.

A las siete, antes de lo acostumbrado, la comida ya estaba en la mesa. Gracias a Dios, don Luciano no había aparecido —seguramente por la lluvia—, don Ernesto había salido, todo estaba preparado y a no ser el tiempo tan amenazador, la enamorada Maria tendría todo preparado antes de las ocho.

Wanda fue a la ventana cuando Maria Negra se marchó para verse con su enamorado. Se percibía el bulto del criollo allá adelante, en la otra cuadra.

La pareja de novios acababa de doblar la esquina cuando la lluvia llegó acompañada de relámpagos y truenos.

Existía la leyenda de que en nuestro barrio el ruido de los truenos era más fuerte que en cualquier otro sitio debido al pararrayos que estaba instalado en el Hospital de Isolamento, al í cerca, en la Avenida Rebougas. La verdad es que nunca más en mi vida volví a escuchar truenos tan terribles.

Rayos y truenos andaban sueltos esa noche. Wanda muerta de pena por Maria Negra, tan miedosa, la pobre, siempre asustada con los temporales. . mamá pensando sólo en su marido, en aquel as lejanías, por cal es de barro, llenas de baches, arriesgando su vida. . Ese hombre no tenía juicio, ¡Santo Dio!

Sonaron las nueve. En la noche de tormenta no habría pamonhas ni pipocas.

Ni Quatrocentao ni nadie se aventuraría a salir a la calle con ese temporal.

Wanda espiaba de vez en cuando por la ventana, con la esperanza de ver llegar a su amiga. De repente la puerta se abrió, Maria Negra entró, toda mojada, en el mayor de los alborotos.

—¡Doña Angelina del Cielo! Tengo algo que contarle. Sólo usted puede salvar la vida de un hombre. La lluvia nos pescó a Luiz y a mí en la cuesta de Bela Cintra. Dimos la vuelta, subimos por la Consolagáo y cuando pasamos por la

«Casa de la vieja», Luiz pensó que podíamos entrar y quedarnos en la galería para protegernos de la lluvia. Ya estábamos mojados, pero entramos.

—¿Entraste? —se admiró Wanda—. ¿No tuviste miedo?

Mamá, afligida y curiosa —quería saber a toda costa cuál era el hombre que debía salvar—, interrumpía a la criada.

—¿Y el hombre que está muriendo, Maria?

—Ya llego, ya llego. Déjeme que le cuente primero mis cosas. Doña Angelina, no se apresure. No hay sangre derramada, no. No se ahogue. ¡Cristo, qué agonía!

Mamá se calló a disgusto. Maria Negra proseguía con su narración, cada vez más entusiasmada con la admiración que causaba a Wanda.

—Yo no tenía miedo de entrar en esa casa de fantasmas porque tenía a

mi lado a un hombre que me protegía, ¿me comprendes, Wanda? —hablaba segura, con la vanidad desbordándose de todos los poros—. ¡Imagina! Yo estaba ahí sin tener miedo de los truenos ni de nada, firme, cuando de repente oí un gemido, un ¡Ayyyy! Me volví loca. ¡Mi Dios del cielo, sólo puede ser el alma de la vieja!, pensé. Me agarré a Luiz.

—¿Te agarraste? —se sorprendió Wanda—. ¿Te agarraste, cómo? ¿Lo abrazaste?

—Me agarré. Pero él temblaba más que yo. Tenía miedo y no era para menos.

Cualquier persona se asusta en una circunstancia así. Tuve ganas de correr pero mis piernas temblaban tanto que no se movieron del lugar. Estaba ahí como pegada. De repente, otro gemido. El cielo se iluminó con un relámpago, me armé de valor, miré para adentro y vi un bulto estirado en el piso. Le dije a Luiz que no parecía alma sino un hombre. «¡Ayúdenme, por el amor de Dios!», repitió la voz quejosa. Me dio pena y miré de nuevo. Era un viejito flaquito, con la cabeza blanquita como algodón. Ahí entonces ya aproveché que la lluvia paró y me vine en busca de doña Angelina, que socorre a todos los perros de la cal e y no va a dejar que un pobre viejo se muera así. —Se dio vuelta hacia mamá—: ¿Está contenta ahora, doña Angelina?

Sin dar importancia a la osadía de la criada, impresionada por el relato, mamá no vaciló, buscó un paraguas:

—¡Vamos, rápido!

Y al á fueron las dos en busca del viejo. No tardaron mucho, volvieron cargando a un hombre debilucho, de baja estatura. El leve fardo fue transportado a la cocina. Se desprendía de él un fuerte olor a alcohol me2clado con otros olores peores. Mamá sentó al viejo en una sil a:

—¿Señor, se siente mal?

El viejo entreabrió los ojitos azules llenos de legañas. Los fijó en su interlocutora:

—Por caridad, déme algo de comer. .

El viejo hedía por demás. ¿Cuánto tiempo haría que no se bañaba? ¿Le habría faltado un retrete a tiempo?

—¿El señor quiere café con leche?

El pobrecito parecía tomar conciencia de las cosas.

—Vuestra Señoría es muy bondadosa. Que Dios guarde su hogar. Yo no tengo hogar, no tengo a nadie en el mundo. . —decía en tono lastimero.

El viejo había acertado justo en el centro de la sensibilidad de mamá: «Solo en el mundo, a mi edad.. »

—Este es un hombre de fina educación —diagnosticó doña Angelina . Es una persona instruida, seguramente despreciada por los parientes, i Ay! ¡Dios mío!

¡Cuánta ingratitud hay en el mundo!

Mamá estaba loca por saber de dónde venía. Saber su vida. Persona tan delicada, que la l amaba «Vuestra Señoría». Nunca nadie la había tratado así, con semejante cortesía. Había que hacer todo lo necesario para cuidar a ese hombre como se merecía.

—Maria, atiza el fuego. Vamos a necesitar agua caliente para darle un bañito a este pobrecito. Hiede mucho, hasta me dan ganas de vomitar.

La operación limpieza comenzó. Mamá le quitó la chaqueta. Unos bichitos se arrastraban por el género embarrado. La ropa debió ser negra en otra época.

Ahora tenía un color indefinido.

Llevaron un gran balde a la cocina, mamá no estaba tan loca como para meterlo en nuestra bañera. El gran balde de lavar la ropa no cabía en el baño.

La mesa de la cocina tuvo que ser corrida para hacer espacio.

—¿Vuestra Señoría no había dicho que me daría café con leche? —recordó el viejito, un poco alarmado por esos preparativos.

—Le voy a dar café con leche, sí señor, pero después del baño.

—¿Yo me voy a dar un baño? —protestó asustado.

—Sí, es lo que usted necesita.

Mamá ordenó que los chicos nos retirásemos. En la cocina sólo quedaron el a y Maria Negra. Desde el comedor oíamos las carcajadas de Maria, los suspiros y las exclamaciones piadosas de mamá, los

berridos del viejo y el barullo del agua. Wanda y Vera muertas de ganas de espiar. Vera sugirió subirse a la máquina de coser; por el montante de cristal que había sobre la puerta se podía ver bien. Tito, vigilante, protestó:

—iNo van a espiar a ese hombre, malas mujeres!

De repente se abrió la puerta. Maria Negra apareció victoriosa.

—¡El viejo ya está lavadito! Lo envolvimos en una toalla. La ropa que tenía está tan apestada que ni se puede lavar. Va derecha a la basura. Lo único que tenemos ahora para vestirlo es el pijama azul celeste de Remo. Sólo está ocupando el cajón, nadie lo usa. .

Desde la cocina, mamá reclamaba prisa y que trajese también el talco.

EL MISTERIO DE VUESTRA SEÑORÍA

El pijama azul había provocado hacía tiempo un conflicto entre los dos hermanos. Remo lo había recibido de regalo de una novia que aprendía el arte de la costura. En casa los hombres jamás habían usado pijama, y las mujeres,

¡ni hablar! Papá y los chicos dormían en calzoncillos y camiseta.

Cuando Remo apareció vestido con el pijama de cuel o redondo cayendo sobre los hombros —la muchacha había sido generosa al cortar la tela, no había ahorrado género— de un color azul cielo, Tito tuvo una explosión de risa:

—¡Parece un angelito! —carcajeó señalando al hermano.

Enfurecido, Remo le tiró la almohada, con la que comenzó una verdadera batalla. La intervención de mamá terminó con la pelea; el pijama fue guardado, relegado para siempre.

Pudimos entrar en la cocina sólo cuando Vuestra Señoría —el viejo ya tenía su sobrenombre para nosotros— vestía el pijama, enorme para él, pero que hacía buena combinación con sus ojos. Mamá le había limpiado las légañas con un algodón embebido en agua boricada. El pelo blanco bien peinado, lleno de talco, perfumado. Frente a él un tazón de café con leche, pan con manteca y queso.

El viejo empezó a lloriquear.

—Vuestra Señoría es la madre que nunca tuve. .

Mezclaba lágrimas con café, comía con ganas.

Resueltos dos graves problemas —la suciedad y el hambre— quedaba un tercero, el más difícil, ¿dónde alojarlo? No teníamos comodidades para huéspedes. Ese era un serio problema. La benefactora no iba a arrojarlo de nuevo a la cal e, debajo de la lluvia que había vuelto a caer. ¡Eso nunca! Por fin, apareció la solución.

En el garaje estaba la limousine del Conde Pereira Inácio. Hacía días que estaba para una revisión general. ¡Auto lujoso! El chófer aislado adelante, y atrás todo el confort. Gruesos cristales separaban a los

patrones del chófer que recibía las órdenes por un teléfono interno. Había cortinas de seda fumé, protección contra el sol y tapicería de terciopelo, como para quitarse el sombrero.

—Voy a llevarlo a dormir a un auto —le comunicó doña Angelina, satisfecha con la solución encontrada—. Pero, por favor, quédese bien quietecito, si necesita hacer alguna cosa tiene un baño en el garaje. Yo le mostraré. Mañana temprano lo despertaré antes de que mi marido se levante. ¿El señor comprende, no? Los hombres no siempre aceptan ciertas cosas. . Y mi marido. .

Cuando advertimos la intención de mamá respecto del auto elegido para el sueño del huésped, quedamos horrorizados de su atrevimiento. Hasta Tito, el pegote de mamá, su protegido, exclamó:

—¡Mamá! ¡Si papá lo descubriera. .!

—¿Si descubriera qué? —protestó mamá defendiéndose—. ¿Qué quieres?

¿Que arroje al pobre viejo en un auto abierto, después de un baño caliente, para que le venga una pulmonía?

Esa noche mamá no durmió a la espera de la llegada del marido. ¿Y si le ocurriese algún accidente en el camino? ¿Y si al llegar resolviese mirar la limousinét Pensamientos ocultos, sospechas dolorosas, volvían a atormentarla. Estaba muerta de celos.

Se durmió a la madrugada, después de que el marido llegó. Ni leer pudo, sus pensamientos volaban lejos, imposible concentrarse. Planeaba despertarse muy temprano, pero se le pasó la hora. Felizmente Ernesto también se quedó dormido.

Se levantó sobresaltada, corrió afligida al garaje. ¿Dónde estaba la limousine?

No estaba más. Había partido muy temprano, antes de clarear el día —explicó el abuelo Eugenio—. El Conde y su familia viajarían esa mañana a la estancia.

¿Y Vuestra Señoría? ¿Qué le habría pasado? Nadie lo supo nunca, jamás tuvimos noticias de él. Los autos del Conde no volvieron a frecuentar el taller de don Gattai.

Muerta de curiosidad, mamá se preguntaba: ¿Quién sería aquel a criatura?

¿De dónde habría venido? ¿Hacia dónde había ido? Había sido demasiado discreta, no había querido torturar al infeliz con preguntas, las había dejado para el día siguiente. . y lo pagaba caro.

PROGRESO Y BUEN HUMOR

Papá andaba de buen humor, pero igualmente nadie se atrevió a contarle el caso del viejo. Tal vez, quién sabe, si se hubiese enterado no se habría enojado, tal vez hasta le hubiese encontrado gracia al último «arte» de su mujer.

La reunión con Giorgi y los otros italianos en el Quaglia había resultado bien.

Serían concesionarios del automóvil Alfa Romeo en el Brasil. Papá entraría en la sociedad con su bien montado tal er, su nombre y su trabajo. Ya estaban haciendo los preparativos para poner todo en papeles, para legalizar la Sociedad Anónima Gattai.

LA «CASA DE LA VIEJA»

Cuando se mudó a la Alameda Santos mamá fue advertida: sería vecina de una casa con fantasmas, la «Casa de la vieja», como se la llamaba, sobre los fondos del garaje. Su frente daba hacia la Rúa da Consolação. El garaje lindaba con el a, apenas separada por un muro alto. Corría la leyenda de que esa casa, casi destruida por el tiempo y los ladrones, había pertenecido a una señora anciana que al í había vivido su vida entera; sola había vivido y sola había muerto. Su cuerpo, o mejor, su esqueleto, fue encontrado mucho después de su muerte.

La leyenda contaba que a altas horas de la noche, el alma de la vieja acostumbraba deambular por la casa y el jardín.

«LA PROPIEDAD ES UN ROBO. .»

El tal er estaba en franco progreso, como ya dije, papá ganaba mucho dinero.

Había tomado varios obreros especializados, todo marchaba a las mil

maravil as. Para mamá, mientras tanto, la situación financiera no

había cambiado. El a no disponía de dinero a voluntad para manejarse.

Para no decir que las cosas seguían igual en la casa, debo decir que en algo mejoraron: nuestra cocina, por ejemplo, estaba mejor abastecida, había aumentado en calidad. Papá se había asociado con otros italianos para importar aceite de Italia, acondicionado en botel ones de cincuenta litros (pasamos a cocinar con aceite de oliva, «mejor gastar en comida que en remedios y médicos»), aceitunas, quesos, latas de atún, salamis variados y vino. Cuando se terminaba un barril de vino otro lleno lo sustituía. Sin contar los vinos finos embotel ados, que venían en cajas.

Fuera de la alimentación, papá empleaba todo lo que ganaba en la compra de máquinas para ampliar el taller. Había echado abajo el tejado del cobertizo, cambiado las vigas de madera ya podridas y las había cubierto de tejas; había colocado claraboyas en varios lugares del techo, había mandado hacer un baño y un servicio dentro de casa. No necesitábamos —como en los primeros años— servirnos del baño del tal er. La enorme bañera de madera fue jubilada y dejó sitio a una bel a bañera moderna, esmaltada. Se había gastado una fortuna en esas mejoras. Mamá suspiraba:

—¡Entierra todo en la casa de otros!

Cierta vez, antes de la Sociedad Anónima, al l egar un enorme cajón que contenía un torno importado de Alemania, mamá quiso saber el precio de la máquina. Espantada con el atrevimiento del marido al gastar tan enorme fortuna en una pieza, no resistió la tentación, volvió al asunto prohibido —la compra de la casa— que ya le había traído muchos sinsabores y desilusiones.

Estábamos comiendo con la familia reunida. Maria Negra servía a todos, como siempre, sentada a mi derecha. Mamá comenzó a entrar en el tema con acierto, debía haber estudiado mentalmente la frase inicial, y hasta el tono de voz, para evitar el posible rechazo:

—Dime una cosa, Ernesto, ¿qué tal si compramos la «Casa de la vieja»? ¿Sabes que está en venta por un precio tirado. .?

Antes de que el marido repitiese que no podía comprar ninguna casa por no tener dinero, el a se adelantó:

—Ahora que puedes hasta importar un torno tan caro, vas a poder comprar una casa, ¿no es cierto?

No ganó nada con sus dulces palabras y las buenas maneras ensayadas. Don Ernesto, como siempre, refractario a la compra de casas, no podía aguantar que le hablaran del tema, así que se irritó repitiendo una frase hecha —

anarquista—, infalible para liquidar la cosa de una vez:

—«La propiedad es un robo y ladrón quien la posee.»

Con ese slogan dicho en tono declamatorio, papá dio por cerrada su parte en la discusión.

—¿Eso quiere decir que prefieres ser robado? —insistió doña Angelina.

Hubo una ligera pausa en el duelo. Aguardábamos la respuesta de don Ernesto. Pero no hubo tiempo, Maria Negra no pudo contenerse y se adelantó:

—¡A mí me parece que don Ernesto tiene miedo del alma de la vieja!

En seguida, dándose cuenta de que se había metido donde nadie la llamaba, prudente y antes de que el patrón le replicase, se levantó y salió.

— *Va morderé uno stronzo che e meglio!* —gritó papá para que lo escuchase.

—¡Vaya el siñól—respondió una voz a lo lejos.

MARIA APRENDE EL ABECEDARIO

Antes de completar un mes de clases diarias, Maria Negra dominaba las letras del alfabeto, sabía el abecedario de corrido y salteado, de atrás para adelante, de adelante para atrás, mayúsculas y minúsculas, y separaba sílabas.

¿Para quién eran las alabanzas? ¿Para la profesora o para la alumna? Ambas las merecían. La primera revestida de suma paciencia y buena voluntad, no

ahorraba esfuerzos para transmitir lo poco que sabía. La segunda, dispuesta a aprender, se esforzaba al máximo, queriendo conocer todo, haciendo preguntas y más preguntas; no entendía, por ejemplo, por qué la letra ce unida a la letra e seguía siendo ce y unida a la letra a se convertía en *ka.* ¿Por qué no *za?*

La profesora ignoraba la razón de semejantes «disparates» de la ortografía.

Hacía mucho tiempo que había dejado la escuela. Terminado el ciclo primario, había recibido su diploma con honores y premio, y fin. Sabía lo suficiente para leer y escribir, aprendido en los cuatro años de escuela. Desde entonces se la orientaba para que fuera buena ama de casa, una madre de familia ejemplar.

A los dieciséis años sabía cocinar, coser, hacer sombreros, flores de papel y tejidas, croché, punto y bordados, tanto a máquina como a mano. No había trabajo manual que Wanda no supiese hacer: «manos de hada», decían.

¿Cómo iba a explicar lo que no había aprendido? Pero, al mismo tiempo, no quería mostrar debilidad, exponer su ignorancia. Enojada ante la insistencia de la alumna que le exigía explicaciones lógicas para las contradicciones que se presentaban, Wanda decía:

—Por ahora no necesitas profundizar en esas cosas, son detal es sin importancia, Maria, ya los aprenderás cuando te prepares para ser maestra de escuela. .

Aunque yo no asistía a todas las clases, comenzaba también a aprender con el as. Me divertían las disputas entre las dos; una

preguntando, la otra esquivando la respuesta, saliendo por la tangente:

—¿Vamos a la lectura?

La maestra abría al azar un viejo libro escolar; con el dedo índice sobre la línea, acompañando las palabras, Maria Negra deletreaba: «Así tan gentil, con tantas flores, ¿adonde vas Leornó?»

—¿Leornó o Leonor? —corrigió la maestra.

A la alumna no le gustaba que se riesen de el a, pero no iba a desistir del estudio por una tontería así. Prestaría más atención en adelante. Había que

aprender, ¡ah! un día podría leer sola esas novelas por entregas que la patrona compraba todas las semanas. La última, ¡qué bel eza! Su título era: La hija del Director del Circo. También leería la revista Scena muda, llena de novedades y chismes sobre los artistas —Wanda recibía la revista de su novio— y también leería O malho, repleta de caricaturas, que don Ernesto traía cuando iba a la peluquería.

LAS NOVELAS POR ENTREGAS

Por las tardes, si no tenía otros compromisos, doña Angelina reunía en su casa a algunas vecinas interesadas en las novelas por entregas. Aprovechaban la ocasión para hacer punto o croché, mientras escuchaban la lectura de las últimas entregas. Encargadas de la lectura, las hijas mayores de doña Angelina sabían como nadie poner énfasis en las frases en el momento preciso. Cuatro entregas eran compradas por semana y las dos jóvenes se turnaban: dos para cada una.

Yo tenía ganas de saber leer, pensaba en el Tico-Tico, en lo lindo que sería meterme en las aventuras de Chiquinho, de Jagungo y de Benjamim, sin la ayuda de nadie. . ¿Y aquel hermoso libro que mamá guardaba bajo siete llaves en su ropero? También me interesaba mucho.

Papá no entendía y se quedaba intrigado con las condiciones intelectuales de su mujer. ¿Cómo podía una persona de buen gusto literario, que se quedaba hasta altas horas de la noche —para concentrarse en el silencio— leyendo libros de Víctor Hugo, de Zola, de Kropotkin, de Eça de Queiroz y versos de Guerra Junqueiro, leer también las novelas por entregas?

Cuando la veía reunida con las demás mujeres, cada una más ignorante que la otra, escuchando a las hijas leer las «idioteces» de los fol etines —ella que se preocupaba tanto por la elevación cultural de sus hijas—, a veces leyéndoles el a misma, cosa como Repudiada en la noche de bodas o Muerta en la noche de bodas y movía la cabeza y repetía: «¿Cómo puede ser que a Angelina le interesen esas tonterías?» Francamente, tal disparate no podía entrar en su

cabeza, se le escapaba, no le encontraba explicación. Llegó a discutir y a criticarla agriamente, a boicotearla pidiéndole favores o llamándola en el exacto instante en que se deleitaba, en plena lectura colectiva, en lo mejor de la fiesta, en la hora de la mayor emoción. A esas preguntas, a esas críticas del marido, doña Angelina replicaba simplemente que los fol etines le hacían descansar la mente, la distraían sin ningún compromiso. Y que eso era muy necesario, que le hacía mucho bien. ¡Que la dejase en paz con sus fol etines!

¡Los adoraba!

Los folletines de antaño cubrían el mismo papel que las novelas de la televisión hoy en día.

SERENATA DE SCHUBERT

Un jueves, después de comer, como sucedía todos los jueves, mamá se preparó para visitar a su hermana. Eran necesarios dos vehículos desde nuestra casa a la tía Margarida, en el Brás. Una hora de viaje o poco más.

Mamá nunca salía sola. Jamás iba sola en sus paseos, como una señora que se preciase en aquel a época. En el caso de mamá los guardias de su reputación éramos sus tres hijas, una por vez. Ese día la acompañaba Vera. La próxima vez sería yo.

El itinerario elegido por doña Angelina siempre era el mismo: tomaba el tranvía en la esquina de la Avenida Paulista y Consolação, bajaba en la Praga do Patriarca. Por doscientos reis se podía ir desde casa hasta la Rúa Quinze de Novembro, donde se hacía la conexión para el Brás. Mamá no aprovechaba todo el trayecto a que tenía derecho, prefería bajarse antes. Atravesaba la Rúa Direita a pie, viendo escaparates. Creo que ésa era la parte del paseo que más le gustaba, en la que más se entretenía. En la Rúa Direita estaban instaladas las grandes tiendas de la ciudad. Comenzaba en el «Mappin Store» en la Praga do Patriarca, después venía la «Casa Alema», después la «Casa Lebre» y después de muchas otras tiendas muy lindas, llegaba nuestra preferida, la «Loja Ceylão». I Ah!, i la « *Loja* (16) Ceylão»! Surtida de flores y frutas artificiales,

linternas de papel de color, cestos de todos tamaños y formas, una bel eza. Los escaparates de las tiendas se renovaban todas las semanas y mamá se detenía ante cada una, apreciando las novedades, aunque jamás comprase nada. El dinero de que disponía no alcanzaba para abusos.

Sólo una vez vi a mamá salirse del tiesto. Fue en la gran liquidación de

«Mappin Store», después del incendio gigantesco que casi destruyó al más grande, más acreditado y más elegante negocio de Sao Paulo, cuando doña Angelina se hartó de comprar cosas bonitas por nada, verdaderas gangas.

Gastó todos los ahorros de la casa, dinero guardado que se ponía a salvo para cualquier contingencia, guardado detrás de un enorme

cuadro —una alegoría anarquista— que adornaba el comedor.

En esa ocasión, el «cofre» quedó vacío, pero los cinco hijos de doña Angelina fueron vestidos de pies a cabeza, cubiertos de ropa y calzado finos, propios de gente rica. Entre otras cosas, mamá hasta compró dos sombreros para el a, verdaderamente gloriosos: de paja negra bril ante y diversos adornos. Uno de el os exhibía un inmenso ramo de flores de color, con un pájaro volando sobre el as, sostenido por una espiral de alambre recubierto de tela verde. El otro tenía una parte de la copa y del ala cubiertas por un enorme racimo de uvas blancas. Seguramente no fue por vanidad ni por estar a la moda por lo que mamá se compró esos vistosos sombreros. No podía existir una persona más simple, más alejada de cualquier forma de coquetería que doña Angelina.

Romántica, gozaba de las cosas bonitas; lo que la atrajo fue la bel eza de las flores, de los pájaros, de las uvas, «tan perfectos, que parecen verdaderos». Es posible que fuesen sombreros ya fuera de moda, que entraban en la liquidación para .sacarse los clavos de encima. No lo sé. De lo que estoy segura es de que mamá se sentía muy feliz ostentando sobre su cabeza esas l amativas obras de arte.

En esa compra de los sombreros yo estaba presente y conseguí para mí un lindo sombrerito color rosa, de paja y con una cinta. Una guirnalda de flores del campo rodeaba toda la copa. Yo misma lo descubrí debajo de un montón de sombreros arrugados y chamuscados por el fuego. Amor a primera vista, un sombrero más lindo no había tenido. Pero en un santiamén mamá descubrió que era muy pequeño para mí. Lo era. Como no había otro igual, protesté, no

era pequeño, yo quería ese y no otro; para evitar vergüenzas, el a se rindió.

Por timidez o prejuicio, tal vez por las dos cosas, mamá vivía eternamente sometida a la opinión ajena: «¿Qué van a pensar?», era la frase que repetía.

Por lo menos en esa ocasión resulté beneficiada por su temor a la lengua de la gente. Mamá tuvo recelos de que criticasen mi mala educación y acabó comprando el lindo sombrerito color rosa, que pasó a ser mi corona de martirio. Cada vez que lo usaba sufría como un diablo. Me apretaba demasiado, el borde enterrado en mi frente, me dejaba una marca colorada que me ardía como una brasa. Pero el gusto valía el disgusto. Una larga cinta sobre la frente que casi me llegaba a los ojos, encubría la señal de la temeridad y de la vanidad.

Como decía, al comienzo de aquel a tarde al á se marcharon Vera, con sus piernas de cigüeña, y mamá, con su sombrero de uvas.

Se acercaban a la «Loja Ceyláo», cuando, al pasar por una casa de discos en una esquina de la Rúa Direita, mamá se detuvo. De la casa salía una suave melodía. Para el a era una música nueva, nunca antes la había escuchado.

¡Lindísima! Y ahí, ante la puerta de la casa, se quedó plantada hasta los últimos acordes.

La voluntad de doña Angelina era entrar y comprar el disco inmediatamente, como siempre. Con toda seguridad, el dinero que llevaba no iba a alcanzar para los bil etes y la compra del disco. Ni se animó a entrar, a preguntar el precio, a conocer el nombre de la melodía. «¿Qué iban a pensar? ¿Esa mujer con semejante sombrero no tenía ni siquiera dinero para comprarse un disco?» La música se le quedó en la cabeza.

A la noche, de vuelta a casa, traía a mi primo Cláudio de la mano y planes para comprar el disco al día siguiente. Explicó la presencia del sobrino:

—¡Pobre Margarida! Traje a Cláudio para aliviar un poco a la pobrecita de su carga.

El niño había hecho una de las suyas. Había partido el cristal de la ventana de un vecino de un hondazo.

Al llegar a la casa de la hermana, desde la puerta de la calle, mamá la había l amado, como era su costumbre, por el sobrenombre que tenía desde la infancia:

—¡Málgueri!

No obtuvo respuesta. Aquel «¡Oooh!» de satisfacción que siempre precedía la aparición de Málgueri no se escuchó.

Mamá fue a descubrirla, toda afligida, por la queja del vecino furioso y el gasto que tendría que afrontar. Vivía en la mayor pobreza, luchando por equilibrar el presupuesto de la casa con t\ pequeño salario del marido y de la hija mayor —

muy jovencita y que ya trabajaba en una fábrica— para criar una porción de hijos. El menor tenía menos de un año.

¿Que locura había sido la de mamá al traerse a Cláudio? Había estado hacía poco en casa y no había dejado nostalgia por su marcha. Para mí las visitas de Cláudio significaban anuncio de malos momentos. Vivíamos siempre peleando, uno provocando al otro, a veces nos trenzábamos en una lucha cuerpo a cuerpo; él me llevaba ventaja, era dos años mayor que yo. De su última estancia en casa recordaba que había roto, antes de que yo lo hojease, mi Tico-Tico nuevo, con virtiéndolo en barcos de papel. Furiosa, le di unos golpes, que no quería verlo más, que no pisase mi casa. . La tía, como siempre, lo defendía, tratando de poner paños calientes sobre mi cólera:

—¡Vamos! ¡Tanto barul o por una revistita!.. ¡Acabad con esa pelea!

La pelea terminó, pues el vil ano retrocedió y salió. Yo me quedé pensando: si él hubiese hecho barquitos con los libros que a el a le gustaban, los que tenía guardados en su armario, la reacción sería otra. Diría otras cosas. . Me gustaría verlo, pensé.

Esa noche Cláudio estaba particularmente antipático, se me acercó:

—¡Eh! ¿No tienes otros Tico-Tico para mí? vengo a buscarlos. .

—Tengo esto para darte, ¡aah! —y le mostré la lengua.

De la disputa mamá sólo asistió a la segunda parte, cuando yo sacaba la lengua.

—Dio Benedettol—intervino—. ¿Ya empezáis de nuevo con las peleas? Apenas el chico llega, esta peste empieza a provocarlo. ¡Qué horror! Zélia está insoportable, se ofende por todo. Parece que tiene un dragón en la sangre.

Por detrás de mamá que se enojaba conmigo, Cláudio me hacía muecas, se burlaba: «¡Bien hecho! ¡Bien hecho!», me decía en sordina

¡Ay, qué ganas de llorar! Era siempre así. Mamá defendiendo al sobrino.

Bastaba que Cláudio pisara nuestra casa para salir inmediatamente de la categoría de chico endiablado y transformarse en huésped respetado, lleno de privilegios. Eso me llenaba de celos y rencor, sobre todo de celos.

Papá, que hasta entonces asistía a la confusión, me llamó a su lado y me besó.

Por lo menos papá comprendía, no era ciego, estaba siempre de mi lado.

Anticipándose a mamá que esperaba un momento libre para contar su aventura de esa tarde —el descubrimiento de la maravillosa música—, Vera no le dio ocasión. En voz gritona, ella no sabía qué era hablar bajo, dio su versión propia, para quien quisiese oírla:

—. .y mamá se quedó parada a la puerta del negocio de discos, la gente entraba y salía, y ella ahí, ni se movía, escuchando la música que no terminaba nunca. Casi me muero de vergüenza. .

Vera, la de los chismes de la casa, siempre sabía lo que pasaba dentro y fuera y era fiel en sus relatos. Nadie que contase ante el a algo dos veces podía modificarlo, agregar ni omitir ningún detal e. ¡Vera no lo toleraba! Saltaba en seguida, completamente dueña de la historia:

—No, señor, eso no fue así. . —no dejaba que se le escapara nada.

Alta para sus trece años, flaca, de piernas finitas, había ganado el sobrenombre de Cigüeña un día que paseábamos por el Jardim da Luz.

Corríamos detrás de las cigüeñas sueltas en el jardín y Cláudio, que nos había acompañado, hizo la comparación de las piernas de Vera con las de los animales. Todo el mundo le encontró gracia y el sobrenombre se nos pegó.

—¿Qué es eso de la música que cuenta Vera, Angelina? —preguntó papá, tal vez más para reconciliarse con su mujer que lo había fusilado con una mirada de reprobación en el momento en que me había besado, que por interés en la historia que contaba Vera.

Mamá había perdido el *élan,* el entusiasmo. Comprendió la intención del marido y respondió:

—Sigue mimando a esta chica y ya vas a ver los resultados. No hay quién la soporte, se está volviendo una malcriada. Con esa manía de proteger a la hija la estás arruinando.

Papá, de buen humor, no tomó en cuenta la advertencia, me dio un pel izco simulado, se rió, cambió de tema:

—Hoy vamos a hacer de nuevo aquel concurso, quiero ver quién descubre primero el nombre de la ópera y del aria del disco que voy a colocar en el gramófono. No hay que espiar. ¿Empezamos?

Era uno de esos concursos educativos que a papá le gustaba hacer con sus hijos, como una manera práctica de despertarles el amor por la ópera.

Pero su propuesta esa noche no encontró la repercusión esperada. Nadie se animó, el juego ya estaba demasiado gastado, no le encontrábamos ninguna gracia. Sabíamos de corrido los trechos de óperas italianas, pues se tocaban frecuentemente en casa. Teníamos una enorme colección de discos de ópera, todas interpretadas por Enrico Caruso.

A papá se le caía la baba de orgullo cuando su hija menor de siete años se anticipaba a los hermanos mayores para decir el nombre del trozo en cuestión.

Además de esos discos, teníamos también algunas canciones italianas y brasileñas muy apreciadas por doña Angelina: Na casa branca da serra y Amor traído, por ejemplo, hacían suspirar a mamá que al escucharlas adoptaba un aire ausente.

Una cosa que me agradaba durante las veladas musicales, era observar el cuel o y la cara de papá. Sabía exactamente el momento en que temblaría:

Una furtiva lacrima, Rimpianto y Povera bionda eran infalibles. Yo esperaba, siempre sucedía.

Esa noche, antes de acostarse, mamá declaró:

—Mañana voy a comprar ese disco. Zélia, trata de despertarte temprano porque irás conmigo.

Fui a dormir excitada por la perspectiva de una salida extra.

Por la mañana muy temprano ya estaba preparada, con mi corona de espinas enterrada en la cabeza, una verdadera muñequita. Mamá entreabrió el baúl donde guardaba los sombreros, sin mirar ni elegir sacó el primero que le vino a la mano. Era el más lindo, el que más me gustaba, el de las flores y el pájaro.

En el local de los discos varios gramófonos pasaban discos diferentes al mismo tiempo. Estaban los vendedores y algunos clientes.

Mamá se dirigió al jovencito que atendía:

—Joven —comenzó a media voz, tímidamente—, yo quería un disco

que escuché aquí, ayer a la tarde, no sé el nombre.

El muchacho no la dejó terminar, no había entendido nada, no se daba cuenta de qué quería la dienta.

—¿Qué dice? ¿Qué es lo que quiere? Por favor, hable más fuerte, no he entendido nada.

Mamá tuvo que repetir todo de nuevo, casi a gritos, para hacerse oír en medio de esa confusión de músicas entremezcladas.

El joven acabó por comprender lo que la dienta le decía y entonces, irreverente, argumentó:

—¿Cómo puedo adivinar cuál es el disco que usted quiere? Aquí pasamos centenares de discos por día. .

—Era una melodía muy nostálgica —aclaró la dienta, hablando con vergüenza pero bien alto, lo que debía costarle no poco esfuerzo.

Otro vendedor se acercó, algunos clientes se fueron aproximando con curiosidad.

—Mire, joven —decidió mamá—, si usted para un poco esas músicas yo le puedo entonar un pedacito, me parece que la tengo grabada en la cabeza.

Se hizo el silencio. En ese momento la rueda de curiosos que la rodeaba era grande. Ella comenzó:

—Lari lalá. . lari la lalá. .

A un tiempo todos exclamaron: ¡Serenata de Schubert!

Yo asistía a esa escena pensando que mamá había sido muy lista no l evando ni a Vera ni a Wanda de compañeras. Nunca podría haberse explayado como lo hizo si hubiera tenido a su lado a una de sus fiscales controlándola, criticándola. Yo le encontré mucha gracia a todo ese movimiento a su alrededor, envanecida de mi madre: como vedette rodeada de público cantando en un local de la Rúa Direita.

En casa todo el mundo nos esperaba para oír la tan anunciada música.

Victoriosa, mamá apareció con el disco debajo del brazo.

En presencia de todos los niños, Cláudio inclusive, colocó el disco en el gramófono, la serenata comenzaba con un solo de flauta. Mamá,

maravil ada, con su aire de ausencia.

Terminada la música, mientras retiraba el disco del aparato, se dirigió a nosotros con un enorme entusiasmo:

—Y ahora, María de la Concepción, vamos a hacer nuestra obligación.

Siempre que se sentía satisfecha repetía frases locas, inventadas por nosotras sólo por el placer de la rima.

Comprendimos su aviso: la diversión se había terminado, cada cual debía reanudar su trabajo: el de doña Angelina era una pila llena de ropa, Wanda debía cuidar la comida, Maria Negra estaba ausente, enferma, ese día no se había levantado, hasta había vomitado.

El disco volvió a su sobre de papel, mamá lo colocó en su cama alta —dos o tres colchones, no me acuerdo bien— entre las almohadas.

—¡Que nadie lo toque!, ¿entendido? Vamos a oírlo de nuevo esta noche, después de cenar, con papá.

Antes de dirigirse a la pila pasó por la habitación de Maria Negra para darle una cucharada del «Elixir Paregórico» que había comprado en el centro. Ese malestar de la criada la intrigaba. ¡Siempre había sido tan fuerte!

Acabábamos de cenar cuando papá me pidió que fuese a buscar un cigarro a su dormitorio. Entré en la pieza oscura, necesitaba prender la luz. Me dirigí a la cama para accionar la luz con el botón que colgaba del centro de la cabecera.

Para alcanzarlo di un salto sobre el alto lecho, como solía hacerlo siempre que prendía la luz. Mis dos codos se apoyaron en algo duro y en seguida oí varios crujidos significativos. Me acordé del disco. Encendí la luz, ahí estaba, partido dentro de su funda. ¡Qué horror! ¡El disco de mamá, pobre!

Muerta de susto, tomé el cigarro, apagué la luz, dejé el disco en el mismo lugar en que lo había encontrado. Al l egar a la sala, papá se había levantado, hablaba con un muchachito que había llegado con un mensaje:

—El hombre de al á adelante me mandó que le diga que vaya rápido, que su auto se está llenando de humo. .

Salimos en bandada detrás de papá. Desde el portón se veían nubes de

humo que invadían la cal e. Tapando la visibilidad. Don Ernesto se llevó a Remo con él, era el hijo mayor y el aprendiz del oficio. Lo oí comentar con mi hermano que la causa de la humareda podía ser aceite viejo o gasolina sucia.

Advirtiendo de pronto que llevaba acompañamiento, se volvió hacia nosotros y nos mandó de vuelta a casa. Esa humareda no nos hacía bien. Todos obedecimos, menos Cláudio, que salió disparado, perdiéndose en medio de la contaminación.

Obedecí a papá de buen grado, no le encontraba gracia a nada, el disco roto no salía de mi pensamiento. Todo lo que deseaba era irme a la cama. Así escaparía a un buen tirón de orejas o a unos coscorrones en la cabeza. Ni papá con todos sus poderes podía salvarme. Mamá no acostumbraba pegar a sus

hijos, amenazaba mucho, pero raras veces pasaba a los hechos. Yo no quería dejar que lo hiciera esa noche, tenía razones de sobra. Lo que menos me gustaba eran los coscorrones en la cabeza. Los tirones de oreja los soportaba mejor. Los coscorrones me humil aban. Si al menos nos diese palmadas.. pero no. Conservaba el viejo hábito de su madre, la abuela Pina. Si el a había recibido coscorrones y al í estaba, fuerte y robusta, ¿por qué sus hijos no iban a recibirlos también?

¡Qué bien si pudiese borrarme! O salir tranquilamente y desaparecer.

Fui a la cama directamente, me metí debajo de las mantas, cerré los ojos, pero seguí despierta. En seguida l egaron Wanda y Vera, mis compañeras de cuarto.

Hacía rato que estábamos acostadas cuando mamá pasó, como de costumbre, para ver si todo estaba en orden y las niñas bien tapadas.

Luego entró en su dormitorio, vecino del nuestro. Mi corazón desbocado no tuvo que esperar mucho tiempo:

— *Madonna mia santissima! Maria Vergine! Dio Santo! Dio Sacrosanto!* ¿Quién rompió mi disco? *Ma guarda!* ¡Un disco recién comprado con tanto sacrificio!

¡No es posible! ¿Quién rompió mi disco? —repetía mamá, llorando.

Los desahogos de mamá, en italiano, indicaban que estaba verdaderamente enojada, en rebeldía, desesperada. En esos momentos mamá se olvidaba de su anticlericalismo, le venían a la memoria los nombres de los santos e invocaba las divinidades que la habían

acompañado durante la infancia. Jamás blasfemaba.

Cal ada, con los ojos cerrados, yo respiraba dificultosamente. Mis hermanas dormían tranquilas, inocentes del drama que se desarrol aba ahí, tan cerca.

De repente, mamá se cal ó, pasó por nuestro cuarto ligera, entró en el cuarto de los chicos donde Cláudio debía estar durmiendo. Su cama estaba vacía.

Cláudio había desaparecido. Después de buscarlo por la casa entera, lo encontró detrás de una puerta, escondido. El interrogatorio comenzó:

—¿Rompiste mi disco, Cláudio? ¡Dímelo!

—No, yo no fui, tía. .

—¿Entonces, por qué estás aquí, escondido?

—No sé, tía. .

Mamá apretaba el torniquete, convencida de que estaba ante el culpable.

Roída por los remordimientos, yo moría de pena por mi primo. Olvidé todas las ofensas sufridas en la víspera. Pobrecito, ni siquiera sabía defenderse. Mas, también, ¿por qué diablos habría de esconderse? Razonaba, si yo me denunciaba llevaría los peores coscorrones de toda mi vida. Si mamá estaba convencida de que era Cláudio, no le daría coscorrón alguno, apenas un sermón. Ahora bien, un sermón para Cláudio no era nada. Era un sermón como tantos. Llegué a la conclusión de que lo mejor era permanecer callada.

De repente, cuando menos lo esperaba, la bomba explotó. Cláudio se entregaba:

—Sí, tía fui yo. Lo rompí sin querer. . —confesaba en l anto.

¡Virgen Santa! El burro estaba confesando una falta que no había cometido.

¿Por qué? ¿Para verse libre del interrogatorio? Pobrecito. Sólo por eso debía ser.

Vencida por la confesión, que además esperaba, la tía se aplacó. Su tono de voz cambió. Pasó a hablarle con una queja, casi un lamento:

—¡Muchacho de los siete diablos! —¡Ay! ¿Dónde estaba Wanda para corregirla? Mamá mezclaba los diablos con «la gran siete»—. ¿Qué necesidad tenías de tocar el disco? ¿Dime? ¿No había avisado yo que no lo tocaran? ¿Eh?

¡Responde!

El miedo de los golpes, esa noche, fue más fuerte que la gana de contar la verdad. Pasé una noche pésima, llena de angustia y remordimiento.

Por la mañana, al despertar, mamá se decepcionó al no encontrar a su hija mayor en casa. Se había olvidado de que era feriado y que el a, reemplazando a Maria Negra, había salido a comprar las verduras y frutas. Mamá estaba ansiosa por contarle lo sucedido la noche anterior. Wanda era buena para

escuchar, siempre daba buenos consejos. Seguramente la confortaría con sus palabras. Iba a tener que repetir la historia completa cuando Wanda apareciese, por el momento, como oyentes, estábamos apenas Vera, Tito y yo, sin contar al propio Cláudio, que parecía no escuchar lo que la tía decía, como si no tuviese nada que ver con él. Repetiría todo nuevamente ante Wanda, hasta sería buena la repetición para el desahogo. .

Habiendo tomado su café, antes de que la tía acabase con su historia, Cláudio salió y se fue junto con Tito que se había escapado poco antes y lo esperaba con un par de hondas, armas para el safari planeado en la víspera, en las peligrosas «Aguas Férreas».

TITO

El más callado de los cinco hermanos, Tito, vivía fiscalizando los escotes y el largo de las faldas de la madre y la hermana Wanda, dictando reglas de decencia. ¿Y no ocurrió cierta vez que Tito con su puritanismo fue encontrado espiando a Felicetta, nuestra vecina, cuando se estaba bañando desnuda y despreocupada? El moralista se había subido a la parte alta del tejado, la del tal er, y metido sus ojos en la claraboya del baño de la muchacha. Felicetta, al observar una sombra detrás del vidrio, se puso a gritar. Sus padres, napolitanos rígidos, amenazaron con un tiro de muerte al que se atreviese de nuevo.

Además de tonto, Tito era testarudo: bastaba que le dijesen sí para que él dijese no. Bueno en el dibujo, desde chico se había mostrado bien dotado e ingenioso. Era el artista de la familia. Dos años mayor que Cláudio, era el único de los hermanos que se alegraba con la presencia de Cláudio. Juntos eran capaces de enfrentar al mundo.

VÁRZEA Y AGUAS FÉRREAS

Esa mañana los dos desaparecieron hacia las «Aguas Férreas», lugar desierto, peligroso, transformado más adelante en el elegante barrio de Pacaembu.

Atracción de ese desierto era la caza y una fuente de agua cristalina que daba su nombre al sitio. Delante de el a se formaba un pequeño lago donde bandas de chicos acostumbraban bañarse desnudos. La fuente y el lago de aguas ferrosas estaban situados en medio de un matorral, en las profundidades de una barranca, donde fue levantado años más tarde el Estadio de Pacaembu.

Tanto «Aguas Férreas» como «Várzea» —localizadas en direcciones opuestas, ambas en las inmediaciones de nuestra casa— eran sitios absolutamente prohibidos a los chicos de la casa. Prohibición estricta, sobre todo de papá, severo y riguroso respecto de sus órdenes. Cuando papá prohibía algo nadie osaba desobedecer, a no ser Tito, a escondidas.

«Várzea» era un pantanal desolado —hoy el Jardim América—, reducto de marginales peligrosos.

Ese día, para aliviar un poco mi conciencia, al contrario de lo que siempre hacía, guardé el secreto, no conté a nadie lo que sabía: que los dos irían a cazar a las «Aguas Férreas» y a tomar un baño desnudos; se habían llevado algo de comer para pasar allí el día entero.

La noche empezaba a caer y mamá ya estaba con el corazón en la boca cuando los dos malandrines l egaron trayendo una lechuza muerta, con la cabeza lastimada. El asunto del disco perdió interés, fue superado, entró en el ruedo la desobediencia de los chicos y su maldad al matar a una lechuza indefensa.

La paciencia de mamá estaba agotada.

AI día siguiente, temprano, Cláudio fue devuelto a su domicilio. Wanda tomó mi lugar —era mi turno de ir a la casa de la tía Margarida— y acompañó a mamá en la devolución de mi víctima. No protesté; hasta me sentí satisfecha de no tener que escuchar de nuevo esa interminable charla sobre lo sucedido que, con seguridad, mamá volcaría sobre su hermana reavivando mis remordimientos.

A la hora de irse, llamé a Cláudio y le ofrecí un Anuario de Tico-Tico, que acababa de darme José Soares. Había pensado mucho antes de decidirme a regalarle el primer anuario que tenía, primero y único. Cláudio lo tomó con la mayor indiferencia, no se extrañó de mi gesto, como si mi oferta fuese la cosa más natural del mundo.

LA *DIVINA COMEDIA* DE DANTE

Aprovechando la ida del marido al Brás, doña Angelina resolvió acompañarlo aunque había estado con su hermana la antevíspera; necesitaba hablar urgentemente con el a. Había un problema que la atormentaba en los últimos días. Cambiaría ideas con Margarida, tomaría consejo de el a. No llevaría a sus hijas, el asunto era reservado y las niñas no le merecían confianza, andaban siempre con las orejas prontas para oír lo que no debían, y después desparramarlo. La salud de Maria Negra no había mejorado, continuaba con vómitos, cada vez mayores, no podía tenerse en pie, ningún remedio la aliviaba. Doña Angelina había empezado a desconfiar. . «¿Sería posible, Dios mío?»

Papá dejaría a mamá en casa de la cuñada, trataría sus asuntos y ambos comerían en casa del tío Gino y la tía Margarida.

Nosotras nos quedamos solas. Teníamos tiempo y libertad para inventar alguna travesura. Wanda armó un buen programa: aprovecharía la ocasión para abrir una vez más el ropero de mamá, el único mueble de la casa que tenía llave. Como ya dije antes, en nuestra casa no había llaves, ni en las puertas ni en los armarios.

Hacía rato que Wanda había descubierto el escondrijo de las cosas prohibidas y siempre que nos era posible nos regalábamos con el as. Además de los vestidos de mamá, que no eran muchos, había en ese mueble de propiedad privada un mundo de objetos de lo más variado y que atraían nuestra curiosidad, entre otros, había bibelots de biscuit, joyas, libros anarquistas, una bellísima edición italiana ilustrada por Gustavo Doré de La Divina Comedia de

Dante Alighieri y un frasco del reconstituyente favorito de mamá: «Ferro-Quina Bisleri». Ese medicamento tenía gusto a licor: bastante alcohólico, apenas con un ligero regusto amargo, era una delicia. Doña Angelina lo tomaba diariamente antes de las comidas. A nosotros nos daba el execrable aceite de la «Emulsión de Scott», lechoso, espeso, con gusto y olor a pescado.

Una verdadera manía de las madres de antaño era fortalecer a sus hijos durante el invierno con el aceite de hígado de bacalao. Sólo de ver el frasco con el inconfundible rótulo del hombre cargando un gran pescado sobre la espalda, un bacalao casi de su altura, sentía náuseas.

Solíamos tomar un trago del delicioso néctar de mamá antes de comenzar la exploración del guardarropa y antes de iniciar nuestras lecturas. El frasco pasaba de boca en boca, bebíamos directamente del pico de la botel a, las expertas tomaban más.

Esa tarde también comenzamos por el voluminoso libro de ilustraciones prohibidas. Fue abierto como siempre sobre la cama de mamá, lugar ideal para hojear un libro tan grande y pesado; nos encontrábamos bastante alegres por el licor.

En la primera página estaba Dante Alighieri de perfil, de cara flaca, con una corona de laureles rodeándole la cabeza, la nariz recta y puntiaguda, el mentón largo. ¡Qué hombre más serio!

Wanda ya nos había explicado que Dante, el hombre que había escrito el libro, lo había hecho hacía años; para darnos una idea exacta del tiempo, nos decía que el Brasil todavía no había sido descubierto, casi trescientos años antes de que Cabral llegara aquí. Dante Alighieri había tenido una visión durante una Semana Santa y al í, en el libro, escribió en versos todo lo que entonces había visto y sentido.

Empezaba por el Infierno. Lo conducía, atravesando los nueve círculos —

Wanda nunca supo explicarnos qué eran los nueve círculos «¡Son nueve círculos!»—, un amigo poeta muy importante, Virgilio, y al í se veían los dos en la ilustración. Los dos amigos recorrían juntos ese reducto de suplicios de las almas condenadas. ¡Un verdadero horror! Vera y yo nos asustábamos, quedábamos impresionadas cada vez que hojeábamos las páginas del Infierno

a pesar de las veces que lo habíamos hecho. Caras angustiadas por todas partes, pidiendo misericordia, expresiones de sufrimiento salían de la humareda, cráteres de fuego en llamaradas; ciertamente eran los pecadores de la Tierra, condenados para siempre a los martirios de las llamas del Infierno.

El detal e del sufrimiento por la eternidad era lo que más me atormentaba.

¿Qué se podía hacer?

Al llegar al final del Infierno, antes de la subida al Purgatorio, los dos amigos se separaban, lo peor ya había pasado —los amigos son para las ocasiones difíciles, nos enseñaba mamá—. Dante podía continuar solito su camino, subir la montaña del Purgatorio. Ese camino también era difícil, muchos sufrimientos por todas partes, pero ni de lejos el horror del Infierno. No había comparación. Era muy diferente.

La subida del Purgatorio no fue penosa para Dante. Al á arriba, bien en lo alto, lo esperaba Beatrice, su amada. El a lo aguardaba para recorrer juntos el Paraíso que iba a comenzar: benignamente *d'umiltá vestuta.*.

Wanda adoraba el encuentro de los enamorados. Se entretenía siempre en esa imagen. La ilustración de Beatrice, tan linda, esbelta, con una túnica amplia, dándole las manos a su amor, fascinaba a nuestra enamorada. Recordaba seguramente sus encuentros con José do Rosário Soares debajo de lapaineira.

Conducido por Beatrice, Dante recorría la última etapa de su viaje, siguiendo las sendas del Paraíso en el cielo.

Felizmente, el Paraíso era la última parte del libro, nos dejaba buenos recuerdos. Quién me diera ir al Paraíso al morir, pensaba, en medio de esos ángeles tan lindos, por toda la eternidad.

Vera, gran amante del libro, protestaba cuando la hermana, yendo derecho a su punto débil, leía los trechos que la molestaban. Sobria en el lenguaje, detestaba las malas palabras y las conversaciones puercas. Wanda la provocaba. Sabía dónde encontrar las frases que la hermana condenaba, iba derecho a leerlas. Había una que la hacía enrojecer de vergüenza e indignación: . .*e aveva um culo che pareva una trombetta!*

Otra vez Wanda volvió a provocar a la hermana con dicho verso y, como de costumbre, la reacción violenta: «¡Qué poca gracia tiene, no quiero oír semejante porquería!», pero la oía, no se retiraba. «No entiendo cómo pueden gustaros esas tonterías, Dios me libre. .» Más enojada quedó todavía al ver que yo me reía con Wanda a su costa:

—¿De qué os reís? Como hermana mayor no deberías dejarle ver esas figuras indecentes. . Si mamá lo supiese, ya verías. Ese libro no es para niños —

continuaba—, sólo tiene hombres y mujeres desnudos, ¡qué poca vergüenza!

Ni Wanda ni yo le dábamos importancia a sus protestas. Wanda se reía

cada vez más y yo me sentía segura. No había posibilidad alguna de perder ese amparo que era una de las compensaciones por mi sacrificio nocturno sirviéndole de acólito en su noviazgo. ¿El libro era indecente? Ni siquiera entendía qué quería decir Vera con eso. Para mí ese libro era simplemente maravilloso —aunque el Infierno me asustaba— y lo prefería mil veces al Tico-Tico.

Si en él había palabras que escandalizaban a Vera había otras que enternecían a Wanda. Uno de sus versos lo repetía siempre y en todo lugar: *Perduto é tutto il tempo chin amore non se spende.* .

ZOLA, VICTOR HUGO, BAKUNIN, KROPOTKIN Y OTROS

Habiendo terminado de hojear *La Divina Comedia*, nos sobraba tiempo para nuevas incursiones en el ropero. Una ronda de «Ferro-Quina» y Vera y Wanda abrieron las puertas del mueble de par en par, sacaron de dentro una pila de libros. Vera iba leyendo los nombres de los autores, a lo mejor encontrábamos algún libro nuevo para nosotras. Pietro Gori, autor muy conocido. Su libro era una reunión de dramas anarquistas, una verdadera biblia para doña Angelina, bastante manoseado, siempre con un señalador entre sus páginas. Dos libros más de doctrina anarquista: de Bakunin y de Kropotkin. Néry Tanfúcio, un

poeta humorístico que le gustaba mucho a doña Angelina. Se sabía el volumen casi de memoria, recitaba sus versos graciosos y críticos en todo momento.

Había llegado el turno de los predilectos de mamá y de mis dos hermanas: *Los miserables* y *Los trabajadores del mar*. Esos libros estaban ajados de tantas lecturas. Mamá leía trozos de Los miserables a sus hijos y a Maria Negra. «Es un libro verdadero y muy instructivo», decía.

De Emilio Zola había tres: *Teresa Raquin, Germinal y Yo acuso*. Wanda adoraba *Teresa Raquin*; Vera, más puritana, le ponía restricciones. Yo, que no sabía leer, me quedaba con los que tenían mejores ilustraciones. Germinal que leería apasionadamente años más tarde, fue un libro que me marcó. Yo acuso no me interesaba, no era novela, no tenía dibujos. Sabíamos que se trataba de un libro muy importante, pues en las reuniones proletarias a las cuales concurríamos, el «Caso

Dreyfus» —tema de *Yo acuso*— era muy recordado, sobre todo durante la campaña por Sacco y Vanzetti. Los oradores hacían comparaciones entre los dos casos, citaban Yo acuso como ejemplo de lo que podía hacerse en la lucha por la verdad, contra la persecución política y racial.

Zola era un ídolo de todos esos italianos anarquistas que llegaban a atribuirle la nacionalidad italiana debido a su apel ido que el os pronunciaban a la italiana: Emilio Zóla. Hacían la misma tentativa de nacionalización con Victor Hugo, al pronunciar Húgo. *Seno oriundi.* . decían.

LOS SECRETOS DE LA FAMILIA

Al á en el fondo del ropero encontramos un viejo bolso de mujer l eno de documentos. Nunca lo habíamos visto antes. Se encontraba detrás de los libros que acababan de salir de su escondrijo y de tal modo repleto que no podía cerrarse, los papeles lo desbordaban. Wanda llevó el bolso hasta la cama de mamá, volcó los papeles sobre la colcha. Ella y Vera iniciaron la identificación de documentos, desdoblándolos uno por uno: certificados de nacimiento de los hijos, recibos de depósito de ahorros, cuentas pagadas de la luz y el agua, documentos de emigración de la familia Gattai. Wanda se detuvo

en ese pasaporte enorme, del tamaño de una hoja de diario. El solo ocupaba gran espacio del viejo bolso. Arriba, en el centro de la hoja, una bandera verde y colorada, la bandera italiana y, encima de el a, la corona del rey adornaban el papel.

Wanda inició la lectura con gran interés, en voz baja. De repente soltó el documento y empezó a buscar otro. Esperaba encontrar el correspondiente a la familia Da Col, familia de mamá. No estaba. Después de mucho buscar encontró el certificado de nacimiento de mamá. Su rostro se iluminó:

—¡Mirad, chicas! ¿Sabéis la novedad? El nombre de mamá no es Angelina. Se l ama Angela María. Y todavía más, el nombre completo de papá es Giovanni Ernesto Guglielmo. ¿Quién sabía esto?

Vera y yo nos quedamos sorprendidas con el descubrimiento. Vera más que yo.

—¿Será posible? Yo pienso que estás inventándotelo —dudó Vera—. Déjame ver esos papeles.

Wanda se los mostró. Al í estaban los nombres, no había duda alguna.

Bastante animada por los tragos tomados, Wanda aún hizo otro descubrimiento: si éramos anotados como hijos de Angelina y Ernesto y esas personas no existían legalmente, nosotros no habíamos nacido. . Yo no me afligí mucho con la conclusión de mi hermana, pues siempre oía contar hechos de mi nacimiento; no podía, pues, dudar de mi filiación. En cuanto a los certificados y comprobantes, legales o ilegales, no entendía nada del asunto y esos detal es no me

perturbaban.

Bebimos otra ronda, la tercera, propuesta por Wanda, del delicioso fortificante, para conmemorar nuestra existencia. A medida que el frasco se vaciaba nuestra animación aumentaba.

El pasaporte de emigración de la familia Gattai, abierto sobre la cama, ahora era leído en voz alta: la familia, compuesta de marido, mujer y cinco hijos, estaba autorizada a viajar en el navío «Cittá di Roma» que partiría de Génova con destino a Santos, Brasil, el día 20 de febrero de 1890.

Vera y yo quisimos saber qué edad tenía papá en ese tiempo. Wanda empezó por el primero de la lista: Guerrando, nueve años; Riña, siete años; Giovanni Ernesto Guglielmo, cinco años; Aurelio, tres años; Hiena, nueve meses de edad.

Vera se admiró de nuevo. No sabía que tenía una tía con nombre de fiera. ¿Por dónde andaría? Wanda respondió, riendo, que la tía estaba con los angelitos.

Sabíamos de la existencia de la tía Riña, sabíamos que ya había muerto. ¿Y esa otra? ¿Una tía l amada Hiena? A mí lo que más me sorprendió no fue el descubrimiento de una tía nueva con nombre animal, sino el hecho de que no estuviesen en la lista de pasajeros los nombres de la tía Dina y del tío Remo, los hermanos menores de papá. Wanda sabía de esas cosas y me explicó que los dos habían nacido en el Brasil, que esos tíos eran brasileños.

A esa altura de los acontecimientos, las señales del alcohol ya se hacían presentes en el rostro de Vera, dos redondeles rojos alrededor de los ojos y parte del rostro. Siempre le ocurría cuando tomaba vino o cualquier bebida alcohólica. Se trataba de una alergia, pero en aquel a época esa palabra y esa afección no eran conocidas. En casa bromeábamos diciendo en dialecto véneto que ésa era la señal «dei chuquetoni», o sea, de los borrachos.

—¡Suerte que Angela Maria y Giovanni todavía tardan en llegar! —exclamó Wanda a carcajadas (carcajadas de borracha) al verificar el rostro encendido de la hermana. Descubrirían en seguida que caímos en una orgía gracias a la *cachaça* (17) de mamá, cuando pusiesen los ojos en la cara de payaso de Vera.

Nos reímos hasta perder el aliento y la misma Vera, de escaso humor cuando se trataba de bromas con el a, se rió y demostró tener espíritu:

—Doña Angelina y don Guglielmo vuelven tarde hoy, gracias a Dios. Van a terminar con la polenta de la tía Margarida.

Nuevas carcajadas festejaban el estreno de los nuevos nombres aplicados a nuestros padres desde entonces.

NO HAY DOS SIN TRES

Al regresar del Brás esa noche, mamá continuaba con su duda cruel. Había confabulado toda la tarde con su hermana, pero no había llegado a una conclusión: si era o no era. Lo único positivo que había traído era un ramo de *losna* (18) dado por la tía Margarida para que hiciese una última experiencia; si Maria Negra no se sanaba con el té de losna, entonces... podía tomar otras disposiciones.

¡Qué santo remedio la losna! Tía Margarida no creía en ningún otro para sus males. Barato —no le costaba nada— y eficaz. La curaba de las indisposiciones de estómago e hígado. El arbusto estaba plantado en una lata de aceite vacía junto a la puerta de la cocina, bastaba estirar la mano y tomar unas hojitas. El resultado era infalible: se tomaba el té y el dolor pasaba. No importaba que fuese amargo como hiel. Ya se había acostumbrado a su horrible paladar. En compensación, había otras plantas que daban tés deliciosos y también servían para diversas dolencias: la malva, el cedrón (19), la camomila, el anís y el romero.

Al llegar a casa, mamá se dirigió directamente a la cocina; quería preparar la tisana cuanto antes. Maria Negra debía tomarla antes de dormirse.

—¿Ella comió algo? —le preguntó a Wanda.

—Tomó un plato de sopa sin levantarse de la cama.

—¿Y la vomitó?

¿Ya se habría puesto bien? Mamá no podía creerlo. .

El fuego estaba apagado, las brasas se habían convertido en montones de ceniza blanca.

Utilizó el calentador siempre a mano para ocasiones de emergencia.

Llamó a Wanda, le pidió que fuese a llevar el té a la muchacha.

—Si se lo llevo yo me va a salir con cualquier cosa, conmigo es una malcriada.

Contigo es diferente.

La hija se negó violentamente a molestar a Maria. Un verdadero absurdo despertarla para hacerle tragar una peste así. . Va a vomitar las tripas, va a devolver la sopa que tomó. No hubo forma.

Tía Margarida había dado ese consejo y el a también era de la opinión de que debía hacerse la experiencia. Ya que Wanda se obstinaba en no obedecerla, ella misma lo haría. Arriesgaría el enojo de Maria Negra. Paciencia.

Se dirigía al dormitorio de la criada llevando la taza cuando la hija intervino de nuevo:

—¡No va a ganar nada, mamá! Déjela que duerma tranquila. .

—¿Cómo que no voy a ganar nada? ¿Qué es lo que sabes? ¿Sabes algo?

Hasta ese momento no se había atrevido a interrogar a su hija, se intimidaba ante un asunto tan delicado. Pero Wanda ahora le decía espontáneamente, con total seguridad, que el té no le haría nada. .

Wanda desconfiaba, pero no quería implicarse. Sabía sólo —pero no se lo dijo a mamá— que Maria Negra seguía visitando la «Casa de la vieja» con su novio, aunque no l oviese.

—¿Puedo entrar, Maria?

Una voz apagada, suave, respondió:

—¡Entre, doña Angelina!

—Mira, aquí te traigo un tecito. Es amargo, pero te va a hacer muy bien.

Margarida siempre lo toma y dice que es un santo remedio. . El a te lo manda.

Tómalo.

—¡Déjelo ahí arriba! Lo tomo después, doña Angelina.

La patrona estaba encantada con las buenas maneras de su criada. Tan educada, tan delicada, irreconocible. .

Dejó la taza sobre la mesa de luz al lado de la estrecha cainita.

—Ya vuelvo. Mira. Todavía no me quité el sombrero.

—Muchas gracias, doña Angelina.

Al volver minutos después para l evarse la taza, se dio cuenta de que el contenido había sido echado en la escupidera. Había gotitas por el suelo. No protestó, hizo que no había visto nada.

La observación de la hija no le salía de la cabeza. Wanda debía estar ocultándole algo. No ganaba nada insistiendo. Había salido al padre, tozuda como ella sola, no hablaría. Lo mejor era apretar a la enferma y eso es lo que haría. Margarida le había informado de que había un corto plazo para reclamar y dar parte a la policía en caso de que el culpable rehusase asumir su responsabilidad en el error. O se casaba o iba preso. Al fin de cuentas, María Negra era menor, no había cumplido los veintiún años. Pronto la interrogaría.

Estaba decidido.

A la mañana, mientras papá leía el diario, mamá se dirigió al dormitorio de la criada dispuesta a sacar algo en limpio. Fue derecha al asunto:

—¿Sabías, María, que cuando un muchacho le hace mal a una chica el a tiene un plazo de veinte días para reclamar? —recitó sin aliento la frase elegida para comenzar.

Como respuesta recibió unos sol ozos, ninguna palabra. María Negra acababa de confirmar sus sospechas.

—¿Fue Luiz el de la farmacia? —doña Angelina indagaba en lo obvio, tal vez para aprovechar la marea mansa de la chica que le permitía preguntas.

Siempre llorando, María confirmó con la cabeza.

—Voy a hablar con Ernesto. Tenemos que hacer algo. Hoy mismo vamos a l amar a ese mozo. No te aflijas más, todo se va a arreglar.

Salió de la pieza todavía angustiada con la dura realidad.

Papá, que hasta entonces leía inclinado sobre el diario, se levantó de repente, llamándola, afligido:

—¡Angelina, mira qué desgracia!

Mamá puso los ojos sobre la fotografía del diario que le señalaba el marido, leyó el título: ASESINADOS POR LADRONES LOS DUEÑOS

DEL RESTAURANTE

QUAGLIA EN EL ALTO DA SERRA. Y más abajo: «Las sospechas recaen sobre un ex mozo. .»

Ahí estaban los dos, pobrecitos, tirados en el piso, bañados en sangre. . Más abajo la fotografía de la pareja cuando llegaron al Brasil.

Atónita, mamá recorrió el vasto repertorio de exclamaciones piadosas que poseía:

— *¡Oh! Dio mió!Mamma mia!Madonna mia Santissima!* ¡Qué cosa más horrible! ¡Cuántos malvados hay en el mundo!

Papá estaba pálido como jamás lo había visto. Hacía dos días que había ido al restaurante de las víctimas. Había pasado por allá yendo camino de Santos con Guilherme Giorgi y otros. En la ida siempre paraban en el Quaglia para tomar algo y encargar la comida de la vuelta. Que preparasen unas cositas, estarían ahí más o menos a las ocho. La señora Quaglia, cordial como siempre, «ci penso io» había ido directamente al gal inero a elegir unos pol itos a punto para los glotones.

A la vuelta, la neblina los había alcanzado en Raiz da Serra. Subieron con mucha dificultad esas curvas, bordeando precipicios, lentamente, deteniéndose muchas veces, no divisaban un palmo delante de sus narices, arriesgaban su vida.

Muertos de hambre, llegaron al restaurante bastante tarde. Una gran decepción los aguardaba, el restaurante estaba cerrado, las luces apagadas, todo en el mayor silencio. Golpearon las manos, subieron las galerías y golpearon la puerta. Ninguna respuesta. Se extrañaron, pues era costumbre de los Quaglia cerrar muy tarde, más sabiendo que esos clientes iban a llegar tarde o temprano para cenar. Esa no era la primera vez que sucedía, solían

l egar tarde. . Papá aún rodeó la casa, tropezando en la oscuridad llamó a los dueños del restaurante. Nada. Por fin desistieron. Ahora se explicaba todo.

Papá reflexionaba mientras contaba lo ocurrido, no cabían dudas, el domingo a las once de la noche, cuando el os pasaron, el crimen ya había sido cometido, tal vez los ladrones aún estaban dentro de la casa, los cuerpos de las víctimas caídos en el piso, quién sabe si aún con vida.

Horrorizada, mamá oía las consideraciones del marido, ¿Y si lo hubiesen atacado a él? No quería pensar en semejante cosa. Sólo en ese momento se daba cuenta de los pasos del marido en ese triste domingo. Se había fastidiado como siempre al verlo partir en compañía de esos «farristas» y los celos le corroían el alma.

GUILHERME GIORGI

Guilherme Giorgi, afortunado dueño de una fábrica de tejidos, apareció por primera vez en el tal er de don Ernesto apenas había empezado a funcionar, cuando el tejado que cubría el cobertizo era de zinc y se trabajaba con una pequeña caja de herramientas, mucha salud, brazos fuertes y enorme voluntad de triunfar. En el comienzo, Guilherme Giorgi apareció como un simple cliente, después se volvió amigo. Temperamental —no decía dos palabras sin encajar en medio una blasfemia—, pero con rasgos de generosidad, un hombre bueno. Encontró en el mecánico a un compañero ideal para acompañarlo en sus viajes: equilibrado, calmoso, agradable y eficiente. Con Gattai a su lado no había peligro de pernoctar en plena carretera con el auto parado.

PRIMER CONTACTO CON EL MAR

Cuando Guilherme Giorgi llegó esa mañana con su auto repleto, pues la familia entera participaba del paseo, nosotros estábamos instalados en nuestro auto.

La excitación de los chicos era enorme. Sería nuestro primer viaje al mar.

El auto de papá era grande y lindo, con capota corrediza y además de los asientos normales, dos banquitos adicionales. ¡Ah, esos banquitos duros e incómodos, destinados a los menores! Había lugar para todo el mundo y aún sobraba espacio para la cantidad enorme de mantas y almohadas que doña Angelina l evaba a los paseos domingueros. Siempre hacía frío a la vuelta y con la manía de la velocidad que tenía papá el viento helaba a la familia. Mamá era precavida.

Al llegar al Alto da Serra paramos en el «Restaurante Quaglia», espera obligatoria para los preparativos, y mientras los adultos allá adentro se regalaban con la comida preparada acompañándola con vino, yo corrí en compañía de Adelina y Alfredo, los hijos menores de los Giorgi, a los columpios. Adelina, poco más chica que yo, era una niña bonita, siempre bien vestida, usaba guantes y eso me encantaba, era la menor de la casa y la mimada de las hermanas mayores, Amelia y Brasilina, y de los padres. Jugamos mucho en los toboganes y los columpios y corrimos detrás de unos patos blancos. Tito confraternizó con Alfredo y César; Júlio, Rogério y las muchachas prefirieron la compañía de los mayores.

Antes de continuar el viaje fue encargada la cena de la vuelta. Almorzaríamos en casa de unos sobrinos de los Giorgi en Santos.

Después del «Restaurante Quaglia» empezaba la bajada de la sierra. El monte espeso, de un misterioso verde oscuro, llegaba a veces a ser negro. De trecho en trecho una catarata iluminaba el paisaje y alegraba la vista. Todo era nuevo para mí. En los indicadores del camino, había una calavera dibujada y una indicación que mis hermanos leyeron animados «Curva de la Muerte, a 500

metros». Pasamos muchas otras curvas peligrosas antes de llegar al pie de la sierra.

Entonces empezaba el Cubatáo, otro paisaje inédito para mí;

kilómetros y kilómetros de plátanos plantados en terrenos húmedos bordeaban el camino hasta llegar a Santos. Me admiró mucho el tamaño de los trozos de plátanos, inmensos, casi colgados hasta el suelo, pendiendo de minúsculos plátanos enanos. .

Entramos en Santos por la playa de Gonzaga, llena de hoteles. Después venían las de José Menino, Ilha Porchat, Sao Vicente, papá las presentaba a sus hijos contento de las reacciones de admiración que provocábamos. En la playa de Gonzaga nos cambiamos de ropa en un hotel y mientras nuestros padres se instalaban en el bar, en mesitas puestas en las aceras, corrimos hacia las olas.

¡Qué extraño oír el murmullo de las aguas! En casa teníamos un caracol que adornaba la cómoda de mamá, colocándolo en el oído se escuchaba una especie de eco que decían que era el ruido del mar.

Atontada por el vaivén de las olas que rompían en la arena, el agua corriendo rápida, tuve que sentarme para no caerme, la cabeza me daba vueltas. .

El sol alto, papá nos aconsejó que regresáramos. Traicionera, la neblina de la sierra no tenía hora para bajar, y en la oscuridad, a la noche, las cosas se complicaban, la falta de visibilidad no era un juguete. Con mucha pena emprendimos el regreso.

Todavía estaba claro cuando llegamos al «Restaurante Quaglia». Proseguí con los juegos de la mañana, jugué hasta el oscurecer.

Mientras esperaba que la comida fuese servida me pidieron que recitase. Mi repertorio era grande. Wanda me enseñaba poesías tanto en portugués como en italiano, preparándome para cualquier emergencia.

Conocida y famosa entre los amigos de papá por mis cualidades declamatorias y por la buena memoria que poseía, frecuentemente me ganaba unas monedas de recompensa después de los recitales. Dividía las ganancias con Wanda mi socia, pero a veces ella me embarul aba quedándose con todo ese dinero.

Ese día yo tenía repertorio renovado. Mi hermana me había hecho memorizar en la víspera, enterada de nuestro viaje y del posible recital, una poesía

italiana muy triste. Era la historia de una niña cuya madre había muerto, pero el a iba todos los días a esperarla, sentadita a la puerta de su casa. La poesía comenzaba así: *Fanciulla, cosa fai su in quel a*

porta / chi guardi cosí lontano per quel a vía?

Me pusieron de pie sobre una sil a, l amaron a la señora Quaglia que abandonó sus quehaceres para asistir a mi recitado; mamá, a mi lado, me serviría de apuntador en caso de que me olvidase; temerosa, nerviosa, el a explicaba —

casi pidiendo disculpas a los presentes— que la niña había aprendido la poesía el día anterior. .

Al terminar la recitación, con la voz en llanto: *Tornan iftorellini ai vasi miei /*

toman le stelle / e tornera anche lei…, reparé que mamá se había emocionado y se esforzaba para no l orar. La señora Quaglia también debía de ser muy emotiva, pues de sus ojos brotaron lágrimas. Me besó y antes de nuestra partida me dio chocolate y una hermosa manzana. Don Giorgi se metió la mano en el bolsillo, sacó una libra esterlina y me la ofreció. Esa vez Wanda no tuvo su participación. La moneda de oro fue cambiada en un banco por veinte mil reis, lo bastante para comprar una muñeca Lenci, rubia, lindísima, que recibió el nombre de Carlota. La muñeca de mi infancia.

ASESINADOS

Hacía poco más de una semana yo había bril ado al á en el Quaglia, había recibido caricias de la pobre mujer, tan llena de vida, tan gentil. . Ahora la veía en la foto del diario, muerta.

Vera, que había salido temprano a la cal e, entró de repente. Perpleja al ver el movimiento de la sala, los rostros angustiados, comentarios. . ¿Por qué habría salido? Algo había sucedido en su ausencia. ¿Qué habría sido? Sentí pena por Vera. Se había perdido lo mejor: el emocionante relato de papá sobre la noche del trágico domingo.

Sin decir palabra, tomada del brazo de la hermana, Wanda le señaló el diario abierto sobre la mesa. Con impaciencia. Vera se inclinó sobre la hoja; al terminar la lectura, con su fuerte voz, exclamó:

—¡Asesinados!

Tal vez por estar tan impresionada, al oír el vozarrón de la hija, mamá soltó la risa y nosotras la acompañamos.

El asunto de Maria Negra había pasado a segundo plano. Mamá no deseaba de ninguna manera sobrecargar al marido con otro problema. Aguardaría al día siguiente, cuando el ambiente estuviese más despejado, habría tiempo de sobra de tomar las disposiciones necesarias.

Todos volvieron a sus quehaceres cuando, de repente, mamá fue asaltada por la superstición universal y corriente: «No hay dos sin tres. ¿Qué sucedería aún, Dios mío del cielo?»

No fue necesario martirizarse mucho tiempo. Después del mediodía golpearon al portón, mamá miró por la ventana del comedor.

—Señora —avisó un hombre—, su perro fue atropel ado. .

Todos salimos corriendo. Allá estaba Flox extendido en medio de la calle, ensangrentado, muerto. Un auto le había aplastado la cabeza cuando trataba de escapar a los laceros de la perrera.

REFLEXIONES SOBRE EL SUFRIMIENTO

Cuánta confusión de sentimientos, qué malestar ese jueves. No conseguía librarme de la angustia que me sofocaba.

Muy temprano había aprendido en carne propia que no toda la vida era risa y que hay muchas cosas en el mundo que nos hacen sufrir, todas el as detestables: celos, remordimientos, nostalgias, injusticias, humillación, odio, rabia..

Inauguré la serie llorando amargada porque mamá no me quería. Me había dejado en casa llevando a doña Regina e Hilda al cine en mi lugar. La causa de mi angustia era doble: celos e injusticia. Otra vez había sido el remordimiento al permitir que mi primo Cláudio se responsabilizara por el desastre del disco roto de mamá; esa noche, encogida en la cama, al oír la confesión del inocente, sufrí mucho. Después me quedó el recuerdo del remordimiento que aún me maltrataba. Ese último lunes, al volver del Brás, mamá había dicho que Cláudio tenía prohibido venir a casa, su madre le había impuesto ese castigo.

La sensación de remordimiento volvió a torturarme. Lloré mucho cuando Zina murió. Sufrí. No la vi muerta y creo que por eso mismo no pude darme cuenta del significado preciso de su muerte. Me quedó la tristeza y la nostalgia. La desaparición trágica de los Quaglia me produjo un fuerte choque. Sentía aún en la boca el delicioso gusto de la manzana que la señora Quaglia me había regalado. . Sentí odio hacia el asesino, pensé en la venganza, en castigos terribles para el criminal cuando lo agarrasen. . Removí tanto esa idea de venganza que en lugar de aliviarme me atormentaba más.

Arrodil ada ahora al lado de Flox muerto en medio de la cal e, experimenté el mayor dolor, el dolor de la impotencia ante la muerte. Mi perro estaba ahí, pero ya no existía. Alrededor se juntaban los curiosos. Algunos se detenían rápidamente, miraban y seguían su camino con la mayor diferencia, nada había sucedido. . Yo lloraba, consumida de pena, cuando escuché el comentario de un hombre apresurado: «. .no fue nada, un perro haragán que murió atropellado. .»

PICCOLINA

Sin Flox me sentí desamparada. Me faltaba la compañía de un animal querido; teníamos a Zero-Um, pero nunca me apegué a él, era un perro muy bobo. Casi me aficioné a una perrita de raza maltesa, pero la tuvimos por poco tiempo.

El animalito fue encontrado vagabundo por las cal es, sin rumbo cierto, una oreja enorme inflamada, contrastando con su pequeño cuerpo. La herida abierta le supuraba.

Dado su tamaño, al principio pensamos en un cachorro. Como de costumbre, mamá se llenó de pena y la recogió: «Gente sin corazón, abandonar en la cal e a un bichito en este estado. .» Perrita linda, de pelo liso y sedoso, gris casi rosa, pa-recia de juguete. Después de examinar la herida, doña Angelina determinó: «Voy a salvar a esta pobrecita.» El mal olor que salía de la herida no permitió que el animal fuese llevado dentro de casa. Quedó aislado en el gal inero, en un cajón con trapos viejos que le servía de guarida.

Después de estudiar varios prospectos de pomadas, mamá terminó optando por la Pomada de San Lázaro y declaró: «Es especial para el caso de el a.. »

Tratada como mandaba el prospecto, la perrita empezó a mejorar a ojos vista.

En una semana de curaciones diarias el mal olor desapareció y la herida empezó a cicatrizar.

Entusiasmada con el resultado de sus esfuerzos, agradecida al milagroso medicamento, doña Angelina resolvió enviar una carta de felicitación al laboratorio que producía la pomada.

—¿Quién me va a escribir la carta? —se dirigía a las dos hijas mayores.

—Yo no —rehusó Vera—. ¡Qué voy a escribir a un laboratorio, a gente que no conozco! Ni siquiera sabe el nombre de esa gente. ¿A quién la va a dirigir?

¿Señor laboratorio? ¿Y para decir qué? No, yo no la escribo. Me

muero de vergüenza.

Rechazada por Vera, mamá se volvió hacia la otra hija, mas no tuvo que pedirle nada. Wanda se adelantó:

—Mamá, ¿por qué quiere perder el tiempo? Ni siquiera sabe a quién dirigir la carta. . ¿qué va a poner en el sobre? No, yo tengo mucho que hacer. .

—Pues entonces, si no puedo contar con mis propias hijas —acentuó bien la palabra propias— yo misma voy a escribir y voy a recibir respuesta. Y van a ver, malpensadas.

Sentada a la mesa, papel, lapicera y tintero delante, el lápiz le resultaba más fácil pero no quedaba bien, inició la difícil tarea: «Ilustrísimo Señor».

—¿Les parece que debo poner ilustrísimo o es demasiado? —consultó a Vera y a Wanda que se divertían ante su confusión—. Me parece que voy a tachar Ilustrísimo y voy a poner Excelentísimo Señor, ¿qué les parece? —pidió opinión humildemente—. Así está escrito en los sobres de propaganda que le mandan a Ernesto, yo lo vi..

—¿Qué propaganda, mamá? —se rió Wanda, poniendo aire de dudar.

—De la Dunlop, de la Pirel i, de Auto-Asbestos, de la Texaco, del Mestre y Blasgest. . ¿eh, qué te parece? —se irritó mamá.

No desistió de su intento, doña Angelina volvía a la carga diariamente, ahora sin buscar ayuda, pues se reían de su obstinación. Empresa difícil escribir una carta, pero lo conseguiría. Desistió del Ilustrísimo y del Excelentísimo, resolvió poner simplemente Señores: «Señores dueños del laboratorio que fabrica la pomada de San Lázaro. Encontré penando en la cal e a una perrita con una oreja supurante que causaba dolor. .» Le l evó una semana entera acabar ese encabezamiento e inutilizó unas cuantas hojas de un cuaderno escolar.

El estado de Piccolina —mamá le había puesto ese nombre y ella sacudía el rabo al oírlo, hasta parecía que siempre se había llamado así— había mejorado y ya la l evábamos dentro de la casa. La gratitud de la enfermera para los dueños de San Lázaro era infinita. «Tengo que acabar esa carta. .», repetía, escondiendo el borrador ya bastante adelantado para que las hijas no lo leyesen. Para el a era un punto de honra terminar esa carta para dar su testimonió sincero y agradecido.

Pero. . un buen día, por la mañana, para disgusto y frustración de

mamá, Piccolina fue encontrada muerta en su cajón, con la oreja prácticamente curada. Había muerto de vejez.

MINISTRO

Entonces sólo me quedó Ministro. Ministro era el nombre de mi gato. Aunque no era propiamente mi gato, sino un gato de la familia.

No sé quién lo bautizó, pero quien lo hizo no acertó con el nombre, pues Ministro no tenía aire importante, por el contrario. Su nombre podría haber sido Práxedes, Pafúncio, Belezoca o Meu Bem, ninguna diferencia habría habido, pues él jamás respondió a su nombre. En realidad no atendía a nadie.

El único sonido que lo atraía era el del cuchillo de cortar carne sobre la tabla, en la cocina. Se acercaba suavemente y esperaba, sin pedir, sin maul ar, tal vez ese movimiento le valiese una porción de carne. Pero si no le daban nada, no reclamaba, se daba vuelta de espaldas, se iba lentamente, de la misma manera que había llegado.

Ministro era un gato flaco y grande, amaril o, más feo que bonito. Yo lo consideraba la única persona libre de nuestra casa, no respetaba leyes ni horarios, no obedecía a nadie, era su propio dueño. No tenía hora para dormir ni para despertar, dormía cuando mejor le parecía.

De noche, de preferencia las noches de luna llena, vagaba por los tejados.

Entonces se oía su grito de combate: un maul ido largo y doloroso que precedía el ataque. Debía ser eficiente, pues el barrio estaba lleno de gatitos amaril os. . A veces volvía a casa por la mañana, reventado pero satisfecho. Yo creo que volvía satisfecho, pues se lavaba entero, mojándose la pata y pasándola por el cuerpo. La pata la usaba sólo para los sitios donde su lengua no llegaba, como detrás de las orejas, por ejemplo. Un gato serio. La única broma que Ministro se permitía a veces, era estirar discretamente la pata tratando de alcanzar el ovillo de lana del croché de mamá, cuando por casualidad caía al piso rodando hacia él. Sólo eso.

No puedo decir que nunca le sucedió otra cosa, una vez sucedió. Cierta noche, al tratar de cazar palomitas en una quinta de la vecindad, recibió un tiro de sal que lo alcanzó en la cola. Apareció sangrando y pasó muchos días con el rabo

l eno de pomada, vendado y manchado con tintura de yodo por las curaciones diarias que doña Angelina le hacía.

No sé por qué no hablé antes de Ministro, habiendo sido un personaje de toda mi infancia. Su presencia era casi neutra, pero innegablemente formaba parte de la decoración de la casa.

Creo que al nacer ya lo encontré esperándome. Vivió años y años en nuestra compañía, sin darnos tristeza ni alegría, pero completando nuestra vida familiar.

Hoy, pasados tantos años, lo recuerdo con cariño y con nostalgia. Nostalgia de mi gato que, por lo demás, no era propiamente mi gato, sino de mi familia.

Pero ¿sería realmente de la familia?

ADIÓS, MARIA NEGRA

La casa se movía en función del próximo casamiento de Maria Negra. No había sido difícil arreglar la cosa con Luiz, el seductor. El pobre temblaba más que una hoja cuando fue llamado para hablar con papá. No trató de escabullirse de su responsabilidad, estaba dispuesto a reparar el daño. Su sueldo era pequeño, pero tendrían sitio donde vivir. Su madre, viuda, tenía a su cargo una huerta en la Avenida Rebouˆas donde vivían y «donde comen dos, comen tres.. ».

La alegría volvió a la cara de Maria Negra y hasta el malestar de la gravidez mejoró bastante.

En la tienda «Dos Irmáos Tres» de don Salim —en la imposibilidad de registrar el nombre de su comercio porque reproducía el de una de las tiendas más famosas de São Paulo, «Casa dos Tres Irmáos», don Salim había invertido el orden de las palabras— doña Angelina compró una pieza de género de algodón, algunas toallas de baño y otras de mano. Ella misma cortó el género y cosió las sábanas a máquina e hizo las fundas. No iba a dejar que la muchacha saliese de casa con una mano atrás y otra adelante.

De repente me di cuenta de que todo estaba equivocado. ¿Cuál era el motivo de mi entusiasmo? No había reflexionado sobre el asunto, con su casamiento dentro de unos días, Maria Negra nos dejaría, se iría. . Yo debía estar triste y no alegre.

En vísperas de la ceremonia, mamá tomó la última disposición; fue al comercio de don Henrique e hizo un encargo de alimentos, por lo

menos en los primeros tiempos Maria Negra no pasaría necesidades. .

En cortejo, la novia, mamá y las tres hijas, fuimos a llevar el ajuar y los alimentos a la nueva casa de Maria Negra. A última hora mamá le pidió ayuda a los chicos, pues había cosas demasiado pesadas y el auto no podía bajar por la Avenida Rebouças.

Anduvimos una buena media hora, por barrancos y zanjas, antes de l egar a nuestro destino. La vieja futura suegra de Maria Negra tenía un aire doliente, aspecto de mujer sufrida.

La huerta estaba plantada de árboles frutales, predominaban los naranjos y los albaricoqueros. Mamá verificaba todo con atención. Quedó encantada con la huerta de coles y achicorias. También había muchas plantas de mandioca. Luiz, al hablar con papá, había dicho que la mandioca les garantizaba parte de la alimentación. Encontré graciosa la manera como él se refería a «un pollito de vez en cuando. .».

La casa era miserable, un chamizo; dos cuartitos achatados, una cocina que se caía a pedazos y el baño allá lejos, en el fondo. Mamá hacía muecas al constatar tanta miseria. No podía disimular. . Cuchicheó con Wanda al quedarse un momento a solas:

—¡Pobre Maria! Con tantos humos que tiene, ahora sí que va a saber lo que es bueno. .

CASA VACÍA

¡Qué tristeza, qué desolación, qué casa tan vacía! Maria Negra había partido y nos había dejado huérfanos de su presencia enérgica y cariñosa.

Quedó decidido que no sería sustituida por otra criada. Las muchachas ya estaban suficientemente crecidas y podían muy bien encargarse de la casa.

Se distribuyeron las tareas; mamá seguiría ocupándose de la ropa (lo que ya era mucho) y el jardín. Wanda sería la cocinera y Vera su ayudante. Ambas cuidarían de todos los trabajos de la casa y yo —también entré en danza—

auxiliaría en las cosas pequeñas. Me encargaron arreglar el comedor por la mañana y poner la mesa para almorzar. Tito pondría la mesa para la cena. Yo haría las compras en el almacén de don Henrique, mil veces al día para arriba y para abajo, pues en lugar de comprar todo en una vez, se iban acordando poco a poco. Me repitieron un dicho que me hacía morder de rabia: «Trabajo de niño es poco, mas quien no lo aprovecha es loco.» También me habían encargado lavar y secar los cubiertos del almuerzo y de la cena. No me encargaron los platos y las fuentes por temor de que los rompiese. ¡Por suerte! Francamente, no me gustaron mis nuevas obligaciones. Detestaba, al contrario de mis hermanas, tan trabajadoras, las faenas caseras. Seguramente había salido a mamá.

EL ALMACÉN DE DON HENRIQUE

Wanda inventaba platos nuevos, vivía siempre buscando recetas. Yo ya estaba cansada de tanto ir y venir al almacén de don Henrique, aunque el ambiente era agradable, incluso divertido. El hijo mayor de don Henrique, Hugo, jugaba al fútbol en el «Palestra Italia» y en la tienda se reunían, a la hora de comer, fanáticos del «rudo deporte británico», para discutir acaloradamente los partidos pasados y los futuros. Yo no entendía nada de fútbol, pero era hincha del «Palestra Italia» por dos motivos: por Hugo y por el sueldo recibido

semanalmente de don Pistore2Í, cliente y amigo de papá, que me pagaba cuatrocientos reis todos los domingos para que gritase por su equipo.

Un domingo a la mañana yo jugaba al escondite en la cal e con otras chicas.

Bien oculta detrás de un viejo portal, nadie podía encontrarme, cuando de repente, por una rendija, vi a don Pistorezi que pasaba por el lado opuesto de mi vereda. No titubeé, era domingo, día de recibir mi sueldo. Salí del escondite y corrí hacia él. Las chicas, como bobas, gritaban que me habían descubierto y yo no les hacía caso. Detuve a don Pistorezi con la frase indispensable para recibir la moneda: «¡Viva el Palestra Italia!» El se rió satisfecho, metió la mano en su bolsillo y allá me fui con los cuatrocientos reis a la «Confitería Bussaco», a gastarlos en caramelos, abandonando el juego.

Hugo y yo éramos amigos. Había tenido una pasionitis aguda por Wanda antes de su noviazgo con Zé Soares. Wanda le retribuía las miradas, leía las cartitas de amor que yo le llevaba, recibía los regalitos que el joven le enviaba, hasta el día en que soplaron en sus oídos que su galán andaba haciendo el tonto con una pianista de cine. Sin pensarlo dos veces, la bel a traicionada juntó sus regalos y cartitas, escribió dos lacónicas líneas en una hoja de papel y

«despachó» al inconstante; alia fui yo, con las cosas embolsadas en la falda que tuve que l1 var levantada y la carta de despedida en la mano. En presencia de don Henrique, que en la ocasión al í se encontraba, de Antonio y de Fúlvio, hermanos de Hugo, dejé la encomienda que traía en la falda sobre una bolsa abierta de judías:

muñequitas, cortes de género y otras menudencias que se mezclaron con el cereal.

Terriblemente enojado y sobre todo triste, Hugo aún trató de demostrar su inocencia, pero no fue escuchado.

Mi tarea de «correo sin estampil a» no terminó ahí. Fui portadora tiempo después de la misiva de amor y celos del infortunado Hugo al saber que la

«ingrata» andaba tonteando con un tipo de la fiesta del «Calvário».

La carta había sido escrita con sangre, sangre de un tajo hecho a navaja por él mismo, como prueba de amor. Las letras rosadas eran casi ilegibles. Las acompañaba con versos de una canción compuesta por el mismo Hugo, para ser cantada con música de un vals muy en boga: *ingrata, yo siempre te amé /*

nunca pensé en una traición.. No ganó nada con esa carta sangrienta, no ganó nada con el vals de amor y el sufrimiento; la obstinada no dio marcha atrás.

ENFRENTANDO A PAPÁ

Ya era casi mediodía cuando Wanda me ordenó ir a buscar aceitunas al almacén de don Henrique; preparaba un plato de berenjenas para el almuerzo, una receta nueva, especial, dada por Ida Strambi. Sobre las berenjenas —

cocidas y aplastadas—, adornando la bandeja, serían distribuidas rodajas de cebol a y en medio de cada rodaja una aceituna negra. En casa había aceitunas verdes, pero ésas no servían, no combinaba verde con verde, no resaltaba.

Wanda era muy exigente, «la apariencia vale mucho en la presentación de un plato».

Al llegar al almacén, encontré el ambiente en plena ebul ición: varios aficionados estaban empeñados en una discusión sobre fútbol. Comentaban la actuación de Friedenreich en el último partido; la mayoría lo elogiaba: «el más grande goleador de todos los tiempos, maravil oso, absoluto...»; unos pocos discordaban a gritos. . Con la esperanza de que la discusión acabase con bofetones, me instalé cómodamente sobre un montón de bolsas de arroz y aguardé sin prisa alguna.

La familia ya estaba almorzando cuando regresé con mi paquetito de aceitunas negras. Me aterré. Papá era estricto en ciertas cosas: no admitía, por ejemplo, que nadie estuviese ausente a la hora de comer. Además de recibir una regañina, el que faltaba se quedaba sin comida.

Fui recibida con gritos de papá:

—¿La señora no sabe que a la hora de comer debe estar en su casa?

Quise explicarle, ¿qué? no sé, pero no me lo permitió:

—¡Cál ese la boca! Cuando yo hablo no admito respuestas. .

—Pero, papá. .

—¡Cállese la boca. .!

—Pero. .

—¡Cál ese.. !

Me sentí invadida por un sentimiento de rebeldía, me vino a la cabeza una frase anarquista que a él le gustaba repetir. No vacilé, me levanté de la mesa, me recosté en la puerta y largué el rol o con la misma entonación con que lo había aprendido, con el mismo dedo en ristre que él empleaba:

—«¡Cuando la fuerza y la razón se enfrentan, vence la fuerza, la razón no basta!» —y me retiré.

Preparada para recibir la primera paliza de mi padre, me quedé esperando en el dormitorio de mamá. Esta vez había abusado, me había excedido, lo había enfrentado. ¿Quién tenía el coraje de enfrentarlo así? ¡Ni siquiera mamá!

No tardó mucho en aparecer Vera, aún asombrada de lo que sucedía:

—Papá dice que vayas a comer, dice que la comida se está enfriando.

Al principio no creí en el recado. ¿No estaría Vera preparándome una trampa?

¿Papá ya no estaba furioso?

—¡Qué trampa! Papá se quedó sorprendido con tu respuesta, se quedó como estúpido. ¡Yo nunca me hubiera atrevido! ¡Hay que verte!

MAMÁ VUELVE AL ASUNTO

Tardó pero sucedió. Sólo después de haber pasado todo, mamá se acordó de preguntar por el reconstituyente desaparecido. No entendía cómo habíamos conseguido abrir la puerta del ropero.

Wanda resolvió confesar el «crimen», mintiendo que había encontrado la puerta del mueble abierta, seguramente por algún olvido de mamá. Así

quedaba asegurado que el a no cambiaría el escondite de la l ave y tendríamos nuevas oportunidades.

Aproveché la ocasión para preguntarle a papá por la tía Hiena. Papá andaba muy manso conmigo después del incidente. Me daba gustos, parecía querer rehabilitarse.

Nos reunimos a su alrededor, nos gustaba oírle contar historias y cuentos. Sus narraciones tenían mucha gracia, prendían. Entonces supimos que el abuelo, anarquista convicto, había resuelto dar ese nombre a su hija para afirmar sus principios anticlericales.

Fue al Registro, al á en Florencia, donde la niña había nacido y donde vivía la familia, quiso inscribirla:

—¿Qué nombre va a darle? —le preguntó el empleado.

—¡Hiena! —declaró el rebelde.

El hombre pensó que no había comprendido y repitió la pregunta:

—¿Qué nombre va a darle?

—¡Hiena! —repitió el padre de la criatura, entusiasmado con la reacción del tipo; la polémica deseada estaba garantizada.

El funcionario del registro trató de disuadirlo, no se resignaba ante tamaña reacción.

—Señor, ¿cómo puede ponerle a una niña inocente el nombre de un animal repugnante como ése?

—¿Si el Papa puede l amarse León por qué mi hija no puede l amarse

Hiena?

—replicó el viejo Gattai que en esa época tenía poco más de treinta años de edad.

La niña fue registrada con el nombre de Hiena y así quedó hasta morir.

La información de Wanda el día de la borrachera (sobre el destino de la tía), entre uno y otro trago del fortificante de mamá, no merecía crédito.

Le pregunté a papá por el paradero de esa tía, ¿por dónde andaba?

Cambiando de tono de voz, casi en sordina, papá satisfizo mi curiosidad:

—Murió de hambre. —Hizo una pausa para concluir—: Aquí, en el Brasil, antes de cumplir un año de edad.

DON ERNESTO CUENTA SU HISTORIA

Llevado por el interés de la hija menor en conocer el pasado de la familia, papá resolvió contar una vez más la historia de cómo los Gattai habían ido a parar al Brasil. Ya lo había contado repetidas veces, pero para mí era la primera.

A medida que hablaba, otros oyentes se iban acercando. Hasta Remo desistió de una cita, interesado en la historia. El abuelo Eugenio, que habitualmente

«se dormía con las gal inas», esa noche se acostó más tarde. Todo lo que escuchaba de labios del yerno no era novedad para él, pero le gustaba volver al pasado; también él había luchado y sufrido mucho desde que salió de su tierra natal, Pieve de Cadore. ¿Cuántos años hacía? Había l egado al Brasil unos años después que la familia Gattai. Viendo el interés del abuelo por ese pasado distante, sentí curiosidad por conocer también la historia de la familia de mi madre. Pronto, en la primera oportunidad, el abuelo sería interrogado y nos contaría todo.

LA «COLONIA CECILIA»

El viaje de la familia Gattai había comenzado en realidad dos años antes de embarcarse en el «Cittá di Roma», en Génova. Mi abuelo había tenido oportunidad de leer un fol eto titulado II Comune in Riva al Mare, escrito por un tal doctor Giovanni Rossi —que firmaba con el pseudónimo de Cardias—, mezcla de científico, botánico y músico. En ese fol eto, que tanto había fascinado al abuelo, Cardias idealizaba la fundación de una «Colonia Socialista

Experimental» en un país de América Latina —no especificaba cuál—, una sociedad sin leyes, sin religión, sin propiedad privada, donde la familia se constituyese de manera más humana, asegurando a las mujeres los mismos derechos civiles y políticos que a los hombres.

Cardias iba más adelante: en las últimas páginas de su estudio, de su plan, hacía un l amado a las personas que estuviesen de acuerdo con sus teorías y quisiesen acompañarlo a cualquier parte de la tierra, por

más distante que fuese, donde pudiesen llevar a la práctica las experiencias e ideas contenidas en el fol eto. Les pedía que se presentasen.

Por fin Francesco Arnaldo Gattai encontraba a alguien con dinamismo e inteligencia dispuesto a volver realidad un sueño, suyo y de sus compañeros, también discípulos de las enseñanzas de Bakunin y Kropotkin, en la búsqueda de un «camino nuevo para la humanidad hambrienta, harapienta, ensangrentada, tal vez olvidada de Dios».

Buscaría una oportunidad de encontrarse con Cardias. Comenzaba a divisar perspectivas para el futuro de su familia.

Mientras Argia, su mujer, amamantaba al hijo, le leyó el precioso documento.

¿Qué pensaba de esos planes? Quería saber su opinión. ¿Debían aceptar la invitación leí doctor Giovanni Rossi? Tenían cuatro hijos, uno toda a chupaba el pecho materno.

DOCTOR GIOVANNI ROSSI

Con palabras simples y accesibles, papá nos explicó quién era el doctor Giovanni Rossi, más conocido por Cardias, el hombre que había ideado todo el plan de la colonia experimental en tierras distantes. Había nacido poeta y heredado de su familia una gran vocación musical. Pero dejando de lado la poesía y la música, inquieto, preocupado por los problemas sociales, prefirió, hacer estudios prácticos, se graduó en agronomía y se dedicó al periodismo y a los problemas sociales y filosóficos. En sus viajes a Milán acostumbraba

hospedarse con un pariente músico, el Maestro Rossi, cuya casa era frecuentada por músicos de renombre, entre el os un tal Carlos Gomes, brasileño, autor de óperas. Se encontraron los dos, Giovanni Rossi y Carlos Gomes, en ocasión en que el músico brasileño se entregaba con entusiasmo a la partitura de otra de sus óperas, Lo schiavo, que pretendía tocar para el Emperador del Brasil, cuya l egada a Milán se estaba aguardando.

Carlos Gomes le habló a Giovanni Rossi de su tierra, del otro lado del mar, l ena de bel ezas naturales y de riquezas. El músico hablaba de la grandeza de su país con emoción y nostalgia.

¡Cardias lo escuchaba fascinado! Esa era la tierra que buscaba, ideal para su experiencia. No cabían dudas. Dejó de lado el proyecto aün embrionario de ir al Uruguay. Brasil lo llamaba.

Se entusiasmó todavía más al saber de la próxima llegada de Don Pedro II a Milán. Carlos Gomes era su protegido, lo conocía bien y lo admiraba mucho. Le hizo los mayores elogios: «Un rey sabio, un padre para nuestro pueblo, amigo de los inventores, de los músicos, de los poetas. .»

Lleno de esperanzas, Cardias resolvió escribir una carta al Emperador del Brasil. No sentía admiración ni nunca la había sentido por emperadores o reyes, pero si ése quisiese interesarse en su proyecto. . En la extensa carta le explicó en detal e sus planes y le pidió que le permitiese probar la seriedad de la experiencia dándole tierras y apoyo para el viaje de los idealistas al Brasil.

Esa carta, llevada por él mismo, fue entregada en propia mano al Conde da Mota Maia, médico del Emperador, en el hotel donde la

comitiva real se hospedaba.

Un tiempo después, ya en el Brasil, don Pedro leyó por azar el pequeño libro de Cardias y se interesó por las ideas y por la audacia del autor. Mostró el pequeño tomo al Conde da Mota Maia, que entonces recordó al joven que había buscado al emperador en el Hotel Milán, para entregarle una carta. El seudónimo era el mismo. Don Pedro recordaba vagamente el caso.

Impresionado por la apelación de las últimas páginas, convocando voluntarios para la experiencia y dando su nombre completo y dirección, Pedro II no tuvo

dudas, ordenó que le respondiesen: felicitaba al autor por su trabajo y le ofrecía la tierra solicitada para la colonia experimental.

Entonces se estableció una correspondencia entre el joven idealista y el Emperador. Después de varias diligencias, Cardias recibió de Don Pedro II la posesión de 300 alquileres (20) de tierras, incultas y desiertas, en un sitio entre Palmeira y Santa Bárbara, en Paraná, y la promesa de ayuda y apoyo para la empresa.

Todo arreglado, la donación de tierras ya hecha, Cardias puso manos a la obra, dando inicio al reclutamiento de los voluntarios a través de diarios y en reuniones públicas. Sabía bien que era una aventura sólo para idealistas endurecidos en la lucha, dispuestos a realizar una gran experiencia social, sin medir sacrificios.

Los candidatos fueron apareciendo y su número aumentó rápidamente.

Entre los primeros en presentarse estaba Francesco Arnaldo Gattai, mi abuelo, que hacía mucho había entrado en contacto con Cardias. Ahora ya había nacido el quinto hijo de la pareja, la niña Hiena. Con la mujer había estudiado la situación, ¿no sería arriesgado partir hacia la aventura con cinco criaturas?

Argio Fagnoni Gattai, mi abuela, no era mujer que retrocediese ante los obstáculos. A los treinta años de edad, cargada de hijos, no tuvo miedo de enfrentar lo desconocido. Amaba al marido, sabía lo que representaba para él ese viaje. No iría a frustrarlo. Acostumbraba amamantar a los hijos hasta los dos años —ése era el intervalo matemático entre un hijo y otro— y los criaba fuertes y sanos. Jamás le había faltado leche, no debían sentir temor por Hiena. La madre garantizaba la alimentación por lo menos durante la travesía marítima.

Entre los ciento cincuenta —quizá un poco más— pioneros que integraban el grupo, había gente de variadas profesiones y clases sociales: médicos, ingenieros, artistas, profesores, campesinos y obreros, entre estos últimos mi abuelo. Pero también había algunos infiltrados, algunos criminales condenados por diversos delitos.

COMIENZO DEL VIAJE

El grupo de idealistas embarcó en el navío «Cittá di Roma» en febrero de 1890; el régimen imperial en el Brasil había sido derrotado el 15 de noviembre de 1889. Don Pedro II había sido depuesto y desterrado y la República proclamada. Los fundadores de la «Colonia Socialista Experimental» no podían contar con la ayuda y el apoyo prometido por el Emperador. Sólo contarían con sus propios esfuerzos, con su voluntad de vencer, nada los haría retroceder.

En las bodegas del «Cittá di Roma», junto a las calderas, se amontonaron los pioneros que en breve integrarían una comunidad de principios puros, la

«Colonia Cecilia». Iban l enos de esperanzas, soportarían con coraje las condiciones infames del viaje.

Una luz artificial, débil, era todo lo que había para iluminar ese subsuelo; ni la más leve brisa del mar llegaba para atenuar el calor sofocante.

Los niños inquietos, no conformes con la oscura prisión, trataban en todo momento de burlar la vigilancia de los mayores y subir la peligrosa escalera que los conducía al sol.

Al segundo día de viaje ya no había dónde pisar. Charcos de vómitos por todas partes. El navío se movía demasiado y la mayoría de los pasajeros enfermaba.

Argia Gattai estaba entre los que más sufrían. No podía alimentarse, vomitaba todo lo que entraba en su estómago. Con el correr de los días la situación de los Gattai se fue agravando; pegada a los pechos de la madre, ya a uno, ya a otro, Hiena sólo los soltaba para reclamar, llorando desesperadamente.

¿Dónde estarían aquel as tetas fértiles, desbordantes? Se iban achicando, disminuyendo, marchitando, cada vez menos cantidad de leche para saciar el hambre. . Nadie dormía con el llanto doloroso del bebé, pero nadie protestaba.

Un médico del grupo se acercó y examinó a la niña; diagnosticó: hambre.

¿Y si consiguiesen un poco de leche arriba? El médico no lo aconsejó;

la leche que había a bordo no era buena y en las condiciones en que se encontraba la niña podría provocarle diarrea. La única solución posible y urgente era conseguir que el capitán del navío permitiese que la madre y la hija se trasladasen arriba, donde pudiesen respirar aire puro. Quizá así la leche volvería.

Acostada en una tumbona en la popa del barco, con la niña pegada a su pecho

—piernitas y brazos finos, ojeras hondas—, la mujer pasaba los días. ¿Cuánto hacía que viajaban? ¿Cuándo llegarían? Debían de haber pasado muchos días desde la partida de Génova. Por suerte los otros hijos tenían buena salud.

Guerrando, el mayor, que se acercaba a los diez años, estaba encargado de cuidar a los menores; el padre se ocupaba de la mujer y la hijita enferma.

A la noche, la madre y la niña volvían a la bodega y el llanto recomenzaba.

Hiena ya no mamaba con tanta avidez. La leche casi se había secado, chupaba en vano.

Tío Guerrando jamás olvidaría los tormentos del terrible viaje; cuando él contaba la odisea de sus padres, lo hacía con tanto sentimiento, que sin darme cuenta, yo comparaba aquel barco, sus bodegas oscuras y calientes, con el Infierno de Dante.

SERVICIO DE INMIGRACIÓN Y SALUD

En el puerto de Santos, al desembarcar, se armó la mayor confusión. Hombres por un lado, mujeres por el otro. En salones separados, los inmigrantes eran desvestidos, la ropa del cuerpo y la que traían en las bolsas se llevaban a la rutina de la desinfección. Al í permanecieron durante horas, desnudos, esperando que les devolviesen sus pertenencias, que los liberasen.

Nadie protestaba, tampoco había a quién reclamar. Lo único que podía hacerse era esperar con paciencia y resignación.

Por fin, después de infinita espera, ropas y pertenencias fueron devueltas.

Apretados en sus trajes encogidos por el baño desinfectante, oliendo a medicinas, arrugados, los inmigrantes, conducidos en fila, pasaban por el departamento médico, una última humil ación antes de ser liberados.

De ahí mismo fueron encaminados y embarcados de nuevo en un pequeño navío que los conduciría a Paraná. (Tío Guerrando no estaba muy seguro del nuevo puerto de desembarque, le parecía que era el de Paranaguá.) El estado de la niña no había mejorado, la leche materna se había terminado completamente, entonces le dieron leche de vaca. Como había pronosticado el médico, en seguida se manifestó una violenta diarrea acompañada de vómitos.

Los pioneros tomaron rumbo a las tierras que los esperaban, la familia Gattai permaneció en la ciudad. Los compasivos compañeros se ofrecieron a llevar a las cuatro criaturas para facilitar los trajines de los padres, con la niña enferma a cuestas.

—Nos quedaremos juntos. No soportaríamos la ausencia de nuestros hijos, moriríamos de preocupación.. —explicó el abuelo Gattai, agradeciendo el ofrecimiento.

Y ahí se quedaron, en ese puerto extraño, buscando por todos los medios salvar a la hija.

BANDERA ROJA Y NEGRA

En un carro de cuatro ruedas, con sus bolsas de ropa y otras pertenencias, pasó la familia Gattai por Santa Bárbara: marido, mujer y cuatro hijos.

Al ver pasar el carro, algunos niños gritaban llamando a sus madres: «¡Vengan a ver, llegan más gitanos. .!» Hacía poco más de un mes habían pasado muchos hombres en las mismas condiciones de éstos. «Gitanos», seguramente, pensaron los habitantes del pequeño pueblito, cerrando las

puertas de las modestas casas cubiertas con chapas de zinc, por temor a ser robados.

En lo alto de una colina, entre los árboles, se divisaba en lo alto de una palmera, una gran bandera roja y negra, era la bandera de la «Colonia Cecilia»

saludando la llegada de los nuevos pioneros.

Al divisar la bandera de la «Colonia», el abuelo Gattai miró hacia abajo y exclamó: «¡Al á están!» Ahí estaba el campamento: un gran cobertizo levantado junto a un arroyo, pequeñas chozas en construcción, hombres que se movían de un lado a otro, un pedazo de tierra ya limpia para el cultivo al lado de un pequeño bosque.

La abuela Argia volvió la cabeza en la dirección señalada por el dedo del marido. Sus ojos distantes no divisaban nada. Su alegría, su esperanza, su entusiasmo, aún permanecían lejos, enterrados al lado del cuerpecito de la hija. Durante todo el viaje no había pronunciado una sola palabra, ni para maldecir, ni para acusar. No derramó una sola lágrima, completamente apática. El marido, ocultando la tristeza de la muerte de su hija, trataba de distraer a su mujer l amándole la atención hacia mil y una cosas durante el largo y duro viaje por el camino. No obtuvo resultado.

Al avistar el carro de la familia Gattai, los hombres del campamento salieron a su encuentro. Los Gattai fueron alojados provisionalmente en el cobertizo construido por la primera leva. Apenas llegados, todos trabajaron en la construcción de ese cobertizo para abrigarse. Los días siguientes cada familia trató de construir su propia vivienda. El

cobertizo quedaba para depósito y para emergencias como ésa.

Los cuatro niños, al verse libres del incómodo carro, corrieron disparados hacia el arroyo de aguas cristalinas. Nadie les impidió que se bañaran desnudos.

Necesitaban aire puro, agua, y sobre todo, libertad.

FIN DE LA «COLONIA CECILIA»

—Y así fue como la familia Gattai llegó al Brasil. —Con esta frase, papá dio por terminada su historia.

Pero nosotros estábamos tan impresionados por el relato que queríamos saber más. Papá, advirtiendo nuestra emoción, buscó aliviar el ambiente:

—¿Se dan cuenta? ¿No sabían que eran muy importantes? Pues, para que ustedes estuviesen aquí hoy, fue necesaria la intervención del filósofo Giovanni Rossi, del maestro Carlos Gomes, y de Don Pedro II, Emperador del Brasil. ¿Qué tal? —se rió de nuestro asombro.

Pero yo no estaba satisfecha, quería saber más. ¿Qué había pasado con la

«Colonia Cecilia».

—Se mantuvo unos cuantos años, con grandes esfuerzos y mucho trabajo, pero no se pudo sostener.

Para papá era difícil explicar detalles que él mismo ignoraba. Tío Guerrando, que había vivido esos episodios y aún recordaba muchas cosas, tampoco sabía las razones que llevaron al fracaso de la experiencia. De positivo sólo sabían que mucha gente había desistido cuando aparecieron las primeras dificultades.

Otros idealistas, que habían ido llegando con el correr del tiempo para incorporarse a la colonia, tampoco resistieron las pésimas condiciones que reinaban en el a. Los más obstinados tuvieron que buscar trabajo fuera de la tierra, en las construcciones del ferrocarril, para no morirse

de hambre. Pero todo culminó con la intimación de las autoridades republicanas que no estaban de acuerdo con la donación hecha por el emperador depuesto, y exigían a los colonos que comprasen las tierras que ocupaban o pagasen los impuestos atrasados o las abandonasen. También existía la versión anticlerical del tío Guerrando: contaba que cerca de la colonia se había construido una iglesia católica con el objeto de hostilizar y boicotear a los anarquistas y que en época de la cosecha, el cura soltó sus vacas que rápidamente destruyeron todas las plantaciones, liquidando así la última esperanza de permanecer en la

«Colonia Cecilia».

Los Gattai permanecieron dos años más o menos. El último en abandonar el barco, después de un tiempo, fue el comandante Cardias, al verse imposibilitado de proseguir solo con su experiencia.

Aprendí muchas cosas sobre la «Colonia Cecilia», pero con el tío Guerrando, no con papá. El tío Guerrando, ya un muchachito cuando la aventura, recordaba detal es de lo vivido por la familia.

También en el libro de Alfonso Schmidt, Colonia Cecilia, publicado en 1942, en Sao Paulo, encontré algunas respuestas a mis preguntas, me enteré de la extensión de la aventura anarquista. La familia Gattai era citada en el libro de Schmidt entre los soñadores que habían acompañado al doctor Giovanni Rossi al Brasil: «En casa de los Gattai ardía fuego, una humareda azul salía alegremente por la única ventana.»

PARECIDA PERO DIFERENTE

Papá había terminado su historia. Nos volvimos en seguida hacia el abuelo Genio, queríamos que nos contase también cómo habían llegado al Brasil él y su familia.

—Hoy no —respondió el abuelo—, ya es muy tarde, se me pasó la hora de dormir. Mañana os cuento. Buenas noches.

Aún arriesgué una pregunta antes de que saliese del comedor:

—¿Usted también era anarquista, abuelo?

—No, no era anarquista ni monárquico. Nuestra familia no entendía nada de política. Eramos gente de iglesia, todos católicos. Nuestra historia es muy parecida a la de los Gattai, pero completamente diferente. .

Soltamos una carcajada, papá fue quien más se rió. ¿Cómo podía ser parecida pero diferente?

Un poco satisfecho por la reacción causada con su afirmación, el abuelo resolvió robarle otros minutos a su precioso sueño y se justificó con pocas palabras:

—Nosotros también viajamos con cinco hijos menores y atravesamos el océano en las bodegas de un barco. Nosotros también perdimos una hijita en el Brasil, la menor de los cinco. Era Carolina, tenía poco más de dos años cuando murió. —Hizo una pausa, continuó con la cabeza baja—: Sólo que la nuestra murió por falta de recursos.

Papá esbozó una leve sonrisa al oír la afirmación del suegro, para quien era muy duro admitir y aún más difícil pronunciar la frase: «murió de hambre».

Supimos todo sobre el viaje de la familia Da Col, al día siguiente, cuando el abuelo cumplió su promesa y nos contó la historia.

El abuelo había venido de Italia con toda su familia, contratado como colono para recoger café en una *fazenda* (21) en Cándido Mota, en Sao Paulo.

Embarcaron en Génova con destino a Santos hacia 1894: Eugenio Da Col, el padre; Josefina Piero-bon Dalla Costa Da Col, la madre; Angelo (Angelim), diez años, Marguerita, ocho años; Luiz (Gigio), seis años; Angela (Angelina), cuatro años, y Carolina, dos años.

La abuela Pina pasó todo el viaje rezando, pidiéndole a Dios que permitiese que l egaran con vida a tierra. Tenía verdadero pavor de que uno de los suyos muriese en alta mar y fuese arrojado a los peces. Carolina enfermó durante el viaje, rechazó la alimentación pesada de a bordo, pero llegaron todos vivos al puerto de Santos.

La familia había sido contratada por intermedio de compatriotas de Cadore, que habían llegado antes al Brasil. Decían que estaban satisfechos, y entusiasmaban a sus paisanos con cartas tentadoras: «¡Vengan! El Brasil es la tierra del futuro, la tierra de la *cuccagna*. . pagan bien a los colonos, les facilitan el viaje. .»

Con los Da Col, en el mismo barco, viajaban muchas familias de la región, todos con la misma esperanza de vivir mejor en ese país prometedor. Viajaban ya contratados, la subsistencia estaba garantizada.

En Santos los aguardaba la gente de la *fazenda* para la cual fueron transbordados, comprimidos como ganado, en un vagón de carga.

Al llegar a la *fazenda*, Eugenio Da Col se dio cuenta en seguida de que al í no existía esa *cuccagna*, esa abundancia tan publicitada. Todo era fantasía; las informaciones recibidas no correspondían a la realidad; lo que había, eso sí, era trabajo, arduo y agotador, comenzaba antes de la salida del sol; hombres y niños cumplían el mismo horario. Recogían café debajo del sol ardiente, los tres hijos mayores acompañaban al padre, bajo la vigilancia de un capataz odioso. Vivían en condiciones precarias y ganaban lo suficiente para no morir de hambre.

La esclavitud había sido abolida en el Brasil hacía un tiempo, pero en las *fazendas* de café sus rastros perduraban.

Cierta vez les notificaron que debían reunirse a la hora del almuerzo, para no perder tiempo de trabajo, junto a un frondoso árbol; al llegar ante el sitio señalado para la reunión, los colonos se encontraron con un cuadro deprimente: un trabajador negro estaba atado al árbol. Al principio, Eugenio Da Col no entendió qué sucedía, ni qué iba a suceder, hasta que divisó al capataz que l egaba con desgana, con el látigo en la mano. ¿Sería posible?

¿Habían sido convocados para presenciar el apaleamiento de un hombre? No hubo explicaciones. ¿Para qué? Estaba claro que los novatos debían aprender a comportarse, quien no caminase en línea, no obedeciese ciegamente al capataz, recibiría la misma recompensa que ese negro. Un ejemplo para no olvidar.

El negro, sudando, atado, esperando el castigo que no debía demorar; todos cal ados, mirándolo.

De repente, el capataz levantó el brazo y la larga tira de cuero se elevó en el aire, pronta a herir. ¿Era eso nada más? Rebelado, ciego de indignación, el joven colono Eugenio Da Col no resistió, no sería él quien presenciaría impasible un acto tan cobarde y salvaje. ¡Imposible contenerse!

Con un rápido salto tiró al capataz quitándole el látigo de las manos. Tomado de sorpresa por la osadía del italiano, perplejo, el capataz se acobardó. El

látigo, su arma, su defensa, estaba en manos del extranjero, ¿valdría la pena reaccionar? Iracundo, fuera de sí, el rebelde pedía a sus compañeros que se uniesen para defender al negro, lo hacía en su dialecto de los Montes Dolomitas. Todos lo miraban cal ados. ¿No comprendían sus palabras, sus ademanes? Seguro que sí, pero nadie se atrevía a tomar una actitud frontal de revuelta. Católico convencido, él hacía lo que dictaba su corazón, lo que le aconsejaban sus principios cristianos. .

De repente, como en un pase mágico, el negro se vio libre de sus ataduras. El capataz, espantado. ¿Quién había desatado los nudos? ¿Quién? El rebelde no había sido, estaba ahí, frente a él, gesticulando, gritando frases incomprensibles, amenazador, con el látigo en la mano. . lo mejor era desaparecer cuanto antes, rápidamente, antes de que esos brutos reaccionasen contra él. La prudencia era escapar.

Esa misma tarde la familia Da Col fue puesta en la calle, la puerta se cerró para esos «rebeldes inmundos». Estaban despedidos. Ni siquiera les pagaron lo que les adeudaban. «Debían resarcirse del costo del viaje desde Santos hasta la *fazenda*. .» Y fin.

Por el camino desierto e infinito siguió la familia, llevando unos envoltorios de ropa y algunas pertenencias que pudieron cargar, además de su honradez, su coraje y su fe en Dios.

Tenían direcciones de paisanos en la capital de Sao Paulo, adonde l egaron después de una larga y triste caminata, pasando hambre,

subsistiendo gracias a la ayuda de algunos corazones generosos. Carolina, debilitada desde el viaje transatlántico, precisaba ser cargada todo el tiempo, ya en brazos de uno, ya de otro. Su estómago delicado no soportaba la masa de harina de mandioca con agua, alimento básico y muchas veces único que los mantenía en pie.

—Carolina murió apenas llegamos a la capital. Dios nos ayudó, porque la abuela Pina jamás se hubiera conformado con enterrar a su angelito de ojos azules al borde de un camino desierto. —Concluyó el abuelo Genio, que lloraba al recordar.

Los Da Col se fueron a vivir al Brás, donde ya vivían viejos amigos, obreros, ex campesinos, todos de Cadore. Uno de el os, que había ido al Brasil en busca de fortuna, como los otros, la había encontrado: Natal Boni, dueño de un aserradero en Belém. Le dio empleo al paisano y amigo de infancia; pasó a ser patrón del buen obrero Eugenio, excelente carpintero. La amistad de la infancia quedó atrás. El patrón rico olvida su pasado.

Esa fue la historia que el abuelo Genio nos contó de su familia. Parecida a la de la familia Gattai, pero completamente diferente.

RENOVACIÓN

Papá se sentía de lo más feliz. Las cosas le iban bien, la Sociedad Anónima Gattai iba en franco progreso. Acababa de alquilar un hermoso local en la Rúa Xavier de Toledo frente a Light, para exposición de los automóviles Alfa Romeo que ya venían en camino para el Brasil.

Las modificaciones que la casa había tenido luego que Wanda tomó las riendas también alegraban a papá. Sobre todo estaba contento con la mesa, las novedades que se presentaban, los platos deliciosos que hacía la hija. El también disfrutaba cocinando, muchas veces hacía comidas exóticas, siempre a base de vinos —el Marsala, por ejemplo, para la caza (le gustaba cazar)—, y le daba clases de cocina a las hijas.

Mamá asistía a todo ese movimiento medio intimidada y bastante humillada; nunca había sido buena ama de casa, pobre. Soñadora, sensible, había nacido para tareas intelectuales. La vida no le permitió realizarse. Le gustaban los animales, cuidaba las plantas, hablaba con las flores. Sabía cosas de la luna, de las estrellas, del cielo. Se entusiasmaba con la música. Jamás había ido a la escuela, pero era íntima del italiano Dante Alighieri y del brasileño Castro Alves. Sabía de memoria versos de nunca acabar, recitaba pasajes de Iracema, sufría con Los miserables, se sentía golpeada con el Yo acuso de Zola.

Decididamente no había nacido para el horno y el fogón, no ganaba nada intentándolo. .

Wanda representaba en la casa la renovación, el orden, la seguridad, como si no le bastase la bel eza. Ojos verdes, piel rosada, fina, cabel os oscuros, rostro en forma de escudo, dientes para un anuncio de dentífrico. . La bel eza de Wanda era uno de mis orgul os. Yo la encontraba, francamente, más linda, mucho más, que Zezé Leone, la más bel a del Brasil, la primera Miss, cuyo retrato había aparecido hacía años en todos los diarios y revistas. Las jóvenes de nuestra cal e, en esa ocasión, entusiasmadas con el concurso y con la elección de la más bel a, con la cinta métrica en la mano comparaban sus medidas con las de la elegida. Wanda no escapó a la regla, entró en la competencia, el a también se midió, y sus medidas eran coincidentes, casi todas. Si Wanda hubiese desfilado en el concurso, yo pensaba que no sólo sería la más bella del Brasil sino la más linda del universo.

Otras disposiciones para la casa fueron tomadas por mi hermana, que pretendía modificar todo. Inició las reformas por el comedor, tuvo que luchar con mamá a fin de conseguir que se retirase la enorme bolsa de pan, siempre llena —acumulado día tras día, el más viejo quedaba en el fondo y terminaba por convertirse en pan ral ado—, colgaba de un clavo en el batiente de la puerta que unía la cocina con el comedor. Mamá protestaba: «Esa manía de tirar todo, de sacar las cosas de su lugar. . ¿qué mal te hace esa bolsa ahí? Es tan cómodo, el pan aireado, libre de humedad, y tan a mano. .» Pero terminó cediendo. Wanda también peleaba por tirar trastos —juntados a través de años por doña Angelina, en paquetes y en bolsas— colocados arriba de cada armario de la casa. «Todo tiene su utilidad», decía mamá. Nada se tiraba y en su colección había de todo: pedazos de palos y de hierros de todos los tamaños y formas, alambres, argol as, clavos, cajas, papeles y bolsas vacías, papeles doblados, tornil os, hebil as, etc., y más. Mamá estaba siempre a la orden para atender cualquier emergencia. En esos momentos soltaba sobre la ansiedad del necesitado el proverbio de su autoría: «¡El que tiene busca y encuentra, el que no tiene busca y no encuentra!» Con esa frase cerraba toda cuestión acerca de sus trastos. No transigía con posibilidad alguna, no se privaría de su pronto socorro, no tiraría nada, absolutamente nada. Esa fue una de las derrotas de la hija en su operación limpieza. Derrota parcial, pues la muchacha no era de las que se resignan. Logró vaciar un armario viejo que estaba en el garaje y para allá transfirió todos los trastos de mamá.

Había aún muchas batal as que librar. La más difícil de todas sería emprendida poco después: retirar el cuadro —una alegoría anarquista que ya mencioné—

colgado de la pared del comedor. En opinión de Wanda, ese cuadro era ¡un verdadero horror! Se moría de vergüenza cada vez que venía una visita nueva a la casa.

En cierta ocasión lo retiró de la pared al saber que papá había invitado a un cura de Pirapora, un alemán, a almorzar. El Hermano Frederico, según papá, era un buen hombre, alegre, simpático. Le había traído un auto para arreglar (don Ernesto lo había conocido hacía poco en Pirapora) y nos honraría con su presencia en el almuerzo del día siguiente.

El entrar en la sala, acompañado del cura y poner sus ojos en la pared vacía, papá se estremeció: ordenó casi a gritos que repusiesen inmediatamente el cuadro en su lugar y así se hizo.

Yo conocía de memoria todos los detal es de esa alegoría, había seguido la ruta de las explicaciones tantas veces que si papá se hubiese propuesto hacer con el cuadro lo que con las óperas italianas, se habría sentido con seguridad feliz de la sabiduría de la hija.

Por despecho, en represalia a los profanadores de su reliquia, papá resolvió explicarle al cura alemán el significado de su alegoría.

«¿Qué locura es ésa de papá? ¿Dónde tiene la cabeza?», decían a media voz Wanda y Vera, furiosas, completamente horrorizadas. «¡Qué vergüenza, mi Dios!» Mamá también se sentía enojada por el atrevimiento del marido:

«¿Qué va a pensar ese cura de nosotros?»

Papá, muy seguro, comenzó:

—Hermano Frederico, fíjese ahí, en el lado derecho del cuadro, ese cura de pie sosteniendo un puñal sucio de sangre. .

La figura del cura en cuestión era aterradora: sombrero de alas anchas, calado hasta los ojos, dientes enormes y separados, la baba le escurría de la boca, el puñal semiescondido, la lámina vuelta hacia arriba, la sangre chorreando.

Detrás del cura varias criaturas de luto, l orando.

Don Ernesto le explicó al Hermano Frederico, muy ceremoniosamente, que el grupo representaba a la «Santa Inquisición y sus víctimas». Prosiguiendo, indicaba con el dedo:

—Ahora del lado izquierdo, ¿puede fijarse? ¿Ve todos esos muertos y heridos, amontonados, en medio de los escombros? Esa escena significa el horror de la guerra. Y aquí, encima de la guerra —seguía papá—, fíjese en la antorcha roja empuñada por esa mujer, la antorcha roja de fuego que ilumina la parte superior del cuadro, el paisaje distante. Esa antorcha, Hermano Frederico, es nada más ni nada menos que el «Ideal anarquista iluminando el mundo». Y esa mujer desnuda, de cabel os largos hasta los pies, bien en el centro del cuadro, con los brazos abiertos, teniendo en cada mano una cadena rota, es la Verdad que un día restituirá la libertad a todos los pueblos, rompiendo las cadenas de la esclavitud.

A esa altura de los acontecimientos, papá se emocionó, su cuel o y su rostro temblaban. Estaba serio ese día —ni siquiera hizo sus habituales bromas sobre la mujer desnuda—, parecía tener la intención de

convertir al cura alemán, catequizarlo para el anarquismo. El cura oía todo con paciencia y resignación, una leve sonrisa le afloraba a los labios. El Hermano Frederico era un hombre bien educado.

Aún faltaba un último detal e, pero éste no requería información. Papá señaló el medal ón, arriba, a la izquierda, el retrato de Francisco Ferrer.

Desde la cocina llegaba el aroma peculiar, el olor hecho para despertar el apetito, para hacer olvidar los horrores de la guerra y de la Santa Inquisición.

Sobre la mesa, la jarra de vino con la cual brindaríamos con nuestro distinguido huésped.

Wanda pretendía demasiado. ¡Retirar ese cuadro de la pared! Esa vez la batal a empeñada con papá era hueso duro de roer.

SACCO Y VANZETTI

Tema palpitante el de Sacco y Vanzetti, dos anarquistas italianos condenados a muerte en los Estados Unidos. Daba motivo a los diarios para amplias informaciones y gran número de artículos que papá y mamá leían atentamente.

Cierta noche nos extrañó oír a nuestros padres que se preparaban a salir solos.

Protestamos, también queríamos ir. Papá, que no perdía ocasión de adoctrinar a sus hijos, nos explicó que iban a una reunión de las «Clases Laboriosas» que tratarían un tema serio y urgente. Nos contó entonces la historia de Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti que iban a ser ejecutados en la sil a eléctrica, en los Estados Unidos, por un crimen que no habían cometido: robo, asalto a mano armada y asesinato de dos hombres. Hacía más de tres años que se encontraban en la cárcel, aunque había pruebas suficientes y hasta de sobra, de su inocencia. Los condenados aguardaban, en la antesala de la muerte, el momento de la ejecución. Agregó que todavía no los habían ejecutado —

asesinado, decía papá— porque existía un movimiento mundial cada vez más grande, de protesta, organizado por personas idóneas, pertenecientes a todos los partidos, de todas las tendencias filosóficas, no sólo de anarquistas. Que en el Brasil también se trabajaba en ese sentido, y en aquel momento, los anarquistas de Sao Paulo estaban convocando con urgencia a los ciudadanos de todos los sectores y principios liberales, a los demócratas, para organizar el lanzamiento de una campaña nacional, sin tregua, contra el hediondo crimen a punto de ser cometido.

Por eso no podían llevarnos con el os esa noche. Sólo iría gente adulta. No era una noche de fiesta. Era una noche de lucha.

MARIA NEGRA DA A LUZ

Aún dormíamos cuando golpearon a la puerta. ¿Quién sería a semejante hora?

Un poco asustada, mamá se levantó.

Luiz, marido de Maria Negra, todo afligido, venía a avisar que su mujer estaba sintiendo dolores. Habíamos ido hacía poco a visitarla, le llevamos alimentos y ropitas para el niño en vísperas de nacer, la madre se encontraba muy abatida, la cara larga, la barriga enorme, las piernas hinchadas, las ojeras cavadas. La sorprendimos lavando en un piletón, lavaba para la clientela. Luiz traía y l evaba los bultos. El a debía ayudar al mantenimiento de la casa, el sueldo del marido no alcanzaba. Mamá se enojó mucho al verla en ese estado. ¡Lavar ropa para afuera! ¿Por qué no había avisado que necesitaba más ayuda? Maria Negra ya no era la misma, ¿dónde estaban su petulancia, su orgullo? La suegra, una pobre diabla, siempre chupando un cigarro de chala, no abría la boca para decir una palabra, sólo la abría para largar un escupitajo oscuro de tabaco mascado. La nuera cargaba sola con toda la responsabilidad de la casa, inclusive la de cavar la tierra para plantar.

—¿Ya está perdiendo aguas? —preguntó mamá a Luiz.

Ante la respuesta afirmativa, mamá trató de vestirse rápidamente y partió hacia la casa de doña Emilia Bulcao, ya prevenida para ayudar al parto. (Todos los gastos corrían por cuenta de don Ernesto.)

Mamá volvió después del almuerzo trayendo la novedad: un niño. El parto había sido fácil, pero la parturienta estaba muy debilitada, necesitaba cuidados especiales.

Wanda y Vera, muy preocupadas, se fueron en seguida para la Avenida Rebouças, ansiosas por ver a la criatura y llevar una cesta llena de cosas.

Mamá les recomendó que no se entretuviesen, pues esa noche iríamos todos a una conferencia en las «Clases Laboriosas». Que le pidiesen disculpas a Maria Negra porque el a no podía volver; necesitaba poner orden en la ropa de los hijos para esa noche.

LAS «CLASES LABORIOSAS»

Mis padres eran muy afectos a las reuniones políticas. Don Ernesto, siempre atento a los anuncios en los diarios, en busca de conferencias y actos de solidaridad, no se perdía una. Y arrastraba a sus hijos, menos a Remo, joven irresistible del barrio y adyacencias, más interesado en conquistar corazones que en asistir, sentado durante horas, a discursos pesados. Antes de que lo invitasen desaparecía como por encanto, se evaporaba. De modo que sólo las tres niñas y Tito se incorporaban a la caravana político-cultural.

Esa noche, el conde Frola —ese era el nombre del conferenciante— hablaría a las masas trabajadoras y a los intelectuales de Sao Paulo, en las «Clases Laboriosas», salón de fiestas y conferencias, situado en el primer piso de un edificio de la Rúa do Carmo, en el centro de la ciudad. Seguramente trataría del caso de Sacco y Vanzetti. Ese conde, según papá nos explicó, era un ardiente antifascista, un talento. Su título nobiliario no interfería en sus ideas avanzadas.

Los chicos transformaban esas reuniones políticas en diversiones. Ambiente festivo, todo el mundo llevaba a sus hijos, costumbre —o necesidad— de las personas pobres que, en general, no tienen con quien dejarlos cuando necesitan salir. Comparecían niños de todas las edades, inclusive de pecho, que mamaban durante las conferencias; el pecho servía de tapón para cerrarles la boca cuando amenazaban llorar.

Las veladas se dividían en dos partes y para mí la primera era la mejor; se vendían periódicos, A Lantema, periódico anticlerical, y La Difesa, periódico socialista; se hacían rifas de objetos y de libros, todo en beneficio de los mismos periódicos y para pagar el alquiler del salón. Vera y yo integrábamos el cuerpo de vendedoras. Había dos grupos en la emulación de las ventas y las participaciones artísticas: el de las italianas y el de las españolas. Nosotros, lógicamente, formábamos parte del primer grupo, aunque nos sentíamos completamente brasileñas. Pero así nos designaban.

Bastante relacionada y atrevida, vedette por mis participaciones en la parte literaria-musical, como declamadora, yo vendía muchísimo.

Los versos que Wanda me enseñaba para tal ocasión en general eran poesías de Guerra Junqueiro, sonoras, anticlericales y larguísimas.

Un grupo de niñas «españolas» causaba sensación en el escenario cantando una vieja canción anarquista: *¿Dónde vas con paquetes y listas*

/ que tan pronto te veo correr?, / voy al congreso de los anarquistas / que reclaman un derecho: ¡vivir!

Ellas cantaban y el público hacía coro en los finales, todos repetían «¡vivir!» a pleno pulmón. Nunca conseguí encontrar nada tan vibrante como para competir con esa ardiente canción, capaz de derrotar a las «españolas».

En cierta ocasión, Vera, que se quedaba de pie en la primera fila, ante el escenario, me declaró que no oía una sola palabra de mi recitado hecho en medio de charlas y gran barul o. ¡Quedé muy decepcionada! Yo me esforzaba al máximo a fin de no olvidar versos, de no equivocarme, de emocionar a la platea, de conquistar aplausos. . En adelante sabría cómo actuar, usaría otra técnica, emplearía una buena estratagema: movería más los brazos, el texto sería relegado a un segundo o tercer plano. Si olvidaba las palabras, paciencia, inventaría otras en el momento. .

Ese nuevo método me valió críticas vehementes de Tito y un buen disgusto de mamá: «¿Qué son esas exageraciones, esos ojos torcidos o cerrados, los brazos para arriba y para abajo?»

Todo el mundo me pagaba Gasosa y Sissi en el barcito de al lado del salón.

Esos días yo me ahogaba en refrescos.

Antes de iniciarse la segunda parte, un secretario subía al escenario para leer la lista de recaudaciones y los nombres de los campeones, los grupos que más habían vendido.

Mamá se quedaba molesta cuando me elogiaban. En seguida adoptaba una actitud defensiva, parecía que la estaban insultando: «¡Pero no, por favor! ¡No tiene ninguna gracia! ¡Qué va a tener! Es igual a cualquier otra. Desobediente

y atrevida eso sí que es. Vera, por ejemplo, la señora la conoce, Vera, la del medio, es de lo más dispuesta. .» Sospecho que sentía recelo de que la encontrasen vanidosa si concordaba con los elogios que dirigían a su hija menor.

Durante la fiesta del Primero de Mayo (¡Ah, qué maravil a, las fiestas del Primero de Mayo, ésas sí que eran divertidas!), Vera, la descarada, con un muchacho de su edad (que andaba cortejándola desde la última fiesta), salieron bailando el himno de La Internacional, el mismo nada más ni nada menos. Esa vez mamá casi se murió de

vergüenza. «¡Qué falta de respeto, Madonna mía Santissima!» La parejita sólo paró después de haber sido advertida, cuando ya casi habían cruzado el salón con el paso de baile de moda en ese momento, el «paso de camel o».

Ese día recibí un buen pel izco en el brazo por haber cambiado la letra de La Internacional (el himno esa noche no tenía suerte). En lugar de cantar « En pie, famélica legión», yo había dicho sin el menor intento de hacer una parodia, sólo cantaba como lo entendía: «El pie de la famélica legión. .»

El gran mártir de esas conferencias era José do Rosário Soares, que aparecía clandestinamente; papá tenía el ojo bien abierto vigilando a su hija, y continuaba intransigente, diciendo que era demasiado joven para novios. José era completamente extraño a ese ambiente. Se sentía ahí como un pez fuera del agua, tragando sin digerir todas las locuras que presenciaba. Todo al revés, todo contrario a lo que había oído decir de los anarquistas. Al í nadie hablaba de tirar bombas, y aun más, estaban en contra de la violencia. . No pretendía calentarse el seso buscando entender esas contradicciones. Su único ideal era su novia, por quien se sacrificaba a punto de permanecer ahí, aislado, raras veces sentado, casi siempre de pie, durante horas. Se quedaba mirando a distancia, y sobre todo, fiscalizaba a su amada; no quería dejarla sola, era demasiado bonita y mil ojos se le echaban encima.

Presencia infalible en esas reuniones, la de un viejito italiano, ciego, el más entusiasta de las reivindicaciones entre todos. Siempre que conseguía burlar la vigilancia de los organizadores de la fiesta subía al escenario con desenvoltura de gato y se ponía a hablar. De todos los oradores era el único que yo

escuchaba con placer. Pero nadie lo tomaba en serio. Su mayor pesadumbre era tener que pagar la cuenta del agua:

—¿Por qué tenemos que pagar el agua que nos da la naturaleza gratuitamente? —preguntaba siempre en italiano—. El agua, compañeros, es un bien que pertenece a todos, el agua no tiene dueño.

Hacía la afirmación en tono exaltado para cambiar en seguida el diapasón y preguntar casi en un susurro:

—Si los pajaritos pueden tomar libremente su agua, ¿por qué nosotros tenemos que pagar? Non é forse vero? (¿No tengo razón?).

Se exaltaba a tal punto que yo llegaba a mirar a todas partes tratando de localizar a algún cobrador del agua..

La mayor parte de las veces no podía seguir con mi entendimiento a los oradores. Prestaba más atención a las hojas escritas apiladas frente al conferenciante, sobre la mesa, de lectura interminable. Lo peor era que algunos no se limitaban a lo que estaba escrito, tejiendo consideraciones improvisadas sobre lo que acababan de leer, además de las pausas para encarar al público y sentir su reacción.

Cuando trataba de concentrarme, estimulada por mamá en los mejores trozos, no entendía gran cosa. Mientras el os hablaban, cansada de la excitación de la primera parte, muchas veces me dormía. Si no dormía, mi diversión era fijarme en los trajes y en las maneras de la gente. Mamá se indignaba con «esa manía de criticar a los otros. Se fija en todo, es una falta de educación. Imita a las personas, qué cosa más fea. Peligrosa como el a sola, una bromandela». Mamá inventaba palabras. . Conocía la palabra bromista, pero prefería enriquecer el vocabulario.

Los españoles eran los más divertidos, los mejores en sus ropas: aparecían con sombreros de fandango y chalecos de terciopelo bordados, cortos en la cintura, con una faja de satén, salidos no sé de dónde. Eran los más fanáticos, los que más aplaudían y hacían apartes. Los apartes, esos sí que valían la pena.

Siempre muy inflamados, hechos en varios idiomas al mismo tiempo, cada cual usando el suyo, aunque normalmente todos hablaban bien el portugués.

EL CONDE FROLA

Esa noche papá nos metió prisa. Con un orador tan importante, el salón estaría repleto desde temprano. Todo el mundo ya estaba preparado esperando a mamá, el auto con el motor encendido ante la puerta y el a todavía haciendo cosas. Mamá siempre era la última en estar arreglada. Papá protestaba dejando a la pobre desatinada y haciendo que se atrasara todavía más.

Al fin apareció llevando algunas mantas. Largamos una carcajada. Hasta papá, que estaba irritado por la demora, se rió de buena gana. Con las prisas se había colocado el sombrero torcido; el pompón de plumas de avestruz en lugar de estar atrás o al costado, no recuerdo bien, bril aba en su frente. ¡Qué cosa más divertida! Doña Angelina jamás usaba los vistosos sombreros de

«Mappin» para esas reuniones; eran demasiado elegantes para reuniones de obreros, usarlos sería una afrenta. El modesto sombrerito separado para esos días era casi un gorro, de terciopelo negro, sin alas —«el ala estorba a los que están detrás, les quita visión, es falta de educación ir al cine o al teatro con sombreros de alas anchas o copas altas»—, pegado a la cabeza; su único adorno era el pompón, muy discreto.

Mamá no sabía de qué nos reíamos, se enojaba: «no soy payaso de nadie. .»; sin recurrir a la ayuda de ningún espejo, se enderezó el sombrerito en la cabeza: «no necesito mucho lujo para arreglarme. .».

Papá tenía razón. Al llegar, una hora antes de la prevista para que se abrieran las puertas, ya había una multitud en la cal e, casi impedían el tránsito. Hubo una carrera para conseguir sitio. Yo salí disparada al bar, me moría de sed, como sucedía siempre que iba a cualquier parte fuera de casa. Mamá, perdida, l amaba a sus hijos para que colocasen alguna señal en las sil as. Volví corriendo, dejé mi sombrerito color rosa al lado de mamá y salí de nuevo disparada para desaparecer entre la multitud; mis hermanas también usaban sus sombreros para guardar sus lugares.

Muchas caras diferentes aparecieron esa noche, personas que jamás habían estado en las «Clases Laboriosas». Tito se reía en un rincón señalando a don

Luciano más adelante, con su indefectible bastón. Repetiríamos una

vez más la broma que solíamos hacer con él. Combinábamos con algunas chicas vendedoras de periódicos como yo, ir una a una a ofrecérselos a don Luciano, suscriptor de los dos periódicos que vendíamos y que jamás compraría otro ejemplar. A la primera oferta —me gustaba ser la primera, cuando él todavía se comportaba ceremoniosamente— rehusaba pidiendo disculpas, explicaba que ya tenía esos ejemplares en su casa, sonreía como despedida. En seguida era abordado por la segunda vendedora —las otras observaban desde lejos—, la misma disculpa era repetida, y cuando l egaba el turno de la cuarta o la quinta, el viejo, ya harto, perdía los estribos y gritaba: *Porco di un Bacco Barilacio!* El pobre jamás desconfió de nuestra broma de mal gusto.

Esa noche vendimos no sólo periódicos, sino también bil etes de los sorteos, pues había varios. Tomé refrescos a montones, todo el mundo me pagaba alguno. Había tantos chicos, tantas corridas para un lado y otro, que hasta parecía una fiesta de Primero de Mayo. Sólo faltaba la música para dar alegría y los números de canto y recitado.

El conferenciante se atrasó un poco, la gente que había llegado temprano comenzó a impacientarse. Yo, contenta, disfrutaba de la fiesta, pero mamá, la pobre, se caía de cansancio, había madrugado para ir a casa de Maria Negra.

El viejito ciego, aprovechando la confusión, pidió a una persona a su lado que lo acompañase y subió al escenario para repetir su cantilena siempre con el agua, la bendita agua. De repente me asaltó una idea, «¿qué tal si ese conde Frola, tan importante, lo escuchase y tomase medidas para resolver el problema que tanto angustiaba al viejo?».

Finalmente el conde Frola arribó. Hombre fuerte, rostro redondo, sanguíneo, el cráneo calvo relucía como un queso. Reconocí a algunos miembros de la comitiva que lo acompañaba en el escenario. Todas eran figuras importantes: profesores y periodistas renombrados. Entre el os estaba Edgard Leuenroth, José Oiticica, Alexandre Cerchiai, Angelo Bandoni y Oreste Ristori. Todos habían sido amigos de mi abuelo Gattai.

Edgard Leuenroth era el orador preferido de mamá. Su figura me impresionaba: flaco, cara de cera, casi transparente, frente alta, cabel os

peinados a lo Mascagni, grises. Cuando hablaba era escuchado en el mayor silencio, con gran respeto. En esos momentos nadie abría la boca. Cierta vez, en el entreacto de una conferencia suya, traté de

venderle un periódico; me sonrió, me tomó del mentón cariñosamente. No le vendí el periódico, pero quedé muy envanecida por la caricia recibida. Papá, que miraba de lejos, se enojó por mi atrevimiento: «¡Venderle un periódico al mismo conferenciante, qué atrevimiento!»

Angelo Bandoni frecuentaba nuestra casa. Hablaba siempre en tono oratorio, cantaba, declamaba, discutía cualquier asunto, sabía de todo, era un pozo de sabiduría. Había escrito una parodia del himno fascista: *Con il terrore / con il fascismo / non si vince il comunismo.* . Distribuía la letra de su autoría entre los amigos y los hijos de los amigos; siempre que aparecía organizaba un coro para cantar su versión. Adoraba dar conferencias, con cualquier pretexto se salía con improvisaciones. Era profesor, nunca supe de qué. Nunca entendí tampoco por qué, ya viejo y hombre de ideas avanzadas, se teñía el pelo de colorado. Una franja blanca en las raíces lo revelaba.

Oreste Ristori, ¡ah, ése sí, cómo me gustaba el viejo Ristori! Apoyado en su bastón, pues tenía las dos piernas curvadas, completamente torcidas en arco, resultaba, sin embargo, heroico, todos lo celebraban.

Ristori se sentó al lado del conde Frola. Quedé decepcionada cuando vi al tal conde sin corona. Me volví hacia Tito que estaba a mi lado. El me observaba riendo, divirtiéndose a mi costa. ¡Diablo de muchacho mentiroso! Me había garantizado que el conde aparecería con una corona y yo, tonta, le había creído. Le di un pel izco y retrocedió hacia papá para escapar de mis garras.

Además de una rápida pasada de su brazo para separar a los dos beligerantes, colocándolos en sus debidos sitios, papá nos fusiló con su mirada: «ése no era momento ni lugar de diversiones. Hay que tener respeto». Yo no me conformaba. Ese Tito. Hablaba poco, pero era muy astuto.

Abriendo el acto, un periodista hizo el elogio del ilustre visitante.

Finalmente Frola tomó la palabra, hablaba improvisando, difícil saber si sería extenso o no. La sala se vino abajo de tantos aplausos. Orador experto,

transmitía con facilidad su pensamiento, dando inflexiones a la voz, pausado, con poca gesticulación. Como se esperaba, trató del asunto Sacco y Vanzetti, informó respecto de los movimientos mundiales en pro de los inocentes.

Aplausos interminables lo interrumpían cada vez que pronunciaba los nombres de los prisioneros, prolongando enormemente la conferencia.

Pero sobre todo habló del régimen fascista de Italia, «implantado por Mussolini —silbidos de nunca acabar—, verdadero atentado a la dignidad humana. .»

Regresamos muy tarde esa noche; llegué a casa dormida. Muerta de sueño, me desvestí tirando la ropa y el sombrero sobre el baúl, al lado de la ventana.

Tuve que levantarme temprano, había tomado demasiados refrescos. Nuestro único baño quedaba en el fondo de la casa, al lado de la cocina. Para ir hasta él debíamos cruzar el dormitorio de los muchachos y el comedor. Por eso, siempre había en el cuarto, a nuestra disposición, un orinal, al lado del baúl.

Por cierto, esa madrugada yo no había sido la primera en despertar. Wanda o Vera, tal vez las dos, ya lo habían hecho y habían confundido el orinal con mi sombrero caído en el piso, con la copa al revés. Y ahí estaba el pobre todo mojado, una isla rodeada de orina. La guirnalda de flores del campo que lo circundaba se había convertido en una hilera de trapitos deformes y marchitos. La tintura de las flores se desparramaba en un festival de arco iris.

De rosa, mi sombrerito se había vuelto escarlata. Perdí para siempre el sombrero de mi vida que tanto me había hecho sufrir, pero que había dado tantas satisfacciones a mi vanidad.

El próximo domingo debía ir a la procesión del Divino Espíritu Santo, en la Iglesia de Bela Vista. No tuve mucho tiempo para llorar mi sombrero perdido.

Debía luchar para conseguir que Vera me incorporase a su grupo.

LA FIESTA DE LA IGLESIA

Conocía el plan de Vera y sus amigas: acompañarían la procesión, se quedarían en la kermese y después presenciarían los fuegos artificiales. Para mí esa fiesta

de la Iglesia de Bela Vista cercana a nuestra casa, tenía más de una atracción: el teatro de marionetas, el Joao Minhoca, para el cual siempre conseguía entradas gratuitas a cambio de las ventas que hacía de talones de rifas para beneficio de la iglesia.

Me gustaba ver desfilar los ángeles en la procesión. Las niñas de satén blanco con alas de plumas de ganso, verdaderas, una exquisitez. ¡Ah! ¡quién me diera ser un ángel!

La mañana de ese domingo apareció Júlia Laterza, amiga del alma de Vera. Las dos siempre tenían secretitos. Corrí para saber que tramaban. Al advertir mi presencia, Júlia empezó a hablar con «pe»:

— *Epel apa yapa sapabepe quepe.* .

No la dejé terminar la frase:

—Sí, ya sé y voy con ustedes.

Mi cotización en ese grupo estaba muy baja desde que inocentemente le había contado a mamá que Zeca, el hijo del dueño de la «Confitería Primavera», junto a otros muchachitos empleados de la tienda, siempre que las dos pasaban frente a él, se dirigían a Júlia a los gritos: «¡Julia! ¡Fonfón!» Y hacían ademanes fingiendo apretarse los pechos —como si los tuviesen—, imitando la bocina de un automóvil. Júlia era bastante fornida, de pechos grandes, l amaba la atención de los chicos. . Mamá le prohibió a Vera pasar por la acera de la confitería: «aquellos chicos sin vergüenza. .» Después de mi indiscreción y de otras, el as me escapaban como al diablo: «¡Sal de aquí, lengua larga!»

Júlia no desistió, pasó del idioma de «pe» al idioma de «equis»:

— *¿Vaxmox ax saxlirx ax lax trex?*

No pesqué nada. Había hablado muy rápido. Lo que tuve que hacer fue pegarme a mi hermana, única posibilidad de ir a la fiesta.

Ni quise charlar con Wanda. El a estaba con Zé Soares, los dos bien juntitos, parados en el sitio más oscuro que encontraron, poco interesados ejri lo que pudiese ocurrir a su alrededor. Con Olguinha Strambi, mi amiga, no podía

contar; ni mamá ni doña Josefina consentían que las dos niñitas fuesen solas a una fiesta callejera. Mi situación no era nada bril ante, las perspectivas se me presentaban negras.

El grupo de las grandes porfiaba en no aceptarme, huía de mí. Mi indiscreción al revelarle a mamá los secretos de las mayores, les había acarreado restricciones y malestar. El caso de «Júlia Fonfón» no era un dato aislado, se sumaba a otros: yo había denunciado la existencia de un cuaderno secreto, propiedad de Vera. Ese cuaderno, viejo y manoseado, tenía en la portada, en letras de imprenta, el llamativo título de Libro de los destinos. Vera se había tomado el trabajo de copiarlo no sé de dónde, en una caligrafía superior. Dina, Júlia, Rossinela, Hilda, Victoria y otras tantas eran dientas constantes del misterioso cuaderno; una vez por mes aparecían para consultar su suerte, qué les reservaba el destino en los siguientes treinta días.

—Vera, fíjate qué me marca para el miércoles 23.

Solícita, Vera consultaba el cuaderno de hojas pegoteadas, de bordes doblados y gastados. Apuntaba con el dedo:

—Aquí está, miércoles 23; ¿julio, no? «No pienses más en el ingrato»; o «El volverá sumiso»; o «Tu amante piensa en ti»; o «Recibirás un regalo de la persona amada».

Yo asistía muchas veces a las consultas, sin entender de qué se trataba. No advertía que la suerte, válida sólo para un mes, se relacionaba con la fecha del primer día de menstruación. ¿Qué iba a entender, si sólo me enteré de ese asunto a los diez años y por experiencia propia? Me llevé un susto y quedé desesperada cuando mi madre me dijo que tuviese paciencia porque en adelante recibiría esa visita todos los meses. Lloré mucho, me pareció horrible aguantar tal calamidad la vida entera. Vera entonces vino a socorrerme, trató de consolarme llevándome de la desesperación a la vanidad:

—¡Ahora ya eres una joven, boba! ¡Hasta podrás consultar el Libro de los Destinos!

Pero, volviendo atrás, un hermoso día, aprovechando la ausencia de mi hermana, busqué el cuaderno y le propuse a Tito que jugásemos al destino. Yo

diría las fechas que se me viniesen a la memoria y él buscaría las respuestas.

Nos sentamos debajo de un árbol y comenzó el juego: hojeamos el cuestionario, de la primera a la última página, riendo mucho, tratando de descifrar frases que no entendíamos. Una de ellas nos intrigó; Tito leyó la palabra grávida poniendo mal el acento, leyó grávida; resolvimos consultar su significado a mamá que en esos momentos hacía flores de pluma de gallina.

Me acerqué a el a, y sin ningún preámbulo, a quemarropa, le pregunté: «¿Qué es grávida con tu amante, mamá?» Tomada de sorpresa, saliendo de la distracción del trabajo, mamá tuvo un sobresalto:

—¿Cómo? ¿Grávida con quién?

Vera fue llamada para dar explicaciones. Se llevó una buena reprimenda: «Esos pronósticos no son para muchachas de buena familia, hija. Tira esa porquería.»

La orden no fue cumplida, Vera no estaba loca para deshacerse de un «libro»

tan precioso y útil para toda la comunidad juvenil. Me fusiló con su mirada, no pudo vengarse en ese momento. Mas lo pagaría caro, sólo había que esperar.

Hubo otro caso, entre tantos que me indispusieron con Vera: el incidente con Tanúcio Celentano, muchachón del barrio, hijo del propietario del aserradero.

Tuve que ser emisaria de una cartita galante y de una bolsita de caramelos del tal Tanúcio para Vera que sentía por él un verdadero horror. Hacía tiempo que el muchacho trataba de hacerle la corte, silbaba cuando la veía pasar, le hacía gracias. Tal vez unos caramelos endulzarían a la fiera, pensó. . Vera se enojó ante la cartita. «¿Yo, mirar a ese tipo? ¡Dios me libre! —me ordenó, ríspida—.

¡Vuelve en seguida a devolver esto y dile que los caramelos se los meta en la cola!»

Suspiré desconcertada, desilusionada, pues tenía mis ojos puestos en los caramelos, ¡ah, los caramelos que yo adoraba, blancos por dentro y con cascarita crocante! No me atreví a desobedecer, tomé la encomienda, inicié la vuelta sin mucha convicción y sin decirle una

palabra al muchacho le devolví la cartita y salí corriendo.

Tanúcio Celentano no era sujeto para aguantar desafueros. Juntó a varios amigos y todos en coro, se pusieron a gritar frente a nuestra puerta: «¿Te

gustaron los caramelos, eh? ¡Carta no, caramelos sí! ¡Carta no, caramelos sí!

¡Carta no, caramelos sí!

Durante mucho tiempo Vera se vio obligada a desviar su camino y dar inmensas vueltas para evitar encuentros desagradables con el tal Tanúcio.

Claro que fui descubierta. Desenmascarada, tragué en silencio las amenazas; esta vez era culpable, no tenía ninguna duda.

MADAME POÇAS LEITÃO

La penitencia no tardó en llegar. Por un momento de debilidad (¿cómo iba a resistir yo a los caramelos?) y por otros deslices, fui apartada de uno de los programas que más me gustaban: espiar y hacer bromas sobre las clases de baile de Madame Poças Leitão, en el salón de baile del Trianón, debajo del Belvedere, en la Avenida Paulista (donde se levanta actualmente el Museo de Arte Moderno de São Paulo).

Las clases de Madame Poças Leitão eran suministradas a muchachitos y jovencitas de familias bien, gente distinguida, en días hábiles por la tarde. Yo adoraba acompañar al grupo a esa diversión. Bajábamos por una escalera lateral externa —entrada de servicio— empujábamos un gran portón de hierro, abierto los días hábiles y cerrado los domingos, cuando había bailes.

Dos puertas con vidrios transparentes nos permitían tener una visión perfecta del salón. Nos disputábamos los mejores puestos de observación entre risas y codazos.

La profesora, Madame Poças Leitão, francesa con fuerte acento —cuando no se expresaba en su propia lengua—, iniciaba siempre sus clases con una revisión preliminar de la limpieza y elegancia de los alumnos: «¿Pelo bien peinado? ¿Camisa limpia? ¿Cuel o almidonado? ¿Nudo de la corbata bien hecho? ¿Axilas perfumadas? ¿Zapatos lustrados? Muy bien. Ahora todos en fila.»

Los jóvenes se alineaban de un lado y las chicas del otro, separados por algunos pasos de distancia: « *Un, deux, trois!* ¡Uno, dos, tres!» Madame marcaba con energía el compás. «¡Los jóvenes en avanti» Obedientes, los muchachitos avanzaban en dirección a las niñas, se paraban, la mano izquierda a la espalda, el dorso inclinado, la mano derecha extendida en una invitación.

La dama, a su vez, le ofrecía al cabal ero las puntas de los dedos y al á se iban las parejas en fila dando vueltas al salón, bajo la mirada exigente de la profesora, antes de comenzar la danza propiamente dicha. Esos preliminares nos parecían muy divertidos y soltábamos chistes a propósito: «¿Se precisa tanta ceremonia para bailar?» Las carcajadas brotaban, los bailarines eran imitados en los escalones de

piedra de la entrada de servicio.

Las parejas enlazadas aguardaban instrucciones: «Dos pasos a la derecha, dos pasos a la izquierda.. *droite. . gauche.* . » Madame Poças Leitão iba dando el ejemplo.

El grupo de Vera era estupendo en cualquier tipo de baile. Marcaban el compás del vals o de la «maxixe» con la mayor desenvoltura. Nunca necesitaron clases, aprendían instintivamente todos los ritmos. Vera se destacaba en el «paso de camel o», danza de ritmo moderno, verdadera fiebre en los salones de aquel tiempo. En fiestas particulares o en el salón de las

«Clases Laboriosas» (con amargo recuerdo para mamá) a los primeros acordes de la música: *Sale Cartola / sale Cartola camisa de pechera dura zapatos pidiendo suela.* Al á salía Vera con su pareja —o si no la tenía, con una amiga cualquiera, piernas largas y finas, buenas para el paso largo y ligero, casi una marcha militar, atravesando el salón de punta a punta, llegando siempre antes que cualquiera. La vencedora de los maratones del «paso de camel o».

Ya había pagado caro no yendo a la última incursión al Trianón, sin protestar, sufriendo cal ada mi penitencia. Me sentí, pues, rehabilitada, libre para apoyarme nuevamente sobre las mayores y en eso no transigiría. Iría con Vera y su grupo a la fiesta de la Iglesia de Bela Vista, costase lo que costase. ¡Hasta en mi condición de indeseable!

TEORÍAS DE DON ERNESTO SOBRE RELIGIÓN

Liberal, papá no se molestaba si íbamos a las kermeses de las iglesias. Su posición frente a la religión era honesta y coherente: no creía en nada, no creía en la continuación de la vida luego de la muerte, pero no imponía sus puntos de vista:

—La religión es una cosa íntima, de cada uno —decía—. Por eso no puedo cometer la violencia de imponer una religión, una doctrina determinada en mis hijos, sólo para complacer a la sociedad en que vivimos. Cuando mis hijos crezcan, cada uno elegirá su camino, o no tener religión o elegir la religión que prefieran, la que les parezca mejor. Mi obligación es dejar que ellos mismos hagan sus comparaciones y saquen sus conclusiones. Yo no me enojaré, ni me

sentiré molesto si cada uno de ustedes, mis hijos, se bautizan, no me importa en qué religión, cuando sean mayores y sepan elegir. Cuando crezcan no podrán acusarme de haberlos encaminado hacia una religión determinada ni de haberlos obligado a seguir mi ateísmo.

Por eso papá no ponía el mínimo reparo en que siguiésemos las procesiones; para él todo formaba parte de un aprendizaje.

Para nosotros, las fiestas de la iglesia eran inocente distracción, una fiesta como cualquier otra.

ANARQUISTA MA NON TROPPO

En relación con el carnaval las cosas cambiaban, papá no tenía la misma actitud desprendida. Fiesta de iglesia era una cosa, carnaval otra muy diferente. El liberalismo de don Ernesto se terminaba ahí:

—¿Vosotros sabéis qué significa la palabra *carnevales* —preguntaba—. ¿No lo sabéis? Pues os lo explico: separad la palabra en dos y veréis el resultado: *carnevale*. ¿Entendisteis? En esos días de fiesta lo que vale es la carne.

No ganábamos nada diciéndole que la palabra era carnaval y no *carnevale*. No lo sacábamos de su posición.

Sufríamos mucho esos tres días. Vivíamos a una cal e de la Avenida Paulista, el foco de animación donde se hacía un desfile, con autos repletos de jóvenes, sentados sobre las capotas levantadas, con las piernas balanceándose hacia afuera, arrojando serpentinas de un auto a otro, trabando batal as de confetis y perfumes. . Las aceras estaban llenas de gente disfrazada, cantando y saltando, desahogándose de los malestares del año entero. Esos tres días de carnaval, la Avenida Paulista perdía su aire austero, explotaba en risa y alegría.

En casa, papá se ponía en guardia. Para los chicos ninguna restricción, nosotras, las chicas, podíamos ir hasta la Avenida, hasta nos daba un lanzaperfume por día, pero debíamos volver cada media hora. Nunca entendí los cálculos que hacía para librarnos de posibles peligros. ¿Cuál sería el peligro? ¿Qué nos podría ocurrir si pasábamos esa media hora? Papá permanecía inclinado en la ventana la tarde entera ahorrándonos así el tiempo de entrar a casa para «marcar la hora». Llegábamos a la esquina y desde allá, sin perder tiempo en cruzar la cal e, gritábamos hasta llamar su atención:

«¡Papá! ¡Mire! ¡Estamos aquí!» Le hacíamos adiós y volvíamos corriendo a las batallas de lanzaperfume y a los apretujones.

Disconforme con la incoherencia de papá —sus ideas tan liberales a favor de la emancipación de la mujer—, Wanda resolvió interpelarlo en vísperas de un carnaval, cuando las restricciones comenzaron a ser recitadas:

—Papá, dígame una cosa. ¿Cómo puede ser que usted, un anarquista,

quiera tener prisioneras a sus hijas y les prohíba participar del carnaval?

Don Ernesto no se arredró, dijo que él era anarquista pero que la mayoría —o la totalidad— de los carnavaleros no lo era. El día que el anarquismo triunfase en el Brasil, él soltaría sus riendas. ¿Las soltaría? Teníamos nuestras dudas. Por anarquista que fuese no descuidaba la virtud de sus hijas. La hija de un Gattai debía casarse virgen. ¡Su anarquismo tenía limitaciones, gracias a Dios!

DOÑA CAROLINA BULCÃO

Un día escuché a mamá acordando con papá mi entrada en la escuela.

Debatían sus asuntos particulares por la mañana, en la cama, al despertarse.

Cuando la puerta del dormitorio quedaba entreabierta escuchábamos todo lo que decían.

Yo tenía casi ocho años, había aprendido todas las letras del alfabeto asistiendo a las clases de Wanda a Maria Negra, andaba siempre con O Estado de Sao Paulo en la mano, preguntando cosas a uno y a otro. Leía frases enteras.

—Ya es hora —decía mamá—. Ya se pasó de la hora. Doña Carolina me mandó un recado anteayer, quiere saber si vamos a mandar a la niña o va a seguir analfabeta para el resto de su vida. ¡Quedé espantada!

Doña Carolina Bulcão, la hija mayor de doña Emilia Bulcão, la partera, era maestra de una de las escuelas «Sete de Setembro» desparramadas por la ciudad.

Vecinos antiguos, siempre mantuvimos relaciones cordiales con la familia Bulcão. Ahora ese recado, medio desaforado, de doña Carolina había molestado a mamá. Realmente, el a no había pensado que había pasado el tiempo de matricular a la hija en la escuela. La niña era tan sabida, aprendía con facilidad, sin que nadie le enseñara. . Cuanto más tarde fuese a la escuela, mejor, menos tiempo de esclavitud entre cuatro paredes, de humil aciones y castigos corporales aplicados por las maestras, hábito de la época; golpes en las manos, tirones de orejas, de rodil as sobre granos de maíz o de judías y detrás de una puerta. . Estaba el ejemplo de Olguinha, el primer día que asistió a la escuela vio cómo le pegaban a una compañera. Al día siguiente se negó a asistir. No quería arriesgar su integridad, no estaba dispuesta a soportar tales brutalidades. Hacía un año que doña Josefina peleaba con la niña para que volviese al estudio sin resultado. Olga empezaba a sudar frío, siempre que le hablaban de la escuela la entraba pánico. Cláudio también había regresado varias veces de las clases con las orejas coloradas y las rodil as hinchadas. Con

Tito había sucedido que l egara a casa traído por el portero de la

escuela de una oreja.

Mis padres creían en la escuela de la vida, la única que habían cursado. Tal vez por eso yo llegué a los ocho años sin haberme sentado en un banco escolar.

La «Escola Sete de Setembro» dirigida por doña Carolina funcionaba en la sala del frente, alquilada a una viejecita que vivía en las habitaciones de atrás.

Quedaba a tres cal es de casa, podía ir y volver sola. Además, nunca se había oído que doña Carolina maltratase a los niños. Quedó, pues, resuelto que me matricularían dentro de unos días, luego del purgante. Porque ya estábamos en la época de tomar el purgante.

PAUSA PARA UN PURGANTE

Una vez por mes tomábamos un purgante: «Siropo Pagliano». Este remedio italiano era la cosa más desesperadamente horrible que existía. Espeso, asqueante, raspaba la garganta. Se convocaba a tres personas para inmovilizarme —papá inclusive— al lado de un vaso de naranjada con azúcar.

Alguien me apretaba la nariz, mamá metía nerviosamente la cuchara con el purgante en mi boca, al mismo tiempo, gritaba en una mixtura de lenguas:

— *¡Súbito, súbito, rápido! ¡Azúcar! Zucchero! ¡Naranja!*

Llegaba a tener arcadas con la cuchara de azúcar introducida en mi boca; si no actuaban a tiempo yo vomitaba todo. ¡Qué purgante más miserable! Pero el efecto estaba garantizado, era de los más violentos. Pasaba el día entero descansando sin salir del cuarto, tomando caldo de gal ina y naranjada. Al día siguiente volvía la vida normal. Hasta hoy siento repugnancia cuando recuerdo el sabor pavoroso del «Pagliano».

¡Ese purgante era una verdadera manía de papá! Decía que purificaba la sangre, que con esa «cura» —un purgante por mes— nadie se enfermaba nunca. Realmente, tal vez por coincidencia, jamás estábamos enfermos, nunca vi a un médico entrar en nuestra casa, nunca me llevaron a ningún consultorio

médico, ni a dentistas; no tuve sarampión, ni tos convulsa, enfermedades normales en la infancia. Sólo tuve paperas, contagio de una niña que nos había visitado. Me sentí feliz en tal ocasión, la cara hinchada, toda embadurnada con pomada «Iquitiol», negra y maloliente. Un pañuelo me envolvía toda la cabeza pasando por el mentón. Yo, detrás de los vidrios de la ventana, levantaba la cortina tejida al croché, miraba a la calle, le daba envidia a las chicas vecinas.

Durante cierto tiempo estuve libre de hacer de carabina de Wanda y José —no podía salir de noche—, recibí mucho cariño y muchas atenciones de mamá.

¡Una hermosura, la enfermedad! Hasta los diez años no tuve otra.

LA MAESTRA

Tipo mignonne, flaca, doña Carolina no era fea ni linda, pero tenía cierto encanto. Los cabel os rubios rojizos, sedosos y abundantes, merecían de su dueña un cuidado especial. Los peinada de manera osada, dejando que unos mechones finos y sueltos cayesen naturalmente sobre su rostro; gran rodete en la nuca, sostenido por peinetas y enormes hebil as de carey. Su miopía la obligaba a usar anteojos, pero el a elegía los menos vistosos, sólo los cristales, pequeños, sin montura. De boca grande, labios finos, dientes perfectos, siempre a la vista. Piel muy blanca, todavía más blanca por el uso exagerado del polvo de arroz, único maquil aje permitido a las mujeres serias de esa época. Decían que doña Carolina se aplicaba los polvos con la piel húmeda para que se adhiriese mejor, volviéndose su rostro de un blanco albayalde.

En cierta ocasión, doña Carolina invitó a sus alumnos a un té en su casa; festejaría el día de su cumpleaños. Mamá no se equivocó en el regalo que yo le l evaría a la maestra: una cajita de polvo de arroz «Lady», útil y barato. Sucedió que las madres de los otros treinta y tantos alumnos de doña Carolina tampoco se equivocaron y tuvieron la misma idea que doña Angelina, por lo que sobre la cama de la maestra, cubierta por una colcha blanca, bordada, lisa para colocar los regalos, se amontonaron ese día treinta y tantas cajitas de polvo de arroz «Lady».

A pesar de ser muy vanidosa, no usaba polvo negro como las jóvenes más atrevidas, con el afán de acentuar las ojeras al estilo Francesca Bertini, Theda Bara y otras actrices famosas.

No puedo calcular exactamente su edad, pero seguramente andaría por los treinta años, por lo que se la consideraba una solterona, sin perspectivas de amor o casamiento.

Algunas noches se reunía gente en su acera, frente a la ventana abierta, para oírla en sus canciones románticas, acompañándose con el mandolín: *¡Señor, /*

tregua a mis ayes! / Me mata este dolor, / ven a dar fin a mi penar. .

Persona alegre, incluso en el aula, doña Carolina no cambiaba de humor; le gustaba conversar, contar anécdotas y casos. Comentaba

con nosotros todos los crímenes y asesinatos que leía en los diarios, tomaba partido, se apasionaba. El tiempo era escaso para el estudio propiamente dicho.

Frente a la escuela vivía la familia de Carmine Celentano, dueño del aserradero del barrio. Ida Celentano, la más joven de las muchachas, estudiaba piano, era alumna del conservatorio. La muchacha tenía condiciones y alegraba nuestras clases con sus ejercicios diarios. La música se sucedía, las melodías salían de la ventana abierta de los Celentano, cruzaban la cal e, entraban directamente en los finos oídos de doña Carolina que, muchas veces, interrumpía la clase para anunciar, erudita, el título de lo que se oía: «Marcha turca, Sonata Claro de Luna, Sobre las olas». . A veces seguía la música con un meneo de cabeza o un paso de baile. Yo esperaba ansiosa todas las mañanas que Ida abriese la ventana, me enternecía el sonido del piano. ¡Ah, si pudiese un día tocar!. .

Pero el piano era un instrumento de gente rica, no estaba a mi alcance.

Mi maestra no golpeaba a sus alumnos ni los ponía de rodil as sobre granos de maíz o judías; trataba de mantener la disciplina de la clase utilizando reglas —

las mantenía sobre el escritorio, por lo menos media docena de reglas, alineadas— que tiraba sobre la cabeza del niño indisciplinado, con una técnica muy especial: tomaba la regla por una de sus puntas, hacía puntería y. . jamás erraba el blanco.

A las diez, infaliblemente, salía de la sala para tomar su merienda con la viejecita que le alquilaba la sala. Dejaba a Georgina, hija de árabes, su ahijada de bautismo y su protegida, de pie ante el pizarrón, con una tiza en la mano, escribiendo los nombres de los alumnos «no pulidos». La primera vez que leí esa palabra en el pizarrón, escrita por doña Carolina, quedé con curiosidad. Al conocer su sentido le tomé antipatía a la palabra pulido.

Nadie tomaba en cuenta a Georgina, todo el mundo hablaba y reía; el a escribía los nombres de los «no pulidos» en el pizarrón. Muchas veces le faltaba espacio, ¡tantos eran! Al volver a la sala y encontrar el pizarrón repleto, la maestra se indignaba, amenazaba a Dios y al mundo, no quería ver nunca más semejante anarquía en su escuela, niños que no aprendían educación en su casa, etcétera..

La primera vez que escuché a doña Carolina emplear la palabra

anarquía para decir desorden, quedé asombrada. ¿Sería posible? ¿Se estaría refiriendo a mí?

Al llegar a casa ese día conté lo sucedido a mamá. Al revés de lo que esperaba, mamá no se indignó, se rió de mi ingenuidad, me explicó que la mayoría de las personas pensaban así, usaban la palabra anarquía en ese sentido, no sabían la verdad del anarquismo. Si la mayoría la supiese —suspiraba—, si la entendiese, no habría más problemas en el mundo. Lo difícil, lo más difícil de todo era explicar, hacer que la gente comprendiese la cosa más primaria, más simple: «el pueblo unido puede mover el mundo. . pero no existe unión, no existe comprensión, la ignorancia domina. .»

Mamá soñaba:

—¡Cuánto más bel o sería el mundo si fuese abolido el poder del dinero, hija mía! Un mundo en el que todos se pudiesen educar. En el que no existiesen miserias (yo pensé en Maria Negra). Un mundo sin armas, sin guerras. En el que sólo existiese el amor.

Quedé muy impresionada, sobre todo al saber la posibilidad, aunque remota, de que se aboliera el dinero. ¿Sería posible una cosa así? ¿No habría que pagar por nada? En seguida me imaginé la escena: yo entrando en la «Confitería Bussaco», de don Manuel, o en la «Primavera», la mejor confitería del barrio,

de ese antipático de Zeca, diciendo simplemente «qué tal» a quien al í estuviese, abriendo las vitrinas, sirviéndome a voluntad esos dulces deliciosos, empapados de licor y miel (se me hacía agua la boca al pensarlo), y después

«adiós, que lo pasen bien, hasta luego».

NUEVOS COMPAÑEROS

Doña Carolina nos comunicó un día, al l egar al aula:

—Mañana tendremos dos compañeros nuevos. Son dos niños recién llegados de Portugal. El os no saben hablar bien nuestra lengua, pero son niños inteligentes y educados. Les pido a todos, por favor, que no les hagan burlas; el os tienen un acento marcado, hablan muy divertido, pero nosotros tenemos que ser muy educados.

Le llevó tiempo la recomendación, dio algunos ejemplos de cordialidad y buenas maneras. Hizo hincapié en que debíamos ser pulidos y toda la clase terminó con la mayor curiosidad sobre las dos aves raras que vendrían.

Al día siguiente, como se había anunciado, aparecieron los dos hermanitos, Alberto y Domingos Carvalho da Silva. Muy intimidados por la cantidad de ojos que los devoraban, se fueron ambientando poco a poco. Yo no me reí de el os aunque me parecía muy graciosa su manera de hablar. Estuve muy contenta de entender casi todo lo que decían.

Un buen día, en la hora de los recitados, doña Carolina le preguntó a los hermanos Carvalho da Silva si sabían recitar. Domingos declaró que sí y hasta afirmó que «por casualidad» sabía un poema muy lindo.

En medio de la sala, el niño ofreció un verdadero show de declamación. El poema se refería a un analfabeto que había recibido una carta y, afligido, conjeturaba sobre su contenido: ¿sería de la madre ausente? ¿habría muerto?. . Domingos gesticulaba, sudaba, llegó a llorar de emoción, parecía que todo lo que los versos decían eran realidad. Extasiada ante tan gran artista, me sentí al mismo tiempo destrozada y encantada. Yo, que hasta

entonces era la preferida para recitar y gesticular, pasé a ser la sombra de Domingos Carvalho da Silva.

Los dos hermanos no se quedaron mucho tiempo en nuestra escuela y desaparecieron de mi vista. Encontré a Domingos muchos años más tarde, no como famoso recitador como yo suponía que tendría que ser, sino como poeta, óptimo poeta. En cuanto a Alberto, es hoy un conocido científico.

LA GRUTA MISTERIOSA

En un banco delante del mío se sentaba Déa, hermana menor de la maestra, un poco mayor que yo. Tenía lindos cabel os con bucles. Bucles largos, en profusión, muy bien armados, canutos que me tentaban todo el tiempo.

Mansamente yo metía mi lápiz en ellos. Déa detestaba que le tocasen el pelo, se daba vuelta con violencia y al á venía volando la regla de doña Carolina para las dos.

Déa Bulcão fue quien me dio las primeras informaciones sobre el nacimiento de los niños. Dentro de la hinchada valija que la madre cargaba —me explicaba ella—, se encontraba el niño que doña Emilia llevaría a la madre que se lo había pedido, traído por la partera de una gruta oscura, misteriosa. Por eso nadie podía elegir el sexo del hijo antes de que naciera. El niño era recogido en las tinieblas de la noche. ¿Dónde quedaba esa gruta? «No me preguntes lo que no te puedo contestar», me decía Déa con aire superior. Su madre había hecho un juramento, como todas las parteras, de no dar a nadie la dirección de la caverna de los niños, de la gruta misteriosa. Yo pensaba mucho en ese asunto.

Algunas veces seguí los pasos de doña Emilia andando de un lado a otro, junto a la valija encantada, ¿podría oír el llanto del bebé ahí dentro? Llegué a aconsejarle a la hija de la partera que abriese la valija mientras su madre dormía. Nunca estuvo de acuerdo. Jamás supe si Déa creía en lo que me decía o había inventado toda esa historia para divertirse a mi costa.

JULIO DE 1924

Me gustaba la escuela. En poco tiempo aprendí himnos, poesías patrióticas, diversos juegos y hasta a leer y escribir. Cuando llegaban las fiestas patrias doña Carolina inventada siempre novedades.

Al llegar a la escuela cierta mañana, fui avisada de que no habría clases, pues había estal ado la revolución en la ciudad. Volví apurada, loca por contar la novedad. Llegué tarde, todos en casa ya estaban en el mayor alboroto, conociendo los sucesos. Mamá demostraba su aflicción andando de un lado a otro, como cucaracha atontada. Nadie conocía detalles de la tal revolución, pero se hablaba de un Isidoro Dias Lopes como jefe de la rebelión.

Po fin, mamá tomó una decisión: buscó la libreta de las compras —pagábamos las cuentas a fin de mes, todo lo que comprábamos estaba asentado en la libreta— y salió acompañada de los tres hijos mayores para que la ayudaran a traer los alimentos que se disponía a almacenar con el objeto de asegurarse ante cualquier eventualidad. El almacén de don Henrique, en la Avenida Rebouças, a esas horas de la mañana ya había cerrado sus puertas, sólo tenía una puertita al costado, abierta. Permitía únicamente la entrada de los clientes antiguos; aun mamá tuvo dificultades en romper el cerco de gente aglomerada en la acera amenazando asaltar el negocio.

Papá era quien más se preocupaba; justo en el momento en que las cosas le iban bien.. Los autos habían l egado recientemente, dos ya estaban vendidos, pero la firma había pedido a los compradores que los dejasen en exposición mientras preparaban los papeles de la patente. Así aprovechaban unos días más la publicidad que hacían los mismos autos: frente a los escaparates siempre había gente contemplando los cuatro hermosos autos llenos de novedades. Otros Alfa Romeo ya encargados venían en camino al Brasil. ¿Y

ahora? En plena revolución, en un clima de inseguridad, ¿quién iba a comprar autos?

Otra preocupación asaltó a papá de pronto, todavía peor. ¿Cómo no lo había pensado antes? ¿Y si Remo fuese movilizado? Para papá su hijo seguía siendo

un niño, pero no, Remo ya era un hombre que podía empuñar un fusil. . ¡Ni mentarle esa preocupación a la pobre Angelina!

En nuestro barrio no había ningún movimiento militar. Sólo los rumores, los más descabel ados. La última noticia que corría de boca en boca era que en el Brás habían levantado barricadas, que explotaban bombas, que había tiroteos con heridos y muertos. Las fábricas estaban paradas, el pueblo asaltaba los comercios.

Al oír hablar de bombas y muertos en el Brás, mamá entró en crisis: «¿Qué será de mi hermana?» Hacía más de una semana que no teníamos noticias de la familia de la tía Margarida.

EL HÉROE DE LA FAMILIA

Después de muchos conciliábulos, se decidió que Remo iría hasta la casa de la tía, por lo menos que recogería noticias en las inmediaciones, sobre la situación en el Brás. Se colocó una faja blanca en el brazo, obligatoria para quien saliese de noche. Los faroles de gas de la iluminación estaban apagados desde hacía días. En las cal es era todo oscuridad y desierto.

Mientras esperaba la vuelta de Remo, mamá, afligida, se arrepentía mil veces de haber permitido que su hijo se aventurase atravesando trincheras, metiéndose en la zona peligrosa.

Después de una larga, interminable espera, Remo volvió. Nos reunimos todos a su alrededor, ávidos de noticias.

Circunspecto, inflado de importancia, Remo trazó un panorama de la situación del Brás que, según él, era realmente seria. Tía Margarida y tío Gino —el pobre tío Gino, neurasténico por naturaleza, que vivía siempre angustiado— estaban en la mayor agonía. Había una trinchera casi frente a su casa. Las fábricas cerradas, nadie recibía su salario, ninguna tienda vendía más por el sistema de las libretas, sólo conseguían los que tenían el dinero en la mano y ya era difícil también con él encontrar algún alimento. Si la revolución se prolongase por

más tiempo pronto pasarían hambre. Esa era la situación. Tío Gino había hecho una llamada dramática, que fuesen a salvar a la familia.

Papá escuchó todo con la cara seria, y antes de consultar a su mujer, decidió:

—Mañana temprano los voy a buscar. Aquí nos podemos arreglar, ponemos algunos colchones por el piso, repartimos la comida que haya.

Remo aún tenía que contar sus aventuras. Se había encontrado con una patrulla de hombres uniformados que al verlo gritaron:

—¿Quién va?

—¡Es de paz! —respondió Remo instruido para la emergencia,

blandiendo una banderita blanca que llevaba por precaución.

Yo me impresioné mucho, encontré de lo más excitante el corto diálogo entre mi hermano y los patrulleros. Más tarde le pedí que me repitiese todo de nuevo. Me miró con una cara seria: se sentía muy importante, no podía perder tiempo con niñas pequeñas.

LA CASA REPLETA

Esa noche fue de nerviosismo. La perspectiva de la venida de la familia de tía Margarida a nuestra casa nos ponía febriles. Yo adoraba a Clélia, mi prima, que aunque era mayor me trataba como si fuésemos de la misma edad. No era como las repugnantes amigas de Vera que me miraban desde arriba como si yo fuese ¿qué? Vera también estaba muy unida a Clélia, mientras Wanda y Virginia, ambas de la misma edad, se entendían bien. Cláudio —como ya es sabido— era amigote de Tito, y los pequeños no interesaban. Además de la presencia de Clélia en casa, había otro motivo quizá más fuerte, para mi satisfacción: el retorno de Cláudio. Desde el accidente del disco de mamá, no había vuelto a pasar vacaciones con nosotros como antes acostumbraba. Era una resolución de la tía Margarida. Mamá lo había invitado, pero la tía había dicho: «No va a dar más trabajo a otros. Sólo irá cuando siente juicio.»

Ahora se incorporaría a nuestra familia disminuyendo mis remordimientos.

Mamá tomó nuevamente la libreta y partió hacia la tienda. Necesitaba muchos víveres con tanta gente hospedada en la casa. No consiguió ni la mitad de lo que pretendía, pues las existencias de mercadería se estaban agotando y los proveedores habían suspendido las entregas. Por gran favor, mamá pudo comprar dos o tres bacalaos grandes, alimento fuerte, que podría sustituir la carne escasa en las carnicerías. Lo que teníamos en la despensa alcanzaría para unos quince días. En cuanto al pan, mamá no se preocupaba tanto. Las panaderías vendían una unidad por persona. Mandaría a todos los niños a formar fila ante la panadería más cercana a casa, la «Manzoni», aunque fuese peligroso: diariamente había peleas ante las puertas de las panaderías, todo el mundo estaba irritado, con miedo de que le faltase el alimento básico, y exigían que los panaderos sacasen la masa del horno antes de que estuviese bien cocida.

María Negra nos hacía mucha falta. Wanda era muy activa, pero no podía hacerse cargo de la cocina con tanta gente. Afligidísima, mamá no se quitaba ese problema de la cabeza. No quería sacrificar a la hija. La cuestión era juntar coraje y pedirle colaboración —seguramente ni necesitaría pedírsela— a Margarida. Lo opuesto a la hermana, óptima cocinera, la tía ayudaría en la cocina y las niñas en el arreglo de la

casa. No eran momentos para hacer ceremonias.

Todos entramos en ritmo de revolución. Mamá tenía la manía —y por eso era continuamente criticada— de colocar varios colchones en cada cama.

Entonces todos elogiaron su manía: los colchones iban a prestar un buen servicio. Los cuartos amplios ya no tenían espacio para caminar; los colchones, pegados unos a los otros, cubrían el piso a la espera de los huéspedes.

Ya habían pasado dos horas y papá no volvía. Mamá decidió que nos sentásemos a la mesa, aunque nadie tenía ganas de comer. Todos estábamos atentos al menor ruido de auto que se acercase. Por fin, cuando acabábamos de almorzar, se oyó la bocina del auto de papá que tocaba insistentemente, avisando su arribo. Vera había tomado posición estratégica ante la ventana, y dio un grito:

—¡Llegaron! ¡Parece un carro alegórico! ¡Venid a ver!

Los vecinos salieron a las ventanas, el espectáculo valía la pena; la capota del auto estaba levantada para que entraran todos; inmensos bultos de ropa y objetos desbordaban en todas direcciones. En lo alto de la montaña, como trepados, los chicos agitaban banderitas blancas, improvisadas con pañuelos insertados en puntas de paraguas. Traían la jaula con los pajaritos que eran muy estimados por el tío Gino. Con la familia de los tíos venían además dos niños —Nena y Nene—, hijos de los vecinos de la tía Margarida, personas que papá apenas conocía. Espiando tras la ventana, al ver llegar al «salvador», doña Angélica, madre de los niños, fue corriendo. Se arrodil ó, patética, a los pies de papá:

—¡Por el amor de Dios, don Ernesto! ¡Salve también a mis hijitos! ¡Por lo menos a los niños! —Lloraba y decía frases sueltas, en un ataque de histerismo.

Papá sintió pena. Dos personas más no harían mucha diferencia.

Nena era de mi edad, tal vez un poco mayor; yo no la quería mucho, cuando iba al Brás me escondía para no verla. Era una chica muy burra, no había forma de que aprendiera mi nombre. Cuando no lo transformaba en Zélida me l amaba Cosa. ¡Ay, qué rabia! No me gustaban sus maneras y mucho menos sus conversaciones de sabihonda. Cierta vez Nena me preguntó:

—Zélida, ¿ya tienes naranjita?

No entendí qué me decía:

—¿Naranjita? ¿Qué naranjita?

Nena soltó una carcajada ante mi ignorancia:

—¡Caray! Qué boba redonda —me dijo con aire de malicia—, las naranjitas nacen acá, ¿ves? —y me mostró el sitio de los pechos—. Empieza con un lx)tón que duele, después va creciendo, va creciendo hasta que se hace pecho de mujer. .

—¿Y tu tienes eso? —pregunté admirada.

—Yo no, pero la hija de doña Tosca tiene y me los mostró —me dijo orgullosa.

Yo no sabía quién era doña Tosca ni quién era su hija, la dueña de las naranjitas. Quedé conmocionada por esa revelación, nunca había pensado en la transformación del cuerpo, luego de eso empecé a palparme de vez en cuando.

Esas chicas del Brás eran muy avanzadas. Sabían cosas que hacían temblar, decían palabrotas, estaban l enas de malicia. Esa breve estancia del grupo en casa me perturbó, aprendí bastante más de lo habitual para una niña de mi edad. Darío, el penúltimo hijo de tía Margarida, era compinche de Nene, dos chiquil os que todavía no habían terminado de cambiar sus dientes y ya eran maliciosos como el os solos.

Para mostrarme sabia, quise explicarle a Nena de dónde venían los niños, basada en la historia de Dea Bulcão; casi se muere de risa y aprovechó la ocasión para contarme cosas que me dejaron completamente mareada.

Un día l egaron los cuatro juntos: Nena, Nene, Cláudio y Darío; estaban con la boca cerrada en actitud de esconder algo dentro de el a. De repente, ante mi espanto, escupieron sangre, ensuciando todo el piso. Yo que siempre le tuve terror a la sangre, me horroricé, <¿qué era eso?.

Se rieron de mi asombro, encantados con el efecto que la broma me causaba; explicaron que ése era un juego para engañar a la madre: «Nos pinchamos bien las encías con un alfiler, sale la sangre, la juntamos en la boca y después escupimos delante de mamá. El as se quedan locas, se mueren de miedo. ¿Por qué no haces el experimento?» ¡Dios me libre! ¡Qué juego sin gracia!

Habían llegado del Brás completamente gloriosos. Sabían canciones de la revolución, se la pasaban cantando: *Habla la metral a, / responde el cañón, /*

Isidoro Lopes / ganará la revolución. Y otras: Isidoro no tiene miedo, / tampoco tiene pereza. / Va a hacer de Artur Bernardes / un pedazo de manteca.

EL REVOLTOSO DUDU

Papá andaba nervioso. Esa Revolución de los Tenientes, «revolución que no conduce a nada», no le entusiasmaba. No tomó partido, estaba contra todos.

El rumor de que los revolucionarios estaban requisando automóviles comenzó a circular. Los dos Alfa Romeo ya vendidos seguían en exposición en la Agencia de la Xavier de Toledo. Los cuatro autos nuevos lucían, hermosos, en los escaparates.

El tal er mecánico de papá, al lado de casa, se había convertido en depósito de autos usados y en sección de pintura después que un nuevo y enorme garaje había sido alquilado por la Sociedad Anónima en la Rúa da Consolação, frente al cementerio.

Ante la insistencia de los rumores, por si acaso, papá encontró prudente poner los autos nuevos a salvo. Salió con Remo para retirarlos de la Agencia; necesitaba evitar que fuesen requisados, lo que significaría una catástrofe para él.

No mucho después llegaron los dos. Remo adelante, el orgullo estampado en su cara, al volante del auto que estal aba de nuevo —jamás había pensado que tendría el consentimiento o el privilegio de manejar un auto de ésos—, papá, haciendo convoy, detrás.

Los automóviles fueron escondidos en la sección de pintura, en un sitio camuflado en el fondo del garaje. Salieron de nuevo, aprisa, en busca de los otros dos. Pero llegaron demasiado tarde. Un pelotón revolucionario, al mando de Dudu, el valiente y famoso Dudu, acababa de salir l evándose los autos.

Destrozado, papá volvió a casa. Necesitaba tomar medidas a fin de evitar que los otros automóviles fuesen descubiertos en su escondrijo. Buscó una gruesa cadena con candado, la pasó por el portón de cal e; sacó los fusibles de la luz del garaje, retiró las ruedas de los autos usados que al í estaban guardados, los

colocó sobre cabal etes, tapó con pintura a pincel el letrero que indicaba la sección de pintura; trabajó todo el día como enloquecido.

Esa misma noche, en el momento en que nos sentábamos a cenar, en medio del mayor barul o de los chiquil os, se oyeron unos fuertes golpes en el portón, sacudían las cadenas. Una voz autoritaria gritaba:

—¡Abran este portón! ¡Es la patrulla revolucionaria!

— *Dio cañe! Dio boia!* —blasfemó don Ernesto—. ¡Es ese diablo de Dudu que viene a completar mi desgracia!

Los patrulleros, apresurados, sacudían cada vez más y con mayor violencia el pesado portón, parecía que querían romper la cadena. Revestido de falsa calma, sin apurarse, papá fue a atender a los visitantes. Antes de llegar al portón escuchó una voz prepotente que preguntaba:

—¿Hay autos ahí? Necesitamos autos para la revolución —era Dudu, papá no se había engañado; un hombre fuerte, un gigante.

—No tengo ningún auto en condiciones —les respondió papá con la mayor sangre fría—. Los que están ahí son de clientes, están desmontados para su arreglo.

El pelotón, compuesto de cuatro hombres, invadió el cobertizo oscuro.

Cautelosamente, papá iba diciendo que se había producido un desperfecto en la electricidad, que casi había ocasionado un incendio, que sólo al día siguiente podría ver cómo arreglarlo. Papá daba estas explicaciones mientras ellos, a la luz de la vela, verificaban si había autos disponibles. De repente resolví ser comunicativa:

—Ahí adentro hay dos nuevos —informé tímidamente. Por suerte nadie prestó atención a esa niña, salvo papá que estaba a mi lado; por primera vez en mi vida, me aplicó un pel izcón, haciéndome cal ar inmediatamente. Comprendí en seguida que había metido la pata.

A pesar de mi colaboración, el comandante revolucionario salió con las manos vacías, andando con sus propias piernas.

TRINCHERA EN LA PUERTA

Nos despertamos cierta madrugada con un ruido extraño. Unos soldados sacaban los adoquines de la cal e y construían una trinchera frente a nuestra casa. El día no había clareado y ya estábamos todos de pie. Pánico generalizado entre los adultos, para los chicos la mayor fiesta. Nadie sabía qué estaba pasando ni tampoco qué iba a suceder. Los soldados no daban ninguna información concreta. Sólo nos recomendaban que entrásemos en nuestras casas, pues la situación no era para jugar. Papá, que andaba nerviosísimo desde el día que se llevaron los autos, siempre a la expectativa de que volviesen para revisar otra vez el garaje, explotó esa madrugada al ver a los chicos, con el mayor entusiasmo, ayudar a los soldados a cargar adoquines; a gritos nos ordenó que entrásemos inmediatamente a casa bajo pena de recibir una buena paliza.

La noche anterior un avioncito había sobrevolado el barrio en vuelo rasante.

Tío Gino, que andaba extremadamente nervioso, descubriendo fantasmas al mediodía y divisando bombardeos ante los menores ruidos, se l enó de pánico al oír esa noche el ronquido del motor del avión; tomando la iniciativa, exigía que lo acompañásemos debajo de la mesa del comedor, en cuclil as, siguiendo su ejemplo, en el improvisado refugio antiaéreo. Completamente trastornado, daba órdenes de mando:

—¡Todos debajo de la mesa! *Sotto la tavola!* ¡Debajo de la mesa! ¡Sotto la mesa!

¿Y ahora? Esa trinchera, ante nuestros propios ojos, amenazaba llevar al pobre tío a la locura.

Cláudio y Dario, desprevenidos, recibieron una bofetada cuando, al pasar junto al padre, inocentes y distraídos, entonaron la canción de la revolución: *Habla la metralla, / responde el cañón, Isidoro Lopes ganará la revolución.*.

Ese mismo día apareció en casa un cliente de papá, Federico Puccinel i, que al comprobar la situación angustiosa del mecánico y amigo, lo invitó a él y a su familia a refugiarse en su palacete.

La mansión de los Puccinel i, en el elegante barrio del Jar-dim Europa,

estaba toda rodeada de jardines, era una bel eza.

Marido y mujer deliberaron. Mamá no estaba muy inclinada a molestar a la gente, no quería dar trabajo a nadie, pero terminó por ceder, convencida de que sería la mejor solución para atenuar el problema que se agravaba cada día. No cabían dudas, sería bueno irnos a casa de los Puccinel i. No por miedo a la trinchera, el a era optimista, no creía que pudiesen trabar tiroteos en la Alameda Santos. Le preocupaba la falta de víveres, que escaseaban cada vez más.

El número de refugiados en casa había aumentado de modo considerable hacía días. Después de la llegada de la gente del Brás, aparecieron, en llanto, doña Angélica y su marido, don Pepe. Se morían de preocupación y nostalgia por sus hijos. Traían ropas, con la seguridad de conseguir en la casa, por lo menos un rinconcito. Y ahí se quedaron, lógico. Así como también quedaron los Casel a, viejos conocidos de la familia: padre, madre y dos hijas jóvenes, huidos también del Brás, en busca de refugio. No había más colchones para extender en el piso. Los que teníamos apenas alcanzaban. Muchas veces, de noche, me desperté en el suelo, empujada por las mayores. Con la llegada de doña Angélica y don Pepe, y después de los Casel a, los chicos, incluso Remo, se fueron a dormir a los autos desmontados, desocupando espacios y colchones. Los alimentos llegaban a su fin.

— *¡Madonna mia Santissima!* ¿Cómo vamos a hacer? —suspiraba mamá, al volver de la tienda de don Henrique, la libreta en la mano, la cesta vacía. Había encontrado las puertas cerradas, la mercancía se había terminado. Había que arriesgar la vida, enfrentar las aglomeraciones frente a los puestos de abastecimiento, donde la gente exaltada reclamaba alimentos, donde estal aban discusiones, insultos, peleas, con heridos y presos.

Partimos a la casa de los Puccinel i, mamá, papá y las tres niñas. Tito y Remo se quedaron con los huéspedes. La salida de cinco bocas —calculaba doña Angelina— iba a aliviar un poco la situación.

En la linda residencia, rodeados por las atenciones de la esposa e hijas del dueño de casa, pasamos menos de una semana. A pesar de las comodidades

nunca conocidas antes y del cariño recibido, yo sólo tenía un deseo: volver a mi casa.

Felizmente, cuando menos se esperaba, la revolución terminó. Isidoro fue derrotado, papá quedó arruinado.

Los automóviles requisados por Dudu desaparecieron. Sólo después de muchos años apareció uno de el os en el tal er de don Ernesto para su arreglo.

Convertido en chatarra, cayéndose a pedazos, pertenecía a unos gitanos que lo habían comprado en un depósito de hierro viejo, en el interior del Estado. Del otro jamás tuvimos noticias.

LA CRISIS

El país estaba en crisis. La palabra crisis era la que más se oía en todas partes.

Me afligía. ¿No era por la crisis por la que mi papá estaba tan preocupado?

¿No era ella la que había convertido su rostro alegre en pensativo y serio? Su taller volvió a funcionar en casa —el nuevo fue cerrado—, pero no andaba bien. La época de las vacas gordas con el tal er repleto había acabado.

Entonces el ruido de un automóvil entrando en el tal er nos llenaba de expectativa. Mamá deseaba que el trabajo fuese grande, pero no, en general iban sólo para el arreglo de los faros y se despedían con un «muchas gracias».

Positivamente, nadie tenía dinero, nadie arreglaba autos, nadie compraba autos.

Los Alfa Romeo permanecían en la exposición en la Xavier de Toledo, el alquiler del local, altísimo, corría y los autos allí depositados, sin comprador; la Sociedad Anónima había comenzado a desplomarse desde la requisa y continuaba de mal en peor. Creo que papá estaba viviendo de préstamos —

cosa que lo deprimía—, pues no poseía ninguna fuente de rentas y las economías habían volado.

En la tienda de don Henrique tampoco las cosas iban bien; él y sus hijos andaban con el ceño fruncido. Las ventas habían disminuido mucho y los

clientes, nosotros inclusive, encontraban dificultades para saldar las cuentas cada fin de mes. Con todo, jamás nos cortaron el crédito.

Un día, al pedirle a papá dinero para la carne y las verduras, con un gesto brusco, me entregó la cartera vacía. Debe de haber sufrido mucho después con esa reacción impensada, incompatible con su modo de ser. Salió, volvió y me entregó diez mil reis: «Mira si lo puedes hacer durar por unos días. .»

Hablaba con mucha humildad. Tuve ganas de l orar.

En casa andábamos todos desanimados, melancólicos.

LOS AMIGOS

Cierta noche nos despertó una serenata. ¿Quién podría ser? Mandolinas, guitarras y canciones napolitanas rompían el silencio con su melodía. Nos quedamos escuchando cal ados. Cantaban ante nuestra ventana, en la galería.

Sólo podían ser los Sansone, el repertorio que tenían era inconfundible:

«Torna a Sorrento», «Mare Chiaro» y otras canciones napolitanas igualmente famosas.

Viejo y querido amigo de papá, Luiz Sansone era padre de una numerosa familia, dueño de una pequeña fábrica de juguetes. El también, como todo el mundo, pasaba por dificultades, nadie compraba juguetes a causa de la crisis, pero no por eso dejaba de brindar serenatas en compañía de sus hijos.

Al cerciorarse de que era su amigo quien al í estaba, papá se levantó y con él toda la familia. Luces encendidas, puertas abiertas, Sansone y sus hijos entraron para tomar una copa de vino. Mamá no escondía la gratitud por la presencia de los amigos, en esos momentos, con su música y su entusiasmo.

Hasta parecía que nuestras amistades, viejas y comprobadas, adivinaban que el amigo pasaba dificultades y aparecían. Por cierto no lo adivinaban. Lo sabían. Lo sabían y venían al encuentro del amigo.

En esa madrugada no se habló de la crisis. Sansone cantó canciones graciosas y papá se rió.

ORESTE RISTORI

Y luego vino otro. Una noche, cuando terminábamos de tomar nuestra sopa, apareció, completamente de sorpresa, el viejo Ristori. Con él su mujer, Mercedes, mestiza de india paraguaya.

El viejo traía su guitarra y con el a se acompañó en canciones italianas y tangos argentinos que cantaba tan bien; había l egado para alegrar el ambiente.

Además de la solidaridad en una hora difícil, un objetivo concreto había traído al viejo Ristori a nuestra casa. Venía a convocar a papá y mamá para una reunión en la «Liga Lombarda», un encuentro entre antifascistas y socialistas, organizado por el movimiento socialista de Sao Paulo. En la reunión verían la manera de conmemorar el primer aniversario de la muerte del gran líder socialista italiano, Giacomo Matteotti, asesinado por los milicianos fascistas en Roma. Su muerte, a los treinta y nueve años —por haber denunciado en la Cámara los crímenes, las violencias y la corrupción del régimen de Mussolini—

había provocado consternación en el mundo entero. Con el pretexto de la conmemoración, liberales y revolucionarios de Sao Paulo, querían volver a encender la antigua l ama, usando a Matteotti como bandera de la lucha antifascista.

Ristori hablaba indignado sobre los desmanes de Mussolini: «Ya se pasa de la cuenta, ese tránsfuga de mierda que prende, condena y mata a ex compañeros del tiempo en que militaba en las filas socialistas.» Ristori nos explicaba: «El sinvergüenza usa métodos infames para torturar y humil ar a los prisioneros, los obliga a tomar litros de aceite de ricino.»

Viejo luchador, Ristori no se cansaba nunca. ¿Cuántas veces escuchábamos sus historias? Podía repetirlas mil veces, siempre estábamos encantados de escucharlas; tenía auditorio permanente y atento en casa. Mas él no se

restringía a las historias del pasado, hablaba también de otros revolucionarios italianos: Cipol a, líder anarquista, asesinado por la policía; Sacco y Vanzetti, los dos inocentes condenados a muerte; Giacomo Matteotti, cuyo aniversario de martirio íbamos a conmemorar; Antonio Gramsci, prisionero del fascismo.

Nos hablaba sobre Giuseppe Garibaldi y su mujer, la brasileña Anita, héroes de mil batal as del pasado. Nos contaba también de Miguel Costa, de Luiz Carlos Prestes y Siqueira Campos, que al frente de la Columna Prestes atravesaban el Brasil de punta a punta, desafiando a las autoridades constituidas que no conseguían detener la marcha.

Ristori y Mercedes vivían en una casa modesta en un barrio popular. En su jardín, sin embargo, tenían la riqueza de una glorieta florida y perfumada de glicinas donde acogían a los amigos que venían para una chiacchierata y para saborear el delicioso licor de ananás fabricado por los dos. Recibía también la visita de jóvenes, «con los que aprendo mucho», juventud interesada en los problemas sociales; iban a escuchar la palabra experta y honesta del maestro.

Lo escuchaban con atención y respeto. Conversar con el viejo, ¡qué privilegio!

¡Cuánto se aprendía!

Ir a casa de Ristori era un programa que me agradaba mucho. Me acostumbré a visitarlo durante años, hasta su partida definitiva y forzada para Italia. Ese viejo alegre y jovial tenía un pasado glorioso. Incansable, siempre rebelado contra las injusticias sociales, jamás se cal aba ante un desmán. Por ese motivo fue preso más de una vez.

Nos gustaba oír de sus labios episodios de las aventuras rocambolescas que había vivido. Para mí mucho mejores y más sabrosas que las de Robinson Crusoe.

La mejor de sus historias, mi preferida, era la de su fuga de un barco cuando lo trasladaban a Italia, para repatriarlo, en años distantes.

En medio de la noche, burlando la vigilancia de sus carceleros, subió desde la bodega, se deslizó por la toldil a, no había luna, cosa buena, así no sería visto; cosa mala, difícil orientarse en la oscuridad. Consiguió divisar a lo lejos una sombra ligeramente más oscura que las negras aguas de ese mar inmenso.

Probablemente sería tierra. . Seguro que una isla perdida en medio del

océano. La distancia que lo separaba de la sombra oscura era grande, pero no podía vacilar. No era momento para indecisiones, menos para sentir miedo.

«Mil veces morir en libertad que pudrirse en la cárcel.»

Antes de que alguien lo sorprendiese se tiró al mar; no vio, no podía haber visto que, más abajo, colgados del barco, había botes salvavidas. El choque violento le fracturó las piernas, el dolor fue terrible. El ansia de libertad, sin embargo, fue más fuerte que el dolor, superó el sufrimiento y nadó durante toda la noche. Por la mañana lo encontró, sin sentido, en una playa semidesierta, un nativo que lo trasladó en su bote. De ese hombre, un pescador, recibió cuidado y abrigo.

Vivió en esa isla largo tiempo. Había conseguido salvarse una vez más, seguiría adelante, ahora con las piernas irremediablemente arqueadas, apoyándose en un bastón.

Fue Oreste Ristori, muchos años después, quien me habló por primera vez de Jorge Amado. Yo era joven, andaba ansiosa por nuevas lecturas. Ristori era mi consejero, conocía las novedades literarias, lo que yo debía leer, lo que me convenía.

Un buen día apareció en casa trayéndome un pequeño volumen: Cacao. Me prestó el libro con una recomendación: el ejemplar tenía un autógrafo, dedicado a él y a Mercedes, que lo cuidase y se lo devolviese luego.

Había conocido al escritor hacía poco tiempo: «un joven flaquito, vivo e inteligente», que lo había visitado en su casa en compañía de un grupo de intelectuales l egados de Río de Janeiro. Juntos habían tomado su licor de ananás y conversado animadamente hasta las tantas de la madrugada.

Me interesé, le hice preguntas, quise saber detal es sobre ese muchacho

«flaquito e inteligente», tan joven y ya autor de una novela. ¿Había escrito otros libros o era el primero? ¿Aún estaba en Sao Paulo? ¿Lo vería de nuevo?

Encontrándole gracia a mi interés, se rió maliciosamente, me tomó del mentón: «Carina mía, ya se fue a Río. . ¿Y cuándo volverá? Chi lo sal»

OTRA SERENATA (ÉSTA DE AMOR)

Aquel fue el mes de las serenatas. Volvimos a despertarnos al son de guitarras y mandolinas. En esa ocasión los músicos cantaban en la cal

e, no se atrevían a trasponer el portón.

El cantor tenía un llanto en la voz: *Ay, Aurora, me has echado al abandono, /yo que tanto y tanto te quería. / Cruelmente, me traicionaste, me traicionaste sin piedad. Ay Aurora, yo te amo todavía..* A esa altura entraban los instrumentos, el cantor tomaba aliento para proseguir con los versos: Que sufra mucho, pero que nunca muera. *Ay Aurora, yo te amo todavía..*

Oíamos la serenata medio dormidas, cuando Vera rompió el silencio del cuarto, salió con ésta: «Miren, eso sí que es bueno. ¡Yo no sabía que Wanda había cambiado de nombre y ahora se llama Aurora!»

Había acertado. El organizador de la serenata era el mismo José Soares. Había tenido algunos problemitas con su novia y, carente de voz, había juntado a algunos amigos que sabían cantar y tocar el mandolín y la guitarra para que lo ayudasen en la empresa de solicitar conciliación.

Wanda había intentado cortarse el pelo para estar a la moda. José Soares se lo había prohibido, alegando que ya hasta les habían hecho canciones a las melindrosas: *Una dice que es moda, otra dice que no es. Si el a fuese seria /*

no se cortaría el pelito a lo bebé. .

Para facilitar su intento, la joven tuvo una idea: convencer a doña Angelina de que se cortara el pelo, pues si la madre tiene el pelo corto, por qué no puede tenerlo la hija. Encontró argumentos definitivos: «Mucho más práctico, higiénico, fortifica el pelo. . y mamá, usted tan emancipada, tan llena de ideas progresistas. .»; con este último argumento acabó convenciendo a mamá para que se cortara el pelo.

Wanda se puso de peluquera, tijera en mano; mamá sentada, con una toal a sobre los hombros. Me fui acercando y destruyendo el trabajo de mi hermana:

«Yo quiero ver la cara de tía Margarida cuando mire a la hermana con pelito

de bebé. .» Lavantándose de un salto, doña Angelina desistió; que la dejasen en paz, no se cortaría el pelo por nada del mundo, por nada. . Recibí un buen bofetón de Wanda y hubiera recibido otros si no salía corriendo.

A pesar del fracaso del plan, ella resolvió asimismo cortarse el pelo,

dejándose, para conformar al novio, un rabito atrás. Zé Soares se enfureció. Como si no bastase el corte de pelo, Wanda resolvió ponerse carmín en los labios. Se lo ponía tan discretamente que casi no se advertía. Una vez más fui la causa de la discordia: cierta noche mientras, aburrida, esperaba que la parejita acabase sus arrul os, para distraerme y alegrar el ambiente, empecé a cantar: *Boca pintada / la de mi bien, y así tan perfumada ninguna tiene, así olorosa, / así gustosa.*.

El violento pel izco que Wanda me dio para que acabase con mi canción la traicionó; el novio advirtió que estaba pintada, sacando un pañuelo del bolsil o lo pasó sobre los labios de Wanda descubriendo el «crimen».

Zé Soares se sentía débil, impotente para luchar desde lejos e impedir esos modernismos inventados por la novia en los últimos tiempos. El a era muy independiente, no obedecía sus órdenes. Para ser su novio debía cuanto antes vigilarla de cerca y cortarle las alas mientras fuese tiempo. Cansado de deambular por las cal es, debajo de la lluvia y del sol, a la espera de poder cambiar algunas palabras con su amada, se desesperaba cuando veía el pañuelo blanco atado a la ventana indicando que esa noche el a no podía aparecer.

Wanda no se animaba a enfrentar a papá. Bastaba con esa crisis maldita que ya le quitaba el sueño. Prefería esperar un poco más, dejar que la situación mejorase para entonces hablar de su noviazgo.

Intrigado por la serenata de amor, papá preguntó: «¿Sabes quién es, Angelina?» Claro que ella sabía. «Tal vez sea algún pretendiente de Wanda. .», arriesgó.

Con ese principio de conversación don Ernesto terminó enterado de que la hija ya tenía un pretendiente deseoso de hacerse novio.

Al contrario de lo que se temía, no tuvo una reacción negativa, la muchacha andaba en los diecisiete años, tal vez fuese mejor tener novio en la casa que a escondidas. Estaría de acuerdo, en caso de que el muchacho fuese una persona de bien. La que más se entusiasmó con la idea fui yo. Por fin me veía libre de la penosa obligación de arrastrarme por las cal es, cayéndome de sueño, detrás de esos dos.

ALFA ROMEO, CAMPEÓN DE SÃO PAULO

Las cosas empezaron a aclararse lentamente; los clientes volvían poco

a poco.

Sólo un problema se prolongaba para don Ernesto: no había comprador para los autos nuevos y papá se quejaba.

Un día, cansada de oír a papá hablar de la «difícil situación», Wanda anunció que estaba dispuesta a buscar un empleo; aunque ganase poco, siempre sería una ayuda para la familia. ¿Acaso la prima no trabajaba?

Esa declaración de la hija casi ofendió a don Ernesto. Jamás consentiría en que una hija suya trabajase para ganar dinero: «El sitio de la mujer es la casa, aprender a cocinar.» En el fondo, papá debía de ser un hombre frustrado. Su mujer no había logrado jamás apegarse a la cocina, cosa fundamental para su marido. Tampoco lograba engordar. Siempre había sido esbelta, casi delgada.

Al referirse a una mujer linda, papá jamás dejaba de poner el adjetivo «gorda»:

«una mujer linda, gorda. .» Que las hijas ni pensasen hacer régimen con el conocimiento paterno: «quien roe huesos es perro ante la falta de carne. .»

Mantenía su vigilancia: ninguna de sus hijas se casaría antes de aprender el punto exacto de la sal y la medida de los condimentos. Los maridos de sus hijas jamás tendrían razones para quejarse, jamás sentirían la carencia de platos buenos. Llevarían a sus casas esposas «lindas, gordas y competentes en el arte culinario».

Que Wanda lo dejase resolver solo sus problemas de dinero, el a y los demás; ése era un asunto suyo, exclusivamente suyo.

Ahí le surgió la idea de las competencias automovilísticas. La Bugatti entraba con fuerza en el mercado brasileño y la Alfa Romeo debía reaccionar. Se reunió con los directores, quedó decidido que la Sociedad competiría con un auto preparado y piloteado por Gattai, en una próxima prueba automovilística anunciada en Sao Paulo.

DE NUEVO EN LOS DIARIOS

Después de tantos años, el nombre de Ernesto Gattai volvía a las páginas deportivas de los diarios de Sao Paulo donde ya había bril ado en ocasión de su raid Sao Paulo-Santos-São Paulo.

Regresaba al volante de un auto con carrocería totalmente hecha y adaptada por él al potente motor del auto, capot de aluminio reluciente. Se referían al automovilista como «El Pulso de Hierro», «El Rey del Volante». .

Concurrían varios pilotos: Cándido Cajado, Nascimento Filho, llamado «El Gato Bravo», y Lage, entre otros. Hasta una mujer, Dulce Barreiros, tomaría parte de una de las pruebas, la Prueba de la Rampa, en la Avenida Brigadeiro Luiz Antonio. Chico Landi —años más tarde campeón— ensayaba en la ocasión sus primeros pasos en el automovilismo.

Los competidores eran muchos, pero el adversario peligroso, fuerte, era Lage, el piloto de la Bugatti, patrocinado por los Matarazzo.

Los aficionados a los automóviles y las carreras se dividían en dos partidos: los hinchas de la Bugatti y los del Alfa Romeo. Caras nuevas surgían en el taller, fanáticos y admiradores del auto y del piloto. Cada prueba que se realizaba —

todas por las calles de la ciudad— y ganaba Gattai en su «poderoso Alfa Romeo», aumentaban los titulares en las páginas de deporte de los diarios que ponían al corredor en las alturas: «LA PRUEBA DE LA RAMPA TUVO UNA VEZ

MAS COMO VENCEDOR A GATTAI, “EL PULSO DE HIERRO”.»

El duelo entre la Bugatti y el Alfa Romeo mantenía vivo el interés por las carreras. Pascoal Scavone, joven rico, ardoroso entusiasta del automovilismo y

las competiciones, admirador del Alfa Romeo y del volante Gattai, pasó a frecuentar el tal er de la Alameda Santos, brindando su apoyo y patrocinio al auto en las carreras.

Con varias victorias sucesivas, el Alfa Romeo estaba en la gloria. Los

negocios prosperaban de nuevo, los autos llegaban de Italia ya vendidos. En casa se dejó de hablar de la crisis. En compensación, casi no veíamos a nuestro padre. Las veladas familiares en su compañía se volvieron raras. El andaba día y noche ocupado de sus autos, metido en sus motores, tratando de mejorarlos cada vez más.

TRANSFORMACIONES EN EL COMEDOR

El noviazgo de Wanda la volvía cada día más exigente con el aspecto de la casa. Debía recibir personas de la familia del novio y quería impresionarlos bien.

Resolvió comenzar por el étager (¿sería ese el nombre del mueble?), antiguo, alto, la parte superior toda de vidrio para guardar la cristalería que nosotros no teníamos, nuestras copas, jarras y compoteras eran de vidrio nada más. La parte inferior de madera, con cajones y estantes, para la loza y los cubiertos, cubiertas con un mármol. Pieza antigua, de valor.

Wanda se confabuló con don Luciano, una de las noches que vino a cenar; carpintero fino, se puso a disposición de la joven para separar las dos piezas tal como el a deseaba. No le cobraría un centavo, pero haría los arreglos en nuestra casa diariamente —incluyendo almuerzo y cena— mientras durase el trabajo.

Estábamos acostumbrados a ver a don Luciano bien trajeado, con sombrero y bastón. Lo encontramos gracioso cuando apareció vistiendo pantalones viejos y un largo delantal.

Papá se horrorizó al ver las dos piezas separadas: «¿Dónde tienen la cabeza? i Arruinar así un mueble antiguo, tan bonito como ése!» Pero no siguió con su

protesta, estaba demasiado ocupado, sin tiempo para ocuparse de los asuntos de la casa.

Aprovechando la ocasión, sin consultar a nadie, don Luciano resolvió por cuenta propia realizar una pequeña operación en la mesa del comedor. Era alta, demasiado alta para su estatura; se sentía incómodo cada vez que cenaba con nosotros. Sin la menor ceremonia cortó algunos centímetros de las patas.

Probó: «¡Ahora super Baccol»; quedaba óptima para él.

Pero papá no pensó lo mismo al sentarse ese día para almorzar, se extrañó: *ma che caspita é successo con questa tavolát* ¿Qué le habría

ocurrido a la mesa? Sus piernas no cabían.. no entraban debajo. .

Muy tímido, don Luciano le reveló el misterio y se disculpó: «Veramente, non credevo. . no pensé que sus piernas fuesen tan largas. .» Se aprestó a corregir la falta y lo hizo luego del almuerzo: repuso en su sitio los pedazos serruchados, usando cola y clavos. Así le dio de nuevo espacio a las largas piernas del dueño de casa. Pero nuestra bel a mesa antigua quedó para siempre coja.

Durante mucho tiempo, después de terminados los trabajos en casa, don Luciano siguió como nuestro comensal, pues el milagro de la multiplicación del étager —de un mueble hacer dos— atrajo a nuevos interesados. Llovieron pedidos de los vecinos, poseedores como nosotros de iguales muebles, encantados con el trabajo del artesano. Trabajaba en las casas de los vecinos, pero venía a comer a la nuestra.

Wanda era feliz, se sentía victoriosa. Esperaba el momento de enfrentar al padre y derrotarlo en la batalla de sacar el cuadro anarquista de la pared. Allí, bien a la vista, continuaba él, impávido, provocándola, desafiándola todos los días. Pero Wanda no había desistido, ya llegaría su día. Tenía fe.

SPALLA VS. BENEDITO

El deporte había pasado a ser el tema dominante en casa. El automovilismo, claro, ocupaba el primer lugar. El duelo de las Bugatti y los Alfa Romeo proseguía.

El fútbol iba ganando importancia. Repetíamos los nombres de los jugadores más conocidos: Friedenreich, Atié, Bartó, Feitigo, Ministrinho, nuevos ídolos de la juventud. El más famoso de todos, Friedenreich, era tío de Tula, una chica rubia de la vecindad, que venía siempre a casa. Ministrinho, un zapatero remendón, era nuestro vecino, vivía en la Rúa Augusta, era un muchacho simpático; parentesco y vecindad que mucho nos envanecía. Remo era hincha del Palestra. No se perdía partido, vivía leyendo los diarios deportivos, siempre al tanto de todo, conocedor de todo lo que se refiriese al fútbol. Sabía las victorias de los equipos y los errores de los jueces. En el Brás, los chicos de la tía Margarida cantaban: *El juez toca el silbato, / la línea avanza, / es el delantero que no da confianza.*.

El boxeo también estaba en auge. Lo diarios anunciaban la llegada del conocido boxeador italiano Erminio Spal a, famoso campeón europeo. Venía para enfrentarse a Benedito dos Santos, soldado de la Guardia Civil de Sao Paulo, joven y promisorio valor, aunque de poca experiencia, pues sólo había tenido cinco peleas. El encuentro se realizaría en el Palestra Italia. Las entradas se vendieron rápidamente, las paredes de la ciudad estaban tapadas de carteles anunciando la pelea. Los comentarios hervían igual que las apuestas más contradictorias. Prevalecía la opinión de los que encontraban que Benedito no pasaría del primer round. Otros pensaban que Benedito era un defensor de la «honra de la patria» contra el luchador italiano. . Otros, que Spalla no tendría dificultad en vencer al brasileño. Esa era la opinión general.

Pero los fanáticos del brasileño no se achicaban. De los comentarios se partía a las discusiones cada vez más agrias, que tomaban el carácter de una verdadera guerra entre el Brasil e Italia.

Papá no era partidario del boxeo, «deporte violento y absurdo», e indignado, encontraba que ese encuentro debía ser prohibido, el negro Benedito no tenía físico para enfrentarse al italiano.

En la escuela no se estudiaba más. Doña Carolina, exaltada, cantaba loas a su compatriota: «Benedito es el Dempsey paulista. Va a

destrozar a ese italiano que sólo tiene gran tamaño.» Dea iba más lejos, provocaba a las chicas hijas de italianos, anticipando la derrota de Spal a.

El día de la pelea la ciudad se detuvo. No hubo clases, doña Carolina no estaba para otra cosa que no fuese el desafío de esa noche. Remo ni cenó, salió muy temprano de casa con la esperanza de conseguir un rinconcito en el estadio.

Fue Remo precisamente quien nos contó, al volver del estadio mucho antes de lo esperado: Spal a había masacrado a Benedito en los primeros minutos de la pelea y, entre la vida y la muerte, lo había obligado a abandonar el ring.

—Con un violento puñetazo en la cara el negro cayó, le salía sangre de la nariz.

La gente sólo gritaba: «¡Levántate, Benedito, defiende tu bandera!»

Completamente aturdido, Benedito se levantó. Nuevo golpe en la nariz y más sangre. La gente continuaba: «¡Levántate, Benedito, defiende tu bandera!» Y

el negro volvió a atender los reclamos de la multitud, pero después ya no se levantó, perdió el sentido.

Al oír esas cosas del hijo, mamá lloró de pena por la víctima: «¡Qué salvajada, madonna Santa!» Papá no se contuvo: «No fue una pelea, fue una carnicería.

Schifosifarabutti. . ¡lo hacen por el dinero! La vida del hombre no vale nada para esos empresarios.. »

Pensé encontrar al día siguiente a doña Carolina entristecida y derrotada.

¡Qué! Estaba exaltada, excitadísima: «¡Sucio sinvergüenza, ladrón!» Defendía la tesis de que, dentro de sus guantes, Spal a llevaba una herradura de cabal o.

Aproveché una pausa y di mi opinión. Repetí todo lo que había oído a papá en la víspera. No había acabado de hablar cuando Déa se volvió hacía mí, le salían chispas de los ojos: «¡Mírenla! ¡Italianita de porquería! ¡Cuando tu padre se muera se va derecho para el infierno! ¡Ni siquiera cree en Dios!»

Sentí un calor en el rostro y ciega de rabia avancé hacia Déa, le arranqué un mechón de pelo, el a me arañó la cara, yo le mordí un brazo.

A duras penas la maestra pudo separarnos. Yo lloraba y repetía sin parar: «¡Mi papá no se va a morir!» Nunca había pensado, jamás me había pasado por la mente que mi padre pudiese morir algún día. No podía admitir semejante hipótesis.

Abandoné todo en el aula, material escolar y hasta mi merienda. Salí corriendo para casa, no volvería más a esa escuela.

No ganó nada doña Carolina apareciendo en casa esa noche, con Déa de la mano: «. .vamos, a hacer las paces, esas dos peleadoras. . ¿dónde se vio, dos niñas tan guapas peleándose como chicos de la cal e?. . siempre fueron tan amigas.. »

La histeria de la mañana había pasado, la maestra estaba recompuesta, calmada, dispuesta a poner tranquilidad en los ánimos. Doña Emilia se había enojado mucho, había amenazado a Déa con un castigo para que aprendiese a contener su lengua. .

Yo había escuchado un comentario de mamá hacía poco tiempo, decía que en general los niños repiten lo que escuchan en su casa, o sea, que Déa debía de haber expresado la opinión de los adultos de su casa respecto del ateísmo de papá. Opinión suya o ajena, la pagó cara: Déa mostraba a quien quisiese verlo su brazo, sobresalía un medal ón escarlata e hinchado, la marca de mis dientes.

Consciente de que yo rehusaba volver a la escuela, doña Carolina aún insistió: que me quería mucho, que en menos de un año había hecho grandes progresos, que era buena alumna, que sería una pena abandonar la escuela por una tontería así.

Mamá trató a la maestra con amabilidad, pero le dijo que yo decidiría.

Sabiendo qué mal me sentía, el a no me obligaría a volver. Yo ya había tomado mi decisión.

En el número 14 de la Alameda Santos se había abierto otra «Escola Sete de Setembro», de las hermanas Lilia y Theodora Mastrangelo. Las jovencitas recién recibidas pasaron a dar lecciones en la sala de adelante de su propia casa. La familia Mastrangelo siempre había sido amiga nuestra, nos llevábamos bien. Cuando mamá sugirió que yo pasase a esa escuela, no estuve de acuerdo. No era por nada, no tenía ningún reproche que hacerles a las jóvenes maestras, por el contrario,

sólo había recibido gentilezas de ellas. Celeste, la hermana más joven, era mi amiga. Henrique, amigo de Remo, casi vivía en nuestra casa. Salvador era amigo de Tito. . Yo no quise ser alumna de Lilia —

linda, graciosa, simpática— porque ya había trazado mi plan, había decidido otra cosa: estudiar en el Grupo Escolar da Consolação, donde mis hermanos habían hecho el curso primario. El grupo escolar quedaba lejos, en las inmediaciones de la Caio Prado, había que cruzar una serie de cal es de mucho movimiento. Lo que para mamá era un obstáculo, para mí era un atractivo. Me sentía crecida, capaz de enfrentar tranquilamente el tráfico más peligroso, ansiosa de andar por mi cuenta. Y así fue: sin decir palabra a nadie partí sólita para el Grupo Escolar da Consolação. En la oficina del director, Isidro Denser, pedí mi matriculación. Hecha la prueba de lectura y un breve dictado, fui matriculada en segundo grado. No podría iniciar los estudios antes de finalizar el año lectivo, pero mi vacante estaba asegurada para cuando se reiniciaran las clases.

Al entregarle el cartón con mi matriculación a mamá, tuve que escuchar la exclamación de siempre:

—¡Qué chica más atrevida! ¿Te fuiste a matricular sola? ¡Qué atrevimiento!

VERANEO

Papá ya no tenía tiempo de inclinarse, calmosamente, sobre el diario todas las mañanas —como le gustaba hacer— para leer hasta la última página. Dividió la lectura del matutino en dos etapas: temprano se enteraba de los telegramas

principales, le echaba una ojeada a los titulares. A la noche, luego de cenar, antes de cualquier otro compromiso, terminaba la lectura.

Cierta noche, el diario abierto en la página de avisos clasificados, el dedo marcaba uno de el os. Llamó a las hijas: «Lean lo que dice ahí.» En su rostro una sonrisa entre maliciosa y misteriosa. El anuncio decía: «Se alquila, para la temporada, precioso bungalow amueblado, playa de Guarujá, cerca del

“Restaurante Asturias”. Alquiler, 250.000 (doscientos cincuenta mil reis).

Tratar Avenida Rebougas, número. .»

Nos miramos sin entender. Papá continuaba con su aire enigmático. Nos hizo sufrir un buen rato antes de exponer su intención: «¿Dónde quedaría la casa del propietario? ¿Ahí cerca o abajo, en el barrial?» No cabía la menor duda, estaba pensando alquilar el «precioso bungalow». No podíamos creerlo.

Demasiado bueno para ser de verdad.

Pasado el primer momento de estupefacción, nos empezamos a mover: en tres tiempos descubrimos que el propietario del bungalow era el dueño de la ferretería, casi en la Avenida Paulista. Esa misma noche entramos en contacto con él. Todo fue concertado rápidamente, nos dio las informaciones más seductoras sobre el inmueble. El alquiler no era barato, pero entraba holgadamente en el presupuesto de don Gattai, que había mejorado mucho en los últimos tiempos con las carreras de automóviles y las victorias que le dieron prestigio a la Sociedad Anónima.

En breve partiríamos de vacaciones, nuestras primeras vacaciones, tres meses a la oril a del mar. Sólo faltaba preparar las maletas.

Doña Regina fue convocada para la confección de ropas de veraneo y sobre todo para los trajes de baño. Mamá compró una cantidad de metros de brin azul marino, tejido grueso, bueno para tapar las formas de las bañistas, sin peligro de transparencias. . Hechura sobria, copiada de un figurín francés: blusón largo hasta las caderas, elástico ajustando la cintura. Manguitas cortas, falda-pantalón ajustada debajo de las rodil as. Para poner un toque de gracia y elegancia, doña Regina, costurera exquisita, bordeó todo con cinta blanca y en los escotes puso tres hileras, «a la marinera» dijo, haciéndose la entendida. No sobró género para mí, «los chicos no precisaban tanto lujo», sentenciaba

mamá; me improvisaron un traje de baño con una camiseta blanca de Tito (por lo demás bien transparente, principalmente cuando estaba mojada). Unieron las dos partes y listo. Yo estaba servida.

El «precioso bungalow» no era tan precioso, pero tenía galería y quedaba frente al mar, en plena playa. Era grande, con muchas habitaciones, suficientes para hospedar a parientes y amigos. En lugar de jardín, el matorral rodeaba la casa, un terreno pantanoso y charcos por todas partes.

Un lugar completamente desierto, entre las restantes casas, pocas, que había en la vecindad, el «Restaurante Asturias», distante, aislado, en lo alto de un pedregal. Playa ancha de arena blanca, agua de mar límpida como jamás vi, verde, «como líquidas esmeraldas.. », íqué cosa más hermosa!

El abuelo Eugenio fue designado para proteger a las mujeres, debía ser el hombre de la casa durante la semana, pues papá y Remo sólo podían pasar con nosotros los sábados y domingos. El abuelo se tomó en serio el compromiso: se levantaba antes de que clarease el día, tomaba su baño de mar (en calzoncil os), hacía una buena caminata en busca de pan y leche. Nos despertábamos con el olorcito del café que nos preparaba. Cuidaba mucho a sus niñas, no permitía que expusiesen demasiado las cabezas al sol; acabó comprándonos sombreros de paja y ¡ay de quien se atreviese a salir a la playa con la cabeza descubierta!

Romántica, mamá no entraba al agua sin declamar a José de Alencar, con los brazos extendidos hacia el Océano: ¡Oh! ¡Verdes mares bravios de mi tierra natal!. .

El abuelo crió un alma nueva, remozada. Resolvió hacer una huerta, en tres meses tendría tiempo de sobra para recoger mucha verdura.

Eligió un pedazo de tierra fuera del pantanal, la limpió, preparó canteros y plantó tomates, lechugas y coles; sembró achicoria y otras legumbres conseguidas en la chacra de un japonés en la playa de Guaiúba, a algunos kilómetros de nuestra casa.

Los sábados, a la caída de la tarde, llegaba papá y con él Remo y José Soares.

Traía también huéspedes, tantos cuantos entrasen en el auto para pasar la semana, reemplazando a los de la semana anterior. Hubo días que me

recordaron los tiempos de la revolución del año 24: colchones y más colchones desparramados por toda la casa y hasta en la galería.

Por la noche papá tocaba su acordeón. No era un virtuoso, cantaba mejor de lo que tocaba. Tenía bonita voz. En la galería, rodeado de la familia y los amigos, feliz, entonaba canciones toscanas, los *stornelli: lo dei stomelli / ne so tanti, /*

chi le sa piü di me / sifacci avanti. . Nosotros también cantábamos; había una modinha sertaneja que nos divertía: . .*quien comió la gallina no fui yo, fue mi hermano, él comió el buche, yo le comí el corazón*. Papá cantaba otra modinha que no le gustaba a doña Angelina: *Yo tengo una novia / que es exquisita.. Y así pasábamos veladas inolvidables.*

Primos y primas se turnaban, l enaban la casa, pero mi corazón vibraba de alegría cuando llegaba Clélia, mi prima preferida. Una pena era que no pudiera quedarse; había empezado a trabajar en la fábrica con la hermana. Todo el mundo andaba con caña y anzuelo a ver quién pescaba más. . Y no faltaban en la mesa los peces y mariscos traídos por los chicos; más espaguetis y risotos con vongole. ¡Ay, qué delicia!

A la noche, apenas nos acostábamos, comenzaba la serenata de los bichos: los mosquitos invadían la casa, pero el sueño y el cansancio —baños de mar, sol fuerte, calor, largas caminatas— no nos permitían oírlos por mucho tiempo.

Un sábado, José Soares llegó solo, había viajado en tren. Papá se había disculpado diciendo que no podría ir esa semana, ocupadísimo en la revisión de un auto de carrera. Participaría en una prueba muy importante, de Sao Paulo a Tatuí, la semana siguiente. Ya había ido dos veces hasta Tatuí a examinar el estado del camino —de tierra— y estudiar la ruta; volvería todavía otra vez antes de la competencia.

A mamá no le gustó la novedad. Se preocupaba siempre, toda vez que el marido entraba en competencias. «Ahora estamos aquí aislados, ni siquiera un teléfono. .», se afligía mamá.

EL FIN DEL VERANEO

El primero fue Tito, luego Vera, después yo y después el abuelo Eugenio. Un malestar terrible dominando el cuerpo, un frío que no pasaba, un temblor de mandíbulas incontrolable, después una fiebre alta, altísima, hasta perder el conocimiento de las cosas.

Mamá y Wanda completamente atontadas, sin saber a quién atender primero.

Al anunciar el «precioso bungalow» el propietario se había olvidado de avisar que la playa, bonita, maravil osa, no estaba saneada, que la malaria andaba suelta por ahí.

Al llegar al sábado siguiente con una victoria más —había ganado la carrera-, papá, en lugar de encontrar la alegría deseada, se encontró con un triste cuadro.

Wanda había buscado a un médico en el Grande Hotel de La Plage, muy distante de nuestra casa —principalmente para quien debía ir a pie— y había tratado de hablar por teléfono con Sao Paulo sin conseguirlo. El médico no se tomó el trabajo de examinar a los enfermos, diagnosticó en seguida: paludismo, fiebre intermitente. Recetó quinina, no había otro tratamiento eficaz.

Nuestras crisis se manifestaban en días alternados: pasábamos un día pésimo y el otro completamente bien; no más que un pequeño cansancio. Nosotros, los chicos, nos levantábamos y hacíamos una vida casi normal ese día. El abuelo Genio, siempre con temor de dar trabajo, no se quejaba, se quedaba quietito en la cama. La quinina nos aliviaba un poco, pero muy poco.

Horrorizado de la situación, papá decidió que volviésemos cuanto antes. Varios de sus clientes eran buenos médicos, nos atenderían, no nos faltarían medicinas. Comenzó por librarse de los huéspedes. Dos de los chicos de tío Guerrando, Bruno y Mauro, andaban melancólicos, a punto de enfermarse también el os, mejor llevarlos cuanto antes. El volvería a la mañana siguiente

con don Amadeu, pues un auto solo no alcanzaba para todo el mundo y las maletas.

A la mañana temprano al entrar en el cuarto del padre para llevarle la leche y darle la medicina, mamá se extrañó de que aún durmiera. Lo

llamó varias veces sin obtener respuesta. El abuelo Genio estaba muerto.

La Empresa Funeraria Rodovalho se encargó del traslado del cuerpo para Sao Paulo. El abuelo descansaría para siempre al lado de su mujer —por quien sentía tanta nostalgia— en el Cementerio de la Quarta Parada.

En dos autos repletos regresamos antes de completar el segundo mes de veraneo.

No me despedí de la casa ni del mar que tanto amaba. Pero al llegar al portón, el auto me esperaba, volví corriendo para echar una última mirada a la huerta del abuelo Genio. Las plantas de tomates florecidas, las coles y la achicoria con las hojas marchitas, caídas por la falta de cuidados seguramente.

LA VUELTA

Al volver de Guarujá, encontré mi Alameda Santos diferente; ya no era la misma. Se había vuelto sombría y estrecha ante mis ojos, ahora acostumbrados a contemplar la inmensa playa de blancas arenas y el mar infinito.

De todos modos, las modificaciones ocurridas durante nuestra ausencia, en tan corto lapso de tiempo, eran increíbles. Las novedades eran muchas.

Una gran placa en la fachada de la farmacia de don Adamastor me llamó la atención: FARMACIA ITALO-PAULISTA. ¿Qué significaba eso? En seguida me enteré, al buscar a Luiz para pedirle noticias de Maria Negra, me atendió un señor italiano, de baja estatura, simpático, nuevo propietario de la farmacia.

Don Gustavo Falbo —ese era su nombre— me dijo que Luiz ya no trabajaba al í. Mientras conversábamos aparecieron tres niños, hijos del farmacéutico:

Jajá, Fanfan y Carletto, tres chicos que de ahí en adelante participarían del dinamismo de la cal e.

La «Casa de la Vieja», en los fondos del garaje, había sido demolida y los albañiles ya trabajaban en la construcción de otra.

Tío Guerrando se había mudado para la Alameda Santos, seríamos vecinos cercanos.

La familia Cica —familia de Carmela, la violinista del cine— también se había mudado. El viejo Cica había comprado una casa de dos plantas en la Rúa Caio Prado, donde se había instalado la familia y una pequeña fábrica de calzado.

En compensación teníamos vecinos nuevos, los Macul, familia árabe con varios hijos, al poco tiempo eran nuestros amigos.

Mi casa estaba triste por la ausencia del abuelo Genio. Mamá andaba llorando por los rincones y papá no ocultaba su disgusto: quería mucho al viejo.

Seguíamos teniendo fiebre y frío en días alternados. Un médico que nos examinó nos recetó otras marcas de quinina, pero no mejoramos. Un día, don Gustavo, al notar el descorazonamiento de doña Angelina por nuestro estado de salud, le indicó un medicamento que liquidaría nuestro paludismo sin dejar vestigios. Si no me falla la memoria, era italiano, y se llamaba «Quinina del lo Stato».

Muerta de nostalgia de Maria Negra, le pedí a Tito que me acompañara a su casa. Hacía mucho tiempo que carecíamos de noticias de mi querida Maria Negra. Luiz no había aparecido más después de irse de la farmacia.

En el portil o de la hacienda, una cadena con candado indicaba que no había nadie por ahí. Golpeamos las manos, inútil. Apareció un vecino y nos informó que «todos» se habían ido para el interior. «¿Qué interior?», le pregunté. El hombre no sabía responderme. Sólo sabía que no iban a volver.

RADIO DE GALENA Y CONFESIÓN

Aparecieron las primeras radios de galena; la nuestra había sido armada por Remo, habilidoso en asuntos de electricidad. La transmisión de programas, oídos a través de un par de auriculares, era perfecta. Al principio todo el mundo quería oír la radio y participar de la novedad, los auriculares eran disputadísimos. Después, pasado el primer momento de entusiasmo, los auriculares pasaron a ser prácticamente propiedad de mamá que los usaba cuando planchaba. A la noche, después de la cena, colocaba varios almohadones sobre una sil a, un banquito debajo para los pies, y se sentaba ante una montaña de ropa para planchar con los auriculares en los oídos. Era divertido verla, ya riendo, ya emocionada, por los programas, tristezas y alegrías reflejándose en su rostro.

A veces llamaba a alguno de nosotros, daba vuelta a uno de los auriculares:

«¡Ven a escuchar, qué belleza!» Recostábamos la cabeza junto a la de el a y escuchábamos al unísono. Mamá no se perdía por las tardes el programa femenino «Charlas de Tía Chiquinha», cuya locutora usaba el pseudónimo de

«Tía Chiquinha».

Cierta noche, nosotras dos solas en la sala, mamá dejó la plancha sobre la tabla, dio vuelta al auricular y me llamó. Recosté la cabeza y oí cómo una orquesta tocaba la Serenata de Schubert.

Al terminar la música, mamá suspiró: «Muchacho endiablado.» Se refería a Cláudio seguramente.

Habían pasado años, pero no se había olvidado del incidente del disco. Ni el a ni yo. Sentí que había llegado el momento de revelar mi secreto. Le pedí a mamá que se quitase los auriculares y comencé:

—Mamá, yo le quería decir una cosa. Cláudio no rompió ese disco. Fui yo.

Antes de que ella se rehiciese de la sorpresa, sin perder el impulso descargué el peso de mi conciencia y conté todo, paso por paso, sin omitir un detal e;

hasta hablé de mis remordimientos y del temor a ser castigada. Largué

todo afuera. ¡Puf! Entonces me sentí aliviada, ya podían llegar las recriminaciones: Mamá parecía no creer lo que oía:

—Entonces, ¿quiere decir que dejaste que ese chico cargara con toda la culpa todo este tiempo? ¿Fue así? —estal ó mamá—. ¡Pero qué barbaridad! ¡Estoy horrorizada contigo, no sé qué pensar! ¡Nunca pensé que una hija mía fuese capaz de una cosa así!

Vera entró en la sala, atraída por el tono exaltado con que mamá me hablaba.

—Ve a llamar a tu hermana —le ordenó mamá.

Wanda llegó. Las dos de pie escuchaban en silencio la regañina que mamá me dirigía: «Chica desalmada, sin corazón.. »

Antes de que mamá agregase otros adjetivos en su desahogo —y la tendencia era esa—, Wanda la interrumpió, salió en mi defensa (Vera la ayudaba haciendo eco a sus palabras): «Una cosa tan antigua, mamá, ¿cuántos años hace? ¿Cuatro, no?» Vera reforzaba: «¡Cuatro años, qué barbaridad!» Wanda retomaba: «Yo no entiendo, mamá, por qué ahora tiene que castigar a esta criatura por un disco roto hace tanto tiempo. . ¡Se rompió, se acabó!

Paciencia.» Vera repetía: «Yo tampoco entiendo. .» Me miraba con aire de pena y con un suspiro, Wanda remató su defensa: «Pobrecita. .» La palabra pobrecita me tocó profundamente, hasta tuve ganas de llorar. . Mi hermana era tan buena, nunca había imaginado que me quería tanto. . Además, Vera también era buena. . Mis hermanas eran solidarias conmigo. . y yo siempre les hacía daño. . Sentía remordimientos y una enorme gratitud a las dos, juraba que nunca más me portaría mal con el as, que en adelante sería una buena hermana. . una niña ejemplar.

Impresionada por la intervención de las hijas, mamá aún dijo:

—Vosotras dos tenéis buen pico. . siempre contra mí. . —mas no dio por terminado el asunto, decidió—: Mañana, después de clase, vamos a la casa de tía Margarida a liquidar este asunto. Usted, señorita, va a contar todo y le pedirá disculpas a su primo Cláudio.

Yo sentía un alivio tan grande que acepté con placer la sentencia.

Al día siguiente, al llegar al Brás, Cláudio aún no había regresado de la escuela.

Nunca volvía directamente para su casa, se quedaba jugando al fútbol en la cal e. Apareció al anochecer, todo sudado y sucio. Mamá fue a su encuentro, entró pronto en el tema:

—Acá te estamos esperando, Cláudio. Zélia quiere hablar contigo.

Con cara de asombro, Cláudio se preguntaba qué habría hecho, de qué lo acusarían. No recordaba nada.

—Pero tía, ¿qué es lo que hice?

—Nada, hijo mío —la tierna voz de la tía era casi patética—. No hiciste nada.

Por eso estamos acá.

La charada se complicaba. Situación divertida. Cláudio me miraba sin entender nada.

No lo dejé sufrir más, resolví contar todo rápido para no reírme:

—Cláudio, yo venía a pedirte disculpas. Aquel disco de mamá, el de la Serenata de Schubert, fui yo quien lo rompió.

Mamá tomó la palabra y repitió la historia que yo le había contado, enfatizando los lances dramáticos del remordimiento que roía a la culpable y del inocente que había confesado un crimen no cometido. .

Al llegar a esa altura, Cláudio no se contuvo, no dejó proseguir a la tía:

—¡Qué historia! ¿De dónde la sacó? Yo rompí el disco. Lógico que fui yo —

repitió convencido.

Cláudio se mostraba casi ofendido. Luego fue aclarando todo, dando su versión, sin ahorrar detal es para acabar con toda duda:

—Me acuerdo como si fuese hoy. Yo entré en el dormitorio de los tíos, después de darme un baño, al atardecer, quería espiar por la ventana una cosa de la cal e. Cuando volví, puse los ojos en el disco arriba de la cama. Tuve ganas de verlo de cerca; hablaron tanto de él. Lo agarré y esa peste se escapó

de la funda quedando en mil pedazos en el piso. Me asusté. La tía se iba a enojar conmigo. Resolví meter los pedazos dentro de la funda y

esconderlo en el baúl donde ustedes guardan los sombreros. Después me arrepentí, volví de nuevo, lo saqué del baúl y lo coloqué de nuevo arriba de la cama. Cuando Zélia lo tocó ya estaba roto... —concluyó con una punta de orgullo.

Me disponía a salir de la casa con Clélia que no paraba de reírse todo el tiempo pensando que el tema estaba terminado, pero ¡qué! Gran engaño. Cláudio volvía a la carga, se dirigía a mí, insolente:

—Pero, ¿qué te creíste? Pensaste que yo iba a cargar con una culpa que no era mía. ¡Qué bestia creen que soy! Iba a confesar, ¡ni loco! —Se rió victorioso—.

No soy ningún estúpido.

La historia del disco con su nuevo episodio, de desagradable pasó a ser graciosa y siempre que hubo oportunidad fue contada. En esas ocasiones nunca dejé de sentir la mirada severa de mamá, debajo de sus cejas, en una censura muda.

DOÑA MARIA LUIZA VERGUEIRO

La última prueba automovilística en que papá había vencido

—Sao Paulo-Tatuí había pasado inadvertida para nosotros, aislados en Guarujá. La malaria, instalada en la casa, no nos permitió seguir la carrera ni vibrar con la victoria. En seguida vino la muerte del abuelo Genio. No llegamos a mirar las páginas de deporte de los diarios, con fotos del campeón, ni los comentarios sobre la competencia.

Pasado cierto tiempo, se estaba organizando una reunión festiva en un salón del Parque Antártica, en Agua Branca, para la entrega de los premios a los vencedores de esa prueba y de otras anteriores. La fecha no estaba señalada y yo temía que cayese en día hábil porque deseaba participar de la fiesta y sobre todo asistir a la entrega de los premios. Pero tampoco podía ni quería faltar a clase.

Mis primeros meses escolares habían sido bastante perjudicados por la fiebre intermitente que me impedía ir regularmente a la escuela. Muchas veces me atrevía y desobedecía a mamá, yendo a la escuela con escalofríos, para volver más tarde, de la mano del portero, volando de fiebre.

Doña Maria Luiza de Vergueiro —mi nueva maestra del Grupo Escolar da Consolagáo— había sido maestra también de mi hermana Wanda. Ya el primer día de clase, al pasar lista, se detuvo y me hizo levantar: «¿Parienta de Wanda Gattai?» «Sí, señora, es mi hermana.» «Pues espero que sigas su ejemplo.»

Después de tantos años la maestra no la había olvidado.

Doña María Luiza era lo opuesto de doña Carolina Bulcão: morena, alta, simpática, enérgica, austera, de pocas bromas, colocaba el estudio en primer plano, no perdía el tiempo en conversaciones. Soltera —decían solterona—, se casó años después.

Al principio, al verme llegar enferma a clase, sentía pena, pero al mismo tiempo se entusiasmaba por mi interés en el estudio; trataba de ayudarme explicándome las lecciones a las que no había asistido. Con el paso del tiempo, doña Maria Luiza me fue tomando cariño, un cariño casi maternal. Llevó de su casa un termómetro y con él me tomaba la temperatura diariamente. El remedio recetado por don

Gustavo comenzaba a hacer efecto, la fiebre disminuía; doña Maria Luiza, al encontrar un día que yo no ponía el termómetro en el lugar debido, se sentaba a mi lado, en mi banco, apretaba mi brazo que sostenía el termómetro para garantizar la lectura de la temperatura.

De doña Maria Luiza recibí como premios y regalos los más hermosos libros de cuentos: Cuentos de los Hermanos Grimm; Cuentos de Andersen; Aventuras de Narizinho Arrebitado; Historias de Carochinha y otros. También me prestaba libros y luego los comentaba conmigo.

Yo había decidido que una vez sana no faltaría a clase ni por fiestas ni por paseos. Decisión que para mí equivalía a un juramento, sin posibilidad de dar marcha atrás.

Felizmente todo salió como quería: la reunión para entregar los premios se realizaría en un día festivo por la tarde.

BAILES EN LOS CLUBES DE FUTBOL

Al lado de casa funcionaba la sede del Esporte Club Palmeiras, que no tenía nada que ver con el Palmeiras de hoy, en aquel tiempo llamado Palestra Italia.

Club modesto, el Palmeiras vecino mío realizaba todos los domingos, después del partido —cuando había partido—, una fiesta danzante, animada por un conjunto de jazz-band: Os Batuta Godot, de don Godoi y sus cuatro hijos, vecinos del barrio.

Mis hermanas, por prohibición de mamá, no podían ir a ese baile. En cuanto a mí no había restricciones: «Es una niña, no me preocupa», decía doña Angelina.

Difícil era conseguir entrar al salón. Había una orden de la comisión directiva del club: «Prohibida la entrada de menores de edad al recinto para evitar confusión.»

Acodada en la puerta de entrada, trataba de descubrir a José Picucci, director social y encargado del baile. Muchacho alto y flaco, Picucci ejercía la función de fiscal de los bailarines, cuidando la moral del club. Su estatura de gigante le facilitaba la tarea. Yo lo conocía bien, pues era novio de una de las chicas Cica, Matilde; muchas veces serví de correo entre los dos, l evando y trayendo mensajes. Agradecido por

los servicios prestados, siempre que me veía en medio de los curiosos me hacía entrar, me conseguía una silla y la colocaba en un rincón, recomendándome: «Quédate ahí, quietecita. .» Picucci era temido por todos, principalmente por los jóvenes propensos a las osadías.

Pinchándolos con alfileres, apartaba a los chicos que saltaban las ventanas para meterse en el baile. Ojo vivo, descubría maldad en los más inocentes roces: pierna con pierna, rostro pegado a un rostro, manos avanzando. . La primera advertencia consistía en la separación de la pareja: metía un brazo entre los dos, estableciendo distancia, el dedo en ristre, amenazador. Los

reincidentes eran expulsados del salón. Picucci me aconsejaba: «Mira los pies de la gente para aprender a bailar.» Seguí su consejo una sola vez, quedé atontada de tanto mirar y desistí.

En una de las veladas del Palmeiras, me divertía con la nueva danza que entusiasmaba los salones: el charlestón; los bailarines se esforzaban y nadie conseguía colocar los difíciles pasos acordes con el ritmo. Os Batuta Godoi castigaban con Valencia, música con ritmo de charlestón. En medio del salón, el viejo Godoi, director de la banda, cantaba y trataba de enseñar los pasos que ni él sabía bien: Valencia, tú, mujer de ojos negros. . y cruzaba las rodillas. . Estaba contemplando todo eso con el mayor interés cuando apareció por sorpresa mi hermano Tito. Venía a buscarme por orden de mamá.

Doña Regina estaba cosiendo en casa desde la víspera, preparando vestidos para la fiesta del Parque Antártica que sería a los dos o tres días. Yo debía probarme mi vestido, que fuese luego, sin pérdida de tiempo.

REGRESO AL PARQUE ANTÁRTICA

La excitación de volver después de una larga ausencia al Parque Antártica, donde papá sería homenajeado, me quitaba el sueño. Seguramente, los papelitos anudados en mi cabeza —capricho de Wanda que quería rizar mi pelo a toda costa— también contribuyeron a esa noche mal dormida.

Wanda había decidido cuidar nuestra elegancia. Tomaba en serio la tarea, no descuidaba ningún detal e.

Cansada de luchar, mamá se había entregado sin discutir a las extravagancias de la voluntariosa hija. Vera, completamente independiente, se libró de la tutela de la hermana, sabía cómo arreglarse. En cuanto a mí, «los niños no chil an». Pero aunque chil ase no protestaba mucho porque últimamente Wanda era la encargada de mi apariencia y yo estaba satisfecha.

Esa tarde, como siempre, papá fue el primero en estar listo. Se había puesto elegante, con su nuevo traje de casimir inglés, corbata de seda italiana, cuel o duro, impecable, un verdadero dandy.

Mi vestido nuevo, rosa pálido, de falda plisada —vestido de niña grande—, me quedaba bien. A pesar de que mis zapatos estaban en buen estado, me compraron un par nuevo, exactamente los que yo deseaba desde hacía mucho, exhibidos en los escaparates de la «Zapatería Del Ñero», en la Rebouças; negros, de charol. Un metro de cinta ancha esperaba, sobre el respaldo de una sil a, el momento de ser transformada en un lazo prendido en mis bucles. Los papelitos del pelo serían retirados en el último momento:

«Cuanto más tiempo mejor, el pelo queda más rizado y dura más. .», dictaba la entendida Wanda.

Por fin, Wanda y mamá salieron del dormitorio, la hija sentó a la madre en una silla en la sala: «Quédese ahí quietecita, no se vaya a arrugar.» (Parecía José Picucci aconsejándome en el baile.) «Yo me visto en un instante. .»

Tuve un choque al ver a mi madre tan cambiada. ¡Joven y bel a! ¿No se parecía a Wanda? ¡Y yo que siempre la había creído vieja! Mi hermana se había esmerado. ¡Esa peste tenía arte en sus manos!

Los cabel os oscuros de doña Angelina, contrastando con la piel fina y clara, peinados hacia arriba, rematados en lo alto por un tocado de flores con velo negro, confección artística de Wanda. Unos bucles pendían naturalmente a lo largo de sus mejil as y en la nuca. Vestía un sobrio vestido negro, una boa también negra, de cortas plumas de avestruz sobre satén. Estrenaba ese día un conjunto de joyas antiguas, regalo del marido (compradas en buenas condiciones a una tía hacía poco llegada de Italia); pendientes, sortija y broche de oro con esmeraldas y perlas.

Sorprendí una mirada admirada, diferente —sobre todo diferente— de don Ernesto, también asombrado, al contemplar a su mujer. No fui la única en advertirlo, bromeamos: «¡Epa, don Ernesto! ¡Cuídela!. .» Molesto, papá dijo:

«Acaben de una vez con la charla, ya estamos retrasados, vamos de una vez. .»

Wanda no tardó en aparecer, no necesitaba esforzarse por parecer bonita. Ese día Zé Soares que la cuidase. Su vigilancia debería ser redoblada.

COPAS Y MEDALLAS

Apenas l egamos al Parque Antártica me di cuenta de que el salón de recepción quedaba distante del parque de diversiones. Tuve que desistir de mi pretensión —oculta— de dar unas vueltas en la rueda gigante esa tarde.

Los organizadores y pilotos, con sus familias y amigos, reporteros y fotógrafos, se movían por el salón. Papá había invitado a tío Guerrando que llevó consigo a Norma e Irma, sus hijas.

Me alegré de tener de compañía a Irma, pues me había apegado a mi prima desde la temporada de veraneo en Guarujá, y más todavía con la mudanza de la familia para nuestra calle. Como Clélia, Irma era mayor que yo, pero me trataba como si fuésemos de la misma edad. Norma era amiga de Vera, paseaban y tonteaban juntas, no necesitaban de cuidadora, así que me había librado de la tarea.

Expuestas en un estante estaban las copas y medal as que se entregarían a los campeones.

Ante el buffet de aperitivos y bebidas, Wanda me recomendó mucho cuidado, que no fuese a derramarme guaraná en el vestido. A esa altura, el efecto de los papelitos ya había acabado, mis bucles se habían deshecho transformándose mi pelo en espigas de maíz. El lazo parecía que iba a caerse, colgaba del pelo sin consistencia, demasiado fino para retener semejante peso. Wanda, vigilante, tratando de sostenérmelo, yo enloquecida por librarme de él.

Por fin comenzó el acto propiamente dicho; antes de la entrega de los premios, uno de los organizadores de la fiesta hizo uso de la palabra, leyó un discurso elogiando el automovilismo —por suerte no fue extenso su discurso—

y propuso la idea de hacer una nueva competencia. Insatisfecho con el

resultado de la última prueba, Lage, el de la Bugatti, pedía la revancha a su vencedor. Repetirían el camino: Sao Paulo-Tatuí. Aplausos entusiastas saludaron el futuro duelo.

Levantando una enorme copa, el mismo señor que había dicho el discurso llamó: «Ernesto Gattai, primer premio. .»

Llevándome de la mano, papá atravesó el espacio que separaba al público del estante con los trofeos. Me pidió que recibiese la copa. . Muerta de vergüenza y de emoción, los labios amagando l anto, compartí los aplausos al héroe.

En el camino de vuelta tuve que sostener la copa con una sola mano, la otra sostenía el lazo que finalmente se había caído.

Don Gattai fue l amado otras dos veces para recibir medallas por otras pruebas donde también había vencido. Las recibió solo. Yo me había apartado para que no me viesen l orar: había tenido mucho, mucho más de lo que había imaginado, de lo que había deseado.

SAO PAULO-TATUÍ NUEVAMENTE

La fecha de la carrera se acercaba. Esa vez no era sólo doña Angelina la que se preocupaba. Papá había aceptado el desafío aunque tenía conciencia del mal estado del camino: «Es una verdadera temeridad correr en ese camino abierto, con animales que lo cruzan, l eno de arroyos y barrancos sin protección de ninguna clase, un horror», comentaba. Pero no podía dejar de aceptar, ya que los otros concurrentes estaban de acuerdo. No iba a hacer papel de cobarde, de débil.

La última semana anterior a la carrera, apareció por el tal er Mario Bonfanti, mecánico que había trabajado un tiempo con papá y que se había ido para montar su propio tal er. Nos visitaba de vez en cuando; cuando le aparecía algún problema venía para consultar a su antiguo jefe. Papá lo quería y quedó contento de verlo llegar para ofrecer su ayuda. Empezó a ir todos los días al tal er, metido también él dentro del auto, regulando el motor

meticulosamente para el gran día. Sabía que Gattai corría siempre solo, que no le gustaba llevar a nadie, pero se arriesgó: «¿No sería bueno llevar un mecánico a su lado? En esos caminos tan malos, puede reventar un neumático, entre dos sería más fácil cambiarlo. .» La primera reacción del piloto fue brusca, no quería a nadie a su lado, nunca había necesitado. . Bonfanti continuó insistiendo; con argumentos válidos logró convencerlo.

Por la mañana salieron los dos, guardapolvos blancos, grandes antiparras contra el polvo del camino; por primera vez papá usaba un gorro de cuero regalo de Pascoal Scavone. El auto, roncando,

desapareció de nuestra vista dejando apenas el ruido de la descarga del motor disminuyendo en la distancia hasta apagarse.

La salida sería hacia las diez, sólo tendríamos noticias después del almuerzo; pero no llegaron. Mamá se puso los auriculares de la radio de galena. Todos estábamos ansiosos esperando la vuelta, con la esperanza de saber algo. Pero la radio sólo transmitía música y mamá acabó desistiendo.

Hacia las cuatro de la tarde, cuando la aflicción había invadido a toda la familia, comenzaron a aparecer los amigos. Rostros contritos, ninguna palabra. . Remo había salido hacía mucho en busca de informaciones, no había vuelto. Y fueron llegando más amigos, vecinos, parientes que hacía mucho no aparecían. . Era para desconfiar, algo había sucedido. La noche comenzaba a caer, la casa cada vez más llena, vino Ristori con Mercedes, esa noche sin guitarra; apareció Bandoni, el viejo profesor, el hombre de las improvisaciones, después Sansone con su mujer Anita y sus hijos, sin serenata.

Un malestar, como nunca antes había sentido, me hacía cal ar, huir de las personas que llegaban.. cuando, de pronto, oí una palabra murmurada, suelta en el aire: «¿murió?» Me aparté rápidamente sin querer oír la respuesta a la pregunta —¿sería una pregunta o una afirmación?— que me quemaba los oídos y el corazón. Desde el portón de la cal e se oía la voz fuerte de Vera informando, o mejor, explicando la situación a los curiosos del barrio: «Algo debe de haber pasado, algo grave pasó. . nosotros no sabemos nada, pero algo grave pasó, algo pasó. .» Vera repetía sin parar esas frases, como un desahogo, yo loca por que entrase y acabase con eso.

José Soares había asumido el mando de la casa. Atendió a reporteros y fotógrafos que llegaban con la noticia y en busca de informaciones para los diarios.

Los amigos ya sabían lo que había ocurrido, pero no dijeron nada. Fueron los reporteros los que relataron el terrible desastre que había provocado la muerte de Mario Bonfanti y había dejado a papá en estado desesperante. Con fracturas expuestas en una pierna, en el cráneo y con lastimaduras en el tobil o, se encontraba en coma, en el Hospital Santa Catarina, en la Avenida Paulista. El accidente había ocurrido pasada la mitad de la prueba, cuando yendo al frente de todos, con enorme ventaja, el auto había capotado en un arroyo. Nadie sabía la causa del desastre. Y nunca se supo; papá no recordaba absolutamente nada. Apenas un detal e: decían que Mario Bonfanti había sido hal ado muerto y sosteniendo el freno de mano.

El vencedor de la prueba fue Lage, el de la Bugatti, el desafiador. El único de los concurrentes que no se detuvo ante los accidentados. Los demás participantes de la prueba la interrumpieron. Nascimento Filho se arrodil ó junto al compañero herido e hizo la promesa de llevarlo a la Iglesia de la Penha a encender una vela, en caso de que escapase con vida.

VISITAS Y RECETA CULINARIA

Pasaron algunos meses después de que Nascimento Filho pudiese cumplir su promesa.

Bajo los cuidados del profesor Luciano Gualberto, su antiguo cliente en el tal er mecánico, papá permaneció cerca de dos meses internado en el Sanatorio Santa Catarina. Lo operaron de urgencia y los médicos aguardaban que su organismo —en estado delicadísimo— permitiese operaciones correctivas: los huesos de la pierna habían sido colocados en mala posición, un párpado, mal cosido, le impedía cerrar un ojo.

Abatido, triste por la muerte de su compañero —Bonfanti dejaba una viuda, doña Ada, y una hijita, Renata—, durante cierto tiempo papá no tuvo fuerzas para reaccionar prefería quedarse solo y cal ado.

Al volver a casa tuvo que esforzarse para recibir las visitas que se sucedían sin parar: parientes y amigos, pobres y ricos, cada uno trayendo apoyo y solidaridad.

Doña Maria Giorgi, acompañada de sus hijas Amélia y Brasa, apareció cuando papá aún se encontraba hospitalizado. Venía a saber si mamá necesitaba algo, que contase con el a para cualquier emergencia. Sin saber qué ofrecer a las distinguidas visitas, mamá me ordenó que fuese rápidamente a la tienda de don Henrique a buscar una lata de bizcochos para acompañar el café. No l egué a salir de la sala, fui detenida por Amélia que, advirtiendo el movimiento, me quitó la libreta de la mano: «No tienen que molestarse. .» Tía Joana, que jamás salía de Sao Caetano, donde vivía encerrada, atareada con la hacienda y el ganado, cuidando a los hijos, acompañó al marido en su visita al cuñado; el tío Angelim cargado de frutas, con una cesta de huevos frescos,

«buenos para batir la yema con azúcar». Tío Gigio ,no faltó con sus «pases»

espiritistas. Tía Margarida y tío Gino fueron asiduos en la amistad y el afecto.

Doña Ana Maria, portuguesa, vendedora de pol os y gal inas por las casas, nos conmovió al aparecer un domingo, bien vestida con su traje de paseo, trayendo de regalo una gal ina: «para hacer un buen caldo.

.» La gente de las

«Clases Laboriosas», sin faltar uno. Todos los tíos, hermanos de papá, en los primeros tiempos permanecían en casa durante el día y a veces por la noche.

Tía Dina, tan suave, masajeaba dulcemente el pie enfermo del hermano; tío Remo, el menor de los hermanos, y tía Clara, su mujer, mi tía portuguesa, l egaron a cerrar su tal er de neumáticos para hacer compañía al hermano y cuñado. Tío Guerrando daba órdenes en el garaje, firme en su tarea de guardián. Tío Aurelio, siempre reservado; tía Eugenia, entreteniendo a las visitas con su entusiasmo.

En la primera época de la vuelta de papá a casa, la casa había pasado a vivir en un régimen anarquista, la anarquía como la entendían nuestros padres: todos para uno y uno para todos. Constantemente llegaban paquetes con alimentos,

una enormidad de cosas, sin nombre ni dirección del remitente, ni siquiera con una palabra. Vecinos y amigos tomaban la iniciativa del arreglo y de la limpieza, me acuerdo que una vez Lilia Mastrangelo, nuestra vecina y joven maestra, estaba barriendo el comedor. Wanda ya ni entraba en la cocinadlas tías se turnaban en el fogón, no faltó jamás comida para esa multitud.

Don Ernesto, arrastrándose por la casa, apoyado en una sil a, o en un bastón con una base fuerte de goma, trataba de reaccionar, le volvía el deseo de vivir, no se entregaba. Lo esencial, lo fundamental, era recuperar la salud cuanto antes. Para eso elaboró un régimen alimenticio que, en su consideración, le levantaría las fuerzas muy pronto: comería diariamente en el almuerzo y la cena pastasciutta y spaghetti con salsas variadas para que no fuese monótono.

No había comida más barata y sustanciosa que el macarrón, principalmente cuando se lo acompañaba con una buena copa de vino. Abrió la bodega para tomar los vinos que guardaba desde hacía mucho tiempo, vinos finos, blancos y tintos, deliciosos. ¿Acaso no estaba necesitando una buena «cura»? En el régimen también había verduras y carnes de vez en cuando. Los resultados fueron excelentes, papá se recuperaba a ojos vistas.

LA NECROLÓGICA

Una de esas noches apareció Angelo Bandoni. Traía en el bolsil o de su chaqueta un voluminoso fajo de hojas de papel dobladas; era una necrológica escrita con el dolor de las primeras noticias, cuando pensaba que había perdido al compañero. El, que siempre improvisaba —y era famoso por eso—

esa vez prefirió escribir, poniendo en el papel lo que le venía del corazón. No podía darle un simple adiós al compañero al borde de la tumba en el cementerio; merecía mucho más. Al entierro, seguramente, concurrirían exponentes de la intelectualidad brasileña e italiana, periodistas y escritores de «ideas avanzadas», muchos de los que se habían hecho presentes hacía años, en las exequias del l orado camarada Francesco Arnaldo Gattai, padre de Ernesto. Mucha gente importante escucharía y apreciaría esa necrológica, bien elaborada y sincera, en homenaje al querido amigo.

Se había tomado mucho trabajo con la redacción, había empleado palabras fuertes, y terminaba con el clásico «. .que la tierra que te cubra sea leve.. ». El discurso le había salido bien, pero el homenajeado no había muerto, quedó fuera de peligro y su estado ya no revestía preocupación.

Con el correr del tiempo, Bandoni releyó muchas veces su «opera prima»

guardada en un cajón; aprovechaba para mejorarla, cambiaba una palabra aquí, un adjetivo al á. .

Había reflexionado mucho, antes de tomar la decisión había titubeado, pero esa noche tomó coraje; al fin de cuentas, ¿qué mal había en leer un discurso —

más que un discurso un elogio caluroso— a aquel para quien fuera escrito? El amigo seguramente quedaría muy satisfecho al saberse tan estimado. . No, no veía que estuviese mal. .

Además de la familia reunida, esa noche había algunas visitas y doña Regina que, sin ser visita, aparecía siempre después del trabajo. El auditorio era bueno.

Bandoni tomó impulso, pidió silencio. Se levantó, sacó del bolsil o un montón de papeles, se colocó los anteojos y en tono oratorio —el tono exacto en que debe pronunciarse una necrológica— inició la lectura. Conmovido por sus propias palabras, se interrumpía de cuando en cuando para enjugarse el sudor y las lágrimas, limpiarse las gafas empañadas, sonarse la nariz. Mamá, deshecha en l anto, escuchaba conmovida tantos elogios y tantos adioses:

«¿de dónde habría sacado ese viejo tantas y tales virtudes para su marido?»

Hijos, hijas y hasta las visitas la acompañaban en los llantos. Doña Regina casi se desmayó con tantos sollozos y gemidos. Un velorio a la napolitana, no había diferencia, yo los conocía de cerca. El «muerto» asistía a todo, silencioso, intimidado, más que intimidado, molesto, deseando que el orador terminase cuanto antes el elogioso discurso necrológico, el macabro homenaje.

PROMESA CUMPLIDA

Aún en el lecho del hospital, papá l amó un día a José Soares y a Remo, pidiéndoles que averiguasen en la gerencia de la Alfa Romeo una cosa que le preocupaba mucho.

Sospechaba de la honestidad de un funcionario de la firma. Sus escrúpulos le habían impedido sacar algo en limpio del asunto. Tenía como norma no acusar jamás a nadie ni crear sospechas, sin tener la absoluta certeza de la culpabilidad. «No hay mayor infamia que acusar a un inocente», repetía siempre.

Había pensado aclarar el asunto después de la carrera a Tatuí. No había comentado nada con sus socios ni con la familia. Ahora, ahí, inmovilizado —

¿cuánto tiempo pasaría aún sin moverse?—, había resuelto conversar con los dos jóvenes, sobre todo con José Soares, que entendía de contabilidad y tenía acceso a la oficinas de la Alfa, para que observasen algo. No creía tener éxito en la empresa, pero por lo menos quería enterarse de algo. Se sentía mal, no estaba seguro de poder salir del hospital con vida.

Ya en casa, con la pierna enferma, la cabeza toda remendada molestándolo, débil, se enteraba de que la situación de la sociedad era la peor posible. No se sorprendió, no se había engañado, sus sospechas tenían fundamento. . Alguien había metido la mano en la caja.

Al recibir la noticia de la quiebra de la Sociedad Anónima Gattai, el mayor perjudicado nada pudo hacer. Perdió todo lo que tenía. La maquinaria comprada con su dinero entró en la quiebra, su nombre apareció manchado.

Un hombre fracasado, sin salud, sin dinero, sin medios para ganarlo. Le restaba la familia, los amigos y el espacio del taller, despojado hasta de las herramientas.

Algunos clientes amigos, ricos, aparecieron tranquilizándolo: «que no se preocupase por el dinero, Gattai tenía crédito para montar cuantos tal eres quisiese, aún era joven, tenía que cuidar su salud, tratar de recuperarse».

A esa altura de la conversación apareció Nascimento Filho; buscaba al compañero para ir juntos hasta la Penha a cumplir la promesa. A papá

le hizo gracia. Dijo:

—¿Voy a la Penha a agradecer qué, Nascimento? ¿Estar enfermo, arruinado, sin saber cómo sostener a mi familia? ¡Piénsalo bien!

Nascimento Filho, que lo conocía, no se turbó:

—Pero está vivo, Gattai. ¿Le parece poco?

El argumento de Nascimento no convenció a Gattai. Sin embargo, lo acompañó a la Penha movido por el sentimiento de gratitud al amigo.

Lo difícil fue encontrar una vela para ofrecerla a Nossa Senhora da Penha, pues debía tener la altura del beneficiado.

Con buen humor, Gattai propuso: «¿Y si engañamos a la santa? Medimos mi altura por la pierna accidentada que ahora es diez centímetros más corta que la otra. .»

—Usted está loco, Gattai. No tiene remedio. . —rezongó Nascimento, conteniendo la risa.

VECINOS NUEVOS Y ESTADO NOVO

Nuestra vida cambiaba, todo cambiaba alrededor de la familia.

Frente a la casa, en un terreno baldío que servía de huerta a las turcas, se levantaron dos edificios. En uno de el os vivía una pareja de mediana edad, gente discreta, vecinos de buenos días, buenas tardes (nunca supimos sus nombres), apenas los veíamos; en el otro, la familia Apolónio: madre viuda, dos hijas jóvenes y un hijo casado, padre de dos niños. En seguida se supo que el hombre era inspector de la Policía Política y Social. «Un bofia», dijo papá disgustado. Nunca tuvo tanta razón como al disgustarse con esa información.

Sería exactamente nuestro vecino, Luiz Apolónio, quien años más tarde, con la

implantación del Estado Novo, en 1937, lo enfrentaría en la cárcel, preso por la policía política, acusado de «peligroso comunista». En la época del Estado Novo, bastaba una denuncia o simple sospecha para que una casa de familia fuese rodeada por un enorme aparato bélico, empuñando ametral adoras, el hogar invadido a cualquier hora del día o de la noche, padres de familia arrancados de sus camas y arrastrados a las mazmorras, a las celdas húmedas y oscuras de la Delegación de Orden Político y Social, incomunicados. Fue lo que le pasó a mi familia, fue lo que le pasó a mi padre. El jefe de las batidas, el perito en los interrogatorios, era nuestro ex vecino Luiz Apolónio. Pruebas de acusación: armas —una vieja espingarda de caza, colgaba en el sitio de siempre, detrás de una puerta—, material subversivo, constituido por los volúmenes de nuestra pequeña y manoseada biblioteca: los libros de Victor Hugo, Los trabajadores del mar; Los miserables, Notre-Dame de París; de Emilio Zola, Yo acuso, Teresa Roquín, Germinal; de Pietro Gori, Dramas anarquistas, reliquias de doña Angelina, con el agravante de que todos los volúmenes estaban encuadernados en rojo, encuadernaciones bastante estropeadas por el tiempo, pero en el color prohibido; y el precioso archivo de mamá, guardado cuidadosamente durante años, debajo del colchón, artículos políticos, noticias ilustradas sobre prisiones y expulsiones del país de amigos y conocidos, entre los cuales estaba el viejo Oreste Ristori, enviado a las prisiones de Mussolini, donde murió.

HABITANTES DE LA «CASA DE LA VIEJA»

Los nuevos vecinos del fondo del garaje tenían categoría. El edificio levantado en el tercero de la «Casa de la vieja» había sido ocupado por una familia numerosa: padre, madre, varios hijos, chicas y muchachos, jóvenes y risueños.

Hombre simpático y amable, el padre era pastor de un templo protestante, recién construido en el local donde en otros tiempos había estado la verdulería y frutería de don Antonio, en Consolaçáo.

Don Salomáo Ferraz —que años más tarde sería obispo de la Iglesia Católica—

había conquistado la confianza y el cariño de los vecinos del barrio; con

sermones de paz y de amor conseguía l enar su iglesia de fieles. Yo también concurrí a la llamada, fui algunas veces al templo para asistir al culto, por curiosidad, por la novedad.

Me hice amiga de Ester, la hija menor del pastor, que tenía mi misma edad.

Pasábamos horas olvidadas de todo, conversando por encima de la pared del gal inero que daba al jardín de el os. Había aprendido con Vera y Tito a fumar el tal o grueso y seco, cortado en cigarril os, de un *chuchuzeiro* que cubría el muro que separaba nuestra casa de la del pastor; mientras charlaba con Ester me echaba unas caladas.

Al llevar maíz a las gallinas o recoger huevos, acostumbraba divertirme imitando el canto del gallo. Con lo que alborotaba a los gallos y gal inas de otros gal ineros, próximos y distantes, los gal os cantaban fuera de hora, todos al mismo tiempo, con un barullo ensordecedor. Cierto día fui sorprendida por don Salomáo Ferraz que salió a la ventana de su cuarto, atraído por el ruido.

Me encontré con la cara de él en el exacto momento en que, con la cabeza erguida, el cuel o hinchado —había observado que los gal os cantan mirando al cielo, quizá para estirar la garganta y liberar la voz—, largaba mi co-co-ro-có. Si el tranquilo pastor se había sentido molesto con el alarido de las aves, el pil arme en flagrante delito debe de haberle hecho gracia; por lo menos, desde entonces, cada vez que me veía se echaba a reír.

SERVICIO DE METEOROLOGIA

La convalecencia de papá se prolongaba, lenta. Hacía más de un año del accidente y aún sentía dolores en las fracturas, principalmente en los días húmedos y fríos. Sus miembros transformados en barómetros, marcaban la presión atmosférica, preanunciaban las lluvias. A veces, el día parecía estable, el sol radiante, le comenzaban los dolores, y anunciaba: «Hoy va a llover.» Y

llovía.

La noticia de sus infalibles previsiones corrió de boca en boca y a veces venían a consultarlo: «Don Ernesto, por favor, va a llover hoy? Tenemos que salir. .»

Como si no le bastasen las fracturas y los padecimientos, papá también había perdido el olfato. Nunca más el olorcito de los ricos platos, nunca más los perfumes. .

Usaba enormes zapatos ortopédicos, andaba con dificultad, pero igual mandaba en el tal er, sentado en una sil a, enseñando y orientando, ya que no podía permanecer mucho tiempo de pie, ni hacer esfuerzos. En el tal er, nuevamente lleno, trabajaba Remo, más otros dos mecánicos y Tito, que estaba aprendiendo. Para los clientes de Gattai, su nombre continuaba limpio, merecedor de crédito, nunca le faltó trabajo, por el contrario, le sobraba.

LECTURA DEL DIARIO

A la noche, después de hechos los deberes de la escuela, yo leía el diario en voz alta; papá ya no podía fijar la vista, le daba dolor de cabeza. La única persona disponible para la tarea era yo; Wanda estaba de novia, Vera salía con Nora e Irma a charlar con los muchachos, Tito se iba al curso nocturno de dibujo, Remo desaparecía apenas acababa de cenar. Aprovechando la ocasión, mamá desistía a veces de la radio para escuchar la lectura de los artículos y noticias que le interesaban.

Yo leía el diario de cabo a rabo, papá no lo había hecho de otro modo antes, quería saber todo, aunque a veces ocurría que lo sorprendía dormitando. Para animar un poco la lectura inventé leer las noticias de Italia con acento italiano, las de Portugal con acento portugués, las de Alemania con acento alemán y así sucesivamente. Papá le encontró gracia, se divirtió con mi broma y por eso la repetí muchas veces. Sentía pena de mi padre, privado de las cosas que más le gustaban, viviendo una vida limitada, él, que era tan activo. Su escopeta de caza colgaba detrás de la puerta, hacía largo tiempo que no la usaba, tal vez ya no la usaría nunca. Adoraba cazar. Ahora sus compañeros le traían los bichos

—como solían hacer cuando papá también participaba de la partida— para ser limpiados y preparados por nosotros (detestables plumas desperdigadas por

todas partes, trabajo endiablado, un horror). Los cazadores le regalaban esas noches, historias verdaderas o no, las aventuras del día.

La lectura cotidiana y sistemática del diario me fue ilustrando, estaba al tanto de muchas cosas que me abrían nuevos horizontes: arte, literatura, música, principalmente música, pasión de doña Angelina. Leía críticas y artículos sobre los éxitos de Bidu Sayáo, con su voz maravil osa, andando por el mundo, llevando el nombre del Brasil. De Guiomar Nováis, la espectacular pianista brasileña que hacía furor en los Estados Unidos. De Tito Schipa en la noche triunfal en el «Cine-Teatro Oberdáo», en el Brás. Esa vez, aunque mucho lo deseábamos, no pudimos escuchar el gran cantante italiano. Papá se enorgullecía de haber escuchado y visto a Enrico Caruso, en 1916, en São Paulo.

Cierta vez, hojeando un libro de Guilherme de Almeida, Messidor, encontré un poema que me gustó mucho: «Esta vida». Una de las estrofas me pareció bien del gusto de mis padres.

A la noche, a la hora de la lectura del diario, lancé la bomba: «¿Sabe, papá, que Guilherme de Almeida tiene ideas avanzadas?» Papá sabía que el famoso poeta era hombre de la alta sociedad paulista, nunca había oído ninguna referencia a la novedad que la hija le traía. Puso aire de duda. No perdí tiempo, la página estaba marcada, leí la tercera estrofa del poema: «. .un pobre me decía: para el pobre la vida es el pan y el andrajo vil que lo cubre. /

¿Dios? Yo no creo en esa fantasía. Dios me dio el hambre y la sed de cada día /

mas nunca me dio pan ni me dio agua. .»

Dormí contenta esa noche, segura de haberle dado una satisfacción a mi padre.

Berta Lutz, por esa época, convocaba a las mujeres a la lucha por la emancipación. Mamá y Wanda habían recibido la visita de María Préstia, hija mayor de una familia italiana, numerosa, antigua vecina del barrio, invitándolas a participar de una manifestación feminista. Maria Préstia era una exaltada discípula de Berta Lutz, mas parece que no consiguió nada en casa.

Mamá no estaba de acuerdo con los movimientos feministas, pues no se juzgaba oprimida y no quería luchar contra su marido.

Desde el accidente de don Gattai, las competiciones automovilísticas no se volvieron a mencionar. El fútbol, que dominaba las páginas de los diarios dedicadas al deporte, comenzaba a interesar a papá, ya no se perdía la descripción de los principales partidos de la semana.

INMIGRACIÓN ITALIANA

Una nueva inmigración italiana llagaba a São Paulo. Era bastante diferente de aquel a de fines de siglo. Ahora eran hombres y mujeres que escapaban al régimen fascista de Mussolini, en busca de libertad, dispuestos a trabajar y a luchar por una vida más digna.

Entre los nuevos inmigrantes que aparecieron en nuestra casa, recomendados por otros amigos antifascistas, estaba la familia Covani, de Lúea; padre, madre y una hija jovencita. Perseguido por el fascismo, Cirio Covani había abandonado todo antes de que lo hiciesen prisionero. No era hombre de actividades políticas, nunca había pertenecido a ningún partido. Sólo había expresado en cierta ocasión y en público su rechazo de la violencia, de los métodos fascistas: aceite de ricino, prisiones arbitrarias, etcétera. .

Ahora en São Paulo buscaba trabajo. Era pintor de autos. Papá le cedió la sección de pintura de su tal er, donde no le faltaría trabajo.

De vez en cuando la familia Covani aparecía por la noche para hacernos una visita. En esas ocasiones, extrañamente, Remo no salía de casa. No tardó en descubrirse que había sido un «amor a primera vista» el que sintió por la joven Clara Covani, con quien se casó años después.

FIN DEL CAMINO

Estuvo animado ese fin de año. El Director General de Instrucción pública de São Paulo estaría presente en el cierre del año lectivo del Grupo Escolar da Consolação. La fiesta prometía ser hermosa; nunca se había organizado una

comparable. Y para mí tenía un significado especial; yo me despedía de la escuela.

Doña Paulina Nacarato, mi maestra de cuarto grado, y doña Maria Luiza Vergueiro, de segundo y tercero, habían sido maestras de Wanda y no la habían olvidado. Tuvieron en Irma, la hija del tío Guerrando, más recientemente, otra digna alumna. Yo me esforzaba al máximo para mantener el prestigio de las Gattai ante las maestras. Ahora recibía la recompensa: hablaría por mis compañeros, intervendría en el desfile de gimnastas, cantaría El Pinar en el escenario levantado en el salón, vestida de ninfa, con velos y corona de flores en la cabeza. El Pinar era una melodía difícil de cantar, l ena de agudos: *El pinar gii i me, / gime de dolor ante el hacha del leñador.* .

Doña Angelina se preocupaba: «¡Qué atrevimiento aceptar una participación de ese tipo!»

El vestido, confeccionado por Wanda, quedó deslumbrador. Con él ya parecía una muchacha. Además, hacía dos años que crecía sin parar, iba tomando cuerpo. En el aula, aunque una de las menores, era la más alta. Mamá ya estaba cansada de bajar dobladil os y de ver tanta ropa inutilizada: «No sé cuándo va a parar. .»

En medio de ese movimiento festivo, de los ensayos y las diarias reuniones, yo ocultaba bajo un manto de alegría una tristeza. Terminaba ahí la porción de escuela a la que tenía derecho. En adelante sería una alumna de la «escuela que no tiene vacaciones», de la escuela de la vida. Yo no era la única entre las que terminaban sus estudios y ya no tendrían otros. La mayoría, gente pobre y modesta, no seguiría. Muchas irían a trabajar en seguida, otras aprenderían un oficio. Los padres ya se habían sacrificado bastante, permitiendo que terminasen el curso primario sin trabajar para ayudarlos durante esos años.

Otras irían a buscar algunas de las pocas vacantes existentes en la Escuela Normal de la Plaza de la República, escuela del gobierno,

gratuita, para la enseñanza del bachil erato y la pedagogía, compitiendo, en un examen muy difícil, con centenares de candidatas.

Yo ni soñaba con entrar en esa competencia, conocía de sobra la opinión de mi padre sobre la Escuela Normal. Además, su prevención no era contra la

escuela propiamente dicha, sino contra el ambiente: «Peligroso —alertaba papá, vigilante—, los gavilanes andan rondando por ahí, tratando de desviar a las niñas del buen camino.» Opinión firme, quizá tuviese algún fundamento (¿quién sabe?), pero papá no se desviaba de su punto de vista. Era inútil insistir.

Colegios particulares existían a montones, pero no eran comida para mi pico.

Matrículas y cuotas altísimas, sin contar los libros y el material escolar que costaban montones de dinero. Don Ernesto andaba con los bolsil os vacíos, pagaba con sacrificios, todos los meses, el crédito por la compra de las máquinas y herramientas con que había montado de nuevo su tal er. Teniendo plena conciencia de la difícil situación que atravesábamos, no podía de ninguna manera plantearle a mi padre ese problema, por lo menos en esos momentos; esperaría con paciencia una ocasión más oportuna, cuando las finanzas mejorasen. Una cosa, mientras tanto, era segura: un día estudiaría.

Así lo había decidido, una decisión era para mí —y sigue siéndolo-un juramento.

ESPERANZAS DEL BRASIL

Nos acabábamos de sentar para almorzar cuando apareció don Joáo, el portero de la escuela. Traía un recado del Director, convocaba a papá a comparecer junto conmigo en su escritorio a las tres de esa tarde. El viejo portero no supo decir de qué se trataba, sólo conocía el mensaje. Todas las miradas se volvieron hacia mí al mismo tiempo. ¿Qué habría pasado? ¿Qué habría hecho? Yo no sabía qué contestar.

La fiesta de la escuela, hacía poco más de una semana, había transcurrido satisfactoriamente, mi actuación había sido buena, a no ser una crítica mordaz de Vera que no me gustó: «¿Por qué diablos mirabas para mi lado? ¡Cristo!

Llegué a pensar que cantabas sólo para mí. .» Realmente, mi hermana tenía razón al criticarme, pero sólo lo hizo, naturalmente, por no haberme

comprendido, hecho que mucho me admiraba, pues el a estaba al tanto de las cosas, estaba incluso envuelta en el asunto ocurrido días antes.

Mi número de canto iba a comenzar, doña Paulina tomándome del brazo me ordenó que entrase en escena. Doña Augusta Nacarato, hermana de mi profesora, acompañaba los números musicales al piano y ya había dado los primeros acordes, las niñas disfrazadas de pinos de papel crepé ya estaban dispuestas a la espera de la ninfa, cuando, de repente, apareció Raimundo, el galán de las chicas de la escuela, admirado por el as, un guapito. Me puso en las manos un papel doblado, una hoja de cuaderno, con una flor pinchada a guisa de alfiler; por cierto, había recogido la flor por ahí, en uno de los canteros. Me entregó el papel y desapareció. Sin saber qué hacer, con esa bomba en la mano, toda atolondrada —nunca había recibido una cartita de ningún chico—, turbada por la presencia de doña Paulina que había visto todo y afligida me empujaba hacia el escenario, rápidamente le pasé el papel a Vera que providencialmente estaba al í y entré en escena con el corazón a los saltos. Vera no había perdido la costumbre de ponerse de pie al lado del escenario siempre que se le presentaba una ocasión: «. .es un buen lugar, veo todo, escucho todo. .», para poder criticar mejor después. Temerosa de que mi hermana desdoblase el papel y leyese el mensaje yo no aguantaba mi

curiosidad. ¿Qué era eso? Raimundo me había dado una sorpresa. Nunca me había tratado con confianza, ni yo a él. . hasta lo encontraba demasiado pálido para mi gusto. .

Desde el escenario, entre un agudo y otro, lanzaba miradas furtivas para el lado de Vera, quería que el a se sintiera fiscalizada y no osara leer mi carta.

Mas parece que Vera no lo entendió bien, no advirtió mi inquietud. Por eso la crítica implacable.

Apenas terminé de cantar, mientras doña Augusta Nacarato aún tocaba los últimos acordes, me escapé en medio de los aplausos, volé del escenario, le arrebaté el papel aún doblado a mi hermana. Busqué un refugio —tan difícil de encontrar en medio de la fiesta— donde poder leer a solas el mensaje. Detrás de la casa del portero, lejos de miradas indiscretas, retiré la flor con todo cuidado para no romper el papel, abrí la hoja, leí lo siguiente: «En lo alto del roble se levantaba una cruz, *clavado en el a* el cuerpo de Jesús.» Más abajo,

en el centro, un corazón dibujado con lápiz rojo y dentro de él: «Zélida y Raimundo.»

Podía esperar todo menos esos versos que yo conocía de memoria. ¿Qué pretendía decir Raimundo con ellos? Releí los versos más adelante varias veces tratando de entender, descubrir su intención. Pero no pude, no entendí el mensaje. Además, descubrí que ese chico no pasaba de ser un bobo alegre, nada más que eso. Como si no bastase esa idiotez, había cambiado «calvario»

por «carvalho» y había escrito mi nombre equivocado, hecho aún más grave.

Mi entusiasmo se esfumó, se enfrió por completo, se transformó en decepción. Raimundo nunca supo por qué le di vuelta la cara esa misma tarde en ostensible actitud de desprecio.

El fal o en el número de canto fue compensada más tarde por el discurso que pronuncié sin errar. Me dirigí al Exmo. Señor Director General de Instrucción Pública, aunque el Excelentísimo estaba ausente: no había podido asistir. Le di énfasis a las palabras de despedida de los compañeros y de las profesoras:

«.. ¡columnas maestras de nuestra existencia!», conmoviendo a doña Paulina a pesar de ser el a la autora del discurso que yo decía de memoria. Mamá también derramó algunas lágrimas al verme desfilar

con elegancia, según los comentarios oídos al pasar. Y cuando sólo me quedaban los recuerdos de la escuela y un vacío enorme alrededor, aparecía esa novedad.

—¿No habrás estado haciendo alguna tontería en la escuela? —fue la primera pregunta de papá, bastante molesto con la l amada.

No, yo no recordaba haber hecho nada que fuese grave. Había cometido algunas travesuras al salir de la escuela el último día de clase: estando en la fila, al pasar por una de las *jabuticabeiras* del jardín, cargada hasta las raíces, no resistí la tentación, había arrancado una fruta y me la había metido rápidamente en la boca. ¿Podría haber sido eso? Por todas partes, en la escuela, había carteles prohibiendo a los alumnos arrancar frutas de los árboles. . yo había tomado una. ¿Se lo habrían contado a don Olívio, el nuevo director?

Papá se indignó: «. .¿Sería posible? ¿Por una fruta iban a perturbar la vida de un jefe de familia? ¿Sólo por eso? —se dirigió a mí—: Tu director va a oír unas pocas y buenas.»

El inflamado discurso de papá, admitiendo la absurda hipótesis que yo había levantado, me impresionó, llegué a convencerme de que el motivo de la l amada no podía ser otro. ¡Qué vergüenza tener que vérselas con el director!

Cada uno daba su opinión, todas contra mí, todas pesimistas. Mamá no le quitaba los ojos a la hija, buscando descubrir el «secreto» de su fisonomía. Tito se reía, bromeando. Con una guiñada significativa, Vera me hizo una seña para que saliese de la sala. No quería dar su opinión ante los demás: «Mira, yo pienso que es por la cartita de Raimundo. Doña Paulina vio que te la daba.»

A las tres en punto, padre e hija entraban de la mano a la oficina del director.

Don Olívio nos recibió sonriente, extendió su mano a papá. «¡Gracias a Dios! —

pensé—. No debe ser nada grave. .»

—En primer lugar lo quiero felicitar —dijo el director—. Su hija acaba de ser proclamada la mejor alumna de nuestra escuela en estos tres últimos años.

Miré a papá, un leve temblor en su rostro encendido. Sin saber qué decir, intimidado, preguntó:

—¿Zélia?

—¡Claro, Zélia! —rió el director ante el aturdimiento de papá—. Acabamos de hacer, bajo la orientación de la Secretaría de Educación, una inspección de todos los grupos escolares de la capital, para destacar a los mejores alumnos en comportamiento, aplicación y asistencia. Este plan pretende incentivar el estudio de los niños que van a las escuelas públicas. Su hija fue la mejor en nuestra escuela. Como premio, su retrato y una pequeña biografía serán publicadas en el Estado de Sao Paulo,

Tan sorprendida quedé que perdí la voz, una esperanza repentina entró en mí.

¿Y si además del glorioso retrato en el diario me diesen también la matrícula gratis para la escuela secundaria? Tuve unas inmensas ganas de preguntar:

«¿Podré seguir estudiando?» Mi voz no salió, la timidez y la emoción me

inhibían. Esperé que don Olívio guardase la sorpresa para el final. Pero no, el premio era lo dicho: honraría al retrato estampado en el mayor matutino de la capital, el título tan llamativo de ESPERANZAS DEL BRASIL.

Don Olívio tomó nota de algunos datos que necesitaba para el diario y pidió una fotografía. Salimos papá y yo en busca del primer fotógrafo que encontrásemos por el camino.

Papá no podía ocultar su alegría, la disimulaba con esfuerzo. Riendo comentó:

«¿Te das cuenta con qué cara van a quedar los de casa?»

Pero una esperanza se iba aguas abajo, por unos minutos había alimentado la idea de que recibiría una beca; la cosa era tener paciencia, ahora redoblada, con la alegría de ver mi foto en un diario: «¿Esperanzas del Brasil, eh? ¡No me digas!», o «. .entonces, ¿vas a salvar al Brasil? ¡Esperemos!» Yo, que sentía verdadero horror de esas expresiones de burla, muy en boga en esos momentos, tendría que escucharlas sin chistar: «¡No me diga!. . ¡Qué me cuenta!»

CASAMIENTO A LA VISTA

Después de cinco años de noviazgo, finalmente fue señalada la fecha de boda de Wanda. José Soares había hecho un buen negocio, había vendido un palacete en el Jardim Europa y ganado una buena comisión. Su salario en el banco no le permitía casarse, hacía tiempo que trabajaba horas extras en la venta inmobiliaria. Ya podía comprar los muebles para el hogar y aún le sobraría lo suficiente para los comienzos. Continuaría con ese trabajo, con la seguridad de hacer buenos negocios en el futuro, principalmente movido por el entusiasmo de la primera victoria.

La casa volvió a entrar es una etapa de reformas, Wanda, como siempre, comandaba las transformaciones; habría una fiesta con más de cien invitados, quería que todo saliera a su satisfacción. Lo primero que tuvo en cuenta fue el encerado de los pisos, hasta entonces lavados con estropajo y ceniza para que

quedaran bien blancos, daban un trabajo terrible para conservarlos limpios.

Remo y Tito venían del taller con las «patas llenas de grasa», al decir de Wanda, manchando el piso.

Todo el mundo entró en el trabajo del encerado, arrastrándose por el piso para pasar la cera, capa sobre capa en las maderas que, acostumbradas al agua, se negaban, rebeldes, a bril ar. Un cepil o lustrador, para arriba y para abajo, el día entero. Yo ya estaba cansada de tanto andar pasando el cepil o, de arrastrarme como víbora, de ensuciarme las uñas con cera. Pero Wanda venció. La casa bril ó que daba gusto. Estre las tres pintamos las puertas y los chicos tuvieron prohibido tocarlas con las manos sucias. Las chicas debíamos vigilar, pues Tito, espíritu mugriento, se las ensuciaba a propósito: «Hay que darle un poco de trabajo a esas mujeres ociosas. .»

Wanda tenía que librar la batalla más difícil: retirar el cuadro anarquista de la pared. Anunció que en la primera oportunidad atacaría.

Quedé asombrada del atrevimiento de mi hermana. Pedir (¿o exigir?) el retiro del cuadro de papá del comedor. . ¿Había olvidado el incidente del día en que el padre Frederico había almorzado en casa?

¿No se daba cuenta de que ese cuadro, más que cualquier otra cosa, era lo que le quedaba a papá de una gran ilusión, que había sostenido a nuestros abuelos hacía tantos años, en su larga y dramática travesía, en el fétido barco de los inmigrantes? La experiencia anarquista de nuestros antepasados en la «Colonia Cecilia» había fracasado, pero el abuelo Gattai conservaba ese cuadro, símbolo del ideal anarquista que los había traído al Brasil. Se lo había confiado al hijo antes de morir, y desde entonces estaba expuesto en el lugar destacado, en el comedor. ¿No advertía Wanda que el cuadro no estaba sostenido a la pared por unos clavos sino por raíces? ¿Raíces que venían de una familia distante, las raíces de nuestra familia?

La oportunidad l egó un día en que papá se sentó a la mesa para almorzar, de buen humor, haciendo bromas. Mientras esperaba que Vera trajese la bandeja de la cocina, Wanda atacó. Con voz suave, el gesto estudiado, fue derecho al asunto:

—Papá, si tiene paciencia, voy a pedir un gran favor. Su cuadro —lo señaló con la cabeza— va a tener que salir de donde está. Por lo menos el día de mi boda.

José invitó a una cantidad de compañeros del banco, hasta a su jefe con la mujer, gente distinguida; ese cuadro ahí colgado no queda bien, con ese cura todo ensangrentado, con esa mujer desnuda. .

Tomado de sorpresa, don Ernesto oía a su hija perplejo. No se lo esperaba.

—¿Cómo? ¿Sacar el cuadro? ¿Estás bromeando? —exclamó atónito, ofendido—. Ese cuadro hasta es instructivo. . Ese cuadro no insulta a nadie. .

Ni a los distinguidos ni a los plebeyos como nosotros. Ya quisiera mucha gente bien y distinguida —le había picado la palabra distinguida— tener un cuadro así. Puedes ir cambiando de idea, hija, ese cuadro se queda ahí.

La joven se puso a llorar. Entre sol ozos, se enfrentó al padre, declarando que con ese «horror» ahí colgado desistiría de todo: renunciaría a la fiesta, su fiesta tan esperada, tan soñada.

Ante el desafío de la hija, con el rostro contraído, mi padre se levantó de la mesa sin comer. Mala señal. La última palabra había sido dicha, estaba muy ofendido.

La cena de esa noche fue un velorio. Todo el mundo cal ado, Wanda

con los ojos hinchados de tanto llorar, papá serio, visiblemente molesto con la situación, mamá suspirando hondo. En ocasiones como esas, doña Angelina no intervenía, sabía que si abría la boca recibiría las sobras del enojo. Prefería hablar después, a solas con su marido, en la cama.

El impasse era difícil de superar. Wanda estaba obstinada, y papá seguía firme en sus principios.

ÓPERA CON SORPRESA

Hacía mucho que papá había vuelto a trabajar en los motores de los autos, aunque jamás recuperó su antigua forma. Necesitaba trabajar, no podía mantener dos mecánicos con altos sueldos.

Esa tarde, al entregarle su auto al doctor Cincinato Richter, el cliente preguntó si le gustaba la ópera. Pregunta obvia. El doctor Cincinato había comprado un palco para esa noche en el Teatro Municipal, donde cantantes de renombre, venidos de Italia, interpretarían la ópera Aída de Verdi; un contratiempo le impedía ir. Si don Gattai quería, le daba las entradas.

Radiante con la buena noticia, papá entró en casa l amando a mamá. Tal vez la ida al Municipal pudiese quebrar el hielo que se mantenía desde hacía varios días entre él y la hija. «Angelina, vamos todos al teatro esa noche. Me dieron un palco para cinco personas. .»

La cuenta era perfecta: papá, mamá, Wanda (Zé Soares debía tener paciencia, se quedaría sin novia por esa noche), Vera y yo. Le entregó el sobre con las entradas a mamá y volvió al trabajo. Todo el mundo estaba encantado menos Wanda: «Yo no voy.» Mamá hizo lo que estaba a su alcance, pero en vano. La obstinada había dicho que no iba. Sobraba una entrada, invitamos a Irma.

Nos instalamos en el palco. El teatro iluminado era una belleza. Llegué a preguntar si todo eso era de oro, lo que causó risas. Por primera vez entraba yo al Teatro Municipal, nunca había imaginado que fuese tan sensacional. El entusiasmo de papá se había ido al suelo cuando supo, ya saliendo para el teatro, que la hija mayor no iría. No dijo nada, se mantuvo cal ado, ocupando una de las sil as de atrás. Vera no escondía su entusiasmo, observaba la ropa de las mujeres, mientras yo y mi prima Irma nos divertíamos contando el número de calvos de la platea hasta que se levantó el telón y comenzó el espectáculo.

Yo conocía la ópera *Aída* por los discos de Caruso, pero la veía por primera vez representada. Me desencantó al comienzo el aspecto físico de los artistas. Los encontré demasiado gordos, la Aída que siempre había soñado e imaginado,

linda, esbelta, despertando la pasión de Radamés, no tenía nada que ver con esa Aída, gorda, pechugona, una mujerona. Claro que cantaba bien, no cabían dudas.

A lo largo de la ópera entra Radamés, sale Radamés dando agudos que estremecían el teatro, aparece Aída con trinos en la voz, entran esclavos, una bandada de esclavos (¿o eran prisioneros?) atados unos a los otros por cadenas. . «¡Miren quién está en medio de los prisioneros!», Vera señalaba con el dedo. Tito, nuestro hermano, estaba ahí, atado, vestido de andrajos. .

comparsa en medio de los dos prisioneros (¿o esclavos?), defendiendo un ínfimo cachet, asistiendo a la ópera gratis. El descubrimiento hizo reír a papá.

No era nada tonto ese Tito.

Volvimos a casa llenos de novedades, locos por hablar con Tito. Wanda ni quiso oír los comentarios, no quería dar su brazo a torcer. La batalla proseguía, papá había perdido esa partida, pero yo aún apostaba por él.

GRAN SORPRESA

La fecha del casamiento se acercaba y el impasse seguía igual: la hija enojada, el padre serio.

Quien trajo la novedad fue, no podía ser de otra manera, Vera, toda excitada:

—Papá sacó una caja enorme del auto, parece que es una radio. .

El aparato, un Zenith, que papá acababa de comprar, tenía forma de oratorio gótico, su sonido era perfecto. Mamá podía en adelante dejar su radio de galena de lado, o si no, regalársela a doña Ana Maria, la portuguesa que estaba loca por el misterioso aparato. Cada vez que aparecía con sus gal inas, pedía que se lo prestasen para oír un poco de música. La primera vez que mamá le colocó los auriculares en las orejas, fue una cosa graciosa. Tomada de sorpresa

—nunca había visto una radio antes—, se había asustado: «iAy, mi Dios! ¿No será cosa del Enemigo, doña Angelina?». Eso. Doña Ana Maria heredaría la radio de galena.

La música volvió a nuestra casa con el Zenith. César Ladeira, el «Pico de Oro», voz impostada, cristalina, anunciaba los programas, daba cuenta de lo que pasaba por el mundo. ¡Entusiasmo general! Hasta Wanda sonrió. ¿Quién en las vecindades poseía una radio igual? Ni nadie ni igual. La nuestra era la primera.

La gente se paraba ante el portón de entrada para oírla. Los botones de sintonización se ponían al máximo, el sonido era distribuido, generosamente, a quien quisiese oírlo.

Esa radio tan cara para el bolsil o de papá levantó el estatus de la familia. La situación había mejorado. Wanda no debía preocuparse más, podían venir a su casamiento cuantos distinguidos quisiesen. La alegoría ya no los ofendería tanto.

¿Habría sido ese el razonamiento de mi hermana al dejar al lado, olvidado, el asunto que tanto la enojaba, o habría comprendido las razones de papá y había desistido de la lucha? Nunca lo saqué en limpio.

Sólo de una cosa tengo seguridad: papá había ganado la batal a con el corazón y la sabiduría. ¿Le había costado un sacrificio financiero? Poco importaba.

Todos quedaron contentos, su hija había vuelto a sonreír y eso era lo que le interesaba.

EXCITACIÓN Y PETULANCIA

Los preparativos para la boda de Wanda empezaron a tomar un ritmo acelerado. Doña Regina, encargada de hacer el vestido de la novia —y otros tres más, el de mamá, el de Vera y el mío—, cosía en casa y vivía prácticamente en el a. Las damas j ricas que esperasen, se quedarían sin modista durante una quincena. El modelo del vestido de novia, dibujado en un papel por la modista, había sido copiado a escondidas de su propietaria, una de las Crespi, de un modelo de París. Crépe georgette blanco, velo de encaje de Bruselas. Un trabajo de locos hacer los pliegues del vestido, pero doña Regina se esmeraba, conocía bien su oficio; conocía también los comercios donde compraban las ricas, sabía dónde encontrar los mejores adornos para la

ropa. Hilda, su hija, se pasaba las tardes ayudándola en la costura. Clélia había venido a vivir con nosotros durante la semana que precedió al casamiento: algunas fábricas de tejidos del Brás, inclusive esa donde mis primas trabajaban, estaban en huelga, sin perspectivas de acuerdo entre los patrones y los obreros. Tía Margarida había aprovechado la ocasión para mandarnos a su hija con el menor, Mario (Walkiria aún no había nacido), un niño enorme que no quería soltar el pecho de la madre y le estaba mamando la leche y la sangre.

Tal vez lejos de la madre el becerro perdiese su mal hábito. Mi prima nos ayudaba en el arreglo de la casa y en la confección de los adornos de la mesa, y más que eso, nos alegraba con su alegre risa. Nos divertíamos todo el tiempo, el a sabía historias de nunca acabar y cantaba además tangos argentinos. Nos emulábamos: «¿A ver quién sabe más tangos?»

Director del conjunto Os Batuta Godoi que había animado años atrás las matinés danzantes del Palmeiras (hacía mucho que estaba cerrado), don Godoi era padre de una muchacha amiga mía. El me abastecía para enfrentar el inmenso campo de aprendizaje de mi prima que enriquecía su repertorio en la fábrica. Don Godoi, un amigazo, sentía amor por el arte y le gustaba ilustrar sus interpretaciones. Cantaba El pañuelito blanco llevando entre el pulgar y el índice un pañuelo blanco.

Con semejante maestro yo podía competir con mi prima tangüera. Por lo menos obtuve una ventaja —además de la diversión—, aprendí un

poco de español cantando tangos.

Andaba excitadísima, en la máxima euforia, con la cercanía de la fecha de casamiento de mi hermana. Por primera vez, usaría zapatos de tacón y vestido de mujer. Repetía, inconscientemente, un error ya cometido años atrás, cuando el casamiento de Maria Negra. No me daba cuenta de que Wanda iba a vivir en otra casa, que perdería su compañía diaria. Pero cada día que pasaba mi excitación iba en aumento; hasta diría, sin temor a equivocarme, que andaba muy provocadora, desbordada, fuera de medida. Mamá ya no me aguantaba. Yo había resuelto molestarla con una broma inventada al azar: había visto en una revista, ilustrando un reportaje, el retrato en colores del Príncipe de Gales (Eduardo VI I), joven y guapo; de ahí a inventar la farsa fue

todo uno: transformé al bel o príncipe en un enamorado mío —y yo de él—, mamá estaba contra el romance por puro sectarismo anarquista.

La primera embestida, al pedirle su consentimiento para tener novio, asustó a doña Angelina, pero le encontró gracia:

—¿Hija, te estás volviendo loca?

Después, ante la insistencia: «Reconsidere, madre, su obstinación podrá provocar un conflicto entre el Brasil e Inglaterra», ya dejó de encontrarle gracia al asunto:

—¡Termina con esas boberías, déjame en paz!

Ante la presencia de Clélia, que se divertía enormemente con la broma, yo me entusiasmaba todavía más, exageraba, azuzaba a mamá con nuevas y absurdas invenciones, como, por ejemplo, que la Reina Madre estaba en camino hacia el Brasil y desembarcaría en São Paulo a fin de pedir mi mano para el hijo que l oraba día y noche por el rechazo de su futura suegra. . Le rogaba a su corazón empedernido que recibiese a la «pobre señora».

—¡Déjame en paz, tonta! —me amenazaba en su dialecto véneto, mala señal, pues sólo lo usaba cuando estaba muy enojada.

Pero yo no me asustaba con la amenaza, ni pensaba desistir de mi broma, animadísima con las recientes adhesiones de mis primas que junto con Clélia tomaban partido por mí, riéndose a más no poder.

Cansada de esa carga infinita, doña Angelina resolvió largar el mazo y al presentir una nueva embestida de la *gnoca*, mirándome seria, me

tomó de un brazo y explotó:

— *Lo vustó? Ciotello!* ¡Agarre a su príncipe y salga de mi frente de una vez!

Mis hermanas asistieron a la escena de la capitulación y se morían de risa. En cuanto a mí, no satisfecha con la victoria, o más bien, no dándome por vencida, resolví en el mismo instante invertir los papeles y continuar con la broma:

—¡Ah! ¿Es así? ¿Y dónde quedaron sus ideales anarquistas, doña Angelina?

¡Ay, señora! ¡Quién diría!.. ¡Usted pasándose a la monarquía!..

Si no hubiese sido ágil y salido a todo correr, ese día hubiese recibido unos buenos golpes.

SECRETO REVELADO

Remo estaba encargado de organizar el baile. Invitaría a amigos y conocidos para animar la fiesta y no faltarían damas para bailar; la música correría por su cuenta; traería, en préstamo, un gramófono eléctrico de casa de un amigo. Al conocer el proyecto de su hijo, mamá desaprobó la idea. Destestaba pedir cosas prestadas:

—¿Qué necesidad hay de traer una cosa tan delicada, arriesgándonos a que se rompa con tanta gente andando por ahí, si nosotros tenemos una radio potente?

La protesta fue general. Olguinha, Filomena y Milu, mis amigas, que estaban ayudando a envolver caramelos, se rieron de la absurda idea de doña Angelina:

—Pero, mamá, piense un poco —consideró Vera—, nadie puede depender de la radio para bailar. Hay anuncios y noticias y charlan de cualquier cosa. .

—¿Y hay que estar bailando todo el tiempo, acaso? —retrucó mamá —. En los intervalos se conversa. .

Rebelada ante los argumentos de mamá que quería arruinar el tan esperado baile, movida por la petulancia que me estaba caracterizando, lancé mi provocación. Hablé en tono oratorio, empezando así:

—. .de repente, César Ladeira anuncia a los señores oyentes: «La orquesta filarmónica de Pirituba o de Caxingui interpretará. .» —Me dirigía a los presentes—: (¿Quién adivina? La música predilecta de doña Angelina. ¿A que no saben cuál es? ¿A que no adivinan? Es tan fácil. ¡La Serenata de Schubert,

señores! Ahí entonces doña Angelina saca a don Ernesto a bailar. . —

Canturreando y fingiendo tocar una flauta, salí bailando, arremetiendo a la manera como ellos lo hacían, dando unos golpecitos con los pies para atrás de vez en cuando, amenazando los tobil os del desprevenido que pasase a su lado. Carcajada general, mi show alcanzó el mayor de los éxitos. Busqué el rostro de mamá, quería ver su reacción. En seguida me di cuenta de que me había metido en una

grande. Con cara seria, mamá se volvió hacia mí: «Si estuviese en tu lugar, hija, nunca más tocaría ese tema, (¿sabes? Y no pongas ese aire de desentendida, porque sabes muy bien a qué me refiero. .

¡atrevida!» Se detuvo un momento para tomar aliento antes de proseguir.

Siguiendo el desarrol o de los acontecimientos, mientras cortaba papel de seda para hacer adornos y antes de que mamá siguiese adelante, Vera puso las tijeras sobre la mesa, respiró hondo y dijo:

—Oh, mamá, no fue Zélia quien rompió el disco. Ni ella ni Cláudio, fui yo.

Ante la inesperada revelación, todo lo que mamá pudo decir fue:

—¿Cómo?

—Fui yo, mamá —reforzó Vera—. Ese día entré a casa corriendo y cuando l egué a su dormitorio tuve ganas de descansar. Me tiré de lleno sobre el disco.

Yo no me había fijado que estaba ahí. Sólo cuando debajo de mi barriga sentí esa cosa dura que se partía. «Estoy arreglada», pensé. Con el entusiasmo de mamá por ese disco, no me va a perdonar, me dará una paliza. También nunca vi un lugar mejor para guardar un disco.

Asombrada por lo que acababa de oír, esperé la reacción de mamá. ¿Y ahora?

«Vera sí que es un coloso.»

—¿Y por qué ahora me vienes a decir eso? —preguntó mamá aún bajo el impacto de la confesión de la hija.

No hubo tiempo para la respuesta, pues Wanda se adelantó riendo, gozando de antemano el efecto de lo que iba a contar: —¿Saben una cosa? Creo que llegó el momento de sacar los trapos sucios al sol, ese disco lo rompí yo. Estoy segura. Ese día, después de almorzar, entré al dormitorio de mamá para

escuchar la Serenata de Schubert. Saqué el disco y cuando lo iba a colocar en el gramófono, choqué sin querer con la corneta, se me escapó de la mano y cayó al suelo. Sin perder tiempo, antes de que apareciese alguien, coloqué los pedazos en la funda y volví a dejarlo

sobre la cama. —Volviéndose hacia mamá—: Yo sabía, mamá, que se iba a poner furiosa cuando lo descubriese y con ese temor, resolví cal arme.

Wanda habló también de su remordimiento al ver que el primo se acusaba, confesándolo bajo presión; había tenido la misma reacción que las hermanas, al mismo tiempo, en el mismo cuarto, cada cual guardando su secreto, y sufriendo. «De Zélia —agregó Wanda— no tuve remordimientos porque cuando el a confesó yo fui la primera en calmar a mamá, la defendí con uñas y dientes. .» Uniéndose a la hermana: «Yo también la protegí todo lo que pude. .», decía Vera.

Cal ada por un momento, la mirada asombrada, la voz muy baja, mamá monologó con un suspiro: «. .¡Me tenían miedo! Mamma mía! Nunca lo imaginé. .»

FIN DE FIESTA

Excitación, petulancia, arrogancia y ensañamiento desaparecieron, me abandonaron con el fin de la fiesta de boda, con la partida de mi hermana de casa, con la vuelta de mi prima al Brás.

Todo quedó triste y desierto, recados de nunca acabar, las obligaciones caseras divididas entre Vera y yo. Debo decir, para ser auténtica, que Vera tomó sobre sí la responsabilidad mayor, cargando con los trabajos más pesados; yo pasé a ser su ayudante. Tarea dura, estar a las órdenes de una persona enérgica como mi hermana, eficiente en el trabajo, meticulosa en la limpieza, que exigía la perfección en todo, especialmente para mí que no había nacido para esas cosas; me costaba un enorme esfuerzo ejecutarlas.

Principalmente tener que pasar la cera en los pisos y lavar los platos. Cocinar me gustaba, pero cuando tenía ganas, cuando no era por obligación.

Wanda nos visitaba siempre, pero no era lo mismo. En su presencia yo sentía nostalgias. Sentía también nostalgia de la escuela. . Mamá se preocupaba con la súbita transformación de su hija menor, ahora cal ada, sin la viva charla de antaño, sin las bromas locas que solía inventar; en las horas libres y muchas veces por las noches, me sumergía en los libros, en novelas de amor que conseguía en préstamo. Tan preocupada andaba doña Angelina que l egó a aceptar la invitación, en mi nombre, hecha por los Pescuma, familia napolitana de vendedores de fruta en las ferias, unos buenos vecinos.

Era costumbre de los italianos de la vecindad —los del sur de Italia— de festejar la Pasquel a, el lunes de Pascua, con excursiones a las afueras de la ciudad, con los restos de la comida del día anterior, preparada a propósito para que sobrara; ese lunes, temprano, salían las familias y sus invitados en camiones adornados con ramas y banderitas de colores, l evando barriles de cerveza, botel as de vino, cajones y cestas con la comida. En tablas colocadas de lado a lado en la caja del camión se sentaban los mayores, los niños y los jóvenes viajaban de pie, moviéndose para arriba y para abajo, divirtiéndose. Yo siempre había tenido ganas de participar en esas excursiones, pero mamá jamás había aceptado las invitaciones que me hacían, dando cualquier disculpa. A mí me decía que eran peligrosos esos almuerzos

en medio del campo, que los hombres mezclando vino con cerveza se embriagaban..

Ahora, apenas llegada a casa, venía del puesto de frutas de los Pescuma, con la novedad, la buena noticia para mí: dentro de unos días podría festejar la Pasquel a. Ya estaba crecida, ya sabía defenderme, no había más peligro; había arreglado con doña Annunziata Pescuma. .

Pero mucho más interesada estaba yo en ese momento en la trama de la novela que en ninguna excursión; decliné la invitación, con gran asombro de doña Angelina. Satanel a o La Mano de la Muerta, de Carolina Invernizzio, la novela en cuestión era un gran volumen —debía tener unas mil páginas, supongo—, tan grande y tan pesado que para leerlo necesitaba ponerlo sobre la mesa o la cama; esta última opción era la que yo elegía, pues me gusta aislarme y así poderme deleitar sin ser perturbada con el mórbido enredo de la escritura italiana; me arrodillaba en el suelo, el libro abierto sobre la cama.

Vera ya lo había leído y yo no tenía más que una semana de plazo para

devolvérselo a Clélia que lo había traído en préstamo de la fábrica. Era mi primera experiencia de lectura en italiano, me embrol aba al principio, tuve que volver atrás varias veces, pero después me solté, envuelta en el drama amoroso. Había aún la promesa de préstamo de otro libro de la misma autora, más leve, pero cuyo título me hacía la boca agua: II bácio del a morta.

Mezclaba autores y estilos, todos me gustaban. Devoré todos los libros de M.

Delly, publicados en la «Colección de las jóvenes». Pensando que el autor era mujer, me refería a él diciendo Madame Del y. No me perdí tampoco ninguno de Ardel, en la misma colección; esos autores se parecían, me hacían soñar y asumir el papel de la heroína pobre en sus desventuras y en sus triunfos, l enándome de ilusiones. . Por consejo de mamá leí Corazón, de Edmundo De Amicis, bueno para derretir los corazones y hacer llorar. Los autores de la biblioteca de mamá, Zola, Victor Hugo, Blasco Ibáñez, los leí más tarde. A La Divina Comedia, de Dante, como ya conté, aprendí a amarla antes de saber leer. Devoramos también, Vera y yo, los libros de José de Alencar, de Macedo, y los de la fase romántica de Machado de Assis.

Mamá debía andar muy preocupada conmigo, pues se había vuelto

liberal, me soltaba las riendas. Llegó a permitir que fuese a las matinés en compañía de amiguitas para ver Ben Hur; con Ramón Novarro, y después El hombre mosca, película de Harold Lloyd, actor cómico que yo adoraba.

FIN DEL CINE MUDO

Había comentarios de todo tipo, los diarios y la radio decían que había llegado el fin del cine mudo y empezaría el cine hablado. Grandes divergencias, puntos de vista encontrados alrededor del tema: unos encantados con el progreso, con la nueva invención; otros, amigos nuestros, furiosos, hablaban de la infiltración americana que quería imponer la lengua inglesa a los brasileños.

Algunos protestaban contra el desempleo de los músicos que tocaban en los cines. Hasta se hizo un samba: *El cinema hablado es gran culpable de la transformación.*.

Algunos cines del centro de la ciudad ya habían inaugurado la novedad: filas enormes se formaban ante sus puertas. El «América», atrasado como siempre, había cerrado por reformas y adaptación de los nuevos aparatos de sonido.

Mamá estaba preocupada por Carmela Cica: «La pobrecita va a quedar en la cal e. .», pero su aprensión duró poco. Carmela apareció un día en casa, venía a invitar a mamá a una reunión del «Círculo Esotérico de la Comunión del Pensamiento», donde tocaba todos los lunes, después de dejar el «Cine América», o mejor dicho, después de ser despedida.

Entusiasta con el ambiente de paz del nuevo empleo, Carmela pensó en invitar a la antigua vecina; seguro que doña Angelina sería gustosa. Carmela habló de la elevación del pensamiento, de los mensajes de paz y bondad, que eran la tónica de esas reuniones espiritualistas. Llevada por el entusiasmo de la violinista doña Angelina aceptó de buen grado la invitación y arregló acompañarla a la Rúa Conselheiro Furtado, dirección del «Círculo Esotérico», el lunes siguiente. Y así lo hizo.

Y a hacía bastante tiempo que no frecuentábamos las reuniones anarquistas de las «Clases Laboriosas» o de la «Liga Lombarda». Problemas más concretos, con todas sus consecuencias: la lucha antifascista, antirracista y antiimperialista absorbían a nuestros padres y los apartaba poco a poco de la utopía anarquista.

Escuchando los discursos, mamá estaba encantada con las palabras de paz, las invocaciones al bien y al altruismo que se prodigaban en el

«Círculo Esotérico».

No se sentía profana en ese ambiente religioso. Los himnos cantados en coro, acompañados de música, eran lindos, apaciguaban el espíritu. Carmela no había exagerado.

Sólo en un punto discordaba doña Angelina con los espiritualistas del «Círculo Esotérico»; ellos le atribuían a Dios todo el bien, todas las cosas buenas de este mundo, a Dios rogaban, de Dios esperaban todo. . Materialista convicta, mamá encontraba que tanto el bien como el mal eran responsabilidades del hombre. «El hombre —decía— dirige su destino. Yo no quiero culpar a Dios Todopoderoso, si es que existe, de las miserias y desgracias del mundo.

Lamentablemente, hay por ahí muchos hombres malos, irrecuperables, pésimos, obstaculizando el camino de la felicidad.»

Aunque no lo confesasen abiertamente, mamá y papá ya no tenían ninguna ilusión sobre la posibilidad de implantar un régimen anarquista y sobre su éxito. «Cosa impracticable, imposible en cualquier lugar del mundo.» Pero ella soñaba, tenía ese derecho.

Mamá volvió algunas veces al «Círculo Esotérico de la Comunión del Pensamiento», l evándome a ese salón iluminado donde cantábamos himnos y, como integrantes de coro, compartimos sin compartirla, la creencia en la reencarnación.

NUEVAS PERSPECTIVAS

Día gordo de novedades. Por la mañana apareció Erna, hija de doña Josefina Strambi, risa abierta, ansiosa por darme la buena nueva: había descubierto por casualidad un óptimo colegio donde yo podría proseguir mis estudios gratuitamente. Conociendo el pensamiento de mis padres sobre religión, dio mil rodeos antes de referirse a un pequeño detal e, tal vez un obstáculo: se trataba de una escuela católica. «Una escuela católica, pero liberal», explicaba Erna. El a había estado con las monjas el día anterior y les había hablado de mí, las monjas aceptaban sin reservas a la alumna pagana. Al í podría aprender conocimientos generales, francés y bordado.

Papá torció la nariz al escuchar las explicaciones de Erna, cuando exaltaba la comprensión y la tolerancia de las monjas. Escéptico sobre el liberalismo y la tolerancia de las hermanas católicas, papá acabó cediendo, estuvo de acuerdo en hacer una experiencia: «Por lo menos —ponderó— el ambiente debe de ser tranquilo. .»

La escuela no tenía nombre ni currículo. Era un anexo del famoso colegio de niñas ricas de São Paulo, el Des Oiseaux. En el mismo parque donde se levantaba el Des Oiseaux, que ocupaba toda una cal e, había sido construido

un modesto pabel ón donde funcionaba la escuela que yo frecuentaría, la de las niñas pobres.

En compañía de Erna fui a la Rúa Caio Prado. Mi primera sorpresa fue comprobar que la entrada a mi escuela era por la Rúa Augusta, en los fondos del gran colegio, y no por la puerta principal de Caio Prado, como yo pensaba.

En medio de frondosos árboles, estaba el pabel ón aislado.

Erna me presentó a las dos monjas, responsables de las clases: la Madre Teresa y la Hermana Calista. La primera de nacionalidad belga y la otra italiana.

La madre Teresa sonrió después de examinarme de la cabeza a los pies:

—Pero habías dicho que ibas a traer a una niña y trajiste una

muchacha. .

Confusa, Erna explicó que, a pesar de ser muy desenvuelta, yo todavía no había cumplido los catorce años. No satisfecha con esa explicación, agregó que sólo era un día mayor que su hermana Olga.

No sé cuál fue la razón de la observación de la Madre, pues ahí había chicas de todas edades y hasta muchachas grandes. Seguramente fue sólo un modo de empezar la conversación y nada más que eso.

La Hermana Calista se mostró interesada en mis conocimientos en el arte de bordar. «¿Sabes bordar?» No. Yo no sabía bordar. «Pues vas a aprender.

¿Tienes ganas de aprender?» Las alumnas, dobladas, los ojos fijos en las finas telas, bordaban para las monjas que recibían encargos, muchos encargos.

En esa entrevista quedó convenido que volvería luego del retiro espiritual que se haría en esos días. A no ser que quisiese participar en el retiro. .

Volví a casa bastante mustia, pero no dije nada a nadie. No me había sentido a gusto en ese ambiente. Yo no deseaba desistir, no iba a perder mi posibilidad de volver a estudiar.

En casa, al regresar, todo el mundo estaba alegre. Wanda había llegado de la casa de doña Emilia Bulgáo adonde había ido a consultar sobre la novedad que se confirmaba; estaba embarazada de dos meses más o menos. Ese dato me hizo olvidar la mala impresión de la escuela; radiante, sólo pensaba en la aventura y satisfacción de ser tía.

Durante un año frecuenté la escuela en los fondos del Des Oiseaux. Después me cansé de bordar para las monjas.

NUEVOS PARIENTES

La aparición inesperada de Pierin Zangrando esa mañana, me causó no sólo sorpresa, sino también satisfacción.

Primo de mamá, hacía años que Pierin no aparecía. De él sólo teníamos vagas noticias. Mamá siempre hablaba de su primo, hombre alegre, animado.

Ahora había aparecido y daba cuenta de su vida: padre de familia numerosa, la hija mayor, Iracema, ya casada (y muy bien); el más joven, Reinaldo, comenzaba a dar sus primeros pasos, aún era bebé.

Pierin trabajaba en la Capela do Ribeiráo, en una compañía que hacía las obras de la «Adutora Rio Claro», para abastecer de agua a la capital. Capela do Ribeiráo era un barrio casi inexistente, próximo a Moji das Cruzes. Además de empleo en la compañía, Pierin y doña Terezinha, su mujer, tenían una pensión que preparaba comidas para los ingenieros y funcionarios de la compañía. Las hijas ayudaban en la tarea junto con los hijos mayores.

Esa visita hizo renacer los lazos de la amistad. No tardaron en aparecer, traídas por el padre, nuestras primas Iracy, Zizica y Juranda; con Iracy y Zizica me hice en seguida amiga, y Juranda nos seguía. Las primas eran buenas, simpáticas, contaban mil novedades de Capela, repleta de muchachos y de funcionario?

de la empresa. Vera se entusiasmó y un buen día consiguió, después de mucha insistencia, el consentimiento de nuestros padres para acompañar a Pierin un fin de semana a Capela do Ribeiráo. Al volver trajo novedades: se había enamorado de un muchacho y él de el a. Un amor fulminante. Paulo Lima, el joven enamorado, sólo hablaba de boda.

Mientras Vera volvía de su paseo enamorada, Zizica había conocido en la capital, por nuestro intermedio, a Hugo Nanni, con quien se casó más tarde.

Juranda vendría a ser, años después, mujer del escultor Víctor Brecheret, primo de su cuñado Hugo Nanni.

Todo indicaba que el noviazgo de Vera se convertiría rápidamente en

matrimonio, no siguiendo el ejemplo del noviazgo crónico de Wanda. Con Paulo Lima las cosas se hacían aprisa, vivía muy solo, deseaba constituir familia, unirse cuanto antes a la joven que le había caído del cielo.

Mamá quedó muy satisfecha al conocer a su futuro yerno: «Muchacho educado, le gusta leer, muy preparado. .» Conversaron sobre literatura: «¿Le gusta Victor Hugo?» Claro que le gustaba, había leído todos sus libros.

Encantada, doña Angelina aprovechó la oportunidad para recitarle versos de Néry Tanfúcio, humorista satírico de su admiración. Papá también quedó a gusto con Paulo, sólo no le gustaba la prisa en casarse. Prefería los noviazgos largos. . para conservar a la hija en casa más tiempo.

ROCCO ANDRETTA NOS VISITA FUERA DE HORA

Ese no era día de recibir el alquiler y, sin embargo, al í estaba Rocco Andretta, acompañado del hijo mayor. El asunto que los l evaba a nuestra casa era delicado, por eso el viejo estaba lleno de ademanes y disculpas. Necesitaba vender la casa. Padre e hijo hicieron todos los elogios posibles del inquilino de tantos años. Lo lamentaban, pero estaban obligados a tomar una decisión inmediata. Necesitaban dinero, pues una reciente operación de vesícula del viejo les había costado cara, tenían deudas que saldar, contraídas para el pago del hospital y del médico. Tenían una excelente propuesta de compra, pero. .

«si don Ernesto estuviese interesado, le darían prioridad.. ». Don Ernesto no tenía dinero para comprar la casa. ¿Si lo tuviese, la compraría?

No había alternativa, la cosa era juntar todo, empaquetarlo e irse. Tuvimos un plazo razonable para abandonar la casa.

Cansada de tanto trabajar en ese caserón enorme que exigía esfuerzos para mantenerlo limpio, atontada con la próxima boda de Vera y la continuación de

mis estudios, hasta quedé satisfecha con la perspectiva de mudarnos de casa, quién sabe si mejor, menos grande.

Sin embargo, cuando me encontré frente a la realidad, nuestra vieja casa demolida, los árboles arrancados, el cabal ito escultórico, del que tanto me había enorgullecido, sacado de su sitial, un edificio de apartamentos creciendo entre esas ruinas, sentí un nudo en la garganta, comencé a llorar. En ese caserón había nacido, crecido, en él había vivido, había soñado mis sueños de niña y adolescente.

NIÑA ATREVIDA

Me quedo ahora pensando qué diría mamá, si estuviese viva, al leer estas páginas. El a nos dejó hace diez años y papá hace cuarenta. Seguramente, meneando la cabeza, con un suspiro, exclamaría: «Maria Vergine! ¡Qué niña atrevida! ¿Qué va a decir la gente?»

Bahia, Pedra do Sal, mayo de 1979.

Zélia Gatai y Jorge Amado

ZÉLIA GATTAI (1916-2008) fue escritora brasileña. Comenzó a escribir a los 63

años. Debutó literariamente con las memorias «Anarchists Thanks be to God»

(Anarquistas gracias a Dios). Recibió el Premio Paulista de Revelación Literaria.

Vivió con el escritor Jorge Amado durante 56 años. En 2001, fue elegida para la Academia Brasileña de Letras, para presidir la 23, la misma cátedra que perteneció a Jorge Amado.

Zélia Gattai (1916-2008) nació en São Paulo el 2 de julio de 1916. Hija de Ernesto Gattai y Angelina, inmigrantes italianos, pasó su infancia y adolescencia en el barrio de Paraíso. Participó junto con su familia en el movimiento político y laboral organizado por inmigrantes italianos, españoles y portugueses, que exigían mejoras en su trabajo.

Zélia Gattai se casó con Aldo Veiga a los diecinueve años. En 1942 nace su primer hijo, Luís Carlos. En 1945, involucrada en grupos políticos, comenzó a trabajar en el movimiento por la amnistía de los presos políticos. Ya separada, fue presentada al escritor Jorge Amado, durante el I Congreso Brasileño de Escritores, realizado ese mismo año, en São Paulo. Con poco tiempo se fueron a vivir juntos, todavía no había divorcio y los dos estaban separados. Zélia

comenzó a trabajar con Jorge, revisando y escribiendo los originales de sus libros.

En 1945, la pareja se trasladó a Río de Janeiro, cuando Jorge Amado fue elegido miembro de la Cámara Federal de Diputados. El 25 de noviembre de 1947 nació su segundo hijo, João Jorge. En 1948, los congresistas elegidos por el PCB fueron anulados y el partido considerado ilegal. Jorge se fue a Europa y Zélia le siguió más tarde, con su pequeño hijo. Llegó a Italia, al puerto de Génova, donde Jorge la esperaba. Después de unos días fueron a Checoslovaquia, Polonia y luego a París. Al final del año van a la URSS.

En 1949, están de vuelta en París. Zélia se unió a la Sorbona, donde estudió Civilización Francesa, Fonética y Lengua Francesa. A finales de ese mismo año, se vieron obligados a abandonar París porque los comunistas no eran bien considerados por el gobierno francés. Regresaron a Checoslovaquia. En 1951

nació su hija Paloma. También viajaron a Hungría, Rumania, Bulgaria, China y Mongolia.

De vuelta en Brasil, en 1952, se trasladaron a Río de Janeiro, donde permanecieron unos años. Decididos a vivir en una ciudad más tranquila en 1960, compran una casa en Salvador, Bahía, en el barrio de Río Vermelho. El 12 de mayo de 1976, después de varios años de unión, decidieron oficializar su matrimonio.

En 1979, Zélia Gattai hizo su debut literario con las memorias «Anarchists Thank God». El libro ha sido traducido a varios países y adaptado para el teatro y una miniserie de televisión. Otra memoria

que se convirtió en una obra teatral fue «Um Chapéu Para Viagem» en 1982.

Zélia Gattai murió en Salvador, Bahía, el 17 de mayo de 2008.

Obras de Zélia Gattai

Anarquistas Gracias a Dios, recuerdos, 1979. A Sombrero de viaje, recuerdos, 1982. Pájaros nocturnos de Abaeté, 1983. Dona do Baile, recuerdos, 1984.

Jardín de invierno, recuerdos, 1988. Pipistrelo das Mil Cores, literatura infantil,

1989. El secreto de la calle 18, literatura infantil, 1991. Paisaje de niños, recuerdos, 1992. Crónica de la novia, Novela, 1995. Casa do Rio Vermelho, memorias, 1999. Cittá di Roma, memorias, 2000. Joana y la sirena, literatura infantil, 2000. Códigos de Familia, memorias, 2001. Um Baiano Romântico e Sensual, 2002. Memorial do Amor, memorias, 2004. Vacina de Sapo y Outras Lembranças, 2006.

Notas

1. *Caboclo*: de color bronceado, indígena, mestizo de negro e indio; en general, hombre de tierra dentro. (N. He I.) volando y, abajo, en la base, algunos carritos cargados de verduras y frutas, otros de ladril os y materiales de construcción, arrastrados por burros. Los carritos y los burros estaban presentes en todos los paisajes. Quién sabe si también formaban parte de la propaganda de la flotil a de transportes.

2. *Ema*: ave corredora brasileña semejante a avestruz (N. T.)

3. Juego de palabras: en portugués pía, recipiente para lavar platos, e general lavabo, de ahí la comparación con bacía o balde (N. T.)

4. *Goiadaba*: dulce de guayaba (N. T.)

5. *Acaboclada*, similar a caboclo. Ver nota 1. (N. T.)

6. *Canjica*: maíz partido cocido con leche y azúcar. (N. T.)

7. Angélica: planta medicinal de la familia de las umbelíferas que da una flor blanca y olorosa (N. T.)

8. *Rebuçados de Lisboa*: marca de caramelos (N. T.)

9. Juego del bicho: juego de azar regulado por los sorteos de la lotería. En lugar de jugarse directamente a un número, se apuesta a un animal que tiene varios números (N. T.)

10. *Tostón*: antigua moneda brasileña que valía 10 centavos (N. T.)

11. *Matuto/a*: tosco, rústico

12. *Reis*, plural de real: antigua moneda brasileña. (N. T.)

13. *Floco*: copo de nieve o de algodón. (N. T.)

14. *Paineira*: árbol que produce la paina, especie de algodón. (N. T.)

15. *Pamonba*: pasta de choclo rayado, queso y azúcar; pipoca: maíz tostdo hasta estal ar y rebozado con azúcar; paçoa: maní tostado con azúcar.

16. *Loja:* tienda o comercio en general. (N. T.)

17. *Cachaça*: aguardiente de borra de melaza y restos de azúcar de caña molida. (N. T.)

18. *Losna*: nombre de varias plantas, una de el as el absinto. (N. T.)

19. *Cedrón*: planta olorosa de uso medicinal. (N. T.)

20. *Alquilere:* antigua medida agraria. (N. T.)

21. *Fazenda*: establecimiento rural agrícola y ganadero, generalmente plantación. (N. T.)